FLAVIO ARRIANO

# ANÁBASIS DE ALEJANDRO MAGNO

## LIBROS IV - VIII

EDITORIAL GREDOS

ARRIANO

# ANÁBASIS DE ALEJANDRO MAGNO

## LIBROS IV - VIII (INDIA)

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO GUZMÁN GUERRA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 50

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.





Depósito Legal: M. 17241 - 1982.

ISBN 84-249-0306-4.

**Impreso en España. Printed in Spain.**

**Gráficas Cóndor, S. A.,** Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982.—5439.

# LIBRO IV

## Sinopsis

Capítulos:

1-2. Alejandro en la frontera entre Sogdiana y Escitia.
3. Captura de Cirópolis.
4-6. Luchas con los escitas. Serio revés macedonio.
7. Castigo de Beso.
8. Alejandro mata a Clito.
9. Pesar de Alejandro por la muerte de su amigo Clito.
10. Calístenes.
11-12. Discurso de Calístenes contra la *proskýnesis*.
13. La conjura de los Pajes.
14. Muerte de Calístenes.
15. Legación de los escitas y corasmios.
16. Alejandro en Sogdiana.
17. Muerte de Espitamenes.
18. La Roca Sogdiana.
19-20. Roxana.
21. Alejandro toma la Roca Coriena.
22. Alejandro en Bactria. Camino de la India.
23. Campañas contra los aspasios, gureos y asacenios.
24-25. Aristía de Tolomeo, hijo de Lago.
26-27. Alejandro en Masaga.
28. En ruta hacia Aornos.
29-30. Asalto a la Roca de Aornos.

*Alejandro en la frontera entre Sogdiana y Escitia*

Al cabo de unos días[1] se presentaron ante Alejandro unos embajadores escitas, los llamados abios (de quienes Homero hizo público elogio en sus versos[2], llamándolos «los más justos de los hombres»). Viven éstos como pueblo independiente en el Asia, gracias a su respeto a la justicia, así como por ser extremadamente pobres. Comparecieron también unos embajadores de los escitas europeos, que son el pueblo más populoso de cuantos en Europa habitan. Alejandro dispuso que algunos Compañeros les acompañaran a su regreso, so pretexto de pactar un acuerdo amistoso, aunque la verdadera intención de esta expedición era espiar la naturaleza de la región escita, el número de sus habitantes, sus costumbres y las armas que emplean cuando van a la guerra[1].

Pensaba Alejandro fundar una ciudad a orillas del Tanais[4] y darle su mismo nombre, pues el lugar le

1 También en este libro cuarto reciben un tratamiento muy detallado las operaciones militares en todo lo referente a sus aspectos geográficos y topográficos, continuando así Arriano sus descripciones con gran precisión, a modo de los tratadistas de poliorcética.

2 En *Ilíada* XIII 6.

3 Q. Curcio, VII 6, 11, con nuevos detalles.

4 La actual Chojend fue la «última Alejandría». Ya hemos dicho que Alejandro heredó de su padre esta costumbre de dar nombre a las ciudades fundadas por él durante sus campañas. Cf. III 1, 5, y nota correspondiente.

parecía muy propicio para que la ciudad prosperase, muy idóneo su asentamiento ante un eventual ataque contra los escitas, y un buen bastión defensivo de la región contra las correrías de los bárbaros que habi-
4 taban el otro lado del río. Además, pensaba que la ciudad se haría importante por el número de colonos y el esplendor de su nombre. Mas, he aquí que los bárbaros de la orilla del río cogieron y dieron muerte a los soldados macedonios de la guarnición de algunas de sus ciudades, a las que acto seguido fortificaron con mayor celo a fin de procurarles una mayor
5 seguridad. En este levantamiento habían participado también muchos sogdianos, animados por el grupo que había detenido a Beso, hasta el punto de que incluso indujeron a hacer defección a algunos bactrianos, apro vechando no sólo el temor que éstos sentían ante Alejandro, sino que daban esta otra razón para ello, a saber, que Alejandro había convocado a los hiparcos de esta región a una asamblea en Zariaspa, la capital, reunión que, a buen seguro, no habría de reportarles nada bueno.

2 Al tener Alejandro conocimiento de todo esto, ordenó a su infantería que, compañía por compañía, construyera un número determinado de escaleras de asalto; mientras tanto, él continuó su avance hasta Gaza, que es la primera ciudad con que uno topa al salir del campamento. Según se decía, los bárbaros de la comarca se habían refugiado en siete ciudades vecinas;
2 dispuso por ello Alejandro que Crátero marchara a la más importante de ellas, llamada Cirópolis[5], que era donde se había congregado el mayor número de bárbaros, con orden de acampar cerca de la ciudad y levantar en su perímetro una trinchera, rodearla con

[5] En plena región sogdiana, muy próxima al extremo nororiental que Alejandro visitara.

una empalizada y montar todos los ingenios de guerra que fueran precisos, a fin de que los defensores de la ciudad estuvieran por completo pendientes de las maniobras de Crátero y se vieran imposibilitados de acudir en auxilio de las demás ciudades.

Alejandro, una vez en Gaza, y según venía en su ca- 3
mino dio una señal a sus hombres para atacar el muro (hecho de tierra y de no mucha altura) apoyando sobre él las escaleras de asalto por todo su perímetro. Simultáneamente al ataque de la infantería, los honderos, arqueros y lanzadores de dardos disparaban sus proyectiles contra los primeros defensores del muro, mientras las catapultas hacían lo propio, de modo que el muro quedó despejado de defensores en un momento a causa de la copiosa lluvia de proyectiles, con lo que la aproximación de los macedonios al muro y la fijación de las escaleras de asalto resultó tarea sumamente fácil. Siguiendo las órdenes de Alejandro, 4
dieron muerte a todos los hombres, raptaron a las mujeres y niños y se llevaron todo el botín.

A continuación marchó Alejandro a la segunda ciudad en importancia por el número de habitantes; de igual modo se apoderó de ella en ese mismo día, otorgando a sus ciudadanos idéntico tratamiento. Partió luego después a la tercera ciudad, capturándola al día siguiente al primer ataque. Mientras él llevaba a cabo 5
estas acciones con su infantería, despachó a los jinetes a otras dos ciudades vecinas, con el encargo de que vigilaran a sus habitantes a fin de evitar que éstos, informados de la captura de las otras ciudades cercanas y de la proximidad del avance de Alejandro, se dieran a la fuga y resultara difícil su persecución. Los hechos ocurrieron tal como él había supuesto, de modo que el envío de la caballería se produjo en el momento más oportuno. Efectivamente, los bárbaros que ocupaban 6
estas dos ciudades aún no tomadas, al ver el humo

que ascendía del incendio de las otras ciudades de su comarca, y ver cómo se iban congregando ante sus puertas algunos que habían conseguido huir de la destrucción de sus propias ciudades, llevando noticias de su captura, intentaron por su parte y a toda prisa abandonar también ellos mismos sus casas, pero fueron a caer en manos de la caballería macedonia que marchaba en perfecta formación, muriendo buen número de estos fugitivos.

*Captura de Ciropolis*

3 Tomó así Alejandro las cinco ciudades en dos días e hizo esclavos a sus moradores; a continuación se dirigió a la ciudad más importante de la región, Cirópolis. Era ésta una ciudad que contaba con una fortificación más elevada que las demás por haber sido fundada por el propio rey Ciro. La mayor parte, y precisamente los más belicosos de los bárbaros de la región se habían refugiado en ella, por lo que su captura se le presentaba a los macedonios muy difícil en un ataque abierto. Por ello, Alejandro pensó acercar los ingenios de guerra para derribar el muro y lanzar incursiones por aquellas partes del mismo en que progresivamente se fueran abriendo brechas.

2 Advirtió, sin embargo, Alejandro que los canales del río que atraviesa la ciudad sólo en épocas de crecida invernal estaban a la sazón secos, por lo que existía un hueco entre su lecho y los muros por donde podrían pasar los soldados al interior de la ciudad. Reunió, pues, a los de su guardia personal, a los hipaspistas, arqueros y agrianes, y aprovechando que los bárbaros estaban atentos a los ingenios de guerra y a las tropas que junto a ellos combatían, consiguió pasar desapercibido e introducirse por los canales acompañado primero de unos pocos hombres, para dar posterior aco-

gida al resto de sus tropas, tras serles franqueada desde dentro por el propio Alejandro las puertas de esta parte de la ciudad.

Cuando los bárbaros vieron que su ciudad estaba 3 tomada por los enemigos se volvieron contra los de Alejandro, produciéndose allí un violento combate en el que él mismo resultó herido por una piedra en la cabeza y en la pierna; también fue herido Crátero, al igual que otros muchos jefes, por los disparos de los arqueros, pero, aun así, desalojaron a los bárbaros de la plaza de la ciudad. Al mismo tiempo, los que asal- 4 taban el muro consiguieron apoderarse de él sin mayores dificultades, despejado como había quedado de defensores. En la toma de la ciudad perecieron unos ocho mil bárbaros, mientras que el resto (los combatientes allí reunidos llegaban hasta un total de quince mil hombres) se refugió en la acrópolis. Alejandro los cercó allí y mantuvo el cerco durante todo un día, al cabo del cual los refugiados se entregaron al carecer por completo de agua.

También al primer asalto tomó la séptima ciudad 5 de esta región; Tolomeo dice que sus habitantes se entregaron a Alejandro; Aristobulo, por contra, afirma que Alejandro la capturó por la fuerza, dando muerte a todos los que en ella encontró. Narra Tolomeo que Alejandro distribuyó a sus moradores entre los diversos cuerpos de su ejército, ordenando que permanecieran atados y vigilados mientras él siguiera en la región, de suerte que ninguno de los instigadores de la la sedición quedase en libertad.

En esto se presentó en las orillas del Tanais un 6 ejército de escitas del Asia, al haber tenido noticias muchos de ellos de que algunos bárbaros de este lado del río se habían sublevado contra Alejandro, en vista de lo cual pensaban unirse en el ataque contra las

fuerzas macedonias, si la revuelta contra Alejandro tomaba mayor consistencia[6].

Le llegaron también noticias de Espitamenes, que decía tener asediados en la acrópolis a las tropas que
7 Alejandro había dejado en Maracanda. Dispuso al punto que marcharan contra las fuerzas de Espitamenes, Andrómaco, Menedemo y Cárano, acompañados de sesenta jinetes de los Compañeros y los ochocientos mercenarios de Cárano, más un cuerpo de mil quinientos mercenarios. Mandaba este contingente el intérprete Farnuces, un hombre de origen licio, experto conocedor de la lengua de estos bárbaros y que había demostrado antes saber tratar con ellos convenientemente[7].

*Luchas con los escitas*

4 Mientras tanto, Alejandro fortificó con un muro por espacio de veinte días la ciudad en cuya fundación andaba ocupado, dando asentamiento en ella a los mercenarios griegos y a todos los bárbaros vecinos de la región que voluntariamente quisieran participar como colonos, a más de aquellas tropas macedonias inhábiles ya para el ejercicio de las armas. Organizó sacrificios a los dioses según el ritual y celebró un certamen ecuestre y gimnástico.

2 Contemplaba Alejandro cómo los escitas no sólo no se mantenían lejos de la orilla del río, sino que disparaban sus proyectiles contra la orilla macedonia aprovechando que el río es en esta parte bastante estrecho; algunos incluso le insultaban insolentemente, diciendo en lengua bárbara que no se atrevía a entablar batalla con ellos, y que en caso de hacerlo, ya aprendería cuán diferentes eran los escitas de los otros

---

[6] Detalles en Q. Curcio, VII 7, 1.

[7] Curcio sólo menciona a Menedemo, acompañado de tres mil soldados de infantería y ochocientos jinetes.

pueblos de Asia. Irritado extremadamente Alejandro por estas bravatas, decidió preparar las balsas de pieles para cruzar el río y cargar contra ellos, pero al llevar a cabo los sacrificios para iniciar la travesía, las víctimas no le fueron favorables. Difícilmente sobre- 3
llevaba Alejandro este contratiempo, mas se armó de paciencia y aguardó. Pero como los escitas no cejaban en su comportamiento, de nuevo hizo sacrificios para poder comenzar el ataque, y de nuevo[8] el adivino Aristandro le dijo que le indicaban algún peligro, a lo que Alejandro replicó que era preferible correr el mayor de los riesgos, a ser objeto de burla (cual le había ocurrido a Darío, padre de Jerjes[9]) por parte de los escitas; él, que había domeñado Asia casi en su totalidad. Aristandro manifestó que no era posible interpretar los sacrificios contra la evidencia de los signos del cielo por más que Alejandro deseara obtener de ellos mejores noticias[10].

Cuando Alejandro tuvo ya preparadas las balsas 4
para cruzar el río y sus tropas estuvieron formadas al completo con sus armas a la orilla del mismo, mandó que se diera la señal para que las catapultas dispararan contra los escitas que cabalgaban por la otra orilla, resultando alcanzados algunos por los proyectiles. A uno le atravesó un proyectil su escudo y su coraza de parte a parte, y cayó derribado de su caballo. Los escitas, aterrados ante la lluvia de proyectiles lanzados desde tan lejos, y al ver cómo uno de sus más bravos hombres moría, retrocedieron un poco, apartándose de la orilla. Al comprobar Alejandro que los bárbaros se 5
retiraban en desorden a causa de los proyectiles, hizo

[8] Leyendo *aûthis* con Castiglioni.

[9] Cf. HERÓDOTO, IV 122-142.

[10] Q. CURCIO, VII 7, 24, hace modificar a Aristandro la interpretación del oráculo.

sonar las trompetas para comenzar la travesía del río, yendo él mismo a la cabeza del resto de sus tropas. Ordenó que desembarcaran primero los arqueros y honderos, y que disparasen desde lejos sus armas contra los escitas a fin de impedir que éstos se pudieran acercar a la falange de infantería que aún estaba atravesando el río, antes de que toda su caballería hu-
6 biera cruzado. Una vez reunidas sus tropas en la otra orilla, lanzó contra los escitas una hiparquía [11] de mercenarios y cuatro escuadrones de lanceros [12]. Los escitas les hicieron frente y se dedicaban a dispararles sus proyectiles cabalgando en círculo a su alrededor, de tal suerte que consiguieron anular el ataque de las tropas macedonias, que eran inferiores en número y se veían enfrentadas ahora a un contingente más numeroso. Alejandro reforzó a continuación la caballería con los arqueros, agrianes y otras tropas de infantería ligera, bajo las órdenes de Bálacro, y los lanzó al ataque contra los escitas.

7 Cuando ambos contingentes se entremezclaron en la lucha, mandó que tres hiparquías de los Compañeros y todo el cuerpo de lanzadores de dardos a caballo arremetieran contra los enemigos. Él mismo, al frente del resto de la caballería cargó a toda marcha contra los escitas con sus escuadrones en orden de columna. Los escitas ya no pudieron continuar cabalgando en círculos como hasta entonces. En efecto, fueron atacados simultáneamente por la caballería macedonia y la infantería ligera que a ellos se habían unido, impidién-
8 doles continuar sus circunvalaciones en seguridad. Al poco tiempo los escitas se dieron ya abiertamente a la

[11] El empleo aquí del término hiparquía, al igual que en III 29, 7, no corresponde a un uso técnico y preciso, pues designa un contingente de caballería bajo las órdenes de un comandante.

[12] Son el cuerpo de caballería equipado con la sarisa.

huida[13]. Murieron unos mil, con uno de sus jefes al frente, Satraces, resultando capturados unos 150 hombres. La persecución resultó difícil y agotadora a causa del mucho calor, que provocaba en el ejército una angustiosa sed, y hasta el mismo Alejandro bebía indiscriminadamente del agua que en su camino se encon-
traba. En efecto, el agua era insalubre, lo que le originó 9
una incesante afección diarreica. Por este motivo se desistió de perseguir a todas las tropas escitas. De no haber sido por ello, yo creo, todos hubieran perecido en aquella huida, si la salud de Alejandro no se hubiera resentido. Llegó Alejandro a caer enfermo de cierta gravedad, por lo que hubo de ser retirado al campamento. Fue así como se cumplió la profecía de Aristandro.

Poco después se presentaron ante Alejandro unos 5
embajadores del rey de los escitas[14], comisionados para presentar excusas por lo ocurrido, ya que en ello no había participado todo el pueblo escita, sino que se había tratado de una escaramuza de gente dedicada al saqueo, en plan bandidos, y que el propio rey se ofrecía como garante de estas excusas. Alejandro le contestó amigablemente, ya que si desconfiaba del rey no le parecía honesto no reemprender el ataque, pero era consciente de no ser el momento más oportuno para poder hacerlo.

Por su parte, los macedonios que habían quedado 2
sitiados por las tropas de Espitamenes en la acrópolis de Maracanda[15], al producirse el ataque de éstos salieron resueltamente, dando muerte a algunos de los si-

---

13 Sobre la táctica de estas escaramuzas, cf. J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958, páginas 236-241; también puede confrontarse con el testimonio de Curcio, VII 7, 1-9.

14 Q. Curcio, VII 9, 17.

15 Unos mil hombres, según el relato de Curcio.

tiadores, y consiguiendo que todos los demás retroce-
3 dieran regresaron ellos indemnes a la acrópolis. Cuando Espitamenes tuvo noticias de que las tropas enviadas por Alejandro a Maracanda estaban ya próximas a la ciudad, abandonó el asedio a la ciudadela y se retiró a la residencia real[16] de Sogdiana. Farnuces y sus oficiales se apresuraron a expulsarlo de la región y, persiguiéndolo en su huida hacia las montañas de Sogdiana, llegaron a entrar en combate con los escitas nómadas, sin saber el riesgo que con esta acción corrían.

4 Espitamenes, después de haber recibido seiscientos jinetes escitas como refuerzos, reavivó su ánimo para hacer frente junto a sus aliados a sus perseguidores macedonios, para lo cual dispuso su ejército en un lugar llano, próximo al desierto escita. Su plan no era aguardar a los enemigos ni iniciar él el ataque, sino que su caballería, maniobrando en círculos, disparara sus proyectiles sobre la falange de infantería macedo-
5 nia. Cuando las fuerzas de Farnuces cayeron sobre los escitas, éstos se dieron a la fuga inmediatamente, y consiguieron ponerse a salvo con gran facilidad, ya que sus caballos eran más veloces al estar más descansados, mientras que la caballería de Andrómaco daba evidentes síntomas de agotamiento debido a la ininterrumpida cabalgada hasta llegar allí y la escasez de forraje que ya se hacía sentir. Sin embargo, si las tropas de Farnuces se detenían o retrocedían, los escitas les ataca-

16 Mantenemos la lectura de los códices, *basíleia,* corregida por Polak, Roos, en *bóreia.* El error se debe, al parecer, a que se nos dice que ante la llegada de Farnuces a Samarcanda, Espitamenes abandonó el sitio sobre ésta y se retiró a la «residencia real» de Sogdiana. Ahora bien, se trata de que Samarcanda es, precisamente, la capital de Sogdiana, y de ahí que algunos editores hayan enmendado el texto transmitido, inventando un «*bóreia*» («en la región norte»).

ban con plena decisión. Muchos resultaron alcanzados 6
por las flechas y encontraron así muerte segura. Los oficiales retiraron a sus hombres a una altiplanicie cuadrada en dirección al río Politimeto, donde había un pequeño soto, de suerte que los escitas no podían ya acertarles con sus disparos, mientras que ellos sí podían servirse de su infantería con mayor provecho frente a los escitas.

Cárano, comandante de caballería, intentó atravesar 7
el río, a fin de poner a buen recaudo a sus hombres, sin informar de ello a Andrómaco. Acto seguido fueron tras ellos los hombres de infantería, sin autorización de nadie, produciéndose un desordenado y peligroso descenso hacia el río por sus escarpadas riberas.
En seguida se percataron los bárbaros del error en 8
que habían incurrido estos macedonios, por lo que se lanzaron de aquí y de allá sobre ellos a interceptarles el paso con su caballería. Unos presionaban sobre las tropas macedonias que habían ya cruzado el río y se alejaban de la orilla; otros, colocados frente a frente a los que aún hacían la travesía, cargaron sobre éstos; otros les disparaban sus flechas cogiéndoles de costado, mientras otros, finalmente, caían sobre los que aún estaban embarcados, de suerte que los macedonios, constreñidos por situación tan apurada, buscaron común refugio en un islote del río. Los escitas y las tropas de Espitamenes les rodearon con su caballería, alcanzándoles con sus disparos. Cogieron algunos prisioneros, a los que luego dieron muerte [17].

[17] Sea ésta la versión correcta, sea la que a continuación nos narra Aristobulo, no es menos cierto que éste fue un serio revés sufrido por las tropas de Alejandro, cuya responsabilidad debió de alcanzar, incluso, al propio Rey. Cf. J. R. Hamilton, *Alexander the Great*, Londres, 1973, pág. 99; además, Curcio, IV 7, 30.

*Serio revés macedonio frente a los escitas*

6 Aristobulo cuenta en su relato, sin embargo, que la mayor parte de este ejército macedonio pereció en una emboscada. En efecto, los escitas se habían ocultado en un bosquecillo y desde este escondrijo se lanzaron en plena acción contra los macedonios.

Fue en estos momentos cuando Farnuces transmitió el mando a los macedonios que le habían acompañado, ya que él era un hombre que carecía de experiencia en el mando militar, y había sido enviado por Alejandro más en calidad de intérprete, capaz de entablar unas conversaciones orientadas a negociar con los bárbaros, que como jefe que dirige una acción militar; por lo demás, los otros eran macedonios, y aun
2 Compañeros del rey. Sin embargo, Andrómaco, Cárano y Menedemo no querían aceptar los poderes que se les transmitían, de un lado, porque no querían dar la impresión de que ellos, por propia iniciativa, alteraban las órdenes de Alejandro; de otro lado, porque no estaban dispuestos a hacerse cargo del mando en un momento de crisis, no fuera que en caso de fracaso aparecieran ellos como causantes del mismo, no sólo a título personal, sino responsables de haber sido los que condujeron al desastre en su conjunto. En medio de este confusionismo y desorden les atacaron los bárbaros, causando la destrucción total entre ellos, de suerte que fueron no más de cuarenta los jinetes que se salvaron, y tan sólo unos trescientos soldados de infantería[18].

3 Al tener Alejandro noticias del desastre, y apenado por la desgracia de sus soldados, decidió ponerse en camino a toda prisa contra Espitamenes y sus tropas

[18] Las pérdidas pueden cifrarse en dos mil infantes y unos trescientos jinetes.

de bárbaros. Reclutó a la mitad de la caballería de 4
los Compañeros, a todos los hipaspistas, arqueros y
agrianes, y la infantería ligera de la falange, poniéndose
con ellos camino hacia Maracanda, adonde, según
sus noticias, había vuelto Espitamenes para poner sitio
de nuevo a los refugiados en la acrópolis. Alejandro
recorrió mil quinientos estadios[19] en tres días, llegando
a la ciudad al amanecer del cuarto. Espitamenes y
sus tropas, enterados de que Alejandro se aproximaba,
no lo esperaron, sino que huyeron abandonando
la ciudad. Alejandro no cesó de perseguirlos, y al lle- 5
gar al lugar donde se había desarrollado el combate,
dio sepultura a sus soldados muertos con el máximo
boato que las circunstancias permitían, y continuó su
persecución tras los fugitivos hasta el desierto. Dióse
luego la vuelta devastando todo el territorio y mató
a todos los bárbaros que se habían refugiado en las
fortificaciones, ya que tenía noticias de que también
éstos habían participado en el ataque contra los macedonios.
Recorrió, así, todo el territorio que riega el 6
río Politimeto[20]. El territorio se vuelve desértico justo
allí donde el agua del río desaparece en la arena, cosa
que ocurre a pesar de ser río muy caudaloso. También
hay más ríos que desaparecen en aquella región, y aun
río grandes y que no están sometidos a estiaje, así el
Epardo, que fluye por la tierra de los Mardos; el Ario,
epónimo de la región de Aria, y el Etimandro, cuyas
aguas discurren por el territorio de los Evergetas[21].

---

19 Unos doscientos setenta kilómetros en tres días y una noche; cf., al respecto, C. Neuman, «A Note on Alexander's March-Rates», *Historia* 20 (1971), 196 ss., en respuesta a R. D. Milns, «Alexander's pursuit of Darius through Iran», *Historia* 15 (1966), 256 ss., que critica, a su vez, a Tarn, *CAH* 6, 385.

20 Actual Zarafshan.

21 Son los ariaspas, llamados Benefactores (III 27, 4) a raíz de haber acudido en socorro de Ciro, el hijo de Cambises, en su expedición contra los escitas.

Todos estos ríos son de gran importancia, y ninguno de ellos es menor que el Peneo, que es un río de Tesalia que atraviesa el Tempe antes de desembocar en el mar. Por su parte, el Politimeto es mucho mayor que este río Peneo.

*Castigo de Beso*

7 Tras llevar a cabo cuanto se lleva dicho, Alejandro regresó a Zariaspa, donde iba a permanecer hasta que pasara lo más crudo del invierno[22]. Estando allí se presentaron ante él Fratafernes, sátrapa de Partia, y Estasanor, que había ido a Aria para detener a Arsaces, a quien trajo encadenado al igual que a Brazanes, nombrado por Beso sátrapa de Partia, y a algunos otros que habían participado en la insurrección de
2 Beso. También comparecieron en este momento Epocilo, Melanidas y Tolomeo, general tracio, venidos todos ellos de la costa. Fueron éstos los que habían escoltado hasta el mar el tesoro enviado con Menes y al contingente de tropas aliadas. Al poco aparecieron Asandro y Nearco, al frente de un cuerpo de mercenarios griegos, y también Beso[23], el sátrapa de Siria, y el gobernador[24] Asclepiodoro, ambos con sus respectivos hombres, venidos también de la costa.

3 Convocó allí Alejandro una junta e hizo comparecer ante los presentes a Beso, a quien Alejandro acusó de

[22] Durante el invierno del 329/328.

[23] El nombre de «Beso» es aquí una corrupción. Para obviar el error se han propuesto diversas enmiendas (Menón, por ejemplo, defendido por Bosworth, «Error's in Arrian», *Class. Quarterly* [1976], 119-125; Menes, que mereció el beneplácito, aunque no definitivo, de Brunt). Cf. también Tarn, *Alexander the Great*, Cambridge, 1948, vol. II, págs. 179-180.

[24] Traducimos *hýparchos* por «gobernador»; no debe confundirse con «hiparco» = *hípparchos*. Por lo demás, no sabemos si en este pasaje el término griego traduce el correspondiente indio o persa. Ordinariamente, este gobernador acepta el nombre de su región: Abisares/Abisara, Poro/Paurava, Taxiles/Taxila, etc.

haber traicionado a Darío, por lo que dispuso le fuera cortada la punta de la nariz y los extremos de las orejas, para ser posteriormente enviado a Ecbatana a morir ante la asamblea de los medos y persas[25].

Por mi parte, yo no apruebo[26] esta modalidad de 4
extrema venganza en la persona de Beso, antes bien, la mutilación de las orejas la tengo por cosa propia de bárbaros y nada elogiable[26], y confieso que Alejandro se sintió atraído a imitar el tipo de vida opulenta de medos y persas y los hábitos de la realeza bárbara, tan dada a distanciar sus hábitos de los de sus súbditos. En modo alguno puedo aprobar[26] tampoco, por muy descendiente de Heracles que sea, que decidiera trocar la vestimenta tradicional macedonia por la de los medos, ni el gorro con que él en vencedor se tocaba desde hacía tiempo, por la tiara de los vencidos persas.

Entiendo yo que el gran éxito de Alejandro es la 5
mejor prueba de que ni la fuerza física, ni el ser de noble familia, ni tener continuados éxitos en la milicia, aun mayores que los de Alejandro (incluso quien pensara, después de navegar por toda Libia, someter —como intentaba Alejandro— todo el Asia, o pretendiera hacer de Europa el tercer continente sometido a sus dominios para añadirlo a los de Asia y Libia) contribuyen más a la felicidad del hombre, si no le ayuda ello a ser más sensato y controlarse a sí mismo, aunque se sea, como parece, autor de grandes y magníficas hazañas[27].

---

25 Sobre estos bárbaros, sus costumbres, hábitos, etc., cf. HERÓDOTO, III 154.

26 Es un ejemplo de epanalepsis, rasgo característico del estilo de Arriano (tal vez, influencia herodotea), motivo por el que mantenemos en nuestra traducción la redundancia que se advierte. Paralelo es III 18, 12.

27 Estos juicios de ARRIANO aparecen preteridos «por razones políticas», más adelante, en VII 29, a cuyo comentario remitimos.

8 *Alejandro mata a Clito*

Creo que no está fuera de lugar referir ahora la tragedia de Clito, hijo de Dropides, y el pesar que ello originó en Alejandro, aunque el suceso ocurrió algo más tarde[28]. Ocurrió así: celebraban los macedonios, un día al año, la festividad de Dioniso, en que Alejandro tenía
2 por costumbre ofrecerle un sacrificio. Parece que en ese año Alejandro desatendió la celebración en honor de Dioniso y se decidió a sacrificar, no sabemos por qué razón, a los Dioscuros. Durante la celebración de la fiesta se estuvo bebiendo durante largo rato (y es que Alejandro ya había adquirido por entonces el hábito de beber a la usanza bárbara[29]) y, en el curso de la charla y mientras se seguía bebiendo, se suscitó el tema de los Dioscuros, y cómo la paternidad de éstos se le había asignado a Zeus en detrimento de Tindáreo.
3 Algunos de los presentes intentaban adular a Alejandro (son estos hombres que por siempre existieron y existirán, y que con sus intrigas perjudican las decisiones reales)[30] diciendo que no podía ni compararse a Cástor y Pólux con Alejandro y sus hazañas. Hubo algunos incluso que no respetaron en medio de la orgía ni siquiera la figura de Heracles. Es la envidia, decían, la que impide que a los vivos se les tributen y reconozcan los honores que les son debidos por parte de los demás.

---

28 Además de en este pasaje, la muerte de Clito aparece en Q. Curcio, VIII 1, 2; Plutarco, *Alejandro*, 50, 1. Cf. al respecto T. S. Brown, «Callisthenes and Alexander», *AJP* 70 (1949), 225-248, recogido luego por Griffith, *Main Problems*, 40 ss.

29 Sin caer en las exageraciones de la Nueva Comedia, sí parece cierto que el ejército de Alejandro y él personalmente se aficionaron a la bebida; pese al piadoso atenuante de Tarn: «the dry climate of Turkestan, and the bad water induced in the army much use of strong native wine».

30 Cf. II 6, 4; VII 12, 5, y 29, 1.

Clito ya se había mostrado desde hacía tiempo molesto por esta desviación de Alejandro hacia las costumbres bárbaras, así como por la presencia de estos aduladores que con sus palabras le lisonjeaban. Pero fue en este momento cuando, estimulado por el vino, manifestó que no estaba dispuesto a permitir insolencias contra la divinidad, ni a que las hazañas de los antiguos héroes quedaran preteridas para atribuir a Alejandro honores inmerecidos, pues las hazañas de Alejandro ni eran tan grandes ni tan admirables como aquéllos ensalzaban, ni las había llevado a cabo él sólo, antes bien eran común patrimonio de la mayor parte del pueblo macedonio. Al oír todo esto, Alejandro se irritó sobremanera. 4 5

Fueron, desde luego, palabras que yo no puedo aprobar, pues considero que cuando se está bebido es conveniente que cada cual sepa guardar silencio y no sumarse a lo que otros dicen por adulación.

Cuando algunos de los presentes recordaron, injustamente y sólo por lisonjear a Alejandro, que las hazañas de Filipo no habían sido tan grandes ni portentosas, Clito, fuera de sí al oír ya esto, empezó a elogiar a Filipo al tiempo que se daba a lanzar infundios contra Alejandro y sus obras. Bajo los influjos del vino Clito denostaba por todo a Alejandro, espetándole que él mismo le había salvado la vida en cierta ocasión, durante el combate contra la caballería persa en Gránico. Aún más, levantó su mano derecha altaneramente gritando: «Esta mano fue la que a ti, Alejandro, te salvó en aquella ocasión»[31]. Alejandro ya no aguantó más la borracha insolencia de Clito, y se lanzó sobre él en un ataque de ira, pero fue interceptado por los compañeros de fiesta. Clito no cesaba de comportarse 6 7

[31] Cf. I 15, 8.

insolentemente, por lo que Alejandro requirió a los hipaspistas[32], mas al no obedecerle ninguno, exclamó:
8 «He llegado a la misma situación que Darío, cuando fue detenido y conducido prisionero por Beso y sus secuaces. No tengo de rey más que el nombre.»

Los Compañeros se vieron entonces incapaces de contenerle, ya que, según dicen algunos, dio un gran salto y arrebató a uno de los de su guardia personal su lanza y golpeó con ella a Clito hasta matarlo; según otros fue con una sarisa de uno de la guardia.

Aristobulo no nos cuenta cómo se originó esta pendencia de borrachos, pero afirma que la falta estuvo en Clito, pues cuando ocurrió el ataque de ira en que Alejandro se abalanzó sobre él para matarlo, Clito fue expulsado del recinto y fuera de los muros de la acrópolis (donde tuvo lugar el incidente) a manos de Tolomeo el hijo de Lago, uno de la guardia personal de Alejandro, pero Clito no supo contenerse y regresó[33] sobre sus pasos al lugar de la pendencia, topándose con Alejandro que llamaba a Clito por su nombre, a lo que éste contestó: «Aquí estoy yo, Clito, a quien tú

---

[32] Tal vez, en propio dialecto macedonio.

[33] Cantando, al parecer, los vv. 693 ss. de *Andrómaca*: «¡Ay de mí! ¡Qué mala costumbre hay en la Hélade! Cuando un ejército erige trofeos sobre los enemigos, no se considera esta hazaña propia de los que se esfuerzan, sino que quien consigue el renombre es el general, el cual blande su lanza como uno más entre otros muchísimos y, a pesar de no hacer nada más que ninguno, obtiene mayor fama. Arrogantes, instalados en sus cargos por la ciudad se creen más importantes que el pueblo, cuando no son nadie.» (Traducción de J. A. López-Férez, *Eurípides. Tragedias*, vol. I, Madrid, 1977, pág. 414.) Cf., al respecto, el comentario de A. Aymard, «Sur quelques vers d'Euripide qui poussèrent Alexandre au meurtre», publicado primero en *Mélanges H. Grégoire*, 1949, y luego, en *Études d'Histoire Ancienne* (París, 1967), 51-72; así como, en la misma idea, H. U. Instinsky, «Alexander, Pindar, Euripides», *Historia* 10 (1961), 250-253.

llamas, Alejandro.» En este momento le asestó Alejan-
dro un golpe con la sarisa y lo mató.

*Pesar de Alejandro por la muerte de Clito*

Yo reprocho con firmeza a Cli- 9
to su insolencia para con el rey,
al igual que lamento el infortu-
nio de Alejandro, que se mostró
en esta ocasión dominado por
dos vicios, la cólera y la bebida, por ninguno de los
cuales está bien que un hombre sensato sea dominado.
Pero he de elogiar a Alejandro por lo que a continua- 2
ción ocurrió, al reconocer acto seguido que había obra-
do horriblemente. Dicen algunos que Alejandro apoyó
la sarisa contra la pared dispuesto a espetarse en ella,
ya que no le parecía medianamente honroso seguir
viviendo después de haber dado muerte a un amigo
bajo los efectos del vino.

Es cierto, sin embargo, que la mayoría de los his- 3
toriadores cuentan otra versión bien distinta, según la
cual Alejandro marchó a su cama y en ella se postró
llorando, llamando por su nombre a Clito y a su her-
mana, Lanice[34], hija de Dropides, que le había criado
a él. ¡Con qué favor le pagaba, ahora que él se había 4
hecho un hombre, a ella que le había criado. A ella
que había visto cómo sus hijos encontraron la muerte
por defender a Alejandro, y se enteraba ahora de que
éste había dado muerte con sus propias manos a su
hermano!

No cesaba Alejandro de llamarse asesino de su
amigo y, durante tres días, rehusó comer y beber, aban-
donando incluso su cuidado personal.

En esta ocasión algunos adivinos entonaron «la có- 5
lera de Dioniso» ante la negligencia de Alejandro hacia
Dioniso. A duras penas pudieron convencerle los Com-
pañeros para que tomara alimento y cuidara su pre-

34 En Q. Curcio, VIII 1, 21.

sencia corporal. Finalmente, ofreció a Dioniso el sacrificio debido, ya que se sentía proclive a imputar el pasado infortunio más a la cólera del dios que a su
6 propia maldad. En esto apruebo sin reservas la conducta de Alejandro, toda vez que no hizo alardes de su mal proceder, ni tomó el papel de campeón y abogado de mayores actos de maldad, sino que admitió haber errado como mortal que era [35].

7 Dicen algunos que el sofista Anaxarco [36] fue requerido para que con su presencia consolara a Alejandro. Encontró a éste sobre la cama, gimiendo, y le dijo sonriéndole: «¿No sabes por qué los hombres sabios de antaño consideraron a la Justicia compañera de sede de Zeus? Ello es porque todo lo que de parte de Zeus [37] se lleva a su cumplimiento es ejecutado con Justicia. Pues bien, de igual modo deben considerarse justos todos los actos de un gran rey, en primer lugar por el propio rey y, luego, por todos los demás hombres.»

8 Parece que estas palabras consolaron a Alejandro de momento, aunque yo creo que provocaron en él un gran daño, mayor incluso que la aflicción que entonces sufría, si es verdad que consideraba opinión propia de un hombre sabio eso de que no es obligación de un rey previsor adecuar todas sus acciones a la Justicia, sino que hay que considerar justo cualquier cosa ejecutada por un rey de cualquier modo.

9 Lo cierto es que prevaleció la versión de que Alejandro era partidario de la *proskýnesis* [38], por subsistir

---

[35] Cf. VII 29, 2.

[36] Natural de Abdera, preceptor y maestro del escéptico Pirrón.

[37] La vinculación entre Justicia y Zeus se remonta a Hesíodo, *Obras*, 256 ss.

[38] El complejo tema de la consideración divina de la figura de Alejandro no puede ser abordado en una nota sin tener que

la idea de que su padre fue Amón y no Filipo[39], al igual que empezaba a manifestar su clara admiración por

---

simplificar la cuestión, de modo que vamos a centrar el tema en tres puntos importantes:

1. La consulta de Alejandro al oráculo de Amón.
2. La implantación de la *proskýnesis*.
3. La exigencia de que se le tributen honores divinos por parte de las ciudades griegas a partir del año 324.

Como se comprenderá estos problemas no tienen importancia sólo para Alejandro y su época, sino que van a trascender a toda la época imperial romana.

1. *La consulta de Alejandro al oráculo de Amón.* — Los verdaderos motivos de esta consulta aún aparecen poco claros para nosotros; se ha hablado de las convicciones religiosas de Alejandro, pero también se ha hecho de un sentimiento más racionalista de oportunismo político, como móviles contradictorios. Hemos de pensar, sin duda, que en el proceso de divinización de Alejandro influyeron, junto a sus motivos o intereses personales, las propias costumbres, instituciones y creencias de Egipto. Así lo demuestra G. MASPERO en su trabajo «Comment Alexandre devint dieu en Égypte», *Ann. de l'Écol. Pratt. des Haut. Étud.*, 1897, págs. 5-30; en la misma línea insistía G. RADET, «Le pelerinage au sanctuaire d'Ammon», *Rev. Étud. Anc.* 28 (1926), 213-240, quien, tras analizar la cuestión desde un punto de vista múltiple, psicológico, geopolítico, religioso e, incluso, genealógico, llega a estos resultados: Alejandro utilizó el afamado y generalizado prestigio de este oráculo egipcio para reafirmar y justificar su política internacional y su vinculación a la divinidad; para afianzar sus insaciables esperanzas de conquista, y para exculpar, finalmente, a su madre de las recriminaciones y maledicencias populares. Tres, pues, fueron para Radet las respuestas del oráculo a Alejandro: la confirmación de su ascendencia divina, de su soberanía mundial y de su invencibilidad. Para V. Ehrenberg, en cambio, merece la pena considerar esta consulta a Amón bajo el prisma del sincretismo religioso, en tanto que Zeus-Amón era un dios grecoegipcio que hizo a Alejandro el encargo de fusionar ambas culturas. Más pragmático parece U. WILCKEN, «Alexanders Zug in die Oase Siwa», *SB Berlin* (1928), 576-609, según el cual Alejandro acudió al oráculo simplemente a consultar y prever su futuro (críticas le hicieron H. BERVE *Gnomon* [1929], 370-386, y luego E. BRECCIA, *Bulletin de la Société Archeologique* 25

los vestidos persas y medos, a los que ya había cambiado, lo mismo que en todo lo referente a las nuevas

---

(1930), 152-161, y 26 [1931], 355 ss.). Podríamos continuar repasando las diversas teorías a propósito de esta cuestión, tarea de la que nos exime el excelente capítulo que le ha dedicado al tema J. Seibert, *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972, (a partir de aquí citado sólo por el nombre del autor), en sus páginas 116-125. Terminaremos recogiendo la opinión de C. B. Welles, quien relaciona la visita al oráculo con la fundación de la ciudad de Alejandría, en «The discovery of Sarapis and the foundation of Alexandria», *Historia* 11 (1962), 274 ss.

2. *La implantación de la «proskýnesis».* — Es ésta una palabra que ha hecho escribir largo y tendido. La institución es una costumbre persa que obliga a todos los que se hallan en presencia del rey a postrarse ante su persona, aunque para los persas no parece que ello implicara veneración al rey, a quien no consideraban un dios. Es, más bien, un acto de vasallaje debido al monarca como reconocimiento de su superior rango. Para griegos y macedonios, por contra, que sólo se postraban ante la divinidad, el acto de la *proskýnesis* implicaba veneración como a una divinidad. Hemos de pensar que si Alejandro adoptó esta costumbre fue para que los persas y macedonios unificaran su ceremonial respecto a la figura del rey, aunque este acto tuviera, en cada caso, una significación parcialmente distinta. La bibliografía es inmensa, pero muy selectivamente: J. P. V. D. Balsdon, «The Divinity of Alex. the Great», *Historia* 1 (1950), 363-388 (= Griffith, *Alexander the Great. The Main Problems,* Cambridge, 1966, págs. 179 ss.); T. S. Brown, «Callisthenes and Alexander», *Am. Jour of Philol.* 70 (1949), 225-248; R. L. Fox, *Alexander the Great,* Londres, 1973, págs. 23 y sigs., con bibliografía; una lámina, la XXX, nos da una imagen gráfica de la ceremonia, en Olmstead, *History of the Persian Empire,* Chicago, 1948; J. Horst, *Proskynein. Zur Anbetung im Urchristentum nach ihrer religionsgeschichtlichen Eigenart. Neutestamentliche Forschungen,* 3, Gütersloh, 1932; R. G. Richards, «Proskynein», *Class. Rev.* (1934), 168-170; L. R. Taylor, «The proskynesis and the hellenistic ruler culte», *Jour. of Hell. St.* (1927), 53-62; B. M. Marti, «Proskynesis and adorare», *Language* 12 (1936), 272-282; G. Meautis, «A propos de la proskynèse», *Rev. Ét. Anc.* (1942), 304-308; F. Altheim, «Proskynesis», *Paideia* 5 (1950), 307-309); A. Delatte, «Le baiser, l'agenouillement et le posternement de l'adoration chez les Grecs»,

modas en el atavío; tampoco carecía por este tiempo de aduladores pendientes de él en todo, menester en el que sobresalían especialmente dos sofistas que formaban parte de sus tertulias, Anaxarco, y el poeta épico Agis, natural de Argos.

*Calístenes*

Según se cuenta, el olintio Ca- 10
lístenes, que había asistido a las charlas de Aristóteles y que era hombre de carácter un tanto rudo, no aprobaba en absoluto este proceder de Alejandro, opinión ésta que yo comparto con Calístenes, aunque no me parezca razonable su afirmación (si es verdad que la hizo así) de que Alejandro y sus hazañas deben su celebridad al relato que de ellas hiciera el propio Calístenes. No se trataba, de- 2
cía, de que él hubiera ganado fama por Alejandro, sino que más bien fue él quien hizo célebre a Alejandro ante los hombres. Y si a los ojos de los hombres Alejandro participaba de naturaleza divina no se debía ello a las invenciones que sobre su nacimiento había tramado Olimpíade, sino que era por lo que él había escrito y divulgado entre los hombres acerca de la figura de Alejandro.

Cuentan algunos la siguiente anécdota: preguntó Fi- 3
lotas a Calístenes en cierta ocasión qué ciudadano ateniense merecía su más alta estima. «Harmodio y Aristogitón —le contestó—, por haber dado muerte a uno

---

*Académie Royale de Belgique. Bull. Class. des Lettres et des Sciences Morales et Politiques* (1951), 423-450; E. VISSER, «The divinity of Alexander and the proskynesis», *Atti del 8 Congresso Inter. di Storia delle Religioni,* Roma, 1955 (1956), págs. 321 y sigs.; E. J. BICKERMANN, «À propos d'un passage de Chares de Mytilène», *La Par. del Pass.* 18 (1963), 241-255.

3. *La exigencia de reconocimiento divino a Alejandro.* — Sobre esto, cf. un breve resumen en J. SEIBERT, págs. 192 y sigs.

[39] Cf. VII 29, 3, y 30, 2.

de los dos tiranos y haber acabado con la tiranía»[40]. De nuevo le preguntó Filotas, inquiriendo si a un tiranicida le sería posible encontrar asilo político en algún lugar de Grecia, a lo que Calístenes habría con-
4 testado: «De no encontrarlo en otra parte, al menos entre el pueblo ateniense sí le sería posible, pues ya ellos en tiempos lejanos habían defendido a los hijos de Heracles contra Euristeo, tirano a la sazón en Grecia.»

5 También corre por ahí el siguiente relato a propósito de la oposición que Calístenes manifestaba frente a Alejandro sobre la *proskýnesis*: convinieron Alejandro, los sofistas y los más ilustres persas y medos de sus tertulias traer a colación este tema en el trans-
6 curso de una de sus charlas[41]. Comenzó la argumentación Anaxarco, haciendo ver cómo Alejandro debía ser considerado con mayor justicia un dios que el propio Dioniso o Heracles[42]. Y ello, no tanto porque

---

[40] Hiparco murió asesinado en el 514, y su hermano Hipias tuvo que salir de la ciudad en el 510. Cf. TUCÍDIDES, VI 54, 9.

[41] El relato tal vez no sea más que la versión literaria dada en ese momento, aunque sí refleja bien la controversia que suscitó el tema de la *proskýnesis*. La bibliografía es, igualmente, copiosísima; cf. C. A. ROBINSON, Jr., «The arrest and death of Callisthenes», *Trans. and Proc. of the Am. Philol.* 62 (1931), y T. S. BROWN, «Callisthenes and Alexander...», 225-248.

[42] La vinculación y paralelismos entre Alejandro-Dioniso por una parte, y Alejandro-Heracles por otra, es un aspecto bien conocido gracias a los trabajos (dejo aparte las obras más generales de Berve, Neuffer, Mederer, Radet, etc., sobre los cuales, cf. J. SEIBERT, pág. 204) de R. VALLOIS, «Alexandre et la mystique dionysiaque», *Rev. Ét. Anc.* (1932), 81 ss.; J. TONDRIAU, «Alexandre le Grand assimilé à différentes divinités», *Rev. de Philol.* (1949), 41-52; J. SERVAIS, «Alexandre-Dionysos et Diogène-Sarapis», *An. Class.* (1959), 98-106; S. S. HARTMANN, «Dionysos and Heracles in India according to Megasthenes: a counter-argument», *Temenos* 1 (1965), 55-65. — Para las relaciones Alejandro-Heracles: A. R. ANDERSON, «Heracles and his sucessors», *Harv. St. in Class. Philol.* (1928), 12-19, y J. TONDRIAU, «Héracles,

las hazañas de Alejandro fueran mayores y más numerosas, sino porque Dioniso era tebano, sin parentesco por tanto con los macedonios, y Heracles un argivo, también extraño a la estirpe macedonia, a no ser por la línea de parentesco con Alejandro, ya que éste era descendiente de Heracles.

De otra parte, lo más justo parecía ser que los ma- 7
cedonios honraran con honores divinos a su propio rey, pues no había la menor duda de que así harían cuando él no estuviera ya en este mundo, y que por tanto ¿cómo iba a ser más justo que le honraran como a un dios cuando hubiera muerto (cuando ya no obtendría de ello provecho alguno) que ahora que aún vivía?

*Discurso de Calístenes contra la «proskýnesis»*

Una vez que Anaxarco expuso 11
su argumentación de la manera que he dicho, los que compartían sus mismos puntos de vista elogiaron su exposición, manifestando su voluntad de que se instaurara la *proskýnesis;* en cambio, los macedonios, en su mayor parte irritados con la argumentación, guardaban silencio. Tomó entonces la palabra Calístenes y dijo[43]:

«Anaxarco, de ningún honor que atribuible sea a un 2
hombre declaro yo indigno a Alejandro; pero son muchos los medios de distinguir qué honores son propios del hombre y cuáles han reservado los hombres a los dioses. A los dioses se les erigen templos e imágenes, se les reservan bosques sagrados, a ellos se les sacrifica, y en su honor se celebran libaciones y se componen himnos; a los hombres, en cambio, corresponden los elogios. Mas en modo alguno esta costumbre de la *proskýnesis* es cosa insignificante[44].

---

Héraclides et autres émules du Héros», *Instit. Lombar. di Sc. e Lett.* (1050), 397-406.

[43] Sobre los discursos, cf. nuestra nota a V 25, 3.

[44] Ya queda dicho (cf. vol. I, *Introducción*, n. 52, y vol. II,

3 »Los hombres, al saludarse se dan un beso de amistad; pero si la *proskýnesis* se reserva a la divinidad como máximo honor es porque se trata de algo que está por encima de nosotros y no nos es lícito ni siquiera tocarlo; también en su honor se organizan los coros y se entonan peanes. Nada hay de extraño en ello, cuando ni siquiera los dioses todos reciben idénticos honores. Es más, por Zeus, hasta los héroes re-
4 ciben honores distintos del de los dioses. No parece, pues, adecuado confundir todo esto y ensalzar a los hombres a una dignidad excesiva, exagerando sus honores, para aminorar (en la medida en que los hombres pueden influir en esto) la honra de los dioses hasta niveles inadecuados, queriéndolos igualar a los hombres.

5 »Alejandro no consentiría, desde luego, que ningún particular accediera a los honores reales por elección o votación injusta; por ello parece que con mayor razón sientan aversión los dioses contra cualquier hombre que buscara para sí acceder a los honores divinos, o que consintiera que otros le otorgaran y reconocieran dichos honores. Alejandro es, y así se le considera además con toda razón, el mejor de los hombres, el más regio rey, y el general más valeroso de todos los
6 generales. Y era a ti, antes que a ningún otro, Anaxarco, a quien correspondía ser el promotor[45] de estas

---

n. 38) que, para los persas, esta práctica de la postración no implicaba la *consideración divina* del rey, y, en cambio, para los griegos, este acto equivalía a la veneración que sólo al dios es debida. Cf. HERÓDOTO, VII 136.

[45] El término empleado es *eisēgetên*, sustantivo verbal en *-tēs*, de clara influencia tucididea. Digámoslo con palabras de H. R. GRUNDMANN, *Quid in elocutione Arriani Herodoto debetur*, tesis doct., Berlín, 1844, pág. 13: «Sustantiva verbalia in *-tes*, etiamsi non tam saepe inveniuntur quam in *-sis*, tamen satis multa eorum sunt exempla, ut agnoscemus Thucydidis imitationem. Sic legitur IV 11, 6; IV 29, 7; III 26, 2, etc.» En el

reflexiones y censor de las contrarias, ya que asistes a Alejandro como sabio consejero y asesor. Inoportuno es que tú hayas encabezado una tal propuesta, en vez de recordar que no asistes ni aconsejas a un Cambises o un Jerjes, sino al hijo de Filipo, descendiente de Heracles y de Eaco, cuyos antepasados vinieron de Argos a Macedonia, donde reinan ininterrumpidamente desde entonces, no por la fuerza, sino de acuerdo con leyes justas.

»Ni siquiera a Heracles tributaron honores divinos 7
los griegos mientras vivió, e incluso después de muerto hubo de esperarse a que el dios de Delfos diera su autorización para tributarle honores propios de un dios. Ahora bien, si por encontrarnos tratando este tema en una región bárbara hay que pensar con mentalidad bárbara, creo, Alejandro, que he de pedirte que te acuerdes de Grecia, por cuyo motivo organizaste esta expedición, a fin de anexionar Asia a Grecia. Con- 8
sidera detenidamente lo siguiente: cuando regreses a Grecia, ¿vas a obligar a los griegos, que son los hombres que en mayor aprecio tienen su libertad, a aceptar la *proskýnesis,* o eximirás de ella a los griegos, manteniéndola como afrentosa obligación para los macedonios? ¿O tal vez piensas delimitar de una vez por todas estas cuestiones de honores, de modo que recibas los que son propios del hombre de parte de griegos y macedonios, y reservarás modalidades que usan los bárbaros sólo para cuando te halles entre bárbaros?

»Si, como se cuenta, Ciro el hijo de Cambises fue 9
el primer hombre que recibió los honores de la *proskýnesis,* y esta humillante costumbre permaneció desde entonces entre persas y medos, debes recapacitar

---

mismo sentido puede consultarse E. Meyer, *De Arriano Thucydideo,* tesis doct., Rostochii, 1877.

en que a este Ciro[46] bien cuerdo lo volvieron los escitas, gente libre aunque pobre, al igual que los otros escitas lo hicieron con Darío; los atenienses y lacedemonios con Jerjes[47]; Clearco y Jenofonte al frente de sus diez mil hombres con Artajerjes[48]; y tú mismo, Alejandro, que hasta ahora no has recibido este honor de la *proskýnesis*, lo has hecho con Darío.»

12 Tras pronunciar Calístenes su alocución en tales términos, Alejandro se sintió gravemente contrariado, aunque, por contra, sus palabras causaron entre los macedonios especial contento. Alejandro, conocedor de estas impresiones, manifestó su autorización a los macedonios de que podían olvidarse[49] de la *proskýnesis*.
2 Se produjo entonces tras las palabras de Alejandro un profundo silencio, y los más ancianos persas se fueron levantando y prosternando uno tras otro ante Alejandro. Leónato[50], uno de los Compañeros, observando que uno de los persas se postraba ante Alejandro con poca gracia, hizo mofa de la postura poco honrosa del persa. Esto le valió la irritación de Alejandro, aunque algo más tarde se reconcilió de nuevo con él.

3 También se comentaba la siguiente anécdota[51]: Alejandro hizo pasar una copa de oro para beber en honor

---

46 Los escitas masagetas derrotaron y dieron muerte en 529 a Ciro, fundador del Imperio persa. Cf. HERÓDOTO, I 208-214. Más tarde, en 513, los escitas europeos hicieron otro tanto con Darío I; de nuevo, HERÓDOTO, IV 83-142.

47 Año 480/479.

48 En el año 401/400.

49 Entiende Roos que no debe leerse aquí «macedonios».

50 Según Q. CURCIO, VIII 5, 22, fue Poliperconte quien se mofó del persa, aunque parece deducirse del propio testimonio de Curcio que Poliperconte no estaba ni siquiera presente cuando se produjo el incidente. C. W. HECKEL, «Leonnatos, Polyperchon and the Introduction of Proskynesis», *Am. Journ. of Philol.* (1978), 459-461.

51 La versión se debe a Cares.

de aquellos que en un principio habían estado de acuerdo con él en ese tema de la *proskýnesis;* bebió de ella el primero, se puso en pie, y se postró ante Alejandro mientras recibía de él un beso. Así, uno tras otro, 4
fue repitiéndose el ceremonial, mas cuando el turno de beber llegó a Calístenes, se levantó éste y bebió de la copa, acercándose a Alejandro a besarle con el beso de despedida[52] sin haberse postrado ante él. Casualmente se hallaba Alejandro en ese momento charlando con Hefestión, sin prestar atención a si Calístenes cumplía fielmente el ceremonial de la *proskýnesis.* Sin em- 5
bargo, Demetrio el hijo de Pitonacte, uno de los Compañeros, que sí lo observaba hizo saber que Calístenes se acercaba por el beso de Alejandro sin haberse postrado ante él. Ante esta observación, Alejandro no consintió que Calístenes le besara, ante lo que éste exclamó: «Me marcho con un beso de menos»[53].

De este incidente yo no puedo en modo alguno 6
aprobar ni la arrogancia mostrada en este momento por Alejandro, ni el torpe proceder de Calístenes; antes bien, entiendo que un hombre debe saber comportarse en todo momento con decoro en su conducta particular, y estar dispuesto a ensalzar lo más posible todo lo concerniente a la monarquía, si es que se declara servidor de su rey.

Por esto creo que no fue del todo inconveniente la 7
animadversión que Alejandro mantuvo contra Calístenes, motivada por la importuna libertad de expresión y la arrogante necedad de que Calístenes hizo gala. De donde colijo yo que fácilmente alcanzaron credibilidad los detractores de Calístenes cuando le acusaron

---

52 Este beso del rey persa al despedir a sus hombres de mayor confianza era un beso en la boca, al modo como aún se conserva entre algunos pueblos; cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I 4, 27; HERÓDOTO, I 134.

53 La expresión refleja toda la amargura de Calístenes.

de haber participado en el complot que contra Alejandro prepararon sus Pajes; más aún, que llegara a creerse incluso por parte de algunos que el propio Calístenes fue uno de sus promotores. Acaeció esto de la siguiente manera[54]:

*La conjura de los Pajes*

13 Existía una tradición, que se remontaba a los tiempos de Filipo, por la cual los hijos de los macedonios ricos e influyentes, al llegar a la adolescencia eran seleccionados para pasar al servicio del Rey. Implicaba este servicio, a más de la asistencia a la persona del monarca, actuar de guardia cuando se retiraba a dormir. Acompañaban también al rey cuando éste montaba a caballo, haciéndose cargo alguno de ellos del caballo cuando lo traían los palafreneros, y ayudaban al rey a montar al modo persa, siendo sus competido-
2 res en las jornadas de cacería. Uno de ellos era un tal Hermolao, hijo de Sopólide, dedicado al parecer al estudio de la filosofía y asiduo acompañante por este motivo de Calístenes. Sigue así la anécdota que de él se cuenta: en el transcurso de una cacería un jabalí se lanzó sobre Alejandro, y fue Hermolao quien abatió a la fiera antes de que Alejandro pudiera reaccionar. El jabalí cayó malherido por Hermolao, lo que le valió la animadversión de Alejandro, molesto consigo mismo por no haber sabido reaccionar a tiempo. Cegado por la ira, Alejandro mandó azotar a Hermolao en presencia de los demás Pajes, despojándole de su caballo.
3 Dolido Hermolao por la injuria recibida, habló a Sóstrato, el hijo de Amintas, joven de su misma edad a más de su amante, de que no merecía la pena seguir viviendo sin castigar a Alejandro por su insolencia.

[54] Las fuentes antiguas, a más de ésta, son Q. Curcio, VII 6, 8, y Plutarco, *Alejandro* 55.

Consiguió convencer a Sóstrato fácilmente, como amante suyo que era, de que participara en este plan[55], y 4 entre ambos convencieron a Antípatro, el hijo de Asclepiodoro, que había sido sátrapa de Siria; luego a Epímenes, hijo de Arseo; a Anticles, hijo de Teócrito, y a Filotas, hijo de Carsis el tracio. Convinieron todos en que cuando le correspondiera el turno de guardia de noche a Antípatro asesinarían a Alejandro, atacándole cuando ya estuviera acostado.

Según relatan algunos por su cuenta, acaeció que 5 Alejandro estuvo bebiendo aquella noche casi hasta el amanecer; por su parte, Aristobulo narra este pasaje de la siguiente manera: una mujer siria, inspirada por don de la divinidad, seguía por entonces constantemente los pasos de Alejandro, aunque éste y los de su séquito la tomaban al principio a broma. Mas como vieran al cabo de algún tiempo que cuanto ella decía hallándose en trance se cumplía, Alejandro empezó a prestarle atención, permitiéndole el acceso a su persona a cualquier hora del día o de la noche, hasta llegar a convertirse en vigilante del sueño del rey mientras este dormía. Pues bien, fue en esta ocasión 6 cuando ella, hallándose en trance adivinatorio, se en-

[55] Coinciden Arriano y Curcio en atribuir a los conjurados motivos puramente personales, aunque no se puede descartar que hubiera detrás de ello unos intereses superiores. Tenemos una carta de Alejandro (hoy considerada, sin duda, genuina) en que escribe a algunos de sus generales que se ha tratado de una conjura «a cargo de unos Pajes», sin mayor trascendencia. En otra carta, sin embargo, Alejandro acusa a los atenienses de ser los instigadores de la conjura, llegando a ver en ella incluso la propia obra de Aristóteles. Las cartas mencionadas aparecen recogidas en PLUTARCO, *Alejandro* 55, 6, y 55, 7. Sobre su autenticidad, cf. J. R. HAMILTON, «Three passages in Arrian», *Class. Quarterly* 5 (1955), 217-221, y «The letters in Plutarch's *Alexander*», *Proc. of the Afr. Class.* 4 (1961), 12-20.

contró con Alejandro que se retiraba de la fiesta y le aconsejó que volviera sobre sus pasos y continuara bebiendo durante toda la noche[56]. Alejandro vio en este aviso una señal del cielo, por lo que se volvió a reemprender la fiesta, dando así al traste con el complot de las Pajes.

7 Al día siguiente Epímenes, el hijo de Arseo, uno de los conjurados, comentó a Caricles, hijo de Menandro, a la sazón su amante, todo el complot. Caricles lo contó a Euríloco, hermano de Epímenes, y este Euríloco se presentó en la tienda de Alejandro a narrarle con todo lujo de detalles el asunto a Tolomeo, el hijo de Lago, miembro de la guardia personal de Alejandro. Al momento informó éste de todo a Alejandro, quien ordenó acto seguido la detención de aquellos que Euríloco había mencionado. Sometidos a tortura, confesaron su complot y citaron los nombres de los demás conjurados.

*Muerte de Calístenes*

14 Aristobulo nos cuenta que Calístenes fue uno de los instigadores del complot, y en este testimonio coincide con él Tolomeo. Otros, sin embargo, tienen del suceso una versión diferente, según la cual Alejandro dio fácil crédito a las acusaciones contra Calístenes sólo por el odio que ya por entonces sentía hacia su persona, y porque Hermolao mantenía uno amistad
2 especial con Calístenes. A este propósito, algunos historiadores nos traen a la memoria que Hermolao reconoció, al ser conducido ante los macedonios, haber formado parte del complot (ya que a su juicio ningún hombre libre podía soportar más la soberbia

[56] Fueron detalles como éstos los que indujeron a los estoicos a hacer a Alejandro objeto de sus reproches, afeándole su pronta cólera y su pasión por la bebida.

de Alejandro), al tiempo que hacía el recuento de las nuevas costumbres y sucesos últimamente acaecidos: la injusta muerte de Filotas, y la aún más ilegal muerte de su padre, Parmenión, y las de otros que por entonces habían perecido asesinados, la eliminación de Clito en el transcurso de la fiesta, las modas medas en el vestir, la recomendada y aún no derogada costumbre de la *proskýnesis*, así como las fiestas y horas a que últimamente se solía recoger Alejandro. De todo esto quería él verse libre y liberar a los demás macedonios.

Él y los con él apresados fueron apedreados por los 3
presentes. Según cuenta Aristobulo, Calístenes fue cargado de grilletes y tuvo que desfilar así ante todo el campamento, muriendo más tarde de enfermedad. Según Tolomeo, el hijo de Lago, sin embargo, fue sometido a tortura y colgado hasta que murió.

Observemos cómo ni las fuentes generalmente fiables, que acompañaban incluso a Alejandro[57] en esta ocasión, concuerdan en las versiones que nos transmiten de los hechos que entonces ocurrieron, a pesar de ser éstos bien conocidos y públicos. Hay todavía va- 4
rias otras versiones a propósito de estos sucesos; básteme a mí, empero, con lo que ya he recordado. Como dije, estos acontecimientos tuvieron lugar, cronológicamente hablando, un poco más tarde[58], aunque yo he preferido traerlos a colación a propósito del incidente de Clito y Alejandro, por considerar que era aquí donde

---

57 Remitimos a lo dicho en el capítulo «Arriano, historiador» de la *Introducción*, a propósito de las selección y combinación que el propio Arriano hace de las fuentes por él manejadas.

58 Es decir, en el 327, mientras que los acontecimientos que iba relatando y ahora reemprende corresponden al invierno de los años 329-328.

mejor cuadraban al hilo en que voy desarrollando mi narración.

*Legación de los escitas y corasmios*

15 De nuevo se presentó ante Alejandro una legación de los escitas europeos, acompañando a los embajadores que Alejandro había enviado a Escitia[59]. Resultaba que el rey escita a quien Alejandro los había despachado acababa de morir y era ahora su hermano
2 quien le sucedía en el trono. El propósito de la legación escita era expresar a Alejandro que los escitas estaban dispuestos a cumplir cuanto Alejandro ordenara, en prueba de lo cual le traían regalos de parte de su rey, precisamente aquellos que los propios escitas estiman como más valiosos. El rey escita ofrecía su hija a Alejandro por esposa como garantía de amistad
3 y alianza. Ahora bien, si Alejandro descartaba su boda con la princesa escita, estaba dispuesto a ofrecer a los más leales hombres de Alejandro las hijas de los sátrapas y de los nobles del pueblo escita. El propio rey estaba presto, si se le autorizaba a presentarse ante Alejandro y oír de él lo que tuviera a bien disponer[60].

4 Compareció también por este tiempo ante Alejandro Farásmanes, el rey de los corasmios, acompañado de mil quinientos jinetes, diciendo que era vecino del pueblo de los colcos y del de las amazonas[61], y que estaba dispuesto a servirle de guía por la región y proporcionarle provisiones para su ejército, en el caso de que quisiera atacar a los colcos y las amazonas y subyugar a los pueblos que habitan aquella zona del
5 Ponto Euxino[62]. Alejandro contestó a los embajadores

---

59 La primera visita nos ha sido relatada en IV 1.

60 Corresponde a Q. CURCIO, VII 1, 7.

61 Más detalles, en VII 13.

62 Los corasmios estaban asentados al Este del mar Caspio, y los colcos entre este mar y el Euxino, a considerable dis-

escitas amablemente y de la manera que mejor le convenía por el momento, diciendo que no tenía necesidad de casarse con una princesa escita. En cuanto a Farásmenes, elogió su gesto, ofrecióle su amistad y alianza, aunque le dijo que en estos momentos no entraba en sus planes avanzar hacia el Ponto. Envió Alejandro a Farásmenes de regreso a su país, después de haberlo presentado al persa Artabazo, a quien Alejandro había dejado al frente de la Bactria, y a los demás sátrapas de las regiones vecinas. Afirmó que en la actualidad 6
su interés era llegar a la India, y que una vez allí y dueño ya de la India, tendría bajo su poder todo el Asia, y una vez en su poder Asia podría regresar a Grecia, para más tarde adentrarse por el Helesponto y la Propóntide hacia el interior de la región del Ponto con todas sus fuerzas de infantería y su armada. Pidió, pues, a Farásmenes que aplazara para entonces las muestras de amistad que ahora le ofrecía[63].

Alejandro se volvió hacia el río Oxo tras tomar la 7
decisión de avanzar hacia Sogdiana, por haberse informado de que muchos sogdianos se habían refugiado en sus fuertes y no obedecían ya las órdenes del sátrapa nombrado por Alejandro. Cerca de donde él había fijado su tienda en el campamento cercano al río Oxo brotaron dos manantiales cercanos entre sí: uno de agua y otro de una sustancia oleaginosa[64]. Se 8
dio conocimiento de este fenómeno a Tolomeo, el hijo

tancia unos de otros, ya que sólo se podían poner en contacto a través de los sármatas, por la parte norte del Caspio.

63 Considerablemente distinto a propósito de los preparativos, Q. Curcio, VII 10, 13.

64 Plutarco, *Alejandro* 57, 4, y Estrabón, XI 7, 3, también registran el fenómeno; sobre la existencia de petróleo en esta zona y su constatación en esta época, cf. R. J. Forbes, *Bitumen and Petroleum in Antiquity*, Leiden, 1936, especialmente, páginas 29 y sigs.

de Lago, miembro de su guardia personal, quien fue a anunciarlo a Alejandro. Ofreció éste un sacrificio ante este portento, según dispusieron los adivinos. Aristandro interpretó la fuente de aceite como indicio de futuros sufrimientos, pero ello apuntaba también a la victoria que tras algunos contratiempos sobrevendría.

*Alejandro en Sogdiana*

16 Con una parte de su ejército avanzó Alejandro hacia Sogdiana, dejando en Bactria a Poliperconte, Átalo, Gorgias y Meleagro con el encargo de proteger la región, evitando cualquier intento de sublevación de los bactrios de aquella zona, y de eliminar a los que aún fomentaban la secesión.

2 Dividió sus tropas en cinco partes, encargando a Hefestión el mando de una de ellas, otra a Tolomeo, hijo de Lago, miembro de su guardia personal; al frente de la tercera sección puso a Perdicas; Ceno y Artabazo comandarían el cuarto batallón, reservándose para sí la quinta y última, con la que emprendió la
3 marcha hacia Maracanda. Las cuatro restantes secciones continuaron su avance según sus propios éxitos se lo iban posibilitando, dando muerte a los que se habían refugiado en los fuertes, o acogiendo a los que se les rendían bajo ciertas condiciones. Una vez estuvo todo su ejército en Maracanda, después de haber atravesado la mayor parte del territorio sogdiano, despachó a Hefestión a asentar algunos colonos en determinadas ciudades sogdianas, y a Ceno y Artabazo hacia territorio escita, ya que había tenido noticias de que Espitámenes había encontrado allí refugio. Mientras tanto él se dirigió con el resto de las tropas a aquellas zonas de Sogdiana ocupadas aún por los rebeldes, a los que desalojó de sus asentamientos sin mayor dificultad.

4 Ocupado Alejandro en estas maniobras, Espitámenes y algunos fugitivos sogdianos que le acompañaban

escaparon a la región de los escitas conocida con el
nombre de Maságeta[65], reclutaron allí seiscientos ji-
netes maságetas y se presentaron frente a uno de los
fuertes de la región de Bactria. Cayeron inesperada- 5
mente sobre la guarnición del fuerte, sorprendiendo
al comandante de puesto, que en modo alguno espe-
raba un ataque del enemigo; dieron muerte a la guar-
nición y retuvieron como prisionero y rehén al coman-
dante del puesto. Envalentonados por la fácil captura
de este fuerte, se acercaron pocos días después a Za-
riaspa[66], aunque no se decidieron a atacar la ciudad,
sino que la rodearon con sus tropas, llevándose de ella
abundante botín.

En Zariaspa habían quedado algunos jinetes del 6
grupo de los Compañeros, aquejados de alguna enfer-
medad, y con ellos estaba como defensor, por encargo
del rey, Pitón, hijo de Sosicles, y el citaredo Aristónico.
Al tener éstos noticias de la incursión que llevaban a
cabo contra la ciudad los escitas (y dado que ya esta-
ban en gran parte restablecidos de sus enfermedades
y podían utilizar sus armas y montar a caballo), reunie-
ron unos ochenta jinetes mercenarios que componían
la guarnición de Zariaspa, a más de algunos pajes al
servicio del rey, y salieron de la ciudad lanzándose en
tromba contra los masagetas.

Al caer por sorpresa sobre los escitas, ajenos por 7
completo a este ataque, recuperaron el botín que éstos
habían robado, y dieron muerte a gran parte de los
encargados de su transporte y custodia. Sin embargo,
al iniciar el regreso a la ciudad lo hicieron en completo
desorden, por no haber nadie que impusiera su auto-

---

65 Los maságetas son una tribu escita que vive al Este del mar Caspio (cf. HERÓDOTO, I 201-216), concretamente, entre las desembocaduras del Oxo y el Jaxartes.

66 Es un lugar fronterizo entre Sogdiana y Bactria.

ridad; dio ello ocasión a que Espitámenes y los escitas les tendieran una emboscada, en la que perecieron siete de los Compañeros y sesenta jinetes mercenarios. Pereció el citaredo Aristónico[67], que se había portado con valentía mayor de la que cabía esperar de un citaredo. Pitón resultó herido y fue hecho prisionero por los escitas.

*Muerte de Espitámenes*

17 Al tener noticias Crátero de estos incidentes, marchó a toda prisa contra los maságetas, quienes, al enterarse de que Crátero les seguía muy de cerca, huyeron a todo correr en dirección al desierto. Crátero inició su persecución, alcanzando a los escitas y a los mil jinetes maságetas que les acompañaban no lejos del
2 desierto. El combate entre macedonios y escitas fue terrible. Resultaron vencedores los macedonios, que dieron muerte a unos ciento cincuenta jinetes escitas, aunque los demás consiguieron salvarse fácilmente y se internaron en el desierto, donde la persecución resultaba inviable para los macedonios.

3 Alejandro relevó por entonces a Artábazo del cargo de sátrapa de Bactria, atendiendo la propia petición del interesado por razones de edad; designó en su lugar como sátrapa a Amintas, hijo de Nicolao[68]. Dejó como guarnición también allí a Ceno al frente de su batallón y del de Meleagro, con mando igualmente sobre cuatrocientos jinetes de los Compañeros y sobre el cuerpo completo de los hipaspistas, así como de los bactrianos y sogdianos, a más de las tropas que hasta ahora habían estado bajo el mando de Amintas. La

---

[67] Alejandro erigió en su honor una estatua en Delfos (cf. PLUTARCO, *Moralia* 334).

[68] Corresponde a Q. CURCIO, VIII 1, 19, y 2, 14, aunque según este autor fue Clito quien sucedió a Artábazo, y sólo más tarde fue Amintas quien se hizo con el poder.

misión de todas estas fuerzas a las órdenes de Ceno
era pasar el invierno allí en Sogdiana para asegurar
la defensa del territorio y tender una emboscada a Es-
pitámenes, en caso de que durante el invierno hiciera
por allí alguna incursión. Espitámenes y sus hombres 4
encontraron todos los puestos ocupados por las guar-
niciones macedonias, por lo que no les fue posible
escapar por ninguna parte, ante lo cual decidieron
marchar contra Ceno y su ejército, en la idea de que
por allí tendrían mejores expectativas de éxito en el
combate. Se presentaron, pues, ante las puertas de
Gaba, plaza fuerte de Sogdiana, limítrofe entre esta
región y la de los escitas maságetas, convenciendo fá-
cilmente a unos tres mil jinetes escitas para que se les
unieran en su ataque contra la región sogdiana. Estos 5
escitas viven en medio de la más mísera pobreza, ca-
recen de ciudades y de viviendas sólidamente edifica-
das, por lo que no tienen apego a sus enseres, y de ahí
que se dejen persuadir con la mayor facilidad a alis-
tarse en cualquier expedición guerrera.

Al informarse Ceno y sus hombres de que las tro-
pas de Espitámenes se les aproximaban, les salieron a
su encuentro con todas sus tropas en formación. Se 6
produjo un violento choque, en el que vencieron los
macedonios. Perecieron unos ochocientos jinetes bár-
baros en esta batalla, mientras que de parte de Ceno
fueron unos veinticinco jinetes y unos doce soldados
de infantería las víctimas. A la vista de esto, los sog-
dianos que seguían a Espitámenes, y buen número
de bactrianos abandonaron a éste en su huida y se
pasaron a Ceno en calidad de tránsfugas. Los escitas 7
maságetas, tras el revés sufrido, rapiñaron las acémilas
de los bactrios y sogdianos que con ellos habían for-
mado como compañeros, huyendo acto seguido al de-
sierto con Espitámenes. Al tener noticias de que Ale-
jandro les seguía de cerca por el desierto, cortaron

la cabeza a Espitámenes y se la enviaron a Alejandro, buscando con esta acción distraer a Alejandro para que dejara de perseguirles[69].

18 *La Roca Sogdiana*

Mientras tanto Ceno había regresado a Nautaca al encuentro de Alejandro, al igual que Crátero y sus hombres, así como Fratafernes el sátrapra de Partia, y Estasanor, sátrapa de Aria, una vez ejecutadas
2 las órdenes de Alejandro. Dio allí Alejandro a sus hombres un descanso en Nautaca, aprovechando que el invierno era sumamente crudo. Envió luego a Fratafernes a la región de los mardos y tapurios[70] para que trajeran a su presencia al sátrapa Autofrádates, que ya había sido citado varias veces con anterioridad a que compareciera ante Alejandro, sin que aquél hubiera atendido la requisitoria.

3 Designó a Estasanor sátrapa de la Drangiana, y envió a Media a Antrópates como sátrapa de los medos, por parecerle que Oxidrates no le era totalmente leal. Envió luego a Estámenes a Babilonia, pues, según noticias a él llegadas, Maceo, el gobernador[71] de Babilonia, había fallecido. Finalmente, encargó a Sópolis, Epocilo y Menidas que marcharan a Macedonia a hacerse cargo del nuevo ejército macedonio y traerlo a su presencia.

4 No hizo más que despuntar la primavera[72], cuando Alejandro se dispuso a avanzar hacia la Roca Sogdiana, en la que habían encontrado seguro refugio, según in-

---

69 Según Curcio, VIII 3, 1. Espitámenes muere degollado a manos de su mujer.

70 La expedición debió de recorrer no menos de 1.000 km., toda vez que estos pueblos estaban asentados en la ribera del Caspio.

71 Cf. n. 25.

72 Estamos en el año 327.

formaciones a él llegadas, buen número de sogdianos. La propia mujer de Oxiartes el bactrio y sus hijas estaban en este refugio, según se decía; allí las había llevado Oxiarte por ser un lugar algo apartado e inexpugnable y que él mismo había sublevado antes contra Alejandro. Estaba convencido Alejandro de que una vez tomada esta posición fuerte no les quedaría nada que hacer a los sogdianos que pretendieran sublevarse.
A medida que se aproximaba a la roca, observó Ale- 5
jandro con gran sorpresa que resultaba prácticamente inexpugnable por todas partes, y que los bárbaros habían conducido a su interior suficientes provisiones para un largo asedio. De otra parte, una gran nevada que había caído recientemente dificultaba el acceso a los macedonios, al tiempo que aseguraba aprovisionamiento de agua a los bárbaros. Aun con todos estos inconvenientes, Alejandro decidió el asalto a la forta-
leza. Habían hecho los bárbaros declaraciones en ex- 6
tremo jactanciosas que habían provocado en Alejandro un vivo interés por alcanzar gloria en esta afanosa empresa. En efecto, en el transcurso de unas entrevistas mantenidas para procurar la salvación y retirada de los sitiados a cambio de abandonar el fuerte, éstos, en tono de burla, dijeron en su jerga bárbara a Alejandro que buscara soldados con alas, con los que tal vez podría capturar la plaza, en la convicción de que
ningún otro mortal podría hacerla suya. Ante esto, hizo 7
proclamar Alejandro que para el primero que subiera habría una recompensa de doce talentos, para el segundo un segundo premio, otro para el tercero, y así sucesivamente hasta el último que subiera, que obtendría uno no menor de trescientos daricos [73]. El efec-

---

[73] Moneda persa acuñada en oro de 23 1/4 quilates, esto es, 98 por 100 de oro puro (cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian...*, págs. 188-189. Esta suma de trescientos daricos equivalía

to de esta proclama no hizo sino avivar aún más los ánimos de los macedonios, ávidos como ya estaban por escalar la roca.

*Roxana*

19 Se reunieron a propósito los hombres que ya en otros asedios habían adquirido práctica en escalar posiciones difíciles, unos trescientos aproximadamente. Se equiparon con unas pequeñas estacas de hierro, las mismas que se utilizan para fijar los vientos de las tiendas, y las fueron hincando en la nieve cuando ésta tenía suficiente consistencia, o en las calvas de roca que entre la nieve aparecían; las enlazaron luego con resistentes cordeles de lino, avanzando así durante toda la noche por la parte más abrupta de la roca, que
2 era precisamente la menos vigilada. Clavando, como queda dicho, las estacas sobre la roca donde ésta se hacía visible, y la mayor parte de ellas sobre la nieve que resistía sin hacerse polvo, fueron ascendiendo uno tras otro por la roca. En la escalada perecieron unos treinta hombres, cuyos cuerpos cayeron despeñados por distintos lugares, sin que fueran jamás localizados
3 para darles sepultura. Sin embargo, los demás consi-

---

a un talento.—Las finanzas y la liquidez de las arcas es un problema de permanente preocupación para Alejandro; al respecto, cf. A. ANDREADES, «Les finances de guerre d'Alexandre le Grand», *Ann. d'Hist. Èconom. et. Soc.* I (1929), 321-334; F. HEICHELHEIM, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, Jena, 1930; el trabajo más reciente de A. R. BELLINGER, «The King's Finances», en *Essays on the Coinage of Alex. the Great. Numimastic Studies of the American Numism. Society.* 11 (1963), 35-80; así como el de R. KNAPOWSKY, «Die Finanzen Alexanders des Grossen», en F. ALTHEIM-R. STIEHL, *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín, 1970, páginas 235-247, y el más conocido de E. BADIAN, «Alexander the Great and the Greek Cities of Asia», en *Ancient Society and Institutions, Stud. presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, páginas 54-61.

guieron culminar la ascensión del monte antes del amanecer. Desde allá arriba agitaron unas banderas para hacerse visibles al ejército madeconio, siguiendo con ello las instrucciones que Alejandro les diera. Envió entonces Alejandro un heraldo a las primeras filas de los bárbaros, no a conversar por más tiempo, sino a decirles que se rindieran, ya que él había conseguido los hombres con alas que necesitaba (al propio tiempo el mensajero debía señalar a la cima del monte para que vieran que los macedonios tenían copada las alturas). Ante esto, los bárbaros quedaron estupefactos, 4
no dando crédito a lo que sus ojos veían. Temiendo que los que ocupaban las alturas fueran más de los que en realidad eran y estuvieran perfectamente pertrechados, se entregaron sin ofrecer resistencia. Tal fue el miedo que sintieron a la vista de aquel reducido número de macedonios. Fueron hechos prisioneros mujeres y niños, y entre ellos la mujer e hijas de Oxiartes.

Tenía este Oxiartes una hija, en edad núbil, aún 5
virgen, de nombre Roxana. Los que servían a las órdenes de Alejandro afirmaban[74] que era la mujer más hermosa que en Asia habían visto después de la mujer de Darío. Alejandro, una vez que la vio, quedó enamorado de ella. Aun prendido de ella como se sintió, no quiso forzarla a sus deseos, aunque era su cautiva, sino que consideró más digno tomarla por esposa[75].

---

74 No sabemos si se trata de la *Vulgata*, o, lo que es más probable, de la versión de Tolomeo y Aristobulo.

75 Alejandro se casó dos veces (según Tarn, que rechaza la boda con Barsine) o tres (Roxana, Barsine y Parisátide), unas, por razones de Estado y, más tarde, por razones de Estado y verdadero amor. Su padre, Filipo, lo hizo en varias ocasiones más. Se ha dicho que Alejandro manifestaba un cierto distanciamiento por las mujeres (Tarn, *Alexander*, II, pág. 319), mas parece llevar las cosas demasiado lejos querer ver como causa de ello una tendencia de Alejandro a la homosexualidad. — Sobre las mujeres de Alejandro, cf. P. A. Brunt, «Alexander, Barsine

6 Apruebo yo este modo de proceder de Alejandro y su conducta, en modo alguno censurable. Por lo que a la mujer de Darío respecta, la más hermosa según se decía de todo el Asia, o no sintió deseo por ella o se supo controlar, y eso siendo Alejandro joven como era y en el culmen de su poderío, momentos en que los jóvenes son más dados a la intransigencia. Alejandro, sin embargo, la respetó y se abstuvo de gozar de ella, haciendo gala de una buena dosis de templanza y de un propósito —muy conveniente, por cierto— de buena reputación[76].

20 A propósito, se cuenta un relato[77], según el cual, poco después de la batalla que tuvo lugar entre Alejandro y Darío en Iso, el eunuco de la mujer de Darío había conseguido escaparse y pasarse al campamento de Darío. Al verle éste le preguntó, en primer lugar, si
2 seguían vivas sus hijas[78], su mujer y su madre. Se enteró por él de que seguían vivas, y que se las seguía llamando y tratando según su propio rango de familia real, al igual que cuando vivían en la corte de Darío; tras lo cual preguntó si su mujer le guardaba fidelidad. A la respuesta afirmativa del eunuco, volvió a preguntarle Darío si no había tenido que ceder por fuerza ante la intransigencia de los deseos de Alejandro. Bajo juramente dijo el eunuco: «Soberano mío, tu mujer está tal cual tú mismo la dejaste, y Alejandro es el
3 mejor hombre y de mayor templanza del mundo.» Ante

---

and Heracles», *Riv. di Filol. Class.* (1975), 22-34, y sobre el ceremonial de su boda con Roxana, M. Renard-J. Servais, «A propos du mariage d'Alexandre et de Roxane», *Ant. Class.* 24 (1955), 29 ss.

76 Plutarco elogia públicamente a Alejandro por el respetuoso comportamiento que observa con sus cautivas, coincidiendo también en ello Diodoro y Q. Curcio.

77 De nuevo la *Vulgata.*

78 [*kaì hoi huioí*].

tales palabras, Darío alzó sus manos al cielo, así rogando: «Soberano Zeus[79], con potestad para arbitrar los asuntos de los reyes entre los hombres, presérvame ante todo el poder sobre medos y persas, ya que tú mismo me lo diste. Pero, si no he de ser yo el rey de Asia por más tiempo, no entregues a ningún otro mortal que a Alejandro mi poder.»

Hasta tal punto las acciones virtuosas merecen el reconocimiento incluso de los propios enemigos.

Así, cuando Oxiartes tuvo noticias de que sus hijas 4
habían caído prisioneras de Alejandro, y que éste mostraba interés por su hija Roxana, en un acto de audacia se presentó ante Alejandro, de quien recibió un trato muy distinguido, cual procedía ante tal feliz situación.

*Alejandro toma la Roca Coriena*

Alejandro, cumplida su misión 21
en Sogdiana, y conquistada ya la Roca, prosiguió su avance hacia los paretecos, donde según se decía habían encontrado refugio muchos bárbaros de la zona en las alturas de otro pico rocoso, conocido con el nombre de Roca Coriena. En ella se había refugiado el mismo Corienes acompañado de un buen número de sus gobernadores. La 2
altura de esta roca era de unos veinte estadios[80], y su perímetro de unos sesenta. En todo su contorno estaba cortada a pico, con una sola vía de acceso, estrecha y de difícil paso, por haber sido construida en lucha contra la propia naturaleza del terreno, y desde luego muy incómoda de ascender, incluso yendo de uno en uno y aunque nadie nos cerrara el paso. Un

[79] Esto es, Ahura Mazda. Plutarco, en su relato, nos presenta a Darío invocando a su dios tradicional.

[80] Corresponde a unos 3.600 m., aunque parece que no se trata propiamente de la altura de la Roca, sino de la distancia que por sus vericuetos hay que recorrer para llegar hasta la cima.

profundo precipicio rodeaba la roca en todo su contorno, de suerte que cualquiera que quisiera hacer pasar un ejército a la misma debía antes rellenar por un lado el terraplén, para poder así llevar sus fuerzas al asalto por este pasadizo a nivel.

3 Con todo y con eso, Alejandro se aplicó a la empresa. Su idea era la de no dejar lugar alguno sin tomar porque le hubiera resultado inaccesible; hasta tal grado de osadía le habían conducido sus anteriores éxitos [81]. Mandó ahora cortar los pinos que en gran número y de muy buen tamaño rodeaban el monte, para construir con ellos escaleras por las que su ejército pudiera bajar al fondo del barranco, única manera ésta
4 de hacerlo. Durante el día era el propio Alejandro el que supervisaba los trabajos en los que tenía ocupados la mitad de sus hombres; por la noche se turnaba su guardia personal, Perdicas, Leónato y Tolomeo, hijo de Lago, cada uno al frente de un tercio del ejército, según la distribución que de él se había hecho para los trabajos nocturnos.

En el turno de día avanzaron no más de veinte codos [82], y por la noche algo menos, aun estando todo el ejército manos a la obra, debido a lo inaccesible del terreno y lo penoso del trabajo que en él se realizaba.
5 Una vez en el fondo del barranco, fijaron unas estacas en lo más profundo de él, guardando entre sí una distancia conveniente para que resistiera el peso y la carga que sobre ellas se iba a echar. Superpusieron sobre las estacas unas redes de mimbres a modo de puente, todo bien atado entre sí, y sobre ello vertían tierra por arriba hasta procurar enrasar el nivel del

---

[81] La argumentación es la misma que la expuesta en I 4, 3; II 4, 4; VI 16, 2; VII 15, 3, entre otros pasajes.

[82] Un codo = 462,4 mm.; por tanto, casi 10 m.

barranco para que el ejército pudiera franquear lo que era un desnivel natural.

Al principio los bárbaros despreciaron este intento 6
por vano, como cosa por completo irrealizable. Pero cuando las flechas empezaron a alcanzar la roca, y veían que no podían hacer nada desde arriba para cortar el paso a los macedonios (ya que éstos se habían fabricado unas protecciones contra los dardos, gracias a las cuales habían realizado su trabajo con seguridad), Corienes, atónito ante el desarrollo de los acontecimientos, envió un heraldo a Alejandro solicitando que le enviara a Oxiartes[83]. Alejandro atendió su solicitud 7
y le envió a Oxiartes, quien aconsejó a Corienes que se entregara él y su territorio a Alejandro. Le hizo ver que no había en el mundo plaza inexpugnable por la fuerza para Alejandro y sus hombres, y que si se avenía a un pacto de amistad y de alianza***[84].

*** Hizo varios elogios de la fidelidad y justicia del rey, ofreciendo como garantía, entre otras, su propio pacto. Logró convencer a Corienes, quien se presentó 8
ante Alejandro acompañado de algunos de su familia y sus amigos. A la llegada de Corienes, Alejandro le correspondió con muestras de amistad, dándole garantías de fidelidad, aunque le retuvo consigo, aconsejándole que enviara a algunos de los que hasta allí le habían acompañado a que regresara a la Roca para pactar la entrega de la plaza. Ésta, en efecto, fue en- 9
tregada por los fugitivos que en ella se habían refugiado. Alejandro reunió unos quinientos hipaspistas y subió con ellos a inspeccionar la plaza. Lejos de comportarse inadecuadamente con Corienes, le puso al fren-

---

83 Curcio lee Oxartes, toda vez que Oxiartes aún no se había pasado al bando de Alejandro.

84 La frase queda interrumpida por la existencia de una laguna.

te de aquella plaza en calidad de gobernador del pueblo que hasta entonces había gobernado.

10 El ejército de Alejandro había pasado grandes penalidades durante aquel invierno, ya que mientras duró el asedio había estado nevando copiosamente, a más de que anduvieron escasos de provisiones. Corienes se comprometió a darles víveres para dos meses, abasteciéndoles de trigo y vino que tenía almacenados en la Roca, además de repartir por las tiendas carne salazonada[85]. Hecha esta distribución, dijo Corienes que no había gastado en ella ni la décima parte de las reservas almacenadas para resistir el asedio. Por ello aumentó la estima de Alejandro hacia él, pues había entregado la plaza no tanto por obligación o fuerza mayor como por una decisión libremente tomada.

*Alejandro en Bactria. Camino de la India*

22 Después de esta conquista, Alejandro se puso en marcha hacia Bactria, enviando a Crátero con seiscientos jinetes de los Compañeros y su batallón de infantería, a más de los de Poliperconte, Átalo y Alcetas, contra Catanes y Aristanes, que eran los únicos rebeldes que
2 habían quedado en territorio pareteco. En un violento encuentro[86] que sostuvieron con las tropas de Crátero se impusieron éstos, pereciendo en la lucha[86] el

---

[85] CURCIO, VIII 4, 18, cuenta la anécdota de que Alejandro, en agradecimiento, le regaló, días más tarde, 30.000 cabezas de ganado que era una parte del botín rapiñado a los pueblos vecinos.

[86] La traducción española resulta, creemos, más airosa si evitamos la repetición de un mismo término; de ahí que traduzcamos «encuentro», y luego «lucha», donde Arriano repite *máchē*. Esta *verborum abundantia* en nuestro autor es también influencia de Heródoto, en el que podemos encontrar dos, tres y hasta cuatro veces repetida la misma palabra en breve espacio. Remitimos a la comparación que nos da H. R. GRUNDMANN, *Quid in elocutione Arriani...*, págs. 21 y sigs.: HERÓDOTO,

propio Catanes, y cayó prisionero Aristanes, que fue conducido a presencia de Alejandro. De las filas bárbaras murieron ciento veinte jinetes y unos mil quinientos infantes. Cumplida esta misión por las tropas de Crátero, también se dirigieron a Bactria, donde ocurrió el incidente entre Alejandro, Calístenes y sus Pajes[87].

Acababa ya la primavera[88], cuando Alejandro reunió 3
sus tropas y se dispuso a avanzar hacia la India, dejando a Amintas en Bactria con tres mil jinetes y diez
mil soldados de Infantería. En diez días había ya cru- 4
zado el Cáucaso[89], y acto seguido se presentó en Alejandría, nueva ciudad fundada por él en Parapamísada la primera vez que vino a Bactria. Relevó de su cargo al gobernador de esta ciudad, al que anteriormente él mismo había nombrado, por no haber cumplido a su
juicio satisfactoriamente. Asentó a nuevos colonos en 5
la ciudad, a los que se sumaron aquellos soldados que habían quedado inútiles para el combate, encargando a Nicanor, uno de los Compañeros, el gobierno de la ciudad. Nombró a Tiriespes sátrapa de la región de Parapamísada y del territorio que se extiende hasta el
río Cofén[90]. Una vez en Nicea ofreció sacrificios en 6
honor de Atenea y continuó hasta el río Cofén, enviando por delante un heraldo a Taxiles y a los indios

---

III 102, 4; III 104, 14; IV 146, 5; VI 4, 7, con los pasajes de Arriano, V 2, 1; V 5, 5; V 2, 4; VI 6, 6, etc. Terminemos con la siguiente observación del citado autor: «Eodem spectat, quod Arrianus etiam nomina propria plane abundanter vel in eodem enuntiato vel in sequente repetit.»

87 Narrado antes, en el cap. 13.

88 A. Fraenkel prefiere leer «verano», con lo que se obvía una dificultad cronológica, pero a costa de modificar la lectura de los códices.

89 No es, propiamente, el Cáucaso, sino de nuevo las estribaciones del Hindu Kush.

90 Actual río Kabul.

vecinos de este lado del río, ordenándoles le salieran a su encuentro según se fuera aproximando a cada uno de sus pueblos. Así lo hicieron Taxiles[91] y los otros gobernadores[92], que le presentaron los dones de mayor aprecio entre los indios, y con la promesa de poner a su disposición los veinticinco elefantes que ellos tenían.

7 Dividió entonces Alejandro su ejército, enviando a Hefestión y Perdicas al territorio de los peucelotas, en dirección al río Indo, al frente del batallón de Gorgias, del de Clito y del de Meleagro, la mitad de la caballería de los Compañeros y toda la caballería mercenaria. Les encargó que se anexionaran todas las plazas del camino, bien por la fuerza de las armas, bien mediante pactos. Les ordenó igualmente que una vez en el Indo prepararan todo lo necesario para su travesía. Les acompañaban también en esta expedición Taxiles y los restantes gobernadores, que hicieron puntualmente al llegar al río todo cuanto Alejandro les había encar-
8 gado. Sin embargo, Astis, el gobernador de Peucelótide, intentó sublevarse, aunque no consiguió con ello sino su ruina y la de la ciudad en que había logrado refugiarse. Hefestión le puso cerco, y en treinta días cayó en poder de sus hombres. Resultó de ello la muerte de Astis, y en su lugar fue nombrado para gobernar la ciudad Sangeo, quien había hecho anteriormente defección de Astis y se había pasado a Taxiles, por lo que gozaba de la confianza de Alejandro.

---

91 Su verdadero nombre era Omphis (Curcio, VIII 12, 14) y Taxiles, su nombre político, ya que, como es sabido, el rey adopta el nombre de su país.

92 Cf. nuestra n. 25.

*Campañas contra los aspasios, gureos y asacenios*

Alejandro, mientras tanto, al frente de los hipaspistas, la parte de la caballería de los Compañeros que no había ido con Hefestión, los batallones de los llamados *asceteros*[93], los arqueros, los agrianes y los lanzadores de dardos a caballo, se adentró en el territorio de los aspasios, gureos y asacenios[94]. Siguiendo el curso del río llamado Coes por una ruta montañosa y difícil, cruzó el río no sin serias dificultades. Ordenó a la infantería que le siguiera en orden de marcha, mientras él se adelantaba a toda prisa con la caballería y unos ochocientos infantes macedonios a los que había procurado una cabalgadura, sin que por ello dejaran sus escudos de infantes. Con estas tropas avanzó contra los bárbaros de aquella región que se habían refugiado, según noticias a él llegadas, en las ciudades con recintos amurallados. Atacó la primera de estas ciudades que encontró a su paso, poniendo en fuga al primer ataque a las tropas que habían formado delante de la ciudad para defenderla, obligándolas a encerrarse en sus murallas. En el transcurso del ataque el propio Alejandro resultó alcanzado en el hombro por un dardo que le atravesó la coraza. La herida, con todo, no fue grave, ya que la coraza impidió que el dardo le atravesara el hombro. También resultaron heridos Tolomeo, el hijo de Lago, y Leónato.

23
2
3

4 Alejandro desplegó sus tropas delante de la ciudad, justo por donde el muro le parecía más accesible. Al amanecer del día siguiente, y a la vista de que la ciudad estaba circunvalada por una doble muralla, los

93 Los editores lo corrigen en *pezétairoi.* Por contra, BRUNT mantiene, al igual que en II 23, 2; V 22, 6; VI 6, 1, 21, 3, y VII 11, 3, *asthétairoi* (independientemente del exacto valor de este término).

94 Corresponde a los territorios de Bajur y Swat.

macedonios forzaron el paso con relativa facilidad por el primer muro, pues éste había sido construido un poco a la ligera. Tras ello, los bárbaros formaron delante del segundo muro, aguardando un poco la llegada de los macedonios, pero cuando las escaleras de asalto empezaron a apoyarse sobre el muro y los defensores de primera fila eran alcanzados por las flechas lanzadas desde todas partes, no aguantaron ya más, sino que abandonaron la ciudad, saliendo por las puertas
5 en dirección a los vecinos montes. Algunos de ellos perecieron en la huida, y los macedonios dieron muerte a todos los que cogieron vivos, irritados por la herida que Alejandro había sufrido en el primer combate. La mayor parte, empero, consiguieron huir a las colinas cercanas a la ciudad. Alejandro arrasó hasta los cimientos la ciudad, poniéndose acto seguido en camino hacia Andaca. Ésta se le entregó y puso en sus manos mediante unas negociaciones pactadas. Dejó en ella a Crátero con los demás jefes de infantería, con órdenes de destruir todas aquellas ciudades que no quisieran pasarse voluntariamente a su bando, y disponer los asuntos concernientes a este territorio del modo más conveniente a tenor de las circunstancias presentes.

*Aristía de Tolomeo, hijo de Lago*

**24** Reunió Alejandro ahora a los hipaspistas, arqueros y agrianes, al batallón de Ceno y al de Átalo, el *ágēma* de caballería y el resto de los Compañeros hasta un total de cuatro hiparquías[95], más la mitad de los arqueros a caballo y avanzó con ellos hacia el río***[96], de una ciudad donde estaba el gobernador de los aspasios. Des-

---

[95] Recordamos que el empleo del término hiparquía antes de la muerte de Clito suele hacerse sin mucha precisión, y que, en todo caso, hasta el año 324 sus componentes fueron macedonios.

[96] Existe en el texto una laguna.

pués de recorrer un largo trayecto en dos días llegó a divisar la ciudad. Al tener noticias los bárbaros de que 2
Alejandro estaba cerca, prendieron fuego a su ciudad y buscaron refugio en los próximos montes. Los soldados de Alejandro persiguieron a los fugitivos hasta los montes, matando a gran número de ellos, hasta que éstos consiguieron adelantarse perdiéndose entre las sinuosidades del terreno.

Tolomeo, hijo de Lago, vio que el jefe del ejército 3
de los indios se había detenido en una colina, y aunque los hipaspistas que acompañaban a Tolomeo eran sólo unos pocos, se lanzó éste a caballo en persecución de aquél. Como la subida a la colina le resultaba penosa a los caballos de Tolomeo y sus hombres, bajó de su caballo y se lo entregó a uno de los hipaspistas para que se hiciera cargo del mismo, mientras él se puso a perseguir a pie al jefe de los indios. Al ver éste que 4
Tolomeo se le aproximaba, se dio la vuelta seguido de su guardia [97] y golpeó de cerca con su larga lanza en el pecho de Tolomeo, aunque la coraza le aminoró el golpe. Por su parte, Tolomeo atravesó de lado a lado el muslo del indio, derribándolo a tierra, donde lo despojó de sus armas. Cuando sus hombres lo vieron así, 5
abatido por tierra, ya no aguardaron en sus puestos, y por su parte los que estaban en los montes, al ver cómo el cadáver de su gobernador era arrastrado por los enemigos, llenos de rabia se lanzaron a la carrera contra ellos, librando una terrible batalla al pie mismo del monte. Menos mal que ya se habían acercado hacia allá Alejandro y sus tropas de infantería, desmontados ahora ya de sus caballos para cargar sobre los indios, a los que consiguieron desalojar, bien que con cierta dificultad, de su emplazamiento y hacerlos retroceder

---

97 El empleo del término hipaspistas es aquí de notable imprecisión, de ahí que lo hayamos traducido por «guardia».

hacia los montes, quedando Alejandro dueño del cadáver de su enemigo.

6 Cruzó Alejandro ahora los montes para llegar a la ciudad de Arigeo[98], sorprendiéndole cómo sus habitantes le habían prendido fuego y se habían escapado huyendo. Se unieron a él allí las tropas de Crátero y sus Compañeros, después de haber cumplido cuanto Ale-
7 jandro les había encomendado. Le pareció a Alejandro ésta una ciudad ubicada en un lugar muy estratégico, y por ello encargó a Crátero que la fortificara y repoblara con los habitantes vecinos de aquella tierra que quisieran instalarse en ella, así como con los soldados del ejército que hubieran quedado inútiles para el servicio de armas. Mientras tanto, continuó él su avance hacia donde, según sus noticias, habían huido la mayoría de los bárbaros; llegó así al pie de un monte a cuyas faldas hizo acampar a su ejército.

8 En esto, Tolomeo, hijo de Lago, que se había apartado un poco a buscar forraje por encargo de Alejandro, se había alejado algo más con algunos hombres a inspeccionar los alrededores; de regreso trajo noticias a Alejandro de haber visto en el campamento bárbaro mayor número de hogueras que las que había
9 en el propio campamento de Alejandro. Desconfió éste al principio de este número, pero al ver que se trataba de una asamblea de bárbaros de este territorio, dejó en reserva una parte de su ejército al pie del monte donde estaba, mientras que él se puso al frente de un contingente de hombres, suficiente a su juicio, en vista del número de bárbaros allí reunidos; procedió a dividir el grupo en tres secciones, según se iban acercando a los fuegos enemigos.

---

98 Muy probablemente, la actual Nawagai, capital de Bajaur (cf. J. F. C. Fuller, *The Generalship...*, pág. 126).

Al frente de una de ellas puso a Leónato, uno de su 10
guardia personal, asignándole el batallón de Átalo y el de Balacro; la segunda sección, formada por un tercio de los hipaspistas reales, los batallones de Filipo y Filotas y dos quiliarquías de arqueros, los agrianes y la mitad de la caballería, quedó a cargo de Tolomeo, hijo de Lago. Al frente de la tercera se puso él mismo, situándose donde al parecer formaba la mayor parte de los bárbaros.

Al ver éstos que los macedonios se les aproxima- 25
ban, continuaron ocupando sus posiciones dominantes. Algo después, confiados en su número y despreciando a los macedonios que tan pocos eran, bajaron hasta las posiciones situadas algo más abajo. El combate que allí se originó fue muy duro, aunque Alejandro terminó por imponerse sin grandes dificultades.

Las tropas de Tolomeo se habían alineado en orden 2
de batalla sobre un terreno no liso, pero como los bárbaros ocupaban las alturas, Tolomeo formó las compañías en orden de columna, llevándolos hacia donde el cerro parecía más fácilmente expugnable, sin cerrar con sus tropas por completo el perímetro del cerro, sino que dejó un corredor por el que los bárbaros, llegado el caso, pudieran emprender la huida.
Se produjo también allí un violento combate, debido 3
no tanto a lo escabroso del lugar, como a que estos indios son mucho más valientes que sus vecinos. Con todo, fueron desalojados de la colina por los macedonios. Leónato y sus hombres, que componían uno de los tres tercios del ejército, resultaron igualmente victoriosos, consiguiendo derrotar a sus oponentes. Según 4
cuenta Tolomeo, fueron capturados un total de cuarenta mil hombres y doscientos treinta mil y pico bueyes, de los cuales Alejandro seleccionó los que le parecían más hermosos y grandes para enviarlos a Macedonia a labrar la tierra.

5 Desde aquí se dirigió Alejandro a la región de los asacenos, que se habían preparado ya para la lucha, según noticias a él llegadas, con dos mil jinetes, más de treinta mil infantes y treinta elefantes. Crátero, que ya había terminado de fortificar la ciudad, motivo que le había retenido allí, aportó al contingente de Alejandro la infantería pesada y las máquinas de asalto, por si necesitaba acudir a ellas para el asedio de la
6 ciudad. Alejandro, al frente de la caballería de los Compañeros, los lanzadores de dardos a caballo, los batallones de Ceno y Poliperconte, los mil agrianes[99] y arqueros, avanzó hacia el territorio de los asacenos,
7 a través del país de los gureos. Mucho le costó cruzar el río Gureo[100], epónimo de la región, a causa de su profundidad y por su impetuosa corriente, a más de porque en su lecho arrastra cantos rodados que hacían resbalar a los que intentaban atravesar el río. Al ver los bárbaros que Alejandro se les acercaba, no se atrevieron a guardar la formación para hacerles frente juntos, sino que se dispersaron pensando tan sólo cada uno en procurar la salvación y defensa de su propia ciudad.

*Alejandro en Masaga*

**26** Alejandro se dirigió en seguida hacia Masaga[101], que es la ciudad más importante de la región. Cuando sus tropas llegaron ante los muros de la ciudad, los bárbaros, que se hallaban muy envalentonados por haber recibido como refuerzos unos siete mil mercenarios[102]

---

99 El texto ofrece ciertas dudas; nosotros mantenemos, con Roos, la lectura de los códices. El contingente de estos agrianes era de 500 hombres en el año 334, pero fueron ampliados hasta 1.000 en el 331.

100 El actual Panjkora.

101 No ha sido identificada esta ciudad con exactitud.

102 Q. Curcio, VIII 10, 23, con cifras considerablemente divergentes.

de la India más al interior, cayeron sobre el ejército macedonio al verlo acampado al pie de sus murallas.

Alejandro se percató de que el combate iba a des- 2
arrollarse en un lugar demasiado próximo a la ciudad, mientras que lo que a él le interesaba era que los bárbaros se alejaran de sus murallas, para que en el caso de que se produjera (y él estaba seguro de que así ocurriría) una brusca maniobra de contraataque no les fuera posible a los bárbaros escapar y salvarse, refugiándose en la ciudad que tan cerca se encontraba. Efectivamente, al ver cómo los bárbaros salían de la ciudad para atacarle, ordenó a sus hombres que retrocedieran cambiando su marcha en dirección a una colina que dista unos siete estadios[103] del lugar donde
habían pensado instalar su campamento. Los enemigos 3
se envalentonaron, pensando que los macedonios habían iniciado la retirada, y se lanzaron en su persecución sin orden ni concierto alguno. Pero cuando ya los disparos enemigos alcanzaban a sus tropas, Alejandro hizo girar rápidamente y a una señal convenida su falange, lanzándola al contraataque y a la carrera contra
ellos. Los lanzadores de dardos a caballo, agrianes y 4
arqueros fueron los primeros en llegar a todo correr al cuerpo a cuerpo con los bárbaros, mientras el propio Alejandro hacía evolucionar en orden a su falange. Los indios quedaron atónitos por lo inesperado de la reacción, y al llegarse al combate mano a mano retrocedieron, escapándose hacia su ciudad. Murieron unos doscientos, mientras los demás eran obligados a refugiarse en sus muros. Aproximó Alejandro ahora su falange a los muros, donde resultó alcanzado en el muslo por un dardo disparado desde la muralla, aunque la herida no fue de importancia.

---

[103] Unos 1.260 m.

5 Al día siguiente aplicó las máquinas de asalto al muro, consiguiendo derribar fácilmente un tramo del mismo. Los macedonios presionaron por donde el muro había quedado derribado, pero como los indios resistían bravamente, Alejandro tuvo aquel día que retirar su ejército. Al día siguiente, el ataque macedonio fue aún más violento, de suerte que al fin se logró que una torre de madera quedara fija a los muros; desde ella disparaban sus flechas los arqueros, al tiempo que todo tipo de dardos lanzados desde las máquinas de asalto hacían retroceder un buen trecho a los indios. Pero ni aun así fueron capaces los macedonios de forzar la entrada al recinto amurallado.

6 Al tercer día acercó Alejandro de nuevo la falange
al muro, enlazando la máquina de asalto con el agu-
jero abierto en el muro, e hizo pasar por allí a los hi-
paspistas que ya en el asedio de Tiro[104] habían tomado
la ciudad mediante una estratagema parecida a ésta.
Fueron muchos los que, entusiasmados, se lanzaron a
la carrera por el pasadizo, que a causa del mucho peso
se derrumbó, precipitándose junto con él no pocos ma-
7 cedonios. Al ver los bárbaros lo ocurrido, lanzaban
desde la muralla sobre los macedonios piedras, flechas
y cualquier cosa que a las manos se les venía, en medio
de un enorme griterío, al tiempo que otros salieron
por unas pequeñas puertas que había entre las corti-
nas[105] de la muralla, golpeando de cerca a los confun-
didos macedonios.

27 Encargó Alejandro a Alcetas que con su batallón acudiera a recoger a los heridos, con órdenes de que se retiraran al campamento los que aún proseguían la

---

104 En II 23.

105 La cortina es la parte de muralla situada entre dos baluartes.

lucha. Al cuarto día se consiguió de nuevo enlazar el muro con otra máquina de asalto.

2 Los indios se defendieron valerosamente mientras el jefe de la plaza sobrevivió, pero al ver que éste había muerto alcanzado por un disparo efectuado desde la máquina; al ver que algunos de los defensores habían caído durante el curso de tan prolongado asedio, y que contaban con muchos heridos que habían quedado inútiles para la guerra; al ver todo esto, enviaron una embajada a Alejandro en son de paz. Grato le resultó 3
a Alejandro que estos bravos hombres salvaran sus vidas, por lo que convino con los mercenarios indios que podían incorporarse a su ejército para servir en sus filas. Abandonaron éstos sus refugios trayendo sus armas, y acamparon frente a las filas del ejército macedonio, junto a una colina. Habían maquinado, sin embargo, escapar a la carrera aprovechando la noche hacia sus propios pueblos, pues no estaban dispuestos a empuñar las armas para enfrentarse a otros pueblos indios.

Al tener Alejandro noticias de todo esto, rodeó du- 4
rante la noche la colina a cuyo pie habían acampado los indios, cercándolos en medio, y tomó al asalto la ciudad, que había quedado desguarnecida de defensores, haciendo prisioneros a la madre de Asacanes, así como a su hija. En este asalto encontraron la muerte unos veinticinco hombres de Alejandro[106].

Desde este lugar, envió a Ceno hacia Bacira, pen- 5
sando que sus habitantes se le entregarían después de haberse enterado de la captura de Masaga. A su vez, despachó a la ciudad de Ora a Átalo, Alcetas y el hiparco Demetrio, con el encargo de que cercaran con

[106] Corresponde este pasaje a DIODORO, XVII 84; Q. CURCIO, VIII 10, 34, y PLUTARCO, *Alejandro*, 59, 3, quien condena el atroz proceder de Alejandro en esta ocasión.

6 un muro la ciudad hasta que él llegara. Los habitantes de la ciudad hicieron una violenta salida contra las tropas de Alcetas, aunque los macedonios sin gran dificultad les obligaron a darse la vuelta y recluirse de nuevo dentro de los muros.

A Ceno, sin embargo, no le fueron bien las cosas en Bacira, pues sus habitantes, confiados en la seguridad del emplazamiento, construida como estaba sobre un lugar muy elevado y por todas partes concienzudamente amurallada, no dieron señal de que fueran a rendirse bajo condiciones.

7 Al conocer estos pormenores, Alejandro se puso en marcha hacia Bacira, aunque antes de llegar a ella le informaron de que algunos bárbaros vecinos de la región intentaban subrepticiamente llegarse hasta la ciudad de Ora, misión que les había encomendado Abisares. Ante esta noticia, Alejandro cambió su rumbo, dirigiéndose primero a Ora. Mandó a Ceno que construyera una plaza fuerte y reforzara la guardia sobre la ciudad de Bacira, dotándola de guarnición suficiente para impedir a los habitantes del territorio la libre circulación por el mismo. Respecto del resto del ejército, le ordenó Alejandro que lo trajera adonde él mismo estaba.

8 Los habitantes de Bacira, al ver que Ceno levantaba el campamento con la mayor parte de sus tropas, despectivamente se mofaban de los macedonios diciéndoles que no eran enemigos para ellos, y acto seguido salieron a luchar a campo abierto. La batalla que entonces se originó fue violentísima; cayeron en ella quinientos bárbaros, siendo más de setenta los capturados prisioneros. Los demás lograron refugiarse en la ciudad, de donde les impedía la salida ahora ya con más decisión la guarnición apostada delante de sus murallas.

El asedio a Ora no resultó gravoso para Alejandro, antes bien, se apoderó de la ciudad al primer ataque contra sus muros, capturando los elefantes que en ella habían quedado abandonados.

*En ruta hacia Aornos*

Al tener conocimiento los habitantes de Bacira del desarrollo de estos acontecimientos, abandonaron la ciudad a media noche, desistiendo de sus planes anteriores, y buscaron refugio seguro en la Roca, cosa que hicieron también los demás bárbaros. Efectivamente, todos abandonaban sus respectivas ciudades para refugiarse en la Roca, conocida con el nombre de Aornos[107]. Es ésta, en efecto, una enorme roca de esta región sobre cuya historia se cuenta que ni siquiera Heracles, el hijo de Zeus, pudo tomarla al asalto. 28

Desde luego, yo no puedo afirmar en modo alguno 2
si el Heracles[108] que llegó hasta la India fue el tebano,

[107] Fue identificada por STEIN, «Alexander's Campaign in the Indian North-West Frontier», *Geographical Journal* 70 (1927), 417-439 y 511-540, en el actual Pis-Sar; cf., también, J. F. C. FULLER, *The Generalship*, con fotografías y planos del lugar. Con todo, hay que mencionar, en honor a la verdad, que el feliz hallazgo de Stein fue precedido por los trabajos de muchos otros estudiosos. Citaremos sólo los más relevantes (muchos de ellos no los hemos podido consultar, dado lo dificultoso de su búsqueda): I. ABBOTT, «Gradus ad Aornon», *Jour. of the As. Soc. of Gr. Brit. and Irl.* 23 (1854), 309-363; M. NEUBERT, «Aurel Stein auf den Spuren Alexanders des Grossen an der Nordwestgrenze Indiens», *Petermanns Geographische Mitteilungen*, 1929, págs. 84 y sigs.; G. RADET, «Aornos», *Journal des Savants* (1929), 69-73. Conexo con este tema está el más general de la literatura relativa al itinerario de Alejandro hacia la India. Aparte de lo que vamos comentando en algunas notas, remitimos al capítulo de J. SEIBERT, «Die Topographie des Alexanderfeldzuges in Indien», páginas 150-152, de su citado libro, así como a sus correspondientes notas en págs. 287-288.

[108] Cf. lo dicho en vol. I, n. 206, y vol. II, n. 42.

o si el licio o el egipcio. Más bien pienso que Heracles nunca llegó aquí, sino que son los hombres quienes, al querer ensalzar sus empresas, exageran sus dificultades hasta llegar a declarar que ni el propio Heracles pudo realizarlas. Así es como yo pienso que se ha utilizado a propósito de esta Roca el nombre de Heracles, por
3 pura jactancia de palabra[109]. Según dicen, el perímetro de la roca es de unos doscientos estadios[110], y su altura por la parte más profunda del barranco de unos once estadios[111], con un solo camino de acceso, difícil, abierto por la mano del hombre. En su cumbre abunda el agua pura, que brota de un manantial que constantemente fluye; también abunda la madera y buena tierra fértil para labrar, suficiente para mil hombres.
4 Al tener Alejandro noticias de estas circunstancias, sintió unas enormes ganas[112] de tomar esta montaña, movido además por el relato que se contaba a propósito de Heracles. Fortificó, pues, como guarniciones de la región Ora y Masaga, y amuralló la ciudad de Ba-
5 cira. Los hombres de Hefestión y Perdicas fortificaron otra ciudad llamada Orobatis, siguiendo en ello instrucciones de Alejandro; dejaron en ella una guarnición y marcharon al río Indo. Una vez allí, prepararon todo lo necesario para enlazar ambas orillas del río, siguien-
6 do en ello las instrucciones de Alejandro. Nombró éste sátrapa de la región que queda a este lado del Indo a Nicanor, uno de los Compañeros. Él mismo se puso en marcha hacia el río Indo, consiguiendo bajo condiciones previamente pactadas se les pusiera de su parte

---

109 A propósito, cf. DIODORO, XVII 85, y Q. CURCIO, VII 11, 2.

110 Equivalente a 36 km.

111 Casi 2.000 m., aunque más que de la altura de la misma, debe referirse a la distancia que hay que recorrer hasta llegar a su cima.

112 Cf. nuestra nota 22 (vol. I).

la ciudad de Peucelótide, situada no lejos del Indo, en la que dejó una guarnición macedonia bajo las órdenes de Filipo. Igual hizo luego con algunas otras pequeñas aldeas ribereñas del Indo. Se pasaron a su bando Cofeo y Asagetes, los gobernadores de esta región.

Llegó luego a la ciudad de Embólima, situada muy 7
cerca de la Roca de Aornos, donde dejó a Crátero con una parte del ejército. Encargó a éste[113] que acumulara en la ciudad la mayor cantidad posible de trigo y de todo lo que pudiera necesitarse en un asedio prolongado, ya que su idea era que los macedonios utilizaran esto como base, para desde aquí agotar a los ocupantes de la Roca por un polongado asedio, en caso de que fracasara su plan de tomarla al asalto al primer intento.
Alejandro reunió a los arqueros, los agrianes, el ba- 8
tallón de Ceno; seleccionó a los hombres más ágiles y al tiempo mejor armados de la falange, y con ellos y con unos doscientos jinetes de los Compañeros y unos cien arqueros a caballo se aproximó a la Roca. Acampó a sus hombres donde más conveniente le pareció, dándoles allí ese día de reposo, y al día siguiente los volvió a acampar en un emplazamiento ya algo más próximo a la Roca.

*Comienza el asalto a la Roca de Aornos*

He aquí que se le presentaron 29
ahora unos vecinos de la zona, poniéndose a su disposición y prometiéndole que le podían conducir por el acceso más vulnerable de la Roca, y que así podría capturar la posición sin mucha dificultad. Ordenó a Tolomeo, hijo de Lago, uno de su guardia personal, que acompañara a estos hombres, poniéndose al frente de los agrianes, el resto de la infantería ligera y algunos hipaspistas bien selec-

113 Algunos autores entienden que aquí falta un *keleúsas* (Polak).

cionados, con órdenes estrictas de que tan pronto capturaran la posición dejaran en ella una sólida guarnición y le hicieran señales para que él advirtiera que
2 había sido tomada. Tolomeo, después de recorrer un camino escabroso e incómodo de transitar, se apoderó de la posición sin que los bárbaros le observaran. La fortificó con una empalizada circular y una trinchera, al tiempo que hacía señales con fuego desde el monte a fin de que Alejandro les divisara, según la contraseña convenida.

Así ocurrió, en efecto, por lo que Alejandro puso en movimiento su ejército al día siguiente, aunque no pudo prosperar en su empeño ante la fuerte resistencia ofrecida por los bárbaros y la dificultad del terreno.
3 Al advertir los bárbaros que a Alejandro le resultaba imposible avanzar, se dieron la vuelta para atacar las tropas de Tolomeo. Se originó entre ambos bandos un violento combate: los indios intentaban por todos los medios destrozar la empalizada; los hombres de Tolomeo proteger a toda costa la posición. Los bárbaros llevaron la peor parte en el combate artillero, por lo que se retiraron al caer la noche.

4 Alejandro mandó llamar a un indio desertor, hombre en quien podía además confiar y buen conocedor del territorio, para mandarlo a Tolomeo durante la noche con una carta en la que decía a Tolomeo que atacara a los bárbaros desde lo alto del monte cuando viera que Alejandro se había acercado a la Roca, y que no se contentara sólo con mantener la defensa de la posición, ya que los indios no sabrían qué hacer cuando se vieran atacados por ambos lados, por uno y
5 otro contingente macedonio. Al amanecer, Alejandro levantó el campamento y condujo a sus hombres al camino por donde había ascendido Tolomeo, lo que consiguió hacer sin ser advertido por los enemigos. Su plan era enlazar con las fuerzas de Tolomeo, ya que,

logrado esto, el resto de la empresa le resultaría facilísimo. Así fue como ocurrió, en efecto; hasta medio 6
día se entabló un violento combate entre indios y macedonios; los unos forzando el ascenso, los otros disparándoles cuando aquéllos subían. Los macedonios no cejaban en su empeño por ascender, volviendo sobre sus pasos uno tras otro y dejando descansar a los primeros que subían. A eso de media tarde, aunque no sin dificultad, consiguieron hacerse dueños del camino y enlazar con las tropas de Tolomeo. A partir de este momento, cuando estuvo ya reagrupado todo el ejército, lanzó Alejandro de nuevo un ataque contra la Roca, aunque tampoco ahora pudo conquistarla. Así acabó este largo día de lucha.

Al amanecer del día siguiente ordenó Alejandro que 7
cada soldado cortara unas cien estacas, y una vez cortadas él mismo el primero empezó a amontonarlas sobre la cresta de la loma en que estaban acampados, hasta conseguir formar un gran montón que se alzó hasta igualar la altura de la Roca. Intentaba alcanzar desde aquí con los proyectiles de sus máquinas a los combatientes enemigos de primera fila, y a este fin todos sus hombres se aplicaron a la obra de construir el gran montón; él mismo colaboraba, inspeccionando[114] y animando[114] a los que en ellos trabajaban con entusiasmo, o reprendiendo[114] al momento a los rezagados.

Durante el primer día, el ejército acumuló un mon- **30**
tón de unos doscientos metros de base; al día siguiente los honderos dispararon desde lo alto contra los indios, que eran también y simultáneamente batidos por los proyectiles lanzados por las máquinas, según salían en esporádicos saltos contra los que continuaban cons-

---

114 Los tres gerundios corresponden a otros tantos sustantivos en *-tēs*, clara influencia tucididea. Remitimos a n. 45.

truyendo el montón. Durante tres días prosiguieron amontonando las estacas en este emplazamiento, y al día siguiente unos pocos macedonios, en un acto de valor, conquistaron una pequeña loma de la misma altura que la Roca. Alejandro, sin perder un momento, continuó acumulando estacas sobre el montón, hasta conseguir enlazarlo con esta loma que ya algunos de sus hombres habían ocupado.

2 Los indios, atónitos ante el indescriptible grado de osadía de estos macedonios que se habían apoderado de la loma, y viendo que habían conseguido unirla al montón de estacas apiladas, desistieron ya de continuar la defensa. Acto seguido, pues, enviaron una embajada a Alejandro entregándole la roca a cambio de negociar para sí mismos su salvación. Sin embargo, habían urdido la siguiente estratagema: iban a ocupar todo el día en estas negociaciones, con objeto de, cuando llegara la noche, poder escapar furtivamente cada cual a su pueblo.

3 Informado Alejandro de sus intenciones, les concedió un poco de tiempo para que se retiraran y destruyeran el cerco que fortificaba la Roca por todas partes, aguardando hasta que los bárbaros empezaran a retirarse. En este preciso momento, reunió Alejandro a unos setecientos hombres, entre su guardia personal y los hipaspistas, y se dispuso a avanzar sobre la parte ya desalojada de la Roca. Tras él seguían los macedonios, que subían por diversos lugares auxiliándose los unos
4 a los otros en el ascenso. A una señal convenida, los hombres de Alejandro se volvieron contra los bárbaros que empezaban a retirarse, dando muerte a gran número de ellos en su huida; otros se precipitaron peñas abajo al intentar escapar presos del pánico.

Así consiguió apoderarse Alejandro de esta Roca, inaccesible como había sido al propio Heracles, y sobre

ella ofreció un sacrificio; dejó allí una guarnición y
encargó la vigilancia a Sisicoto, que hacía tiempo había
desertado de los indios, pasándose a Beso cuando es-
taba en Bactria, y posteriormente a Alejandro, en cuyas
filas prestaba sus servicios cuando éste se hizo dueño
de Bactria, granjeándose su total confianza.
Levantó Alejandro el campamento y, abandonando 5
la Roca, se internó por la región de los asacenos, por
haber tenido noticias de que el hermano de Asaceno
había conseguido escapar hacia los montes con los ele-
fantes y muchos bárbaros vecinos del territorio. Llegó
al poco a la ciudad de Dirta, aunque no encontró ni en
ella ni en sus alrededores a ninguno de sus habitantes.
Al día siguiente despachó a Nearco y a Antíoco, qui-
liarcos de los hipaspistas (a Nearco le había asignado
los agrianes y los de infantería ligera, y a Antíoco su
propia quiliarquía, más otras dos), a que inspecciona-
ran el territorio, a fin de capturar a algún bárbaro del 6
lugar y someterlo a interrogatorio, pues anhelaba co-
nocer datos sobre el lugar y, especialmente, enterarse
de lo que había ocurrido con los elefantes. Según mar- 7
chaba ya hacia el río Indo, su ejército tenía que irse
abriendo su propio camino según avanzaba por aquellos
parajes absolutamente intransitables. Hizo allí algunos
prisioneros, de quienes pudo informarse de que los in-
dios de aquel territorio se habían refugiado en el cam-
pamento de Abizares, aunque habían abandonado los
elefantes, que pastaban por las orillas del Indo. Acto
seguido ordenó Alejandro a los prisioneros que le con-
dujeran hacia donde estaban los animales.
Muchos indios suelen ser cazadores de elefantes; 8
algunos de ellos se presentaron diligentemente ante
Alejandro, y con su ayuda pudo éste cazar a los ani-
males. Dos de éstos se despeñaron por los acantilados
al pretender huir, pero el resto de la manada fue
capturado y pasaron a incorporarse al ejército de Ale-

9 jandro, montando a su grupa un naire[115]. Encontró en el río abundante y muy apreciable madera, encargando a sus hombres que la cortaran para construir naves, con las que río abajo llegaron hasta el puente que Hefestión y Perdicas habían fabricado hacía tiempo, siguiendo instrucciones de Alejandro.

115 Es el conductor de elefantes que va montado a la grupa del animal.

# LIBRO V

## Sinopsis

Capítulos:

1. Alejandro en Nisa.
2. Dioniso, fundador de Nisa.

3-4. Llegada al Indo. Descripción del río.

5. Proyecto de escribir la *India*.
6. Límites de Asia.

7-8. Alejandro cruza el Indo.

9. Alejandro frente a Poro.
10. Preparativos de ambos ejércitos.
11. Alejandro en el Hidaspes.

12-13. Prosiguen las maniobras.

14. El hijo de Poro.

15-18. Poro en persona se decide a atacar.

19-20. Encuentro Poro-Alejandro. El caballo Bucéfalo.

21. Del Acesines al Hidraotes.

22-24. Sangala.

25-26. Alejandro en el Hífasis. Malestar en el ejército.

27. Discurso de Ceno.
28. Alejandro se decide por el regreso.

*Alejandro en Nisa*

Llegó Alejandro a la región situada entre el río Cofén y el Indo, donde se encuentra la ciudad de Nisa, fundada, según dicen, por Dioniso[116]. La había fun- 1 2
dado[117] Dioniso tras haber sometido a los indios, aunque no entro yo en decir quién fuera este Dioniso, ni cuándo ni de dónde vino en expedición contra la India, ya que no me es posible constatar si el Dioniso tebano vino contra los indios al frente de su ejército desde Tebas o desde el Molo (en la Lidia) cuando atacó a tantos pueblos belicosos y desconocidos por entonces para los griegos, y de los que no consiguió dominar más que a los indios. Es más, yo creo que uno no debe ser escrutador demasiado escrupuloso de los relatos que desde antiguo se cuentan de los dioses. Y es que los fenómenos que no parecen creíbles para una persona que se atiene a lo verosímil, se hacen

---

116 Las fuentes antiguas que nos hablan de esta expedición a las tierras de la India son, además del propio Arriano, DIODORO, XVII 84-104; Q. CURCIO, VIII 9-IX 10; PLUTARCO, *Alejandro* 58, 5-66, 3; JUSTINO, XII 7, 4-10, 7.

117 Los habitantes de Nisa eran considerablemente distintos de sus vecinos, lo que nos hace pensar que se tratara de inmigrantes venidos del Oeste o, tal vez, de los descendientes de los mercenarios de Darío. Cf., en especial, G. WOODCOCK, *The Greeks in India*, Londres, 1966, págs. 21-23. Llegado a esta ciudad, Alejandro rememora su afán por emular y superar a Dioniso; cf., al respecto, P. A. BRUNT, «The aims of Alexander», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 205-215.

de algún modo creíbles si uno añade algún elemento divino a su razonamiento estrictamente lógico.

3 Al llegar, pues, Alejandro a la ciudad de Nisa[118] se le presentó el jefe de la ciudad como embajador de sus conciudadanos (su nombre era Acufis), acompañado de treinta nobles de los más reputados, para pedir
4 a Alejandro que dejara la ciudad a su dios. Esta embajada entró en la tienda donde Alejandro se encontraba, cansado y polvoriento del largo camino, aún con sus armas, ceñido su casco y con su lanza en una mano. Al verle, todos quedaron atónitos y cayeron a tierra manteniendo prolongado silencio. Alejandro les hizo levantarse y les aconsejó se comportaran con confianza; fue entonces cuando Acufis tomó la palabra y
5 dijo: «Señor, los habitantes de Nisa te ruegan les permitas vivir en libertad y autónomos, por respeto a Dioniso. Fue el propio Dioniso el que, después de haber sometido a los indios, de regreso al mar griego, fundó esta ciudad con los soldados inútiles ya para la guerra, que eran también sus adoradores[119], para que perdurara como memoria de sus andanzas y victorias para los hombres futuros, al igual que tú mismo has fundado Alejandría en el monte Cáucaso, o la otra Alejandría en Egipto, o esas otras muchas ciudades que has fundado ya o vas a fundar en el futuro como demostración de que tus hazañas han sobrepasado las
6 del dios Dioniso. El dios denominó a esta ciudad Nisa, y nisea su región, en memoria de su nodriza,

---

118 Nisa se halla en el valle de Kabul, cerca de la actual Jalalabad.

119 Estos adoradores de Baco experimentaban un particular sentimiento de comunión con su dios, por el que quedaban transformados de simples mortales al estado de *bácchoi*, convirtiéndose en *éntheoi* o posesos por la divinidad. Fenómenos paralelos se observan entre los derviches, chamanes, los judíos Hasidim, etc.

Nisa, el monte más próximo a la ciudad recibió de él el nuevo nombre de Muslo[120], ya que, según el relato, el dios nació del muslo de Zeus. Desde su fundación, la ciudad de Nisa ha sido libre y sus habitantes autónomos, y disfrutan de un sistema político regulado por leyes justas. Sírvate como prueba decisiva de que Dioniso fue el fundador de esta ciudad, el hecho de que la yedra, que no crece en región alguna de la India, se cría abundantemente entre nosotros.»

*Dioniso, fundador de Nisa*

Agradó a Alejandro oír todas 2
estas cosas, y dióle crédito a lo que se contaba sobre los viajes de Dioniso. Admitía que Nisa era fundación de Dioniso, lo que le llevaba a afirmar que él mismo había llegado en su expedición hasta donde lo había hecho el dios; es más, pensaba incluso proseguir más adelante que el propio Dioniso.

Por otra parte, estaba seguro[121] de que los macedonios continuarían de muy buen grado, aun a costa de penosos esfuerzos, con tal de emular y superar las hazañas de Dioniso.

El caso es que Alejandro accedió a estas peticiones 2
de los habitantes de Nisa, permitiéndoles vivir en libertad y autonomía. Aprobó también Alejandro las leyes por las que, según le dijeron, se gobernaban, así como el régimen aristocrático por el que la ciudad se

---

120 Abundan en otras latitudes relatos de nacimientos milagrosos del muslo o la cabeza de otro ser. Parece que ello se basa en la creencia de que en la médula de los huesos del muslo y en los humores de la cabeza residía el principio vital. Cf. EURÍPIDES, *Bacantes* 88-98, y el comentario correspondiente, a cargo de E. R. DODDS, *Bacchae*, Oxford, 1970 (2.ª ed.).

121 Sólo faltaban ya meses, sin embargo, para que sus hombres se le amotinaran por no querer seguir guerreando. Cf. V 25-29.

regía; pidió que se le enviaran para alistarlos en su ejército unos trescientos jinetes, así como unos cien nobles, elegidos entre las trescientas personalidades más importantes de la ciudad. La elección la haría el propio Acufis, a quien Alejandro mantuvo como gober-
3 nador de la región de Nisa. Se cuenta que Acufis se sonrió levemente al oír esta solicitud de Alejandro. Al preguntarle éste a qué venía esta sonrisa, le contestó Acufis: «¿Cómo podría, Señor, seguir gobernándose convenientemente una ciudad sola si se ve privada de sus cien mejores ciudadanos? Llévate si te preocupa la ciudad de Nisa esos trescientos jinetes o más si es ése tu deseo, pero déjanos en la ciudad esos cien nobles (puedes llevarte a cambio doble número de ciudadanos de inferior clase social), y así, cuando a tu regreso pases por nuestra ciudad, la encontrarás en la misma prosperidad y orden en que ahora vive.»

Estas palabras, tan sensatamente pronunciadas por
4 Acufis, convencieron a Alejandro. Pidióle, pues, que le enviara los jinetes, y no le volvió a recordar los cien ciudadanos de la nobleza, ni quiso que en su lugar se le enviaran nuevos hombres. Acufis le correspondió con generosidad enviándole a su hijo y al hijo de su hija.

5 Sentía ahora Alejandro verdadero deseo[122] de ver el lugar donde los niseos celebran las fiestas en recuerdo y honor de Dioniso. Marchó, pues, junto con la caballería de los Compañeros y el *ágēma* de infantería hacia el monte Muslo, que ante sus ojos se alzaba cubierto de yedra y laurel, entre bosquecillos sagrados. Advirtió que era lugar muy umbroso, donde abunda-
6 ban animales de caza de todas las especies. Los macedonios, que no habían visto la yedra desde hacía tiempo, se alegraron grandemente al verla aquí (efecti-

122 Sobre el *póthos* de Alejandro, cf. vol. I, n. 21.

vamente, en ningún lugar de la India crecía la yedra, ni siquiera en las zonas de viñedo). Con gran diligencia se pusieron a fabricar coronas de yedra, con las que se ceñían sus frentes, entonando cantos a Dioniso e invocando al dios bajo sus diversos nombres[123].

Ofreció Alejandro un sacrificio a Dioniso, y parti-
cipó en las fiestas junto con sus Compañeros. Cuentan 7
algunos, y lo digo por si alguien le quiere dar crédito,
que muchos macedonios que con él estaban, coronados
de yedra y en plena exaltación festiva, quedaron como
posesos por el dios[124], lanzando los gritos con que a
Dioniso se le invoca, y danzando como sus adoradores.

*Llegada al Indo*

Por lo demás, éstas son cosas 3
que uno puede creer o no creer,
según cada cual quiera. Yo no es-
toy por completo de acuerdo con
Eratóstenes[125] el cireneo cuando
dice que los macedonios cuentan todos estos relatos
sobre la divinidad con bastante exageración por adular
a Alejandro. Dice, por ejemplo, Eratóstenes que los 2
macedonios encontraron una cueva en Parapamísada
y que, como habían oído ciertas leyendas locales (a
más de otras que ellos mismos se inventaban), llegaron
a afirmar que aquélla era la cueva donde estuvo en-
cadenado Prometeo, y a la que acudía el águila para
devorar las vísceras del titán, hasta que llegó Heracles

123 Al respecto, cf. E. R. Dodds, *Bacchae*, págs. XI-XXXVIII, así como J. Roux, *Les Bacchantes*, I, París, 1970, págs. 3-103, y E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, 1951 (traducción española), con selecta bibliografía.

124 El pasaje muestra lecturas divergentes. Detalles en la edición de Roos.

125 Es el célebre filólogo director de la Biblioteca de Alejandría (*ca.* 246), autor, entre otras obras, de un tratado de geografía. Cf. R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, I, Oxford, 1968, págs. 152-170 (hay trad. esp.); también L. Pearson, *Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York, 1960, 243-264.

y mató al águila, liberando a Prometeo de sus cadenas[126].

3 En este relato los macedonios habían desplazado el monte Cáucaso desde el Ponto a las regiones más orientales de la tierra, y el territorio de Parapamísada hacia la India, llamando al monte Parapamiso, Cáucaso, y todo ello por tal de enaltecer la gloria de Alejandro, que habría llegado así más allá del monte Cáucaso.
4 De igual manera, cuando vieron en la India que las vacas estaban marcadas con una maza, dedujeron de ello que Heracles había venido hasta la India. También de otros relatos semejantes acerca de los viajes de Dioniso[127] desconfía Eratóstenes, aunque por lo que a mí respecta doy a estas versiones una cierta, aunque no total, credibilidad.

5 Al llegar Alejandro al río Indo encontró que Hefestión había construido ya el puente sobre él, halló también gran número de barcos pequeños, dos triacónteros, así como una suma de doscientos talentos de plata y tres mil reses para sacrificios, regalos del indio Taxilo, más de diez mil ovejas y treinta elefantes.

6 Se presentaron entonces ante Alejandro setecientos jinetes indios enviados por Taxiles como garantía de alianza. Entregó también éste la ciudad de Taxila[128],

---

126 Las principales versiones de este mito de Prometeo están traducidas al español en el libro del profesor C. García Gual, *Prometeo. Tragedia y Mito*, Madrid, 1979.

127 Remitimos a nuestra n. 42.

128 Taxila ha sido excavada recientemente por J. Marshall, autor de una monografía titulada *Taxila*, 3 vols., Cambridge, 1959, y un más reciente trabajo, *A Guide to Taxila*, Cambridge, 1960. El emplazamiento de la antigua ciudad dista unos treinta kilómetros de Rawalpindi. Sigue siendo de interés para el estudio topográfico de estas regiones, A. Stein, *On Alexander's Track to the Indus*, Londres, 1928, págs. 128 y sigs., así como J. F. C. Fuller, *Generalship*, págs. 248 y sigs., y un buen resumen puede verse en M. Taddei, bajo el lema «Taxila», en *Enci-*

que es la mayor que existen entre el río Indo y el Hidaspes. Aprovechó Alejandro el momento para ofrecer sacrificios a los dioses a que acostumbraba, y dispuso la celebración de unos juegos gimnásticos e hípicos junto al río. Las víctimas del sacrificio se le mostraron propicias a la travesía del río.

*Descripción del Indo*

El Indo es el mayor río, no 4
sólo del Asia, sino mayor incluso que los de Europa, excepto el Ganges, que es también un río de India. Sus fuentes están a este lado del monte Parapamiso o Cáucaso[129], y fluyen al Gran Mar de la India, en dirección sur; en su desembocadura el Indo se divide en dos ramas que forman una marisma, al igual que las cinco bocas del Istro[130]; forma también un delta parecido al del Nilo[131], delta que en lengua india llaman Pátala. Baste con esto lo que ahora tengo que decir del Indo, ya que es una descripción relativamente detallada. También el Hidas- 2
pes, Acesines, Hidraotes e Hífasis son ríos de la India[132], en longitud mucho mayores que los demás ríos del Asia. Son, sin embargo, mucho más pequeños que el Indo, tanto como el Indo[133] es inferior al Ganges. Ctesias (y

---

*clopedia dell'arte antica, classica e orientale,* VII, 1966, páginas 630-637.

129 Exactamente, en la cordillera del Himalaya.

130 El Danubio.

131 Cf. F. CELORIA, «Delta as a geographical concept», *Isis* 57 (1966), 385-388, trabajo que versa sobre la especialización del término «delta» en su acepción de accidente geográfico, basado en los testimonios de los historiadores antiguos.

132 Corresponden a las modernas denominaciones del río Jhelum, Chenab, Ravi y Beas, respectivamente (mantengo para la transcripción de estos nombres la grafía dada por Selincourt), todos ellos en la región del Punjab, «la de los cinco ríos».

133 Remitimos a lo dicho sobre la *ubertas nominum propriorum* de Arriano, en n. a II 6, 5.

esto lo digo por si alguien quiere creer su testimonio) dice que el Indo por su parte más estrecha tiene una distancia entre ambas orillas de unos cuarenta estadios, y por su parte más ancha, de unos cien. En su mayor parte mide el promedio entre estas dos distancias [134].

3 Alejandro atravesó el Indo al amanecer con todo su ejército, adentrándose en el territorio de los indios. En este relato no he mencionado las costumbres ni las leyes de estos indios, ni si el país cría animales exóticos, peces o seres monstruosos como los que produce el Indo, Hidaspes, el Ganges o demás ríos de la India. Tampoco he hablado de las hormigas que trabajan el oro [135], ni de los grifos [136] que montan guardia, ni de otras muchas cosas que han sido inventadas más por deleitar que por reflejar la realidad, ya que nadie se entretiene en verificar todas estas extrañas invenciones que sobre los indios se cuentan.

4 Sin embargo, Alejandro y sus hombres sí que verificaron buen número de ellas [137], si exceptuamos algunas

---

134 O sea, 70 estadios = 12 km. y medio. Plinio y Estrabón dan 50 estadios = 9 km. En la actualidad, sin embargo, podemos constatar una anchura media de en torno a 6 km. (20 estadios).

135 Al respecto, cf. HERÓDOTO, III 102, IV 13; *India* 14-15; ESTRABÓN, XV 1, 44.

136 Seres fabulosos de cabeza de águila o de león, cuyas representaciones en orfebrería son bien conocidas. Cf. B. HEUVELMANS, *Sur la piste des bêtes ignorées*, II, París, 1955.

137 Sabido es que con Alejandro marchaban un buen elenco de sabios, investigadores y estudiosos (naturalistas, geógrafos, etcétera). Temáticamente son varias las materias y ciencias afectadas. Recomendables son los trabajos de H. BRETZL, *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig, 1903; H. BERGER, *Geschichte der wissenschaftlichen Erdkunde der Griechen*, Leipzig, 1903 (2.ª); H. ENDRES, *Geographischer Horizont und Politik bei Alexander dem Grossen in der Jahren 330-323*, Würzburg, 1924; M. CARY-E. WARMINGTON, *Les explorateurs de l'antiquité*, París, 1933, y F. PFISTER, «Das Alexander-Archiv und die

que fueron fruto de su propia inventiva. Comprobaron, por ejemplo, que los indios, al menos los que Alejandro visitó (que fueron no pocos) no tienen oro, así como que son mucho menos blandos en sus costumbres de lo que suele creerse. Son los indios de elevada estatura, los más altos de todo el Asia, la mayoría de ellos de unos cinco codos[138] o poco menos. Más tostados que el resto de los hombres, si exceptuamos los etíopes, y en la guerra, con mucho, los más valientes de cuantos ahora habitan Asia[139].

No puedo yo compararlos con los antiguos persas 5
que acompañaron a Ciro, el hijo de Cambises. Estos persas privaron a los medos del imperio sobre todo el Asia, llegaron a dominar a muchos otros pueblos y consiguieron que buena parte de sus vecinos se les rindieran voluntariamente. En efecto, estos antiguos persas eran pobres y habitaban una región áspera, y se regían por un sistema de educación muy parecido al de los espartanos[140]. Tampoco puedo evaluar con precisión el revés que los persas sufrieron en Escitia, hasta el punto de afirmar si ocurrió ello por alguna circunstancia debida a la dificultad del terreno, o por algún error de cálculo de parte de Ciro, o bien que fuera que los persas se mostraron en este momento menos preparados para la guerra que los escitas de esta región.

---

hellenistisch-römische Wissenschaft», *Historia* 10 (1961), 30-67. — Para bibliografía más abundante, remitimos a J. SEIBERT, páginos 216 y sigs.

[138] Esto es, unos 2,15 m.

[139] Muy completo es, al respecto, el libro de R. C. MAJUMDAR (ed.), *An advanced History of India*, Londres, 1965 (1.ª ed. de 1946).

[140] Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 5, 67, y OLMSTEAD, *History...*, páginas 446 y sigs.

*Proyecto de escribir la «India»*

5 Yo tengo previsto escribir sobre la India un tratado especial[141], siguiendo en la narración los testimonios más fiables de los que acompañaron a Alejandro en sus expediciones, así como del relato de Nearco[142], que realizó el cabotaje por el gran Mar de la India. A estos testimonios añadiré los de Megástenes[143] y Eratóstenes, hombres ambos dignos de crédito. Pasaré revista a las costumbres de los indios, si en su territorio se crían animales exóticos, así como la circunnavega-
2 ción del mar Exterior. Por ahora describamos sólo cuanto me pareció pertinente para las campañas de Alejandro.

Los límites de Asia los señala por un lado la cordillera del Tauro, que parte de Micale, la montaña que hay frente a la isla de Samos. Dividiendo la tierra de Panfilia y Cilicia llega hasta Armenia, y desde aquí se
3 dirige hacia la Media, Partia y Corasmia. En Bactria se une con el monte Parapamiso, al que los soldados que acompañaban a Alejandro llamaron Cáucaso, por aumentar, según se dice, la fama de Alejandro, ya que así se daba por sentado que Alejandro llegó con su ejército, victorioso, más allá de los límites del Cáucaso. Es posible que este monte Cáucaso no sea sino continuación del Cáucaso escita, al igual que de éste lo es el monte Tauro, de ahí que yo ya anteriormente lo haya llamado Cáucaso, y lo seguiré así llamando de aquí en

---

141 Esto es, la llamada *India*, incluida también en esta traducción nuestra como libro octavo.

142 De él dispuso, en efecto, Arriano para escribir su *India*, aunque, desdichadamente, no se nos ha conservado. Remitimos de nuevo a la *Introducción* (vol. I), obra del profesor BRAVO GARCÍA, en su capítulo «Los historiadores de Alejandro» y, en especial, a su n. 63.

143 Cf., de nuevo, al respecto, *Introducción*.

adelante. El Cáucaso, digo, se extiende en dirección 4
Este, hacia la India, hasta el Gran Mar. Todos los ríos dignos de mención del Asia nacen en el Tauro o en el Cáucaso, dirigiendo su curso algunos de ellos hacia el Norte hasta desembocar en el lago Meótide[144], que es un golfo del Gran Mar[145]; otros, en cambio, dirigen su curso hacia el Sur[146], como el Eufrates y el Tigris, el Indo y el Hidaspes, Acesines, Hidraotes e Hífasis, y cuantos se hallan entre éstos y el Ganges, que o bien desembocan en el mar, o bien desaparecen formando zonas de marismas, cual se desvanece el Eufrates.

*Límites de Asia*

Si alguien divide así el Asia, de 6
Este a Oeste, tomando como referencia el monte Tauro y el Cáucaso, verá que son dos las partes en que Asia queda dividida por el monte Tauro; la una, orientada hacia el Mediodía y el Sur; la otra, mirando al Norte y al viento
boreal. A su vez, la parte sur de Asia puede también 2
dividirse en cuatro regiones, siendo la mayor, a juicio de Eratóstenes y Megástenes, la región de la India. (Megástenes[147] vivió con el sátrapa de Aracosia, Sibirtio, y dice que visitó en repetidas ocasiones a Sandrácoto[148], rey de los indios.) De otro lado, la región menos

---

144 Meótide = mar de Azov.

145 Esto es, el Océano. Según los conocimientos geográficos de la época de Arriano, se pensaba, en efecto, que el Caspio se comunicaba con el Océano, a pesar de que, con anterioridad, Heródoto y el propio Aristóteles ya hicieron descripciones más fieles a la realidad.

146 El Caspio.

147 Numerosos problemas sobre la religión india y Megástenes pueden consultarse en el documentado trabajo de A. Dahlquist, *Megasthenes and Indian Religion*, Nueva Delhi, 1977 (1.ª ed, Upsala, 1962), en particular, el capítulo titulado «Megasthenes' Reliability», págs. 26 y sigs.

148 Este Sandracoto o Chandragupta fue quien, a la muerte

extensa, limitada por el Eufrates, es la que está orientada hacia nuestro mar [149]. Las dos regiones restantes, que se encuentran entre el Eufrates y el Indo, unidas ambas apenas pueden alcanzar la extensión de la India.

3 La India limita al Este, al Oeste y por el Sur con el Gran Mar, al Norte limita con el Cáucaso y su confluencia con la cordillera del Tauro, y por el Noroeste, hasta llegar al Gran Mar, con el río Indo. En su mayor parte es un territorio llano, formado, según cabe con-
4 jeturar, por terrenos de aluvión de sus ríos. En otras zonas del país, las llanuras próximas al mar son resultado de los ríos vecinos, de suerte que incluso el nombre del país se relacionó desde antiguo con el de sus ríos. Así, se habla de una llanura de Hermo, que es el nombre de un río que atraviesa parte de Asia, desde el monte de la Madre Dindimene [150] hasta desembocar en el mar cerca de Esmirna, en Eolia. Igualmente, la llanura llamada Caistro, en Lidia, recibe su nombre del río lidio Caistro; lo mismo ocurre con el llano de Caico en Misia, y la llanura caria del Meandro, que
5 se extiende hasta la ciudad jónica de Mileto. A Egipto lo denominaron los logógrafos Heródoto y Hecateo (sean o no de Hecateo estas historias de Egipto), empleando ambos una expresión idéntica, «don del río», demostrando, especialmente Heródoto [151], con pruebas irrefutables, que fue el país el que tomó su nombre del río. Efectivamente, el nombre antiguo del río fue Egipto, aunque ahora lo llamen Nilo los egipcios y demás pueblos. La mejor prueba de ello es el propio

---

de Alejandro, acabó con la influencia macedónica en toda la región del Punjab. Cf. n. 411.

149 El decir, el Egeo.

150 Se trata de la diosa Cibeles, a quien estaba dedicado el monte Dindimo en Frigia.

151 Cf. Heródoto, II 5 y 10-34.

Homero[152], cuando nos dice que Menelao varó sus naves en la desembocadura del río Egipto.

Si un solo río en algún lugar de la tierra, aunque 6
no sea precisamente el más importante, puede formar en su desembocadura una gran barra de arena, al arrastrar aguas abajo barro y fango desde las partes más altas de su curso, no hay razón para desconfiar de que así haya ocurrido en la India, que en su mayor parte es una llanura de materiales de aluvión depositados por sus ríos. Ocurre, además, que ni sumando el cau- 7
dal del Hermo, Caístro y Caico, Meandro y todos los demás ríos de Asia que desembocan en el mar Interior[153], pueden igualar en volumen de agua a ninguno de los ríos de la India, y eso por no hablar del Ganges, que es el mayor de éstos, y con el que no cabe comparar el caudal del Nilo ni el del Istro que recorre Europa. Por otra parte, no podrían igualarse al Indo, 8
ni aunque todos ellos se unificaran en un solo río, ya que el Indo es enorme desde sus mismas fuentes, y recibe como afluentes quince ríos, todos mayores que los ríos de Asia[154]. Así el Indo da nombre a la región hasta llegar a su desembocadura.

Quede dicho esto ahora a propósito de la India, que otras cosas quedarán para mi narración llamada *India*.

*Alejandro cruza el Indo*

Ni Aristobulo ni Tolomeo nos 7
han detallado cómo construyó Alejandro el puente sobre el Indo, y son ellos los dos autores en los que yo especialmente me baso. Por mi parte, yo tampoco puedo precisar si el paso se resolvió uniendo barcos, al modo como Jerjes

152 *Odisea* IV 477 y 581.

153 El Mediterráneo o, quizá más concretamente, el Egeo.

154 Una más detallada exposición, en *India* 4, 8.

cruzó el Helesponto, o Darío el Bósforo y el Istro[155], o si fue un puente construido de una a otra orilla del río. Me inclino yo, sin embargo, a que fue por medio de botes enlazados entre sí, y me baso para ello en que la profundidad del río no habría permitido la construcción de un puente, ni habría habido tiempo
2 para construir tan extraordinaria obra. Tampoco puedo precisar, supuesto que fuera ésta la forma en que se habilitó el paso del río, si los barcos fueron atados entre sí mediante cuerdas y alineados en filas hasta alcanzar la otra orilla (así fue, según cuenta Heródoto el halicarnaseo, como se hizo la travesía del Helesponto) o si fue a la manera como los romanos hicieron el puente sobre el Istro o sobre el Rin en territorio celta, o aun sobre el Eufrates y el Tigris, ríos que ellos cruzaron en repetidas ocasiones.

3 De los métodos que yo conozco, la manera más rápida[156] de establecer un puente es según el sistema romano, es decir, por medio de naves. Yo voy a exponer ahora muy brevemente este sistema, como método digno de mención. A una señal dada, los barcos se dejan bajar siguiendo la corriente, no con las proas aguas abajo, sino vueltas contra corriente. Como es natural, la fuerza de la corriente los arrastra hacia bajo, pero una chalupa de remos les contrarresta su marcha hasta que maniobran para ocupar el lugar convenientemente asignado. Entonces hacen descender por la proa de cada nave grandes cestos de mimbre en forma piramidal, llenos de piedra para impedir que la
4 nave sea arrastrada por la corriente. Cuando se ha conseguido que una nave, luego otra, y así sucesiva-

155 Descrito por Heródoto, VII 33, 6, y IV 83.

156 No debe interpretarse esta descripción como prueba de que Arriano tuviera experiencia directa de tales técnicas por haber estado al frente del ejército romano.

mente todas, queden fijas manteniendo entre sí una distancia suficiente para poder soportar lo que han de llevar encima, se les deja ancladas así con la proa contra corriente. Sobre cada dos naves contiguas se les atraviesan unas maderas, debidamente ordenadas, así como tablas dispuestas transversalmente que mantienen trabadas ambas naves. Así se continúa la obra, empleándose cuantas naves sean necesarias para for-
mar el puente. A ambos lados del puente se colocan 5
como baranda escaleras unidas con clavos, a fin de que el paso resulte para los caballos y carruajes completamente seguro, y al mismo tiempo sirvan como unión al puente. Todo se lleva a cabo en poco tiempo y con mucho ruido; sin embargo no falta la organización en el trabajo. De este modo se van transmitiendo de barco en barco las órdenes a ejecutar, o la recriminación por lo que ha dejado de cumplirse, sin perjudicar nada de ello la estricta y puntual ejecución de lo que se ordena.

Éste es el método que los romanos[157] emplean 8
desde antiguo en la travesía de cualquier río; ahora bien, no puedo afirmar yo que fuera exactamente así como Alejandro atravesó el Indo, ya que los que con él marchaban en la expedición no nos han dejado de ello testimonio alguno. Yo me atrevería a decir que tal vez fuera de un modo similar al que acabo de describir, aunque, fuera como fuera, dejemos así la cues-
tión. Una vez atravesado el Indo, Alejandro sacrificó 2
según costumbre, levantó el campamento de las proximidades del Indo y se dirigió a Taxila, ciudad importante y próspera, la mayor entre el río Hidaspes y el

157 Al respecto, cf. J. KROMAYER-G. VEITH (ed.), «Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer», en *Handbuch der Altertumswissenschaft*, IV, 3, 2, Munich, 1928, págs. 95-123, y W. W. TARN, *Hellenistic Military and Naval Development*, Cambridge, 1930.

Indo. Fue recibido en ella por Taxiles, el gobernador de la ciudad, y sus habitantes en son de amistad, por lo cual Alejandro les autorizó a que se anexionaran el territorio vecino, sobre el que tenían ciertas pretensiones.

3 Se presentaron entonces ante Alejandro unos embajadores de parte de Abisares, rey de los indios que habitan las montañas, entre los que venía el hermano de Abisares y los nobles de este pueblo, así como otros embajadores del nomarco Doxareo con gran cantidad de regalos. Alejandro celebró también aquí en Taxila los habituales sacrificios, estableciendo igualmente un certamen gimnástico e hípico. Nombró a Filipo, el hijo de Macates, sátrapa de esta región de la India, donde dejó una guarnición con los soldados que a causa de alguna enfermedad habían quedado inútiles para el servicio de las armas. Mientras, él se dirigió al río Hidaspes.

4 Efectivamente, le habían llegado noticias de que Poro[158] se hallaba con todo su ejército al otro lado del río Hidaspes, decidido a impedirle el paso y atacarle si Alejandro intentaba cruzarlo. Al conocer estas circunstancias, Alejandro ordenó a Ceno, el hijo de Polemócrato, que regresara al Indo y trajera desguazados los barcos con los que habían atravesado el Indo, ya
5 que con ellos pensaba cruzar el Hidaspes. Los barcos fueron desguazados y transportados hasta allí, los más

[158] El territorio del rey Poro se hallaba entre el Hidaspes y el Acesines. Para este paraje y para el desarrollo de la batalla, cf. Fuller, *Generalship...*, págs. 180 y sigs.; A. R. Burn, «The generalship of Alexander the Great», *Gr. and Rom.* 12 (1965), 140-154; en particular, J. R. Hamilton, «The Cavalry Battle at the Hydaspes», *Jour. of Hell. St.* 76 (1956), 26 ss.; el emplazamiento exacto donde Alejandro acampó, aún se sigue discutiendo, aunque se suele admitir la hipótesis de Stein de que fuera en Haranpur.

pequeños fueron desmembrados en dos mitades, mientras que los triecóntoros lo fueron en tres partes, que luego acarrearon a lomos de animal hasta las orillas del Hidaspes. Una vez allí volvieron a ensamblar los barcos, hasta dejarlos formados en el río. Alejandro, al frente de los hombres con que había llegado a Taxila, a los que se habían agregado cinco mil indios a las órdenes de Taxiles y los gobernadores de la región, se dirigió a las orillas del Hidaspes.

*Alejandro frente a Poro*

Acampó Alejandro[159] en la ribera del Hidaspes, en un lugar desde donde podía divisar el ejército de Poro, situado en la otra orilla con su columna de elefantes[160]. Al ver Poro que Alejandro estaba acampado al otro lado del río mantuvo a sus hombres donde estaban, custodiando el paso del río; mas como en éste había otros lugares por donde resultaba fácil vadearlo, dispuso en ellos un buen número de guardias, explicando a los jefes de puesto que el plan consistía en impedir que lo macedonios cruzaran el río. 9

Ante esto, Alejandro decidió hacer maniobrar a su 2
ejército en diversas direcciones, a fin de provocar en Poro la indecisión. Dividió a su ejército en varias secciones, marchando él al frente, a ocupar diversas posiciones del territorio, destruyendo unas veces las posiciones enemigas, estudiando otras veces el terreno y

---

159 Cf. n. anterior.

160 El empleo de estos animales se va a demostrar incluso contraproducente en diversas ocasiones. Cf. P. Armandi, *Histoire militaire des éléphants depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'introduction des armes à feu*, París, 1843, o el más reciente a cargo de H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, 1974; también sigue siendo interesante consultar P. Leveque, «La guerre à l'époque hellénistique», en J. P. Vernant (ed.), *Problemes de la guerre*, págs. 261-287.

los lugares donde pudiera resultar más fácil la travesía del río. Destacó a otros lugares a sus oficiales con sus hombres, encargándoles que también ellos maniobraran con sus tropas en distintas direcciones.

3 Al ejército de Alejandro le llegaban provisiones de trigo desde todas partes de esta zona del Hidaspes, por lo que Poro en seguida comprendió que el plan de Alejandro era continuar en la orilla del río en que estaba, hasta que su caudal se redujera durante el invierno, para poder así cruzarlo por cualquier parte. Sus barcos y sus balsas llenas de paja seguían también esta táctica de maniobrar en diversas direcciones, mientras que por la orilla, su caballería e infantería no permitía descansar a las tropas de Poro, que no podían así elegir mejores posiciones para montar la guardia ni prepararse adecuadamente para ello.

4 En esta época del año los ríos de la India bajan con gran caudal de turbias aguas y corriente muy viva, por ser la estación del año en que el sol alcanza el solsticio de verano [161], que es cuando desaguan torrenciales lluvias sobre la India, y se deshielan las nieves de los montes del Cáucaso, que es donde nacen la mayoría de los ríos indios, provocando enormes crecidas en los ríos. Durante el invierno, por contra, los ríos reducen su caudal, haciéndose pequeños y de aguas claras, fácilmente vadeables por doquier, excepto el Indo, el Ganges y algún otro; el Hidaspes, en cambio, sí resultaba fácilmente transitable.

---

161 Parece un *lapsus* de Arriano, ya que, como él mismo aclara más adelante (V 19, 3), la batalla tuvo lugar en el mes de mayo, mientras que el solsticio de verano (día 21 de junio) Alejandro estaba en el Acesines.

*Preparativos de ambos ejércitos*

Alejandro hizo público su propósito de aguardar hasta el invierno si era ésta la única posibilidad de cruzar el río, aunque él no dejaría de acechar cualquier oportunidad que se le ofreciera de pasar por cualquier lado sin ser visto mediante alguna rápida maniobra. Cuando Poro instaló su campamento en la orilla del Hidaspes, Alejandro se percató al punto de que intentar una travesía por allí era tarea por completo imposible, pues Poro había apostado allí todo el contingente de sus tropas, compuestas de un buen número de elefantes, y un bien armado ejército dispuesto a caer sobre cualquiera que intentara por allí un desembarco. De otro lado, le parecía a Alejandro que su caballería no se atrevería a pasar a la otra orilla, ya que sobre ellos caerían en seguida los elefantes, sembrando el pánico en los caballos con su sola presencia y el enorme estrépito que siempre les acompaña. No era de extrañar incluso que los caballos no terminaran siquiera la travesía del río sobre las balsas, sino que muy presumiblemente se lanzarían al agua aterrorizados al divisar de lejos a los elefantes. Por todo lo cual, decidió Alejandro hacer la travesía en secreto, operando de la siguiente manera: 10 2

Reunió al anochecer la mayor parte de la caballería, haciéndola maniobrar en diversas direcciones a lo largo del río, formando un gran estrépito y entonando los cánticos guerreros a Enialio[162], todo ello en medio de un tremendo tumulto, como si fueran a cruzar el río. Poro conducía sus elefantes en paralelo al río por la otra orilla, siguiendo el estrépito producido por Alejandro, al que fue poco a poco acostumbrándose. Como 3 4

[162] Grito de los guerreros al entrar en combate, en honor a este dios guerrero.

estas maniobras de Alejandro se repitieron una y otra vez, Poro se dio cuenta de que todo aquello quedaba sólo en ruidos y gritos de guerra, por lo que dejó de mover sus tropas en seguimiento de la caballería de Alejandro, convencido de que se trataba de simulacros de los que no había nada que temer. Por todo ello, terminó por no mover sus tropas del emplazamiento en que estaban. Tan sólo apostó algunos vigías a lo largo de toda la ribera. Al ver Alejandro que sus correrías nocturnas no intranquilizaban ni atemorizaban a Poro maquinó lo que sigue:

*En el Hidaspes*

11 Se alzaba sobre la orilla del Hidaspes una loma, justo donde el río forma un considerable recodo, cubierta espesamente de toda suerte de árboles; frente a esta loma se recortaba en medio del río un islote también recubierto de vegetación y no hollado por tratarse de un paraje deshabitado. Observando la situación de esta isla, frente, como hemos dicho, de la loma, así como la espesa vegetación de ambas, pensó Alejandro que un intento de desembarco en cualquiera de ellas podría pasar fácilmente inadvertido gracias a la abundante vegetación, de suerte que planeó cruzar hasta el islote con su ejército.

2 La loma y la isla equidistaban del lugar donde él tenía acampados a sus hombres unos ciento cincuenta estadios[163]. Alejandro había apostado centinelas a lo largo de toda la ribera a una distancia adecuada para poder verse mutuamente y transmitirse las órdenes que se les pudieran comunicar, y así se fueron pasando mensajes orales y señales de fuego durante varias noches.

---

163 Aproximadamente, unos 27 km.

Finalmente, decidió Alejandro intentar la travesía abiertamente, por lo que su ejército hizo los preparativos a plena luz del día. Crátero había quedado en el campamento como retaguardia al frente de su propia hiparquía, la caballería aracosia y parapamisada, los batallones de Alcetas y Poliperconte, componentes de la falange macedonia, y los nomarcos de los vecinos indios, a los que se añadieron unos cinco mil indios. 3

Se había dado orden a Crátero de no cruzar el río antes de que Poro se lanzara con todo su ejército en persecución de las tropas de Alejandro, o viera que Poro emprendía la huida derrotado por los macedonios. «En cambio —le había dicho Alejandro—, si ves que Poro me persigue con sólo una parte de sus tropas, dejando el resto de ella y los elefantes donde ahora están acampados, no te muevas tú de tu sitio. Y si ves que Poro lanza contra mí todos sus elefantes, dejando en su campamento sólo unos pocos hombres, debes cruzar con toda celeridad, ya que son sólo los elefantes los que pueden impedir el desembarco de la caballería, y no el resto de sus tropas.» 4

*Prosiguen las maniobras*

Esto es lo que Alejandro había ordenado a Crátero. Entre la isla y el campamento principal donde había quedado Crátero dispuso Alejandro que se situaran Meleagro, Átalo y Gorgias con la caballería y la infantería mercenarias. Las órdenes que éstos recibieron fueron las de cruzar poco a poco, dividiendo en varias secciones el total de sus hombres, tan pronto como vieran que los indios se hallaban en pleno fragor de la batalla. Apartó a un lado Alejandro el *ágēma* de los Compañeros, la hiparquía de Hefestión, Perdicas y Demetrio, la caballería de Bactria, de Sogdiana y de Escitia, a los que se sumaron los arqueros a caballo 12 2

de origen daho[164], los hipaspistas miembros de la falange, los batallones de Clito y Ceno, los arqueros y los agrianes; al frente de todos éstos marchó Alejandro sin ser visto[165], apartándose algo de la ribera para que su aproximación al islote y a la loma vecina (desde la que tenía planeado cruzar al islote) pasara desapercibida.

3 Durante la noche rellenaron de paja y cosieron cuidadosamente las balsas de pieles que habían transportado hasta allí hacía ya algún tiempo. No cesó de llover durante toda la noche, por lo que los preparativos para intentar el desembarco por parte de las tropas de Alejandro pasaban casi inadvertidos, ya que los truenos y las ininterrumpidas precipitaciones amortiguaban el ruido de las armas y el estrépito que los soldados formaban al transmitirse las órdenes.

4 Los barcos, entre los que se encontraban también los triecóntoros, habían sido transportados hasta este lugar desarmados y ahora se procedía a armarlos de nuevo. Luego se los dejó ocultos en la maleza sin que nadie los viera. Al alba se apaciguó el viento y dejó de llover, por lo que la caballería pudo embarcar sobre las balsas, a las que también subieron cuantos infantes pudieron encontrar cabida, pasando así al islote. Los vigías enemigos que Poro había apostado no se percataron de la maniobra, enterándose tan sólo cuando las tropas de Alejandro habían ya rebasado el islote y alcanzaban la orilla.

13 El propio Alejandro cruzó a bordo de un triacóntoro, acompañado de Tolomeo, Perdicas y Lisímaco,

---

164 Los dahos son también una tribu de etnia escita.

165 El contingente de tropas a las órdenes directas ahora de Alejandro son, según el relato de Arriano, unos 6.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería. Tal vez, sin embargo, las cifras más cercanas a la realidad sean 9.000 y 6.000, respectivamente. Cf. J. R. Hamilton, *Alexander the Great*, pág. 113.

miembros de su guardia personal, y de Seleuco, uno de los Compañeros, que llegó más tarde a ser rey[166]; iban también con él la mitad de los hipaspistas, y la otra mitad cruzaron en otros triacóntoros. Al rebasar estas tropas la isla, sus siluetas se recortaron contra la orilla, no tardando entonces en ser divisados por los vigías de Poro, que corrieron a caballo a dar la noticia a Poro del desembarco enemigo.

Alejandro fue el primero en bajar a tierra, y orga- 2
nizó en seguida la caballería a medida que ésta iba desembarcando de los otros triacóntoros. En efecto, sus órdenes habían sido que echaran pie a tierra primero los de la caballería, a cuyo frente se puso él mismo, haciéndoles avanzar en perfecta formación. No se dio cuenta, sin embargo, Alejandro, por desconocimiento del lugar, que no había desembarcado[167] en tierra firme, sino en una gran isla; y no se pudo percatar de ello debido a que estaba separada del resto de la tierra firme por un río de no mucho caudal.

Además, la abundante lluvia caída durante toda la 3
noche había aumentado el caudal del río, de suerte que los jinetes no localizaban ningún vado por donde pasar, por lo que Alejandro llegó a temerse que tendría que repetir la penosa maniobra de las balsas para poder completar la travesía. Al fin se localizó un paso, por donde pudieron cruzar, aunque con grandes dificultades, ya que, en las zonas más profundas, el agua llegaba al pecho de los hombres, y los caballos sacaban
del agua sólo las cabezas. Concluida la travesía, colocó 4

---

166 Seleuco fue el fundador de la dinastía seléucida; gobernaría a la muerte de Alejandro buena parte de su imperio (cf. VII 22, 5).

167 No hemos mantenido en esta ocasión las cuatro formas del verbo «desembarcar», rompiendo con ello el exacto paralelo con el original *ecbaínō* (4 veces), un nuevo ejemplo de la *verborum ubertas,* típica del estilo arrianeo.

al flanco derecho el *ágēma* de caballería y los mejores de los otros regimientos de caballería; delante de la caballería situó al cuerpo de arqueros a caballo, y contiguos a ellos formaron como primera línea de la infantería los hipaspistas reales que mandaba Seleuco. A continuación de éstos el *ágēma* real, y acto seguido el resto de los hipaspistas, según el turno que en aquel día les correspondía. Al extremo de la falange y por ambos lados formó a los arqueros, los agrianes y los lanzadores de dardos [168].

*El hijo de Poro*

14 Después de organizadas así sus tropas, mandó Alejandro a su infantería que le siguiera al paso y en perfecta formación; componían éstos unos efectivos de casi seis mil hombres. Alejandro pensaba que con su caballería podría imponerse al enemigo, por lo que marchando al frente de ella la hizo avanzar a toda prisa; eran unos cinco mil hombres. Ordenó, sin embargo, a Taurón, el jefe de los arqueros, que siguiera a la ca-
2 ballería a buen paso con sus hombres. Su plan era el siguiente: si las tropas de Poro les atacaban con todos sus hombres, calculaba poderlos derrotar cómodamente cayendo sobre ellos con su caballería. En caso contrario, procuraría aguantar hasta que llegara de refuerzo su propia infantería. Si, como otra posibilidad, los indios emprendían la huida, anonadados porque los hombres de Alejandro hubieran efectuado felizmente aquella tan inusitada travesía, pensaba perseguirlos de cerca, ya que a cuantos más consiguiera matar en la retirada, tantos menos quedarían para futuros enfrentamientos.

---

168 Esta disposición de las tropas es cuestión aún debatida. Cf. W. Tarn, *Alexander...*, II, págs. 191-192.

Aristobulo nos narra en su versión que el hijo de Poro consiguió adelantarse con sesenta carros y sorprendió a Alejandro antes de que éste hubiera terminado la segunda travesía desde la isla pequeña. El hijo de Poro había incluso podido impedir el desembarco de Alejandro (dado que la travesía resultó costosa, aun no encontrando a nadie que le cerrara el paso) con sólo que los indios hubieran bajado de sus carros y se hubieran lanzado contra los primeros macedonios que desembarcaban. Mas lo cierto es que pasó de largo con sus carros, dejando que Alejandro cruzara el río sin mayores peligros. Alejandro lanzó contra ellos a sus arqueros a caballo, que los pusieron fácilmente en fuga, tras haberles causado algunas bajas. 3

Cuentan otros, contrariamente, que se produjo un combate en el lugar del desembarco entre los indios que acompañaban al hijo de Poro y la caballería de Alejandro. Es más, según estos autores, el hijo de Poro iba con un contingente mucho más numeroso, y en el combate que se originó resultó Alejandro herido por él, y muerto su caballo *Bucéfalo*[169], el más querido por Alejandro, herido también por el hijo de Poro. 4
Por contra, Tolomeo, el hijo de Lago, cuyo testimonio sigo, da una versión nueva: admite que Poro envió a su hijo a vanguardia, pero no sólo con sesenta carros. En efecto, no es natural que Poro hubiera enviado a su hijo con sólo sesenta carros después de haber tenido noticias por medio de sus vigías de que Alejandro en persona había cruzado el Hidaspes, o que al menos lo había hecho una parte de su ejército. Se trata, según Tolomeo, que este número de sesenta carros resulta excesivo para haber sido enviado con misión de ins- 5 6

[169] El famoso, casi mítico, caballo fue objeto de una extensa leyenda. Cf. A. R. ANDERSON, «Bucephalas and his legend», *Am. Journ. of Philol.* 51 (1930), 1-21.

peccionar el lugar (demasiados para retirarse cómodamente, en caso necesario); por otra parte, si iban destinados a impedir que el enemigo culminara el desembarco, cayendo sobre los primeros que hubieran conseguido hacerlo, no era tampoco un contingente idóneo [170]. Según Tolomeo, el hijo de Poro llegó al frente de dos mil jinetes y ciento veinte carros, y lo que ocurrió fue que Alejandro se le anticipó y pudo efectuar hasta el final el desembarco desde la isla [171].

*Poro en persona se decide a atacar*

15 Sigue diciendo Tolomeo que Alejandro lanzó tras el hijo de Poro y sus hombres a los arqueros a caballo y se puso él mismo al frente de la caballería, pues esperaba que el propio Poro apareciera con el resto de sus tropas, ya que este contingente de caballería había sido destacado sólo como avanzadilla.

2 Al tener Alejandro un conocimiento exacto del contingente de tropas enemigas, cayó sobre éstos con la caballería que le acompañaba. Los indios retrocedieron al ver que el propio Alejandro y los jinetes que con él iban empezaron a atacarles no todos a la vez, sino por escuadrones. Cayeron en esta batalla unos cuatrocientos jinetes indios, y entre ellos el hijo de Poro. Cogieron además los macedonios los carros con sus caballos, que en la retirada eran pesados y en la propia lucha no habían servido por causa del abundante barro.

3 Poro, al tener noticias por medio de los jinetes que habían logrado salvarse, de que Alejandro había conseguido cruzar con todas sus tropas, forzando el paso

---

170 Es ahora el propio Arriano quien desecha el testimonio de Aristobulo por preferir la versión de Tolomeo.

171 Las cifras que del contingente de hombres que acompañaban al hijo de Poro dan otras fuentes son: Plutarco, 1.000 jinetes y 60 carros; Q. Curcio, VIII 13, 2, 4.000 jinetes y 100 carros.

con el grueso de su ejército, y sobre todo, de que su
hijo había muerto en el combate, se sintió indeciso
por un momento, ya que también los enemigos que
habían quedado con Crátero en el campamento se mos-
traban decididos a la travesía. Se inclinó, sin embargo, 4
Poro por avanzar con todas sus tropas contra el grue-
so de las tropas macedonias más selectas y luchar con
el propio rey macedonio. Dejó tan sólo en su campa-
mento unos pocos elefantes con una pequeña parte de
sus hombres para amedrentar desde la orilla a la ca-
ballería de Crátero; acto seguido se puso él mismo al
frente de toda la caballería, unos cuatro mil hombres,
y todos los carros, unos trescientos, más unos doscien-
tos elefantes, y unos treinta mil infantes aptos para el
combate, saliendo en busca de Alejandro[172].

Al llegar a un terreno embarrado, todo llano, recu- 5
bierto de arena, lo suficientemente duro para poder
hacer maniobrar la caballería, formó en él su ejército.
Delante iban los elefantes, con un intervalo entre sí
no menor de un pletro[173], a fin de que ocuparan todo
el frente de la infantería de la falange, lo que aterro-
rizaría a toda la caballería de Alejandro. Pensaba Poro 6
que ningún enemigo osaría meterse por el intervalo
entre los elefantes: ni la caballería por el miedo de
los caballos, ni los soldados de a pie, que se verían
imposibilitados de hacerlo por los hoplitas, que de
frente caerían sobre ellos, y por los elefantes, que los
pisotearían al evolucionar a su alrededor. Tras los 7
elefantes formaban los soldados de infantería, no en la
misma línea que los elefantes, sino en una segunda
línea, tras ellos, de modo que las compañías ocuparan
los espacios libres entre los animales. A ambos flancos

---

172 Algo diferentes las cifras, en CURCIO, VIII 13, 6; DIODORO, XVII 87, 2, y PLUTARCO, *Alejandro* 62, 1.

173 Aproximadamente, 30,5 m. de intervalo.

había situado Poro algunos infantes, a ambos extremos de los elefantes. Todavía, a ambos lados de los infantes, apostó la caballería, y delante de ella formaron, en ambos extremos, los carros.

16 Ésta era la disposición del ejército de Poro. Por su parte, Alejandro, al ver a los indios decididos a entrar en batalla, ordenó a su caballería que detuviera su avance y que aguardara a los de infantería que iban progresivamente acercándose. Una vez que la falange, avanzando a la carrera, se les unió, Alejandro aguardó un poco antes de hacerlos adoptar la formación de orden de batalla, a fin de evitar que llegaran fatigados y sin aliento a combatir con unos enemigos descansados; protegió, pues, a sus infantes con la caballería puesta a su alrededor, y les concedió un descanso hasta que recuperaron fuerzas.

2 Al ver Alejandro la disposición del ejército indio, decidió no lanzar el ataque por el centro, que era donde estaban concentrados los elefantes y el grueso de la falange ocupando los intervalos entre los animales. Las razones que habían aconsejado a Poro a adoptar aquella disposición para sus tropas fueron las mismas que actualmente habían influido en Alejandro para emplear esta táctica. Alejandro sabía que su ventaja residía en la caballería, y por ello reunió la mayor parte de ésta y la destinó al flanco izquierdo del enemigo, para lanzar por allí el ataque.

3 Envió a Ceno al flanco derecho, al frente de su hiparquía y de la de Demetrio, encargándole que, tan pronto como viera que los indios movían su caballería siguiendo la evolución de la columna de caballería macedonia, debería situarse detrás de ellos. Puso al mando de la falange de infantería a Seleuco, Antígenes y Taurón, con estrictas órdenes de no entrar en combate hasta que vieran que las filas de la falange de infantería y la caballería enemiga quedaban en total

desorden, ante el ataque de la caballería que el propio Alejandro mandaba.

Una vez comenzada la refriega, desplegó Alejandro 4
a los arqueros a caballo (unos mil hombres) hacia el flanco izquierdo de los indios, para sembrar el desconcierto entre los enemigos allí situados, sometidos a una lluvia de dardos y al ataque de la caballería. El propio Alejandro al frente de los Compañeros condujo la caballería a toda velocidad contra el flanco izquierdo de los bárbaros para caer a toda prisa sobre ellos, que estaban formados en línea, antes de que éstos se recuperaran de su desconcierto y su caballería desplegara su formación.

Los indios reunieron toda su caballería y cabalga- 17
ron en paralelo siguiendo los movimientos de Alejandro para contrarrestar su ataque. Por contra, Ceno y sus hombres, según instrucciones, comenzaron a aparecer por la retaguardia enemiga, hasta el punto de que los indios se vieron obligados a dividir las fuerzas de su caballería en dos frentes: una, la más preparada y numerosa, contra Alejandro, y la otra, que tuvo que darse la vuelta para hacer frente a Ceno y sus hombres.
Esto alteró la formación y los planes de los indios, lo 2
cual fue aprovechado por Alejandro para atacar a los que tenía frente a sí, justo en el momento en que se producía el desdoblamiento de la caballería enemiga, de suerte que los indios no resistieron el ataque de los jinetes de Alejandro, sino que emprendieron la huida buscando refugio entre los elefantes, como si fuera un
seguro valladar. Los naires[174] lanzaron sus bestias con- 3
tra la caballería macedonia, al tiempo que la falange de Alejandro arremetía contra los elefantes, disparando contra los conductores de las bestias y rodeando a los animales sin dejar de alcanzarles con sus dardos.

[174] Conductores de los elefantes.

Se produjo algo sin precedentes en ninguna batalla anterior. En efecto, los elefantes salían en estampida contra los batallones de infantería, por dondequiera que éstos se dirigían, arrollando la falange macedonia a pesar de ser su formación muy compacta. Por su parte, la caballería india, viendo que la acción había evolucionado a un combate de hombres de a pie, se dieron la vuelta para cargar de nuevo contra la caballería de Alejandro.

4 Por segunda vez se impusieron las fuerzas de Alejandro, más diestras en táctica y en preparativos, por lo que la caballería india se retiró de nuevo a donde los elefantes. Mientras, toda la caballería de Alejandro se reagrupó en un gran escuadrón (y no por un acuerdo previo, sino porque el desarrollo del combate impusiera esta formación), de suerte que cayendo sobre los batallones indios los aniquilaban, originándoles in-
5 numerables bajas. Los elefantes quedaron constreñidos en un lugar muy reducido, de suerte que los indios resultaban heridos por las bestias no menos que los soldados macedonios, pisoteados todos por los animales al maniobrar y atacar de nuevo.

La caballería india, encerrada en parte por los elefantes en un espacio reducido, sufrió grandes pérdidas; los naires fueron alcanzados por los disparos, mientras las bestias, heridas unas, y privadas de sus conductores y agotadas de cansancio otras, maniobraban en
6 medio de la lucha fuera de todo control. Los animales, enfurecidos, arremetían contra propios y enemigos, dando empellones a diestro y siniestro, pisoteando y destruyendo todo. Los macedonios, que disfrutaban de mayor amplitud para maniobrar según su plan previsto, se apartaban cuando los animales les acometían, mas cuando las bestias huían, las perseguían disparándoles sus dardos. Fueron, sin embargo, los enemigos que se habían refugiado entre los elefantes quienes en

mayor medida resultaron heridos por éstos. Las bes- 7
tias, fatigadas ya, atacaban casi sin fuerzas, y poco a
poco empezaron a retroceder barritando con gran es-
trépito, como naves que reman hacia atrás; fue en-
tonces cuando Alejandro rodeó con su caballería el
batallón enemigo, e hizo una contraseña a la infantería
para que la falange avanzara formada en filas lo más
compactas posible, entrechocando escudo con escudo
sus hombres. En esta maniobra quedaron cercados casi
la totalidad de la caballería y la infantería indias, y los
macedonios les atacaron ya abiertamente por todas
partes. Con todo, Alejandro les dejó un pasillo entre
su caballería, por donde todos empezaron a buscar
una salida.

*Continúa la batalla*

Fue entonces cuando Crátero y 18
los otros oficiales del ejército de
Alejandro que habían quedado
como reserva en la orilla del
Hidaspes, al ver que Alejandro
obtenía una clara victoria, empezaron a cruzar el río
y provocaron entre los indios que se retiraban gran
número de bajas, ya que se trataba de tropas de re-
serva que sustituían al fatigado ejército de Alejandro
en la persecución. Murieron unos veinte mil infantes 2
y tres mil jinetes indios que perdieron también todos
sus carros de guerra. Igualmente murieron dos hijos
de Poro, así como Espitaces, nomarco de esta región,
los naires de los elefantes y los conductores de carros,
además de todos los hiparcos y oficiales del ejército
de Poro. Los macedonios capturaron, finalmente, los
elefantes que sobrevivieron a la matanza. En el ejér- 3
cito de Alejandro, que contaba con un total de seis
mil infantes en el primer ataque, murieron unos
ochenta, a más de diez arqueros a caballo, que fueron
los primeros en entrar en combate; de la caballería

de los Compañeros murieron unos veinte, y unos doscientos del resto de la caballería[175].

4 Poro se mostró en el transcurso de la lucha no sólo como un experto general, sino como un bravo soldado de heroico comportamiento. Contempló con sus ojos el desastre de su caballería, cómo parte de sus elefantes caían malheridos, cómo otros erraban penosamente sin dirección alguna por haber perdido a sus
5 naires, y muertos a la mayoría de sus infantes; con todo, no dio a sus hombres, como hiciera el Gran Rey Darío, el mal ejemplo de salir huyendo, sino que continuó luchando dondequiera que parte de sus hombres aguantaban a pie firme, hasta que resultó herido en el hombro derecho, que era el único punto de su cuerpo que quedaba al descubierto en la lucha (se protegía de los dardos con una coraza de extraordinaria resistencia y muy bien ajustada, cual pudieron comprobar posteriormente los que le vieron); a resultas, pues, de esta herida, dio la vuelta a su elefante y alejóse del combate.

6 Alejandro, que le había visto combatir como un valiente, sintió vivo deseo por salvarle la vida, para lo cual envió en su búsqueda al indio Taxiles, que se acercó con su caballo a una distancia prudencial al elefante de Poro, rogándole detuviera al animal, ya que era inútil intentar escapar, y escuchara el mensaje que
7 le traía de parte de Alejandro. Sin embargo, Poro, al ver a Taxiles, reconoció en él a un viejo enemigo, por lo que hizo un brusco giro para lanzarle su dardo. A punto estuvo de alcanzarle, de no haber sido porque Taxiles se adelantó a alejar su caballo del alcance de Poro. Alejandro no reaccionó irritándose por ello contra

175 Las cifras que nos transmite Diodoro son de 12.000 indios muertos y 9.000 hechos prisioneros. Por parte de Alejandro, 700 infantes y unos 280 de caballería.

Poro, sino que envió a otros sucesivamente con el mismo mensaje, y finalmente al indio Méroes que, según sus noticias, había sido hacía tiempo amigo de Poro[176]. En efecto, Poro atendió la solicitud de Méroes 8
y, vencido además por la sed, se detuvo y se apeó del elefante. Una vez bebió y recuperó el aliento, rogó a Méroes lo llevara a presencia de Alejandro.

*Encuentro Poro-Alejandro. Bucéfalo*

Al tener noticias Alejandro de 19
que traían a Poro a su presencia, se adelantó él mismo a caballo con algunos de los Compañeros a la vanguardia de su ejército, saliendo al encuentro de Poro. Detuvo su caballo y quedó admirado por la estatura de Poro (media más de cinco codos[177]), por su hermosura y porte, pues en nada daba la impresión de estar allí en calidad de prisionero, sino que su aspecto era el de un hombre de noble espíritu que se entrevistaba con un igual que ha luchado valientemente por su reino, contra otro rey.

Dirigióle la palabra Alejandro, que le rogó le dijera 2
qué quería que hiciera con él. Poro le contestó: «Trátame, Alejandro, como rey que soy.» Agradó a Alejandro la contestación, por lo que a su vez dijo: «Así se hará por mi parte, Poro; mas tú, por tu parte, di qué

---

176 Para la localización exacta del lugar de la batalla, cf. el capítulo «Die Topographie des Schlachtgeländes», págs. 158-160, de J. SEIBERT. De entre los más notables trabajos hemos de citar los de A. STEIN, «The Site of Alexander's Passage of the Hydaspes and the Battle with Porus», *The Geographical Journal* 80 (1932), 31-46; B. BRELOER, *Alexanders Kampf gegen Poros*, Stuttgart, 1933, págs. 121-147, y G. RADET, «Alexander et Porus. Le passage d'Hydaspe», *Rev. Étud. Anc.* 37 (1935), 349-356.

177 Ya hemos llamado la atención sobre la baja estatura del caudillo macedonio. Cf. nn. a II 12, 6, y, antes, a I 16, 4. Puede verse, además, J. H. JONGKESS, «A portrait of Alexander the Great», *Bull. van de Vereeniging* 29 (1954), 32 ss. (no lo hemos podido consultar).

3 deseas.» Poro dijo que en lo dicho estaba todo. Aún más alegró a Alejandro esto, hasta el punto que otorgó a Poro el mando sobre su región, y aún añadióle nuevos territorios, más extensos que sus primitivas posesiones[178]. Así Alejandro había tratado como rey a un valiente y desde entonces contó con él como persona absolutamente leal[179].

Éste fue el desenlace de la batalla que por entonces mantuvo Alejandro con Poro y los indios que habitaban aquella orilla del río Hidaspes, siendo arconte en Atenas Hegemón durante el mes muniquio[180].

4 Alejandro fundó varias ciudades, una en el lugar exacto donde se desarrolló el combate, y otra en el lugar desde donde partió la expedición que cruzó el río Hidaspes. A la primera la llamó Victoria[181], en recuerdo de la victoria obtenida sobre los indios; a la segunda la denominó Bucéfala, en memoria de su caballo Bucéfalo, que había muerto allí, de agotamiento
5 y de viejo, no herido por nadie[182]. Era ya un caballo de unos treinta años, agotado por haber sufrido antes muchas penalidades y peligros que había compartido con Alejandro; fue éste su único jinete, ya que no toleró sobre sí a ninguna otra persona; caballo grande de

---

178 Otros testimonios en DIODORO, XVII 89, 6, y CURCIO, VIII 14, 45, y PLUTARCO, *Alejandro* 60, 15. En Curcio la respuesta que le dio Poro fue: «Lo que te aconseje este día en que has visto cuán efímera es la felicidad.»

179 Sin que, por ello, desmerezca la nobleza del gesto de Alejandro, hemos de decir que éste era plenamente consciente de que por sí solo no podía controlar esta región del Punjab, y que necesitaba que fuera una persona como Poro quien gobernara este territorio al Este del río Hidaspes.

180 En 326 a. C. Cf. nuestra n. 161.

181 Esto es, Nicea: Victoria.

182 Alude al pasaje V 14, 4, donde se dice que, en una escaramuza con el hijo de Poro, resultó herido y muerto Bucéfalo.

tamaño[183] y de ánimo esforzado. Estaba marcado con una cabeza de buey, de donde su nombre Bucéfalo, aunque otros dicen que tenía un lucero en su cabeza (siendo todo el resto de su cuerpo negro), exactamente igual a la cabeza de un buey. En una ocasión desapa- 6
reció, estando Alejandro en el territorio de los uxios, y Alejandro dio a conocer un pregón anunciando que pasaría a cuchillo a todos los uxios de la región si no le devolvían su caballo. Proclamar el pregón y presentarse uno con el caballo fue todo una. Tal era el afecto que Alejandro le tenía, y tan grande el miedo que los bárbaros sentían ante Alejandro[184]. Termino así mi elogio de Bucéfalo, que lo hice sólo por consideración a Alejandro.

Alejandro honró debidamente a los muertos en el 20
combate, y celebró luego sacrificios en honor de los dioses, según era tradición tras una victoria, así como un certamen gimnástico e hípico sobre la ribera del Hidaspes, justo en el lugar por el que cruzó por primera vez con su ejército. Dejó allí a Crátero con parte de 2
sus tropas para que terminara de levantar y fortificar las ciudades que él había fundado, mientras él se dirigía hacia el territorio vecino de los dominios de Poro. Este pueblo se llamaba Glauganico, según dice Aristobulo, aunque Tolomeo lo denomina Clausa. No entro 3
yo en el cuál sea su nombre exacto. El caso es que Alejandro penetró en la región al frente de la mitad de la caballería de los Compañeros, algunos infantes elegidos de cada falange, todos los arqueros a caballo, los agria-

---

183 Intentamos reproducir así, un tanto pleonásticamente, el *megéthei mégas*. Esta locución, clara influencia de Heródoto (cf., al respecto, el trabajo que antes hemos citado de H. R. GRUNDMANN, *Quid in elocutione Arriani Herodoto debeatur*), es frecuente en Arriano. Cf., más adelante, V 20, 4; V 25, 1, o el pasaje II 11, 3.

184 Más anécdotas sobre Bucéfalo en PLUTARCO, *Alejandro* 6.

4 nes y los arqueros. Los habitantes de esta región se
fueron pasando a su bando mediante pactos y tratados,
de manera que se hizo dueño así de treinta y siete
ciudades, de las que las menos populosas contaban no
menos de cinco mil habitantes, y muchas incluso más
de diez mil hombres. Capturó también no pocas aldeas,
muchas de las cuales eran más populosas que algunas
ciudades. Alejandro cedió a Poro el control de esta re-
gión, y reconcilió a Poro con Taxiles, a quien le permi-
tió volver a su país.

5 En esto, se presentaron ante Alejandro unos emba-
jadores de Abisares[185], anunciándole la rendición de
éste, que también estaba dispuesto a entregarle el terri-
torio sobre el que gobernaba. Antes de la batalla entre
Alejandro y Poro, había planeado Abisares unirse a las
fuerzas de Poro, pero entonces se había decidido por
enviar a su hermano con unos embajadores a Alejan-
6 dro, con regalos en dinero y cuarenta elefantes. Tam-
bién vinieron ante Alejandro embajadores de unos in-
dios que vivían como pueblo independiente, así como
de un gobernador de otros indios que también se
llamaba Poro[186]. Ordenó Alejandro rápidamente a Abi-
sares que viniera a entrevistarse con él, con la ame-
naza de que si no venía ya tendría ocasión de compro-
bar cómo Alejandro saldría con todo su ejército a su
encuentro, cosa ésta que no habría de resultarle nada
7 grata. En esto se presentó Fratafernes, sátrapa de Par-
tia e Hircania, al frente de los tracios que Alejandro
había dejado allí. También comparecieron uno men-
sajeros de Sisicoto, sátrapa de los asacenos, con la
noticia de que los asacenos habían dado muerte a su

---

185 Parece claro que la derrota de Poro y la conducta de Alejandro para con él fueron factores determinantes de este cambio de actitud por parte de Abisares.

186 Sobrino, según Estrabón, del otro Poro.

gobernador y habían hecho defección de Alejandro. Envió éste contra los asacenos a Filipo y Tiriaspes con un ejército a restaurar el orden en el territorio e imponer la paz.

Alejandro se puso en marcha hacia el río Acesines. 8
Tolomeo, el hijo de Lago, nos ha dejado testimonio de la importancia sólo de este río, y no de los demás de la India. En el punto por donde Alejandro cruzó su ejército en barcas y balsas, la corriente del río es fortísima y arrastra grandes y puntiagudas piedras que la corriente hace chocar formando gran estruendo. La anchura del río alcanza quince estadios[187]. Los que hi- 9
cieron la travesía sobre las balsas pasaron fácilmente, pero muchos de los que iban en los barcos, al estrellarse y golpearse muchos de éstos contra las rocas, perecieron entre las aguas. Sería posible conjeturar, a partir de este dato concreto, que la magnitud del Indo no debe estar muy lejos de los cuarenta estadios[188] de ancho, tomando este ancho como promedio. Sin embargo, por su parte más estrecha, que ha de ser también la de mayor profundidad, se puede calcular en unos quince estadios, que es lo que el Indo tiene en la mayor parte de su curso. Desde luego, yo conjeturo que Alejandro eligió la parte más ancha del Acesines para cruzar sus tropas, ya que por allí la corriente bajaría con mayor mansedumbre.

*Del Acesines al Hidraotes*

Cruzó el río Alejandro y dejó 21
en la orilla a Ceno con su propio batallón para que vigilara el desembarco de las restantes tropas, ya que ellos iban a acompañar como escolta a los encargados de recoger el trigo que como tributo les pagaban los territorios indios a él so-

187 Casi 3 km.
188 Algo más de 7 km.

2 metidos, además de otras provisiones. Autorizó a Poro a volverse a su tribu, con el encargo de que alistara a los más valerosos indios y los elefantes que pudiera tener, y que volviera con ellos al encuentro de Alejandro posteriormente. Sus planes actuales eran perseguir con sus tropas más ligeras al otro Poro, al malo, ya que le habían llegado noticias de que había escapado abandonando su región.

3 Esta persona, llamado también Poro, mientras las relaciones entre Alejandro y el otro Poro fueron hostiles, envió embajadores a Alejandro, ofreciéndole su persona y su país, cosa que hacía más por enemistad con su homónimo que por verdaderos sentimientos de amistad para con Alejandro. Al haber tenido noticias Poro, el actual enemigo de Alejandro, de que el otro Poro había sido puesto en libertad por Alejandro, y que le había conferido además el dominio de sus antiguos territorios y aun de otros nuevos, sintió miedo, no tanto de Alejandro como de Poro, su homónimo; precisamente por ello había abandonado su región acompañado de un buen número de valientes guerreros, a los que había convencido para que le acompañaran en su
4 huida. Persiguiéndole, llegó Alejandro al río Hidraotes [189], que es también un río de la India, de ancho no menor que el Acesines, aunque su corriente es menos viva. A lo largo del territorio que atravesó hasta llegar al Hidraotes apostó vigías en los lugares más estratégicos, para que los hombres de Crátero y Ceno pudieran ir tranquilos a buscar provisiones por aquella
5 región. Despachó al territorio del sublevado Poro a Hefestión, a quien asignó parte de su ejército, dos falanges de infantería, su propia hiparquía, a más de la de Demetrio, y la mitad de los arqueros. Le ordenó que pusiera esta región a disposición de su amigo

[189] El actual río Ravi.

Poro, y que a ella anexionara algunas tribus indias que
vivían como pueblo independiente en la orilla del Hi-
draotes, que también pasarían a manos de Poro.
Alejandro, mientras tanto, cruzó el Hidraotes, sin 6
los contratiempos que había tenido al cruzar el Ace-
sines. Continuaba su avance por aquella orilla del Hi-
draotes, cuando muchos de sus habitantes salieron a
su encuentro para pasarse a su bando mediante un
pacto, aunque algunos de ellos incluso habían tomado
en una primera intención las armas contra Alejandro.
A otros que intentaban huir los cogió y los sometió
por la fuerza.

*Sangala*

Informaron entonces a Alejan- 22
dro que algunos indios de esos
que viven como pueblo indepen-
diente, y concretamente los lla-
mados cateos, se estaban prepa-
rando para presentar batalla tan pronto Alejandro se
acercara a su territorio, animando a la misma empresa
a otros indios independientes de los territorios vecinos.
Su ciudad era una estupenda fortaleza, llamada San- 2
gala[190], donde pensaban hacerse fuertes. Por lo demás,
los cateos eran valerosos, y se les tenía por los hom-
bres más poderosos en cuestiones militares. En idéntica
actitud estaban los oxídracos[191] y los malios[192], que eran
otros pueblos indios. No hacía mucho tiempo, Poro y
Abisares habían acudido con un ejército contra ellos,
y aunque habían conseguido atraerse a su bando a va-

---

190 Su emplazamiento exacto aún nos es desconocido, aunque se ha querido identificar con Lahore.

191 Son los *kṣudraka*.

192 Llamados también *malava*, ofrecieron una enconada resistencia a los macedonios. Hemos transcrito «malios» y no «malos» para evitar, en algún pasaje, ciertas ambigüedades que inducirían a confusión.

rios de estos pueblos, no habían logrado hacer nada importante, por lo que habían tenido que retirarse.
3 Al tener noticias Alejandro de todo esto, marchó a toda prisa contra los cateos. Al segundo día de marcha desde el río Hidraotes llegó a una ciudad llamada Pimprama, cuyos habitantes eran un pueblo indio, los llamados adrastos, que se pasaron a Alejandro me-
4 diante un pacto. Al día siguiente, Alejandro dio un descanso a sus hombres, y al tercer día prosiguió su marcha hacia Sangala, donde los cateos y otros vecinos se habían congregado, reunidos delante de la ciudad sobre una colina escarpada por una de sus faldas. Rodeando la colina habían colocado unos carromatos, dentro de los cuales acamparon, de suerte que los carros formaban una tercera empalizada.
5 Alejandro observó, además, que era grande el número de bárbaros, por lo que estudiando la disposición de la plaza, preparó el plan que más acorde le parecía con las presentes circunstancias. En primer lugar, lanzó contra los acampados a los arqueros a caballo, con orden de que sin apearse del caballo les dispararan sus proyectiles a fin de impedir que los indios, alcanzados por los disparos en su propia fortificación, pudieran hacer una salida desde su campamento, antes de que él desplegara ordenadamente sus tropas.
6 Colocó el *ágēma* de los Compañeros y la hiparquía de Clito en el flanco derecho, a continuación a los hipaspistas, y junto a éstos a los agrianes. A Perdicas lo colocó en el flanco izquierdo, al frente de su hiparquía y los batallones de los *peceteros*[193]. A los extremos de ambos flancos, y en dos grupos equilibra-
7 dos, apostó a los arqueros. Mientras Alejandro distribuía así sus tropas, se le presentaron la infantería y

---

[193] Cf. vol. I, n. 233.

la caballería que había quedado en retaguardia. Separó a los jinetes y los mandó a ambos flancos, reforzando con la infantería el cierre de la falange, haciéndola así más compacta. Él mismo se puso al frente de la caballería del flanco derecho y emprendió el avance contra los carromatos del flanco izquierdo de los indios, pues por allí le parecía que el terreno era más accesible y la línea de carromatos menos nutrida.

Los indios no descendieron de sus carros al ser 23
atacados por la caballería de Alejandro, sino que permanecieron en ellos, lanzando sus proyectiles desde su posición dominante. Alejandro se dio cuenta de que no era ésta empresa que pudiera solucionar la caballería; consecuentemente se apeó de su caballo e hizo
avanzar a pie su falange de infantes. Los macedonios 2
desalojaron fácilmente a los indios de la primera línea de carromatos, pero delante de la segunda línea, colocados en orden, los indios conseguían defenderse con más facilidad al estar situados en una formación más compacta sobre un espacio circular más reducido.

Los macedonios no podían ahora acercárseles abiertamente, pues tenían que apartar los carros de primera fila y disparar entre ellos, según como cada cual avanzaba por su cuenta. Sin embargo los indios terminaron por ser desalojados también de esta línea por
los soldados de Alejandro; es más, no intentaron si- 3
quiera resistir en la tercera línea, sino que a todo correr se encerraron en la ciudad. En este día Alejandro acampó su infantería alrededor de la ciudad hasta donde el contingente de su falange se lo permitió, pues no le era posible rodearla por completo con su ejército, ya que el muro circunvalaba la ciudad
a una distancia considerable. En los intervalos libres 4
situó su caballería, rodeando una laguna que allí había a poca distancia del muro. Supuso que, como la laguna no era muy profunda, los indios, atemorizados por su

anterior derrota, intentarían abandonar la ciudad durante la noche, cosa que ocurrió tal y como él había
5 supuesto. En efecto, a la hora de la segunda guardia, un buen número de indios se descolgaron por el muro, yendo a toparse con los jinetes que Alejandro había apostado como centinelas en primera línea. Así, los primeros en descender fueron interceptados por la caballería, y los que venían detrás, al percatarse de que la laguna tenía apostados centinelas en todo su contorno, se volvieron nuevamente a la ciudad.

6 Alejandro levantó una empalizada doble por donde la laguna no cerraba el cerco a la ciudad, y apostó una vigilancia más estricta a lo largo de la laguna. Pensaba incluso traer las máquinas de guerra para batir el muro, pero unos desertores de la ciudad le dijeron que sus habitantes tenían planeado salir aquella noche de la ciudad por la parte de la laguna que no estaba
7 rodeada por la empalizada. Situó a Tolomeo, el hijo de Lago, en aquel punto, asignándole tres quiliarquías de hipaspistas, todos los agrianes y un batallón de arqueros, indicándoles el punto exacto por donde era verosímil conjeturar que los bárbaros intentarían salir. Aún le dijo más: «Tan pronto como veas que los bárbaros intentan salir, habrás de impedirles con todas tus fuerzas que continúen, y darás la orden de que el trompeta dé la alarma. Entonces, vosotros, los demás jefes, una vez oigáis la señal, acudiréis cada cual con sus hombres hacia donde el estrépito de la trompeta os convoque. Ni yo mismo demoraré acudir a la cita.»

**24** Esto fue lo que Alejandro ordenó. Tolomeo reunió los carromatos que habían quedado abandonados tras la primera derrota de los indios, y los cruzó en todas direcciones para que los enemigos encontraran en su huida durante la noche todo tipo de obstáculos. Ordenó igualmente que se volvieran a unir los trozos de empalizada que en diversas partes, entre la laguna y el

muro, estaban cortadas y no se habían vuelto a fijar al suelo. Esta faena la terminaron sus hombres durante la noche.

A eso del cambio de la cuarta guardia[194], los bár- 2
baros, según habían anticipado los desertores a Alejandro, abrieron las puertas de la ciudad que daban a la laguna y corrieron hacia ella. Pero no pasaron inadvertidos a los guardias allí apostados, ni a Tolomeo, que estaba encargado de ellos. Los trompetas hicieron sonar la alarma y él mismo se lanzó con todo su ejército perfectamente pertrechado y en orden de combate contra los bárbaros. Los carromatos que To- 3
lomeo había cruzado en el camino obstaculizaban el paso a los bárbaros, que tampoco contaban con que la empalizada estuviera restaurada. Al oír el estrépito de la alarma y ver que los soldados de Tolomeo se les echaban encima golpeando a los que se tropezaban con los carros, se dieron la vuelta y se retiraron a la ciudad. Dejaron en su retirada unos quinientos hombres muertos.

En esto, llegó Poro al frente de unos cinco mil indios 4
y el resto de sus elefantes. Alejandro había ordenado ensamblar las máquinas de asalto, y estaban ya siendo aproximadas al muro; sin embargo, un puñado de macedonios, antes incluso de que el muro (que era de ladrillo) sufriera los embates de las máquinas, lo habían socavado y habían adosado por todas partes unas escaleras mediante las cuales consiguieron introducirse y apoderarse de la ciudad. En el asalto a la 5
ciudad murieron unos diecisiete mil indios y más de setenta mil fueron capturados, amén de trescientos carros y quinientos jinetes.

---

194 Sigue aquí Arriano el sistema romano de dividir la noche en cuatro guardias, aunque los griegos sólo hacían tres.

Del ejército de Alejandro perecieron algo menos de cien hombres durante todo el asedio. Mucho mayor que los muertos en proporción fue el número de heridos, que llegaron a mil doscientos, entre los cuales algunos jefes, así como Lisímaco, uno de los de su guardia personal.

6 Alejandro sepultó según el ritual a los muertos en combate y a continuación despachó a Éumenes, su secretario[195], a las dos ciudades que se habían alzado contra Alejandro simultáneamente con Sangala. Le confió trescientos jinetes para que anunciaran a los responsables de estas dos ciudades que Sangala ya había caído en manos de Alejandro, y que nada tendrían que temer de éste si se entregaban y le acogían amistosamente, pues así había ocurrido anteriormente con los indios independientes que voluntariamente se le habían
7 entregado[196]. Mas éstos (que ya tenían noticias de que Alejandro había tomado por asalto la ciudad de Sangala) tuvieron miedo y se dieron a la fuga abandonando sus ciudades. Alejandro los persiguió tan pronto se enteró de ello, pero como su persecución se demoró hasta haberle llegado esta noticia, fueron mayoría los que se le escaparon al habérsele adelantado. Murieron, con todo, a manos de los soldados de Alejandro unos quinientos que por cansancio habían quedado rezagados
8 en su huida. Desistió Alejandro de perseguir por más tiempo a los fugitivos y regresó a Sangala, arrasando la ciudad y asignó todo este territorio a los indios que antes habían vivido independientes y que ahora se

195 Había sido también del padre de Alejandro. A la muerte de éste jugó también un importante papel en las guerras de los Diádocos. Cf. A. Vezin, *Eumenes von Cardia*, tesis doct., Münster, 1907 (no hemos podido consultarla).

196 Cf. P. Ducrey, *Le traitement des prissonniers de guerre dans la Grèce ancienne*, París, 1968, en particular su cap. 10 (págs. 161-170).

habían pasado voluntariamente al bando de Alejandro. Envió a Poro con todos sus hombres a las ciudades que se habían puesto de su parte con una guarnición para ellas. Mientras tanto él continuó su avance hacia el río Hífasis, para someter a los indios de aquella zona, ya que su intención era no poner fin a sus campañas mientras quedara un pueblo tan sólo que pudiera ser hostil.

*Alejandro en el Hífasis. Malestar en el ejército*

Le habían llegado noticias a 25
Alejandro de que el territorio de
la otra orilla del Hífasis era una
tierra próspera, de hombres la-
boriosos, nobles en la guerra, y
que regían sus asuntos privados en buen orden. La
mayoría de ellos vivían bajo regímenes aristocráticos,
sin plantear sus gobernantes exigencias más allá de lo
razonable. Estos pueblos tenían gran cantidad de ele-
fantes, más incluso que los demás indios, mayores en
tamaño y más valerosos. Estas noticias no hicieron 2
sino aumentar en Alejandro el deseo de proseguir sus
conquistas. Sin embargo, los macedonios estaban ya
fatigados y sin ánimos, viendo a su rey arrostrar es-
fuerzo tras esfuerzo y peligro tras peligro [197]. Por todo
el campamento se fueron organizando reuniones de
gente que se quejaban de su situación (precisamente la
de mayor valía) con otros que afirmaban tajantemente
que no proseguirían con Alejandro aunque él en per-
sona se pusiera al frente de ellos. Al llegar a oídos de
Alejandro información de todo esto, y para evitar que
el malestar y el desánimo de sus soldados fuera a más,

---

197 Comienza ahora a cundir el desaliento en buena parte de los hombres de Alejandro. Las fuentes antiguas, ESTRABÓN, XV 1, 27; DIODORO, XVII 93, 5; Q. CURCIO, IX 2, 1, y PLUTARCO, *Alejandro* 62, 1-4, recogen de diversas maneras el incidente que se produjo.

convocó a sus oficiales y les habló de la siguiente manera:

3 «Veo que vosotros[198], macedonios y aliados, ya no compartís conmigo los riesgos y peligros con el mismo espíritu de antes, y es por esto por lo que os he convocado. Una de dos, o bien os convenzo de que hay

---

198 El presente discurso de Alejandro plantea problemas de autenticidad; por ejemplo, TARN, *Alexander*, II, págs. 287 y sigs., entiende que este discurso es impensable sin la inmediata réplica de las palabras de Ceno (cosa que no pudo producirse toda vez que éste había quedado en las orillas del Acesines [V 21, 1], donde le sorprendió la muerte, junto al río Hidaspes). — Sobre los discursos que aparecen en la *Anábasis* hemos de precisar (además de remitir a lo que tan acertadamente se dice en la *Introducción* (vol. I) del profesor BRAVO GARCÍA, bajo el epígrafe «Arriano escritor»), como características singulares de los mismos, lo siguiente:

a) Una mezcla casi constante del estilo directo y estilo indirecto, cuestión que ha llevado a los estudiosos del tema a indagar en el problema de la fuente de los mismos. Cf. las opiniones de Breebaart, Pearson, Tarn, en sus trabajos citados en n. 170 de la *Introducción* (vol. I).

b) El estilo, no sólo en lo referente a la selección del léxico, sino en lo concerniente a la construcción sintáctica, suele ser de mayor solemnidad, como si se intentara reflejar formalmente la importancia de la ocasión (en los discursos fúnebres) o la gravedad del momento (en los motines del ejército, con ocasión de la arenga a una tropa, en los desastres, en los debates o duelos verbales entre Alejandro y algunos de sus generales, etc.).

c) Arriano suele utilizar en los discursos los datos concretos de un acontecimiento histórico (así, léase con provecho F. R. WUST, «Die Rede Alexanders des Grossen in Opis», *Historia* 2 [1953/54], 177-188; «Die Meuterei von Opis», *Historia* 2 [1953/54], 418-431) para ilustrar un tema más general, adoptando a veces una versión menos respetuosa con la historia y más adecuada a lo que el propio Arriano interpreta como objetivos y propósitos del que habla. Cf. sobre esto, BREEBAART, *Einige historiografische Aspecten von Arrianus «Anabasis Alexandri»*, tesis doct. Leiden, 1960, capítulo IV, págs. 73-92.

que seguir adelante, o bien, si me convencéis, iniciamos
en común el regreso. Si tenéis reproches que hacerme
por los sufrimientos que habéis padecido, o queja con-
tra mi persona al haberos guiado hasta aquí, no me-
rece la pena que siga yo hablando. Pero si resulta que 4
como compensación por estas penalidades está en nues-
tras manos la Jonia, el Helesponto, ambas Frigias, Ca-
padocia, Paflagonia, Lidia, Caria, Licia, Panfilia, Fenicia,
Egipto con la Libia helenizada, parte de Arabia, Siria
del Interior, Mesopotamia, Babilionia, Susia, Persia,
Media y los pueblos a estas dos últimas sometidos, y
otros que no lo estaban, los territorios al otro lado de
las Puertas del Caspio, los del otro lado del Cáucaso,
el territorio más allá del Tanais, la Bactria, Hircania
y el mar Hircanio; si hemos rechazado a los escitas
hasta el desierto, si, a más de todo esto, el Indo fluye
ahora por territorio bajo nuestro control, como el
Hidaspes, Acesines e Hidraotes, ¿por qué dudáis en
añadir a nuestro imperio macedonio los pueblos que
viven al otro lado del Hífasis?

»¿Teméis acaso que os hagan frente esos otros pue- 5
blos bárbaros cuando vean que a ellos nos acercamos?
Seguro que algunos de ellos voluntariamente se pon-
drán de nuestra parte, mientras otros, en cambio, si
optan por la huida serán capturados; finalmente, los
que consigan escapar nos habrán dejado su país para
nosotros, todo él deshabitado, y lo podremos anexionar
a nuestras conquistas para asignarlo luego a nuestros
aliados o a los que voluntariamente se hayan puesto
de nuestra parte.

»Al esfuerzo de un hombre de espíritu noble no le 26
asigno yo fin alguno que no sea el propio esfuerzo
que nos lleva a las más hermosas hazañas. Ahora bien,
si alguno de vosotros desea conocer cuál será el límite
a nuestro incesante pelear, sepa ése que es poco lo que
nos queda hasta llegar al río Ganges y el mar Orien-

tal. Os aseguro que este mar está unido al mar Hircanio, pues el Gran Mar[199] rodea completamente la tierra.

2 »A macedonios y aliados os demostraré que el golfo Índico se comunica con el golfo Pérsico, y el mar Hircanio[200] con el golfo Índico. Desde el golfo Pérsico nuestra flota circunnavegará por Libia hasta llegar a las Columnas de Hércules. Toda la Libia a partir de las Columnas de Hércules será también posesión nuestra, al igual que toda el Asia y los límites de su imperio, límites que la divinidad fijó como el confín de todas las tierras.

3 »En cambio, si ahora nos volvemos, serán muchos los pueblos aguerridos que quedarán entre el Hífasis y el mar Oriental, y también muy numerosos los que habitan desde el mar Oriental hasta el Hircanio, en dirección Norte, a más de los escitas (que no viven muy lejos de éstos), de suerte que es de temer que si nosotros nos volvemos de regreso a casa, incluso los pueblos que ahora están sumisos a nosotros, al no quedar consolidada nuestra permanencia, sean inducidos a la sublevación por esos otros pueblos sobre
4 los que no tenemos control. Resultarán inútiles entonces las penalidades que hasta ahora hemos aguantado, y tendremos que volver a empezar desde el principio a sufrir penalidades y correr nuevos riesgos. ¡Permaneced conmigo, macedonios y aliados!

»Bellas son las hazañas de los que se esfuerzan y arrostran los peligros. Hermoso es vivir con valor y dejar al morir una fama imperecedera.

5 »¿Creéis acaso que nuestro antepasado[201] (de haber permanecido en Tirinto, en Argos, el Peloponeso y

---

199 El Océano.

200 El mar Caspio. Cf., antes, nuestra n. 146.

201 Cf., antes, nuestra n. 42.

Tebas) habría alcanzado tan grande gloria entre los hombres hasta convertirse en dios, y ser tenido por tal, mortal como era? No fueron tampoco cosa de poca monta los trabajos de Dioniso, aun siendo un dios de mayor rango que Heracles. He aquí que nosotros hemos llegado hasta Nisa y hemos tomado la roca de Aornos, empresa que no pudo culminar el propio Heracles. ¡Añadid ahora a nuestras conquistas 6
lo que nos queda, y que es sólo ya una parte del Asia. Habéis hecho lo más, nos queda lo menos! ¿Cómo diríamos haber llevado a cabo algo grande y hermoso si asentados en Macedonia nos hubiéramos dedicado sin gran esfuerzo y tranquilamente a defender nuestra patria de los vecinos tracios, de los ilirios o tribalos, conteniendo a los pueblos griegos que se mantienen hostiles a nuestros intereses?

»Está bien; si mientras vosotros sufríais penalida- 7
des y corríais riesgos, yo, vuestro jefe, me hubiera mantenido al margen de riesgos y molestias, sería justo que os quejarais de que vuestro espíritu está fatigado; si sólo vosotros hubierais participado de los sufrimientos, mientras servíais los premios de lo conquistado a alguien ajeno a vosotros. Ahora bien, las penalidades han sido comunes para vosotros y para mí; por igual he participado yo en las acciones de mayor peligro, y también en común han quedado las ganancias. En efecto, el territorio es vuestro, vosotros sois los sátrapas de las diversas regiones. La mayor parte de los tesoros han ido a parar a vuestras manos, y cuando hayamos arrasado todo el Asia, entonces, ¡por Zeus!, no digo que os saciaré, sino que con creces os daré mucho más de lo que cada cual pudiera esperar para sí; enviaré de regreso a casa a todo el que voluntariamente quiera volver, o tal vez yo mismo les acompañaré en el regreso; y los que prefieran quedarse aquí serán envidiados por los que se marchen.»

*Discurso de Ceno*

27 Éstas y de este tenor fueron las palabras de Alejandro, tras lo cual se produjo un largo silencio, ya que nadie se atrevía a hablar abiertamente en presencia del Rey, aunque tampoco estaban dispuestos a condescender a sus intenciones. Repetidas veces invitó Alejandro a hablar a quien quisiera, si alguien tenía algo que exponer frente a los argumentos que él había barajado. Durante algún tiempo continuó el silencio, y sólo algo más tarde Ceno, el hijo de Polemócrato, se atrevió a hablar y dijo lo siguiente:

2 «Ya que tú, Señor, prefieres gobernar a los macedonios no de un modo dictatorial, sino que afirmas que tú quieres que vayan a hacer cualquier cosa convencidos y no obligados a nada, voy a hablar, aunque no me refiera a los presentes. Nosotros, los aquí convocados, hemos recibido mayores honores que los demás, y hemos recogido la recompensa de nuestros esfuerzos, y por el mando que detentamos, en todo estamos más que nadie llenos de buena voluntad a tu persona; digo, pues, que no hablaré por nosotros, sino que me referiré a la mayor parte de los hombres de
3 nuestro ejército. Al hablar de ellos no diré lo que les pueda halagar, sino lo que creo que es conveniente para ti en el presente y lo que para el futuro puede traernos mayor seguridad. Justo es que por mi edad, por la estima que, gracias a ti, los demás sienten por mí, y mi incuestionable valor evidenciado en situaciones de peligro y riesgo, pueda exponer lo que a mi parecer es lo mejor.

4 »Precisamente porque son muchas e importantes las hazañas alcanzadas bajo tu caudillaje y por los que contigo vinieron de Macedonia, por esto, me parece muy conveniente que nos fijemos un límite a nuestros trabajos y peligros: tú sabes bien cuántos macedonios

y griegos partimos contigo, y cuántos somos los que quedamos. Enviaste, y con muy buen criterio, a los 5
tesalios a su patria estando en Bactria[202], porque su espíritu flaqueaba ante el peligro. Del resto de los griegos, a unos los has asentado en las ciudades que has ido fundando, aunque no todos están en ellas contentos; otros[203], que han participado junto con los macedonios en penalidades y peligros, o bien han muerto en el combate, o, inútiles para la guerra, han quedado heridos en diversos puntos de Asia. Mayoría han sido 6
los que murieron víctimas de enfermedades, y de muchos, pocos son los que sobreviven, y aun éstos no tienen ya fuerzas en sus cuerpos, y están aún más fatigados de espíritu. En todos ellos hay nostalgia por sus padres (quienes aún los tienen vivos), nostalgia por sus mujeres e hijos, nostalgia ya, incluso, por su patria que ansían, y es comprensible, volver a ver, acompañados de la riqueza que de ti mismo esperan, hombres importantes a su regreso quienes eran de humilde familia, y ricos ahora los que salieron totalmente pobres.

»No seas el caudillo de gentes que no van de buen 7
grado, pues no te seguirán al peligro con el mismo espíritu de antes, ya que les falta el gusto por el combate. De regreso tú a tu patria, si te parece, verás a tu madre, pondrás en orden los asuntos de los grie-

---

[202] En el libro III 19, se nos dice, sin embargo, que Alejandro despidió este contingente tesalio desde la ciudad de Ecbatana, de ahí que se haya propuesto leer aquí el nombre de esta ciudad en vez de Bactria.

[203] Prueba de este descontento fueron las repetidas sublevaciones de mercenarios asentados en las ciudades de Bactria. Se produjeron éstas no sólo a la muerte de Alejandro, sino incluso en vida suya, al haberse difundido el rumor de su muerte en más de una ocasión. Cf. CURCIO, IX 7, 1-11, y DIODORO, XVII 4, 8.

gos, llevando a tu noble casa tantas y tan grandes victorias, y así podrás emprender nuevamente otra expedición, si así quieres, contra estos mismos pueblos de la India oriental; y si no, hacia el mar Euxino, o bien contra Cartago y el territorio de Libia más allá
8 de Cartago. Te será posible emprender esta nueva empresa en la que irán contigo otros macedonios y griegos, jóvenes en vez de éstos ya viejos, tropas de refresco en vez de éstas agotadas, gentes a quienes las penalidades de la guerra, por no haberlas vivido, no les espantarán, y que serán en extremo diligentes por sus esperanzas de un mejor futuro. Hombres que te seguirán, como es natural, con mayores ánimos al ver que quienes antes de ellos se esforzaron y lucharon han vuelto a casa ricos en vez de pobres, y famosos a cambio de su antiguo anonimato.

9 »Hermosa, Señor, sobre toda otra cosa es la prudencia en los momentos de éxito. Cuando marchas al frente de tus tropas no hay enemigo que te pueda infundir miedo, pero los hombres están expuestos a los cambios del destino, vienen éstos cuando menos se esperan y por eso es más difícil prevenirse contra ellos.»

*Alejandro se decide por el regreso*

28 A estas palabras de Ceno siguió un silencio absoluto por parte de los presentes; a muchos se les saltaron las lágrimas, manifestando así su reluctancia a seguir con los peligros de la guerra y lo grato que les resultaría el regreso. Alejandro, sin embargo, enfurecido por la libertad con que Ceno había hablado, y por
2 la abulia de los demás jefes, suspendió la reunión. Al día siguiente los volvió a convocar para decirles, todo irritado, que él iba a continuar la expedición, aunque no obligaría a ello a ningún macedonio que no quisiera acompañarle. Ya habría quienes, de buen grado, quisieran acompañar a su Rey. Respecto a los que desea-

ran volver a casa, podían hacerlo cuando quisieran, y que dijeran a sus paisanos que estaban allí de vuelta tras haber abandonado a su rey en medio de territorios enemigos.

Tras echarles esto en cara, Alejandro se volvió a 3
su tienda, y no permitió que ninguno de los Compañeros entrara en ella durante tres días. Aguardaba a ver si los macedonios o aliados cambiaban de parecer, como suele ocurrir entre los soldados, que se vuelven luego mucho mejor dispuestos.

Pero el silencio se mantenía en todo el campamen- 4
to, y aunque se veía a los soldados apesadumbrados por la irritación de su jefe, no querían condescender por ello. Nos cuenta Tolomeo, hijo de Lago, que Alejandro no dejó de sacrificar, pese a todo, para preparar la travesía del río, pero las víctimas no le resultaron propicias. Convocó entonces a los Compañeros de mayor edad y a los que gozaban de su mayor consideración, y en vista de que todo se manifestaba en pro de la retirada, hizo anunciar al ejército su firme decisión de volverse a casa.

Los soldados gritaban como una multitud que ha 29
recibido una gran alegría, y muchos de ellos incluso lloraban. Otros se acercaron a la tienda de Alejandro, deseándole toda clase de venturas, ya que había sabido ser derrotado exclusivamente por sus hombres.

Separó Alejandro por batallones su ejército, y mandó que se erigieran doce altares, más altos que las más altas torres, y también anchos como una torre, en acción de gracias a los dioses que hasta este punto le habían conducido invicto, y como recuerdo de las pe-
nalidades sufridas[204]. Una vez preparados los altares, 2

---

204 Con estos datos concuerdan las demás fuentes antiguas (Diodoro, XVII 95, 1; Curcio, IX 3, 19, y Plutarco, *Alejandro* 62), aunque no se han hallado vestigios de estas construcciones.

celebró sacrificios según el ritual, así como un certamen gimnástico e hípico. Asignó a Poro todo el territorio que llega hasta el río Hífasis, mientras él se puso en marcha hacia el Hidraotes. Cruzó el Hidraotes y volvió al Acesines, donde encontró ya construida la ciudad
3 cuya fortificación había encargado a Hefestión. Asentó en ella a algunas tribus vecinas que se lo habían pedido, así como a un grupo de mercenarios inútiles ya para la guerra; mientras tanto él hizo los preparativos para el regreso por el Gran Mar.

4 En esto, se presentaron ante él Arsaces, gobernador del territorio vecino de Abisares, y el hermano de Abisares y otros familiares, trayéndole los regalos que los indios más aprecian, así como los elefantes de Abisares (unos treinta animales), excusando a Abisares que no había podido venir por razones de salud. También les acompañaban los embajadores que Alejandro
5 había enviado a Abisares. Convencido Alejandro de que todo era como se le decía, nombró a Abisares sátrapa de su territorio, designando a Arsaces miembro de la administración de Abisares. Después de fijarles los tributos a satisfacer, sacrificó de nuevo al río Acesines. Lo atravesó y acto seguido se dirigió al río Hidaspes, donde reconstruyó con la ayuda de sus tropas parte de las ciudades de Nicea y Bucéfala, que habían sufrido destrozos por las fuertes lluvias caídas, al tiempo que ordenaba los asuntos de la región.

# LIBRO VI

## Sinopsis

Capítulos:

1. Preparativos para bajar por el Hidaspes río abajo.
2. Muerte de Ceno.

3-4. Río abajo.

5-6. En la confluencia del Hidraotes-Acesines.

7-9. Lucha contra los malios.

10. Alejandro resulta herido.
11. Masacre de los malios.
12. Rumor de que Alejandro ha muerto.

13-16. Alejandro regresa al campamento.

17-18. Pátala, en la desembocadura del Indo.

19. Los macedonios extrañados ante el fenómeno de las mareas.

20-21. De nuevo en Pátala.

22. Gadrosia.
23. Penurias en Gadrosia.
24. Polvo, sudor y hierro... Alejandro cabalga.
25. Una nueva catástrofe.
26. Un verdadero jefe.
27. Se reúne en Carmania con Crátero.
28. Reencuentro Nearco-Alejandro.
29. La tumba de Ciro en Pasargada.

*Preparativos para bajar por el Hidaspes río abajo*

Tomó ahora Alejandro la decisión de dirigirse al Gran Mar, siguiendo el curso descendente del Hidaspes. Contaba para ello con un buen número de triacóntoros y naves hemiolias surtas en las aguas del Hidaspes, a más de otras naves en las que podía transportar los animales, y aun de otras muy bien equipadas para que sus hombres cruzaran cómodamente el río. Alejandro no había encontrado cocodrilos en ningún río, excepto ahora en el Indo (aparte de los que ya viera en las tierras del Nilo[205]), y también había observado ahora que en las orillas del Acesines crecen una habas como las de Egipto; además, como había oído que el Acesines desemboca en el Indo, creyó por todos estos indicios haber descubierto las fuentes del Nilo[206].

1 (at line "Tomó ahora Alejandro la deci-"); 2 (at line "sus hombres cruzaran cómodamente el río. Alejandro")

Creyó que el Nilo nacía por aquí, en la India, y que luego atravesaba una gran zona desértica, donde dejaba de conocérsele con el nombre de Indo, y que algo más tarde (antes de desembocar en el mar Interior[207]), 3

---

205 Ya desde tiempos de HERÓDOTO se sabía, IV 44, que de todos los ríos del mundo, el Indo y el Nilo son los únicos en que viven cocodrilos.

206 Dos recientes trabajos aportan algunas nuevas precisiones a propósito de las fuentes del Nilo: S. M. BURSTEIN, «Alexander, Callisthenes and the sources of the Nile», en los *Gr. Rom. and Byz. St.* 17 (1976), 135-146, y CL. PREAUX, «Les Grecs à la decouverte de l'Afrique par l'Egypte», *Chron. d'Egypte* 32 (1952), 284-312.

207 Esto es, el Mediterráneo.

cuando volvía a regar territorio habitado, recibía de los etíopes y de los egipcios el nombre de Nilo, y que por eso Homero lo denominó en sus versos río Egipto, 4 epónimo del país[208]. Y entonces ya desembocaba en el mar Interior.

Es más, en una carta[209] a su madre Olimpíade decía, entre otras cosas referentes a la India, que creía haber descubierto las fuentes del Nilo, aunque, como se ve, hizo sus conjeturas basándose en indicios escasos y débiles a propósito de una cuestión de gran monta como 5 era ésta. Más tarde, una vez que examinó estos asuntos con mayor espíritu crítico, se informó por los habitantes del lugar[210] que el Hidaspes desemboca en el Acesines, y que éste es a su vez un afluente del Indo, y que entonces ambos confunden sus nombres. Supo, por fin, que el Indo desemboca en el Gran Mar, abriéndose en dos brazos en su desembocadura, y que el Indo no tiene relación alguna con Egipto. Informado mejor de la realidad, suprimió de la carta a su madre lo que antes había escrito sobre el Nilo.

6 El caso es que ahora tenía intención de bajar por los ríos hasta desembocar en el Gran Mar, y para ello ordenó que las naves estuvieran listas y dispuestas para zarpar a esta singladura. Componían su marinería los fenicios, chipriotas, carios y egipcios miembros de su expedición.

---

208 Cf. lo que nos dice ARRIANO en V 6, 5.

209 Conexo con el problema de las fuentes, está éste de las cartas de Alejandro y otros personajes, de controvertida autenticidad buen número de ellas. Aún hemos de acudir a las páginas de L. PEARSON, «*The* Diary and Letters of Alexander...», 443-450, recogidas, luego, en G. T. GRIFFITH, *Alexander the Great. The main problems*, amén de los trabajos más antiguos de E. PRIDIK, ZUMETIKOS, HANSEN, ADLER o W. B. KAISER (para estos autores y sus trabajos, cf. J. SEIBERT, págs. 4-5).

210 A propósito de los *epichórioi*, cf. vol. I, 138.

*Muerte de Ceno*

Por este tiempo enfermó y murió Ceno, uno de los Compañeros más leales a Alejandro. Preparó éste su entierro y su funeral con todo el boato que las circunstancias le permitieron. Convocó luego a una reunión a los Compañeros y a los embajadores indios que a él habían acudido; en ella nombró a Poro rey de todos los territorios indios ocupados, y que componían un total de más de dos mil ciudades de siete etnias distintas. 2

La distribución que hizo del ejército[211] con vistas a 2
la marcha hacia el Gran Mar fue la siguiente: el propio Alejandro se embarcó al frente de los hipaspistas, los arqueros, agrianes y el *ágēma* de caballería, mientras que Crátero se puso en marcha con una parte de la infantería y caballería por la orilla derecha del Hidaspes. Por la orilla izquierda emprendió la marcha Hefestión, al mando de la mayor parte, y más selecta, del ejército, y con él iban también los elefantes, que en la actualidad alcanzaban el número de doscientos. La misión encomendada a estas fuerzas fue la de dirigirse a toda marcha al encuentro del rey Sopites[212].

A Filipo, el sátrapa de aquella región vecina de la 3
Bactria, le ordenó que se quedara allí durante tres días y luego se pusiera en marcha con sus tropas. Por su parte, la caballería de Nisa recibió autorización para regresar a su ciudad. Finalmente, Nearco[213] se haría

---

211 Componían la expedición (*India* 19, 5) un total de 120.000 hombres, aunque la cifra es discutida. Cf., antes, nuestra n. 283.

212 La residencia real de Sopites no ha sido localizada; cf. Diodoro, XVII 91, 4, y Q. Curcio, IX 1, 24.

213 Sobre su figura, su método histórico y su valor como fuente de Arriano, cf. lo dicho en *Introducción* (vol. I), bajo el apartado «Los historiadores de Alejandro», y en particular sus nn. 63-68.

cargo de toda la flota. El timonel de la nave en que viajaba Alejandro era Onesícrito[214], el cual escribió una historia de los viajes de Alejandro en la que, entre otras falsedades, se hacía pasar a sí mismo por comandante de la flota, en vez de timonel, que es lo que fue[215].

4 El número de naves que componían esta expedición, según el cómputo de Tolomeo, hijo de Lago, que es el testimonio que yo sigo, era el siguiente: ochenta triacóntoros, y casi unas dos mil más entre naves de transporte de animales, bajeles y otras barcazas empleadas desde antiguo al transporte en este río, a más de las que se habían construido expresamente para esta ocasión[216].

*Río abajo*

3 Una vez hechos todos los preparativos, el ejército comenzó a embarcarse a la hora del alba. Mientras tanto, Alejandro ofreció un sacrificio a los dioses según costumbre, así como al río Hidaspes, siguiendo en ello las indicaciones de los adivinos. Desde la proa de su barco ofreció al río una libación con una copa de oro, invocando conjuntamente al Hidaspes y al Acesines, que es el mayor afluente del Hidaspes según le habían dicho (la confluencia de ambos ríos estaba muy próxima a aquel lugar), e invocó también al Indo, que es donde vierten sus aguas tanto el Acesines como el Hidaspes.

---

214 Para Onesícrito, remitimos de nuevo a la *Introducción* y, en especial, a sus correspondientes notas, donde se nos ofrece la bibliografía específica sobre este autor.

215 Cf. *India* 18, 9-10.

216 En *India* se mencionan ochocientas naves, mientras que Nearco y Diodoro contabilizan mil.

Al fin hizo sonar la trompeta como señal de partida[217] después de haber hecho una libación por Heracles su antecesor, por Amón y los demás dioses según su costumbre. Al oír la señal, el ejército se puso en marcha con perfecto orden. Había insistido Alejandro en la distancia que las naves de carga, las que transportaban el ganado y las naves de guerra debían guardar entre sí para evitar que entrechocaran, cosa que ocurriría si navegaban a la deriva. Ni siquiera a las naves más veloces se les permitió adelantarse fuera de la formación. 2

El batir de los remos contra el agua producía un efecto único. Eran muchos los remeros que agitaban sus remos al unísono, eran los gritos de los cómitres señalando el comienzo y el final de cada movimiento, era, en fin, el ruido de los remeros que golpeaban todos a la vez contra la corriente entonando sus cantos. En muchos puntos la ribera se alzaba a mayor altura que las naves, encajonando el estrépito que el cortejo producía y que resultaba así ampliado al quedar constreñido en un espacio reducido, lo que provocaba una resonancia entre ambas riberas. A ambos lados del río y por todas partes la soledad de la cañada devolvía el sonido y contribuía a amplificar su resonancia. Desde la orilla se divisaban perfectamente los caballos que iban en las barcazas, y como los indios nunca habían visto caballos embarcados por el río (ya no se acordaban siquiera de que la expedición de Dioniso a la India había sido también en barco), los bárbaros se quedaron atónitos al contemplarlos, de suerte que los que presenciaban cómo se ponía en marcha la expedición la acompañaron durante un largo trayecto. 3 4

---

217 Dice Aristobulo (ESTRABÓN, XV 1, 17) que se pusieron en marcha a comienzos de noviembre del 326.

5 A medida que el griterío de los remeros y el ruido de los remos alcanzaba a los demás indios que se habían pasado al bando de Alejandro, salían éstos a todo correr en dirección al río y se sumaban al cortejo cantando himnos bárbaros. Los indios, ya se sabe, son un pueblo muy amante del canto, más que ningún otro, y los más amantes de la danza desde que Dioniso y sus acompañantes recorrieron el territorio de la India [218].

4 Al tercer día de navegación Alejandro se detuvo en la orilla del río, justo frente al lugar donde Hefestión y Crátero debían haber instalado el campamento. Aguardó allí dos días, al cabo de los cuales se reunió con él Filipo, que venía al frente del resto del ejército. Alejandro le ordenó que continuara con sus tropas por el río Acesines, prosiguiendo la marcha por la orilla del río. También despachó las tropas de Crátero y Hefestión, indicándoles cómo debían continuar su
2 marcha. Mientras tanto Alejandro bajó por el curso del Hidaspes, cuya anchura en ningún punto de su curso es inferior a veinte estadios. Hizo un alto, según marchaba, en una de las riberas, y allí acudieron los indios que por aquella zona del Hidaspes habitaban. Venían a entregarse a Alejandro, bajo ciertas condiciones; otros, en cambio, que habían preferido hacerle frente, fueron obligados a rendirse por la fuerza.

3 Al poco se puso de nuevo en marcha, y a toda velocidad, en dirección al territorio de los malios y oxídracos, que según noticias eran los más numerosos [219] y belicosos indios de esta zona, y que, también según le habían informado, decididos como estaban a hacerle frente, habían conducido a sus mujeres y niños a las

---

218 Cf. *India* 7, 8-9.

219 Más adelante, VI 8, nos va a decir ARRIANO que los malios representaban una fuerza de 50.000 hombres.

ciudades mejor fortificadas. Las prisas con que Alejandro hacía avanzar a su flota se debían a su interés por presentarse ante estos indios no cuando ya hubieran hecho ellos todos los preparativos para el combate, sino intentando sorprenderlos así en pleno desorden mientras los hacían.

Levantó, pues, de nuevo el campamento, y al quinto 4
día llegó donde confluyen las aguas del Hidaspes y el Acesines. En el punto de confluencia de ambos ríos se origina un solo curso de agua, más estrecho pero de corriente más viva a causa de la angostura de su curso, produciéndose extraordinarios remolinos bajo la tumultuosa corriente. El agua se mueve alborotada y se precipita salpicando, de suerte que desde lejos puede oírse el ruido de la corriente. Los vecinos del lugar[220] 5
ya habían narrado todo esto a Alejandro y sus hombres, pero, aun así, a medida que el ejército se aproximaba a la confluencia de ambos ríos, tan extraordinariamente aumentó el estrépito que las aguas formaban, que los remeros dejaron de remar, no porque nadie se lo hubiera mandado, sino porque los cómitres habían enmudecido ante este prodigioso espectáculo, y los propios marineros habían quedado fuera de sí ante el fragor de las aguas.

*En la confluencia Hidraotes-Acesines*

Al acercarse aún más a la con- **5**
fluencia de ambos ríos, los timoneles ordenaron a sus hombres que remaran con todas sus fuerzas para mantener las naves lejos de la angostura, a fin de evitar que se metieran en los remolinos y fueran engullidas por ellos, superando a fuerza de remos la tumultuosa corriente. Las naves de 2
transporte giraban arrastradas por las aguas, sin sufrir daño alguno en medio de los torbellinos, fuera de que

[220] Cf. vol. I, n. 138.

sus pasajeros iban muertos de miedo. Sin embargo, se reintegraron a su anterior formación gracias a que la misma fuerza de la corriente las iba alineando. Por el contrario, las largas naves de guerra no escaparon incólumes de este torbellino, pues no pudieron ponerse a salvo ni a flote en medio de las estruendosas aguas. Por su parte, las birremes apenas conseguían mantener
3 la fila inferior de sus remos fuera del agua. Los remos se destrozaron al caer atravesados unos con otros en medio de los torbellinos. Fueron muchas las que las aguas se tragaron por no poderse poner a flote a tiempo, de suerte que la mayor parte de estas naves se perdieron; dos de ellas chocaron entre sí y quedaron destruidas, y muertos muchos de los que en ellos via-
4 jaban. Cuando el curso del río discurría ya buscando la llanura, la corriente se amansaba y los remolinos no las hacían girar con igual fuerza. Desembarcó entonces Alejandro en la orilla derecha a su ejército, aprovechando un lugar al abrigo de la corriente y un atracadero para las naves, donde se alzaba un promontorio muy idóneo para desde él recuperar los restos de las naves y los náufragos que aún sobrevivían arrastrados sobre sus tablones. Salvó así la vida a algunos de éstos y reparó las naves averiadas. Acto seguido ordenó a Nearco que bajara por el río hasta alcanzar la frontera del pueblo de los malios. Mientras tanto, él hizo algunas incursiones contra aquellos bárbaros que no habían querido sometérsele, a fin de impedir que acudieran en ayuda de los malios. Hecho esto, se reunió de nuevo con su flota.

5 Se encontraron con él entonces Hefestión, Crátero y Filipo, acompañados de sus hombres. Alejandro hizo pasar al otro lado del Hidaspes a los elefantes, el batallón de Poliperconte, el cuerpo de arqueros a caballo, y a Filipo al frente de sus hombres, ordenando a Crátero que se encargara de toda esta expedición. Despa-

chó a Nearco con la flota a que se adelantara tres jornadas de marcha río abajo, y dividió lo que quedaba del ejército en tres partes.

Ordenó a Hefestión que se adelantara unas cinco jornadas de marcha porque así, si algún enemigo escapaba al ataque de los hombres que acompañaban a Alejandro y pretendía adentrarse a toda prisa en el territorio, se toparía con las tropas de Hefestión, que le harían prisionero. De otro lado, encargó a Tolomeo, el hijo de Lago, que se destacara hacia la retaguardia con una sección de las tropas y que le siguiera a distancia de tres jornadas de marcha, a fin de que si alguien hacía defección de las filas de Alejandro y pretendía escapar por retaguardia, se topara con Tolomeo y sus hombres. Encargó Alejandro a Hefestión y los hombres que marchaban abriendo camino, que cuando llegaran a la confluencia del Acesines e Hidraotes aguardaran allí hasta que llegara él mismo y se les juntaran los hombres de Crátero y de Tolomeo.

6

7

6

2

Alejandro se puso al frente de los hipaspistas, arqueros, agrianes, el batallón de los llamados *peceteros*[221] de Pitón, todos los arqueros a caballo y la mitad de la caballería de los Compañeros, y a través de un paraje desértico[222] los condujo al territorio de los malios, que son un pueblo indio de los que viven independientes[223]. Fijó su campamento el primer día junto a una charca de agua distante unos cien estadios[224] del río Acesines. Después de la cena, y cuando ya su ejército había descansado un rato, dio la orden de que

[221] Cf. vol. I, n. 233.

[222] El desierto de Sandar-Bar.

[223] Este pueblo ocupa el territorio comprendido entre el Acesines (actual río Chenab) y el Hidraotes. Para detalles de la expedición táctica de sus tropas, cf. J. F. C. FULLER, *Generalship...*, págs. 259 y sigs.

[224] Unos 18 km.

cada cual llenara su cántaro de agua. Después de atravesar este paraje durante el resto de la tarde y toda la noche (unos cuatrocientos estadios)[225], llegó al amanecer a la ciudad donde se habían refugiado la mayor
3 parte de los malios. Como éstos no esperaban que Alejandro se presentara ante ellos después de atravesar este desértico paraje, estaban a las afueras de la ciudad y sin armas la mayoría de ellos; Alejandro había optado por cruzar este paraje precisamente por la dificultad que la empresa suponía, y fue por ello exactamente por lo que sus enemigos nunca creyeron que fuera a llevarla a cabo[226]. Cayó, pues, sobre los bárbaros pillándolos desprevenidos, y dio muerte a la mayoría de ellos, que ni siquiera ofrecieron resistencia, como gente que en ese momento estaba desarmada. Algunos consiguieron encerrarse en la ciudad, que quedó al punto cercada por la caballería de Alejandro, y hubo de quedar así cercada por no haberle llegado aún a Alejandro los refuerzos de infantería.

4 Al poco llegó la infantería, y envió a Perdicas al frente de su propia hiparquía y la de Clito, a los que se habían añadido los agrianes, contra otra ciudad de este pueblo de los malios donde se habían refugiado un buen número de indios de este distrito; encargó a Perdicas que vigilara la ciudad, pero que no la atacara hasta que él estuviera allí presente, ya que se trataba de evitar que algún posible fugitivo de esta ciudad anunciara a los demás bárbaros que Alejandro estaba de camino.

5 Fue él, pues, quien dirigió el asalto a los muros de la ciudad. Ante este ataque, los bárbaros abandonaron los muros por no poder defenderlos, resultando gran

---

225 Aproximadamente 72 km., en un día y una noche.

226 De nuevo vuelve a darle resultado esta táctica; cf. n. y pasaje similar en IV 21, 3.

número de ellos heridos en el asalto, y quedando otros fuera de combate por las heridas recibidas. Buscaron luego refugio en la ciudadela, donde consiguieron aguantar algún tiempo, gracias a que se trataba de un lugar más elevado y difícil de tomar. Sin embargo, los macedonios continuaron atacando con fuerza por todos lados, mientras Alejandro en persona aparecía ya por aquí, ya por allá, en primera fila, por lo que la ciudadela fue capturada al asalto y pasados a cuchillo cuantos en ella se habían refugiado, y que serían unos dos mil hombres.

Mientras tanto, Perdicas había llegado a la ciudad 6
adonde le habían enviado, encontrándola por completo deshabitada. Supo que sus habitantes la habían abandonado hacía no mucho tiempo, por lo que se lanzó a la carrera tras los pasos de los fugitivos, acompañado de su infantería ligera, que le seguía a todo correr de sus pies. Dándoles alcance, mató a buen número de enemigos, y se salvaron sólo los que consiguieron adentrarse en los terrenos pantanosos.

*Lucha contra los malios*

Alejandro concedió a sus hom- 7
bres un descanso después de cenar hasta la hora del primer cambio de guardia[227], para continuar luego su avance. Durante toda la noche continuó la marcha, para llegar al río Hidraotes al amanecer del día siguiente; al llegar allí se encontró con que la mayor parte de los malios lo habían cruzado; arremetió, sin embargo, contra los que aún andaban a mitad de la travesía, dando muerte a buen número de ellos. Llegó a cruzar él mismo el río, 2
y se dedicó a perseguir a los que ya estaban en la otra orilla, matando a buen número de ellos y haciendo algunos prisioneros, aunque la mayor parte lo-

[227] Cf. n. 194.

graron refugiarse en un lugar protegido y fortificado. No cejó sin embargo Alejandro por ello, ya que, tan pronto dispuso de su infantería, ordenó a Pitón que al frente de su batallón y dos hiparquías de jinetes les
3 pusiera cerco. No les supuso dificultad alguna a los hombres de Pitón tomar al asalto la pequeña fortaleza, en el cual hicieros esclavos [228] a los que allí se habían refugiado, aunque algunos murieron antes, durante el asalto. Los hombres de Pitón, cumplida la misión encomendada, regresaron al campamento.

4 En el ínterin, Alejandro se había adelantado a una ciudad de los brahmanes [229], donde, según sus noticias, habían encontrado refugio algunos malios. Al llegar a ella aproximó al muro la falange en formación compacta. Al ver sus habitantes que sus muros habían sido socavados y que los dardos llovían sobre ellos, abandonaron la defensa de los muros y se refugiaron en la ciudadela, desde donde intentaban defenderse. Algunos macedonios, sin embargo, irrumpieron con ellos en la ciudadela, aunque los indios, dándose la vuelta y apretando filas, consiguieron rechazarlos, matando a veinticinco macedonios en su retirada.

---

228 Léase con provecho P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre...*, en particular el cap. 10, titulado «Alexandre et ses prisonniers», págs. 161-170.

229 Brahmanes, gimnosofistas y magos aparecen frecuentemente en las fuentes antiguas. Cf. B. Breloer-F. Boemer, *Fontes historiae religionum indicarum*, Bonn, 1939 (s. v. *Brahmani*); U. Wilcken, «Alexander der Grosse und die indischen Gymnosophisten», *SB. Berlin* (1923), 150-183; J. Pfister, «Das Nachleben der Ueberlieferungen von Alexander und den Brahmanes», *Hermes* 76 (1941), 143-169; A. J. Festugière, «Trois rencontres entre la Grèce et l'Inde», *Rev. de l'Hist. des Relig.* (1943), 32-57; G. Zuntz, «Zu Alexanders Gespräch mit den Gymnosophisten», *Hermes* (1959), 436-440; G. Ch. Hansen, «Alexander und die Brahmanen», *Klio* (1965), 351-380; más noticias y bibliografía en vol. I, n. 43 de la *Introducción*.

Ordenó entonces Alejandro que fijaran las escale- 5
ras por todas partes del muro, mientras algunos sol-
dados lo socavaban. Dio esto como resultado que se
desplomara una torre y una cortina del muro, lo que
facilitó el asalto a la ciudadela por aquel punto. Apro-
vechó Alejandro este momento para subirse al muro,
y todos pudieron verle dueño de la situación. Al con-
templar a su jefe encaramado al muro, los macedonios
sintieron vergüenza de quedar rezagados, y acto segui-
do empezaron a subir por él, cada cual por donde
podía. En un momento quedó copada la ciudadela, en
la que algunos indios habían prendido fuego a sus
casas, donde fueron sorprendidos y pasados a cuchillo;
la mayor parte, en cambio, murieron en el combate.
En total murieron unos cinco mil, y fueron pocos los
capturados vivos, ya que su valor les impelía a morir
luchando.

Permaneció Alejandro en esta ciudad todo un día, 8
dejando que su ejército descansara, y al día siguiente
continuó su marcha contra el resto de los malios. A su
paso encontraba ciudades abandonadas, donde le infor-
maban de que sus habitantes habían buscado refugio
en los parajes desérticos vecinos. De nuevo dio un 2
descanso de un día a sus hombres, y al día siguiente
ordenó que Pitón y el hiparco Demetrio regresaran al
río y que con ellos marcharan los hombres a sus órde-
nes, a los que debían ahora añadirse los batallones de
tropas armadas ligeramente que creyeran necesarias
para la realización de esta empresa. La misión que Ale- 3
jandro les encargaba era la de avanzar en paralelo a
la orilla del río en busca de los que habían ido a re-
fugiarse en la espesura de la arboleda (efectivamente,
a ambas orillas del río crecía una extensa arboleda) y
darles allí mismo muerte a menos que se les rindieran
sin condiciones. Las tropas de Pitón y Demetrio se 4
toparon y dieron muerte a gran número de indios en

la maleza. Alejandro continuó su camino, mientras
tanto, a la ciudad más importante de los malios, donde,
según sus noticias, habían buscado refugio muchos ha-
bitantes de otros puntos. Sin embargo, ante el anuncio
de que Alejandro estaba cerca de la ciudad, los indios
también la abandonaron, cruzaron el río Hidraotes y
acamparon en lo alto de las escarpadas orillas del río,
con la intención de evitar que Alejandro lo cruzara.
5 Al enterarse Alejandro de la situación, reunió toda la
caballería que con él venía y se puso en marcha hacia
el Hidraotes, buscando el emplazamiento de los malios.
Dio órdenes, además, de que su infantería se aprestara
a seguirle. Tan pronto llegó al río y divisó al enemigo,
que estaba formado al otro lado del mismo según venía,
se apartó del camino y se lanzó sólo con la caballería
6 a buscar un vado en el río. Los indios, al verle de
pronto cruzar el río, se retiraron a buen ritmo, aunque
con orden, de la orilla, mientras Alejandro seguía avan-
zando con sólo su caballería. Al darse cuenta los indios
de que Alejandro venía contra ellos sólo con su caba-
llería, se dieron la vuelta y le hicieron frente con toda
decisión en número de cincuenta mil. Alejandro se per-
cató de que los indios formaban una falange compacta,
mientras él no podía aún disponer de su infantería, por
lo que no se atrevió sino a hacer unas escaramuzas,
maniobrando en círculo con sus caballos, sin acercarse
en exceso a los indios y evitando el combate cuerpo a
cuerpo.

7 Mientras él hacía tiempo, los agrianes, los restantes
batallones de tropa ligera (que como tropas selectas
llevaba consigo) y los arqueros ya se habían reunido
con él, y se divisaba muy cerca la falange de infan-
tes. Los indios, al ver el cúmulo de peligros que se les
echaba encima, se dieron la vuelta en desbandada, bus-
cando refugio en las ciudades próximas que más ga-
rantías de seguridad ofrecían. Alejandro, sin embargo,

continuó persiguiéndoles, y dio muerte a buen número de ellos, aunque algunos fugitivos lograron ser acogidos en la ciudad. Ante esto, Alejandro dispuso que su caballería la rodeara al instante; algo más tarde llegaron los infantes, a los que Alejandro ordenó acampar en torno al muro para pasar allí las pocas horas del día que quedaban. Al estar éste terminando, le pareció que no merecía la pena preparar el asalto a la ciudad, además por lo fatigadas que estaban sus tropas: los soldados de infantería, por la larga marcha que habían tenido que recorrer; su caballería, por la ininterrumpida persecución del enemigo, y no menos por lo penoso que había resultado la travesía del río.

*Prosigue la lucha*

Al día siguiente dividió en dos secciones su ejército, y él mismo se puso al frente de una de ellas, con la que lanzó un ataque contra el muro; de la otra se encargó Perdicas. Ante esta acción, los indios no resistieron la embestida de los macedonios, sino que abandonaron los muros y fueron a refugiarse en la ciudadela de la plaza. Alejandro y algunos hombres de su escolta derribaron una pequeña puerta, por la que penetraron en la ciudad los primeros, mucho antes que el resto de sus hombres. 9
Por contra, las tropas de Perdicas sufrieron cierto re- 2
traso en traspasar el muro, cosa que lograron con gran dificultad. Muchos de sus hombres no se molestaron en traer las escaleras de asalto por creer que la ciudad ya había sido conquistada, pues no veían en los muros a ningún defensor de la misma. Al convencerse los macedonios, sin embargo, de que los enemigos aún controlaban la ciudadela, y que eran muchos los que formaban delante de ella para defenderla, se pusieron manos a la obra, unos socavando el muro y otros arrimando las escaleras de asalto, cada cual por donde podía, a fin de intentar el asalto a la ciudadela.

3 Le dio la impresión a Alejandro de que algunos de sus hombres flaqueaban en sus ánimos al acercar las escaleras de asalto, por lo que arrebató de las manos de uno de ellos una escalera y él mismo la fijó al muro y se puso a subir por ella protegiéndose con su escudo [230]. Al punto le siguió Peucestas, que era el que llevaba el escudo sagrado que Alejandro había cogido del templo de Atenea en Ilión y que siempre llevaba delante en las batallas. Tras éste subió por la escalera Leónato, uno de los de su guardia personal; por otra escalera subió el *dimoirítes* [231] Ábreas.

4 Se hallaba Alejandro sobre la almena del muro con su escudo apoyado en ella, y desde allí rechazaba a parte de los indios al interior de la ciudadela, provocando en parte de otros una gran matanza con su espada, hasta dejar limpia de enemigos aquella zona del muro donde se encontraba. Sintieron miedo los hipaspistas por la suerte que pudiera correr su rey, y se lanzaron tan violentamente sobre aquella escalera, que quedó destrozada por el empellón que le dieron, provocando que se precipitaran al suelo los que por ella subían, dejando sin vía de acceso a los demás que intentaban subir.

5 Alejandro permanecía en pie sobre el muro, lo que le convirtió en blanco de los que se hallaban apostados en las cercanas torres de alrededor (desde luego, ningún indio se atrevía a aproximársele); también le disparaban desde cerca los que estaban en la ciudadela, protegidos en un terraplén que se levantaba frente al muro. Alejandro resultaba claramente reconocible

230 Alude a I 11, 7.

231 Mantenemos el término *dimoirítes*, por entender que es transparente desde el punto de vista etimológico. Se trata de un soldado de «doble paga», que cobra sesenta dracmas al mes, frente a las treinta del soldado de infantería. Más detalles, en el pasaje VII 23, 3.

por el brillo que sus armas despedían y por su inusitado valor. Comprendió, sin embargo, que de permanecer allí corría el riesgo de no poder hacer nada que mereciera la pena, y que, en cambio, si saltaba de lo alto del muro al interior de la ciudadela podría provocar un verdadero pánico entre los indios. En caso contrario, arrostraría el peligro y moriría valerosamente tras culminar las mayores hazañas, dignas de conocerse por los hombres venideros; tomó, pues, esta determinación y saltó desde el muro al interior del
recinto. Apostado allí contra el muro dio muerte con 6
un mandoble de su espada a algunos indios que le hicieron frente; entre otros, a su jefe, que se había avalanzado valientemente sobre él. A todo el que se acercaba los contenía lanzándoles piedras por aquí y por allá, y arremetía con su espada a quien conseguía acercársele. Los bárbaros se cuidaban mucho de acercársele, sino que disparaban desde lejos por todas partes a su alrededor, lanzándole lo que cada cual tenía a mano o al momento encontraba.

*Alejandro resulta herido*

En esto Peucestas, el *dimoirí-* **10**
*tes* Ábreas[232] y con ellos Leónato, que eran los únicos que habían subido al muro junto con Alejandro antes de que la escalera se rompiera, saltaron también ahora del muro al interior del recinto para combatir al lado de su rey. Ábreas, el *dimoirítes,* pereció allí mismo, alcanzado en plena cara por una flecha. El propio Alejandro resultó herido en el pecho, encima de la tetilla, por una flecha que le atravesó la coraza, de suerte que, según cuenta Tolomeo, espiraba por la herida aire mezclado con sangre.

Alejandro continuó defendiéndose, aun malherido 2
como estaba, mientras la sangre de su herida le man-

---

232 Cf. lo dicho en nota anterior.

tuvo con vigor, pero al producirse una gran hemorragia en un movimiento de espiración, le sobrevino una sensación de mareo y una lipotimia que dio con él en tierra, y cayó sobre su escudo. Peucestas rodeó al punto su abatido cuerpo, y levantó el sagrado escudo de Ilión para protegerle de los disparos; al otro lado de Alejandro se colocó Leónato, en medio de una lluvia de proyectiles que sobre ellos caía; mientras tanto, Alejandro continuaba sin recuperar el conocimiento a causa de la gran pérdida de sangre que había sufrido.

3 Apurada se puso para los macedonios en aquel asalto la situación, al ver que su rey, apostado sobre la muralla, era el blanco de todos los disparos enemigos; al ver cómo había saltado al interior de la ciudadela. Todo esto impulsó a los macedonios a lanzarse al peligro de un modo irreflexivo, llevados de la prisa y del temor de que a su rey pudiera ocurrirle algún mal. Al romperse la escalera de asalto se agenciaron otros medios para poder escalar el muro, dado lo angustioso de la situación; unos clavetearon unas picas en el muro hecho de arcilla, y colgándose de ellas a duras penas consiguieron gatear por el muro; otros intentaban escalarlo subiéndose a los hombros del compañero.
4 El primero que consiguió escalarlo se deslizó por él hasta el interior del recinto, y al ver que su rey yacía malherido en tierra, empezaron todos a lamentarse y a entonar su grito de guerra. Se originó entonces una violenta batalla en torno al rey postrado en tierra, mientras acudían, uno tras otros, buen número de macedonios a protegerle con sus escudos. Entretanto, algunos hombres habían conseguido descerrajar la puerta situada en una cortina entre dos torres, y por allí empezaron a entrar en grupos. Por su parte, otros presionaban con sus hombros en la rotura de la puerta, y lanzándola dentro del muro, dejaron al descubierto la acrópolis y vía libre a ella por aquel punto.

*Masacre de los malios*

Los soldados de Alejandro se dedicaron a matar a todos los indios indiscriminadamente, sin respetar a mujeres ni niños[233]. Algunos sacaron al rey, que permanecía malherido, sobre su escudo, sin saber si continuaba o no con vida. Según unos, Clitodemo, que era un médico de Cos y de la familia Asclepíada, le practicó una incisión en la zona contusionada y le extrajo la flecha de la herida; según otros, fue Perdicas, de su guardia personal, quien a la vista de que no se disponía a mano de un cirujano, practicó la incisión y extrajo la flecha, por ruego expreso de Alejandro. Al sacarle el proyectil, le sobrevino una gran hemorragia, de suerte que Alejandro perdió el conocimiento de nuevo, aunque gracias a ello se consiguió detener la hemorragia. 11

2

Se han dado muchas otras versiones de este suceso por parte de los historiadores, y la tradición los ha aceptado y aún sobreviven tal y como lo manipularon los primeros embaucadores, y estas mentiras no cesarán de transmitirse de unos a otros ininterrumpidamente, hasta que la verdad de esta historia mía no les ponga coto.

La tradición unánimemente divulgada[234] sostiene que Alejandro sufrió este percance estando entre los oxídracos, cuando en realidad ocurrió mientras se hallaba entre los malios, que son un pueblo independiente de la India, en una ciudad de los malios y a manos de los mismos. Estos malios habían planeado unirse, efectivamente, a los oxídracos y hacer frente conjunto a 3

233 Es ésta la única ocasión en que los hombres de Alejandro se entregaron a una masacre tan brutal; cf. W. W. TARN, *Alexander the Great*, I, págs. 103 y sigs.

234 Desde luego, esto es lo que vamos a encontrar en Q. CURCIO, IX 4, 26.

Alejandro; pero ocurrió que Alejandro se les adelantó al cruzar el desierto a toda marcha para caer sobre los malios antes de que éstos recibieran ayuda de los oxídracos o éstos la pudieran recibir de aquéllos.

4 De igual modo, sostiene la tradición más difundida[235] que fue en Arbela donde se desarrolló la que fue última batalla de Alejandro y Darío, en la que éste se dio a la fuga hasta ser capturado por Beso y sus secuaces, y muerto cuando ya Alejandro casi les daba alcance. También afirma esta tradición que la batalla anterior a ésta tuvo lugar en Iso, y el primer encuentro de ambas caballerías en Gránico.

5 Efectivamente, es cierto que en Gránico se desarrolló una batalla de caballería y en Iso fue el siguiente encuentro con Darío; ahora bien, la mayoría de los historiadores defienden que Arbela dista unos seiscientos estadios[236] del lugar en que acaeció la última batalla entre Darío y Alejandro, y otros, que reducen algo esa distancia, afirman que están alejados ambos lugares unos quinientos estadios. Por ejemplo, Tolomeo y Aristobulo nos dicen que la batalla se desarrolló en Gau-
6 gamela, junto al río Bumodo[237]. Lo que ocurrió, sin embargo, es que Gaugamela no era una ciudad importante, sino sólo una aldea de regular importancia, y que incluso su nombre no era famoso ni resultaba eufónico, y fue por ello, creo yo, por lo que Arbela, al ser una ciudad, quedó con la fama de tan importante batalla[238].

---

235 *ho pâs lógos* «la tradición más difundida». Remitimos al comentario que bajo el título «Arriano historiador» le ha dedicado en el vol. I, *Introducción*, el profesor Bravo García.

236 Algo más de un kilómetro.

237 Cf., vol. I, nuestra nota al desenlace de la batalla en I 16, 7, y más tarde en III 8, 7, donde se denomina al río Bumelo.

238 Así, también, Estrabón, XVI 1, 3.

Resulta, pues, que si vamos a admitir que el combate se desarrolló en Arbela, siendo así que su verdadero escenario dista mucho de Arbela, habremos de admitir igualmente que el combate naval librado en Salamina se desarrolló en el golfo de Corinto, y que la batalla del cabo Artemisio, en la isla de Eubea, tuvo guar en Egina o en el cabo Sunion.

En lo que sí concuerdan todos los testimonios es 7
en que fue Peucestas uno de los que protegieron con su escudo a Alejandro en aquella ocasión de peligro, y sólo algunos citan a Leónato y a Ábreo el *dimoirítes*[239].

A propósito de la herida de Alejandro, unos dicen que fue herido en la cabeza por una piedra que le provocó la pérdida del conocimiento, cayendo a tierra, aunque pudo luego recuperarse y ponerse en pie, para ser de nuevo alcanzado por un dardo que le atravesó la coraza hasta clavarse en su pecho. Según Tolomeo, sin embargo, Alejandro recibió sólo esta herida en el pecho.

Por mi parte, yo he de decir que son en pasajes 8
como éste donde yo descubro las mayores inexactitudes en los relatos escritos por los historiadores de Alejandro. Por ejemplo: algunos dicen que Tolomeo, el hijo de Lago, fue uno de los que subieron por la escalera con Alejandro, acompañado también de Peucestas, y que protegió con su escudo al rey cuando éste quedó postrado en tierra, a resultas de lo cual Tolomeo recibió el sobrenombre de «Salvador». Sin embargo, el propio Tolomeo nos ha dejado dicho en sus escritos que ni siquiera estuvo presente en esta batalla, sino

---

239 Las fuentes antiguas manifiestan ciertas divergencias entre sí. Con todo, más adelante (VII 5), el propio ARRIANO nos recuerda que Leónato y Peucestas recibieron una corona de oro por haber salvado la vida, en esta ocasión, a Alejandro.

que se hallaba a la sazón al frente de sus tropas combatiendo con tribus bárbaras de otra región.

Yo he hecho ahora esta disgresión, a fin de que el relato de tan grandes hazañas y sufrimientos no resulte falto de exactitud para los hombres venideros[240].

*Rumor de que Alejandro ha muerto*

12 Como Alejandro hubo de permanecer allí en reposo para recuperarse de sus heridas, empezó a difundirse por el campamento (campamento que él abandonara al lanzarse al ataque contra los malios) un primer rumor de que había perecido a causa de las heridas recibidas. Al ir pasando de unos a otros este rumor, todo el ejército gemía por lo ocurrido; a los gemidos sucedieron el desánimo y la desesperación ante la falta de un único caudillo para el ejército (ya que eran varios los que por igual tenían categoría para ello en el futuro; valoración en la que habían coincidido Ale-
2 jandro y los propios macedonios). Veían como cosa incierta el regreso a casa sanos y salvos, rodeados como se hallaban ahora por tantos pueblos belicosos que les cerraban el paso, de los cuales, unos aún no les estaban sometidos, es más, parecían dispuestos a luchar bravamente por defender su libertad; y otros, a buen seguro, en seguida se sublevarían, al desaparecer con Alejandro el miedo que éste provocaba en ellos. Aún más, creían que se hallaban ahora en medio de ríos infranqueables, y en suma, sin Alejandro todo se les hacía dificultades insolubles e irremediables.

3 Por eso, cuando les llegó la noticia de que Alejandro seguía vivo, no querían darle crédito, y nadie quería creer que pudiera sobrevivir a sus heridas. Llegó incluso una carta del propio Alejandro anunciando que

240 De nuevo, cf. «Arriano historiador», en vol. I, *Introducción*.

en breve plazo bajaría al campamento, pero la mayoría
de sus hombres creía que no era auténtica, sino que
se trataba de una carta falsificada por sus oficiales y
guardia personal, ¡tanto era el miedo que les embar-
gaba!

*Alejandro regresa al campamento*

Para prevenir que en el ejér- 13
cito no se produjera algún albo-
roto, decidió Alejandro que le
transportaran por la orilla del
Hidraotes tan pronto fuera posi-
ble. Navegaba, pues, río abajo (el ejército ocupaba un
emplazamiento en la confluencia del Hidraotes y el
Acesines, donde estaba Hefestión como jefe del ejér-
cito y Nearco con su flota), y cuando el barco con
Alejandro a bordo se acercó al campamento, ordenó
que recogieran el toldo de proa para que todos sus
hombres pudieran verle.

Sus soldados, sin embargo, desconfiaban aún, di- 2
ciendo que era el cadáver de Alejandro lo que allí
transportaban a larga distancia, pero antes de que la
nave se acercara a la orilla, Alejandro saludó a su
gente levantando la mano; ante esto, sus hombres lan-
zaron gritos de júbilo, alzando unos sus brazos al
cielo, mientras otros se dirigían a él, correspondién-
dole al saludo.

Muchos no pudieron evitar que se asomaran unas
lágrimas a sus ojos ante aquella realidad inesperada.
Algunos de los hipaspistas le acercaron una litera para
descender del barco, ante lo cual él reaccionó dando
orden de que le trajeran un caballo. Fue ahora, al 3
verle montado a caballo, cuando toda su gente prorrum-
pió en grandes aplausos, devolviendo el eco la orilla
y los cercanos valles. Al acercarse a su tienda, se apeó
Alejandro de su caballo para que le vieran pasear. Sus
hombres corrían todos a acercársele, unos por aquí,
otros por allá, tocándole las manos, las piernas y sus

vestidos; otros, tras haberle visto tan de cerca y haberle saludado, se marcharon sin más. A su paso unos le arrojaban guirnaldas, otros flores, cuantas crecen en la India.

4 Nos dice Nearco que Alejandro se molestó con algunos de sus amigos que le afearon que se arriesgara a pasear así delante de su ejército, conducta —decían— más propia de un soldado que del jefe del ejército. A mi parecer, Alejandro se sintió molesto ante estos reproches precisamente porque tenía conciencia de que eran verdaderos, y de que él se había hecho acreedor a esa censura, y, sin embargo, no fue capaz de sustraerse (al igual que otros no pueden hacerlo a cualquier otro placer) a correr estos riesgos, al igual que no sabía sustraerse a actuar con valentía en los combates, ni a su afán de gloria.

5 También nos dice Nearco que un beocio, ya de considerable edad (aunque no nos consta su nombre), percatado de la irritación y malhumor de Alejandro por los reproches de sus amigos, se acercó a él y en su lengua bárbara le dijo: «Alejandro, de hombres son las gestas», añadiendo luego un trímero yámbico que decía más o menos:

*para quien hace algo grande es el sufrimiento pago*[241].

El beocio se granjeó con esta intervención la inmediata estima de Alejandro, así como su amistad ya desde ahora.

**14** En esto, se presentaron ante Alejandro unos embajadores del resto de los malios, dispuestos a rendirse a Alejandro. También comparecieron los jefes de las ciudades oxídracas, sus nomarcos, a más de ciento cincuenta personajes influyentes con plenos poderes para

---

241 Verso del fragmento 282 (Dindorf) de Esquilo.

negociar, dispuestos también a ponerse de parte de Alejandro, para quien traían los regalos que más estiman los indios. Dijeron éstos que esperaban supiera 2
disculparles por no haberle enviado embajadores hasta este momento, pero que ahora deseaban, como muchos otros, vivir en libertad e independencia, libertad en que habían vivido ininterrumpidamente desde que Dioniso vino a la India hasta este día. Ellos estaban dispuestos, dado que Alejandro era de ascendencia divina, y si así lo estimaba oportuno, a aceptar como sátrapa a quien Alejandro designase, a pagarle los tributos que él creyera necesario, así como, finalmente, a ofrecerle los rehenes que el propio Alejandro solicitara. Alejandro 3
pidió mil hombres, los más influyentes del pueblo, a los que retendría como rehenes, o si así le convenía dispondría de ellos para que sirvieran en sus filas mientras durasen sus campañas contra los demás indios. Efectivamente, enviaron a los mil hombres, seleccionados como los más influyentes y poderosos de la ciudad, a más de quinientos carros con sus aurigas, aunque Alejandro no había solicitado los carros.

Nombró a Filipo sátrapa de este pueblo y del resto de los malios, y liberó acto seguido a los rehenes, aunque se quedó con los carros.

Una vez en orden todos estos asuntos, y tan pronto 4
como quedaron listas las naves que habían estado construyendo mientras Alejandro se restablecía de sus heridas, hizo embarcar éste mil setecientos jinetes de los Compañeros, igual número de soldados de infantería ligera que antes, y diez mil infantes para descender un corto trayecto río abajo por el Hidraotes. Como éste desemboca en el Acesines (es éste quien pasa a denominar esta parte del río) continuó su navegación por el Acesines hasta llegar a la confluencia del Acesines y del Indo. Se trata de que estos cuatro grandes ríos, na- 5

vegables todos ellos, desembocan en el Indo[242], aunque no mantienen todos sus respectivos nombres originarios, sino que el Hidaspes, que es un afluente del Acesines, pierde su nombre al desembocar en éste, y pasa a llamarse Acesines. A su vez, el Acesines se une con el Hidraotes, uno de sus afluentes, conservando el nombre de Acesines. El Acesines recibe más adelante como afluente el Hífasis, y lleva sus aguas y desemboca, conservando su mismo nombre de Acesines, en el Indo. De todo esto resulta que el Indo alcanza en su desembocadura, y antes de diseminarse en su delta, unos cien estadios de ancho[243], y por encima de los cien cuando parece ya más un lago que un río.

15 Permaneció Alejandro en la confluencia del Acesines y del Indo hasta que se le unió Perdicas y su ejército, una vez dominado el pueblo de los abástanos, pueblo independiente de esta región. Allí se le añadieron otros triacóntoros y naves de transporte construidas por los jatros, otro pueblo indio independiente que se había puesto de su parte. Comparecieron también unos embajadores de otros pueblos independientes de la India, los llamados osadios, dispuestos a poner a su pueblo a disposición de Alejandro.

2 Fijó Alejandro como límites de la satrapía de Filipo la confluencia del Acesines y el Indo, asignándole como destacamento todos los tracios y los batallones necesarios para defender la región. Ordenó también fundar

242 El río Indo (en indio Sindhu) fue el que dio también el nombre al país, India. Desde la más remota antigüedad, el río era una ruta natural de tráfico en este subcontinente y su función, muy similar a la que cumplían el Tigris y el Eufrates en Mesopotamia, o el Nilo en Egipto. A guisa de introducción al tema, cf. C. C. Davies, *An historical Atlas of the Indian Peninsula,* Londres, 1954$^{2}$ (1.ª d., 1949), así como E. H. Bunbury, *A History of Ancient Geography,* 1883 (hay reimpresión moderna de 1959).

243 Esto es, 1.800 m., aproximadamente.

una ciudad en la misma confluencia de ambos ríos, ya que era de esperar para ella un futuro de grandeza y esplendor entre los hombres, dotándola incluso de unos astilleros [244].

Por este tiempo se presentó ante Alejandro el bac- 3
trio Oxiartes, padre de Roxana, mujer de Alejandro [245], a quien añadió la satrapía de Parapamisada, regentada hasta ahora por Tiriaspes, a quien no había tenido más remedio que destituir del cargo por su mala gestión al frente del mismo, según las noticias que hasta él habían llegado.

Dispuso entonces Alejandro que Crátero, la mayor 4
parte del ejército y los elefantes cruzaran a la orilla izquierda del Indo, por ser ésta una zona más apta para el avance del ejército pesado y porque, además, algunos pueblos vecinos de dicha orilla permanecían aún hostiles a Alejandro. Mientras tanto, él se puso en camino, río abajo, hacia la residencia real de Sogdia. Fortificó allí una nueva ciudad, dotada también de astilleros, donde reparó los daños de algunas de sus naves, y nombró sátrapas de esta región, que limita con la confluencia del Indo y Acesines hasta el mar y toda la franja costera de India, a Oxiartes y Pitón.

Despachó nuevamente a Crátero con su ejército [a 5
través del territorio de los aracosios y drangianos] [246], mientras él continuaba río abajo hacia los dominios de Musícano (país el más feliz [247] de la India, según las noticias a él llegadas), dado que ni su propio rey, Mu-

244 Llamada también Alejandría, donde actualmente se encuentra la ciudad de Mittun.

245 Mantenemos la repetición pleonástica del nombre propio «Alejandro» por las razones dadas en nuestra n. a III 6, 5. Cf., además, H. R. GRUNDMANN, *Quid in elocutione Arriani...*, página 21.

246 Los hemos eliminado siguiendo a Schmieder.

247 Cf. ESTRABÓN, XV 1, 34.

sícano, había comparecido ofreciéndose a sí mismo y su país a Alejandro, ni había enviado embajadores para tratar de paz. Es más, ni siquiera le había enviado presente alguno, como era lógico hacer con un gran rey, ni de él había solicitado tampoco nada.

6 El viaje río abajo resultó tan rápido que se presentó en la frontera del territorio musicano antes de que el propio rey Musícano se hubiera enterado de que Alejandro se había puesto en marcha contra él. Musícano, aterrorizado, salió a su encuentro a toda prisa, llevándole los regalos de mayor aprecio entre los indios, así como todos sus elefantes. El propio rey se le sometió como vasallo y le entregó su pueblo, al tiempo que reconocía no haberse portado debidamente con él. Desde luego, éste era el mejor método para conseguir
7 de Alejandro lo que uno le pedía. Obtuvo, pues, Musícano el perdón de Alejandro, que quedó atónito al contemplar la ciudad y en general el país de los musícanos, permitiendo que sobre él continuara gobernando como hasta ahora Musícano. Encargó, sin embargo, a Crátero que fortificara la acrópolis, cosa que éste hizo inmediatamente mientras Alejandro permanecía en ella. Dejó establecida en la ciudad una guarnición[248], pues le parecía se trataba de un puesto muy idóneo con vistas a controlar y tener vigilados los pueblos de su contorno.

16 Emprendió desde aquí Alejandro una expedición con los arqueros, agrianes y la caballería con él destacada, contra el nomarco de este territorio, de nombre Oxicano, ya que ni se había presentado ante él, ni le había enviado embajadores ofreciendo a su entera dis-

---

[248] Estas guarniciones desempeñarán cometidos múltiples en sus lugares de asentamiento, en ocasiones con serias limitaciones para poder cumplirlas. Cf., al respecto, C. G. THOMAS «Alexander's garrisons. A clue to his administrative planes?», *Antichthon* 8 (1974), 11-20.

posición su propia persona y su país. Tomó al asalto 2
y por la fuerza las dos mayores ciudades de los oxicanos, en la segunda de las cuales fue capturado el propio rey Oxicano. Alejandro distribuyó el botín entre sus hombres, y se quedó para sí con los elefantes [249]. Las restantes ciudades de la región se le entregaron de buen grado a medida que Alejandro avanzaba, sin que ninguna de ellas intentara siquiera defenderse; hasta tal extremo estaban subyugados los ánimos de todos los indios por Alejandro y sus éxitos [250].

Continuó ahora Alejandro su avance hacia Sambo, 3
a quien había dejado en calidad de sátrapa de los indios que habitan estos montes. Entre Musícano y este Sambo existía desde antiguo cierta enemistad, por lo que Sambo se había fugado ahora (según noticias llegadas a Alejandro) al haberse enterado de que Alejandro había dejado en libertad a Musícano y que éste seguía como jefe de su territorio.

Al acercarse Alejandro a la capital de esta región 4
en que gobernaba Sambo (la ciudad se llama Sindímana), sus habitantes le franquearon las puertas y los parientes de Sambo le ofrecieron sus tesoros y le llevaron los elefantes que tenían, diciéndole que Sambo había escapado no por enemistad con Alejandro, sino por temor de que Musícano estaba en libertad.

Capturó Alejandro a continuación una nueva ciu- 5
dad que intentó rebelarse, condenando a muerte a los brahmanes que habían inducido a la rebelión [251]. Estos

---

249 Corresponde con ligeras variaciones de detalle a DIODORO, XVII 102, 5, y Q. CURCIO, IX 8, 11-13.

250 Cf. n. 81.

251 Las fuentes antiguas, especialmente Curcio y Diodoro, nos hablan de que Alejandro condenó a morir a no menos de ochenta mil indios en esta región. La cifra, que puede parecer desmesurada, tal vez no esté lejos de la realidad a juzgar por los duros combates que los habitantes de la orilla del Indo van a librar con Alejandro.

brahmanes indios son unos sabios, sobre cuya sabiduría, si alguna tienen, ya hablaré en mi obra sobre la India[252].

17 *Pátala* En este momento le llegaron noticias de la defección de Musícano, ante lo cual Alejandro dispuso que marchara contra él el sátrapa Pitón, hijo de Agenor, con un adecuado contingente de tropas. Él mismo se dirigió a algunas ciudades sometidas a Musícano, redujo a esclavitud a los habitantes de algunas de ellas (arrasándolas hasta los cimientos), mientras que en otras estableció sus propios guardias y fortificó sus ciudadelas. Cumplido este objetivo, regresó al campa-
2 mento donde estaba también su flota. Pitón se presentó en el campamento trayendo prisionero a Musícano, y Alejandro le dio orden de que le colgara en su propio país e hiciera lo mismo con los brahmanes que habían inducido a la defección de Musícano.

Se presentó ahora ante Alejandro el gobernador del distrito de Pátala, que es el territorio, como dije, donde el Indo forma el delta[253] en su desembocadura, delta que es, por cierto, mayor que el del Nilo en Egipto. Venía a ofrecer su persona a Alejandro y poner a su disposición y bajo sus órdenes todo su territorio.
3 Dispuso Alejandro que se volviera a su ciudad, encareciéndole que preparara todo lo necesario para recibir en la ciudad a sus tropas.

---

252 Sobre los brahmanes, cf., más adelante, *India* 11, y notas correspondientes a VI 7, 4.

253 F. Celoria, «Delta as a geographical concept», *Isis* 57 (1966), 385-388; es un examen de los textos de Heródoto, Arriano y Estrabón, a través de los cuales se precisa cómo adquiere este término el valor técnico con el que se emplea en geografía.

Ordenó por entonces Alejandro que Crátero[254] marchara a Carmania por la ruta de Aracosia y el lago Zaranga[255], llevando consigo el batallón de Átalo, el de Meleagro, el de Antígenes y algunos arqueros, así como todos los Compañeros, los macedonios que volvían a casa por haber quedado inútiles para el servicio de armas, añadiéndole a la expedición también los elefantes. Asignó el mando del resto del ejército (fuera 4 de la parte que con él mismo bajaría por el río hasta llegar al mar) a Hefestión. De otro lado, ordenó a Pitón que al frente de los hipacontistas y los agrianes cruzara a la otra orilla del Indo (es decir, por la opuesta a aquella por la que Hefestión iba a conducir sus hombres) y asentara colonos en todas las ciuda-

254 La retirada de Alejandro y sus tropas del territorio indio se organiza en una triple marcha. Crátero emprende el camino con los elefantes y lo más pesado del ejército por el camino noroccidental, a través de Aracosia. Por cierto que su ruta no es conocida con seguridad. Un segundo grupo expedicionario, a cuyo frente va el propio Alejandro, se adentra por el desierto de Gadrosia (Beluchistán), mientras que Nearco organiza el regreso de la flota hasta la desembocadura del Tigris y el Eufrates. Cf. T. S. Brown, «Onesicritus, Nearchus and the Voyage back from India», en *Onesicritus: A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley, 1949, págs. 105-124. Sobre la marcha de Alejandro, cf. bibliografía en pág. 292 de Seibert (en especial merece consultar H. Strasburger, «Zur Route Alexanders durch Gedrosien», *Hermes* 82 [1954], 201-204), y por lo que respecta al viaje de Nearco, cf., en general, E. H. Bunsbury, *A History of Ancient Geography*, págs. 525-551; A. Berthelot, «La côte méridionale de l'Iran...», en*Mélanges à O. Navarre*, págs. 11-24. No queremos olvidarnos de otro trabajo de H. Strasburger, «Alexanders Zug durch die Gedrosische Wüste», *Hermes* 80 (1952, 466 ss.

255 El propósito de Alejandro es, pues, claramente regresar a Occidente, para lo cual adelanta a Crátero por el interior del país, con vistas a reunirse con él en Carmania. Piensa Fuller que Crátero atravesó desde Alejandría a Aracosia por los pasos de Mullah y Bolan.

des fortificadas que encontrara, restableciera el orden en aquellas en que presumiera alguna futura rebelión por parte de los indios, y que, finalmente, se uniera con él en Pátala[256].

5 Al tercer día de navegación en dirección a Pátala le llegaron noticias a Alejandro de que el gobernador de Pátala había desertado de su ciudad, marchándose al frente de la mayor parte de los habitantes de la ciudad, que había quedado desierta. Ante estas noticias, Alejandro aceleró su descenso por el río, con mayor prisa que hasta ahora. Al llegar a Pátala encontró la ciudad y su territorio totalmente desierto, sin
6 habitantes ni trabajadores en sus campos. En persecución de los fugitivos mandó a sus tropas más ligeras, que consiguieron capturar a algunos de ellos. Devolvió a los capturados a que fueran en busca de sus conciudadanos, encargándoles que regresaran sin miedo, ya que podían habitar su ciudad como hasta ahora lo habían hecho y volver a trabajar la tierra[257]. Tuvo éxito esta propuesta, pues regresaron la mayor parte de ellos.

18 Encargó Alejandro a Hefestión que fortificara la acrópolis de Pátala, y despachó a otros a las zonas desérticas de alrededor a excavar pozos y hacer la zona habitable. Sin embargo, algunos bárbaros vecinos del territorio cayeron sobre el destacamento de macedonios, dando muerte a algunos de ellos por lo inesperado del ataque, aunque los bárbaros también perdieron a muchos de sus hombres y tuvieron que buscar refugio

256 En tiempo de Alejandro, Pátala parece que estuvo en plena desembocadura del río (tal vez, Bahmanabad o Hiderabad).

257 La clemencia actual de Alejandro se debió, sin duda, a la necesidad de contar con vecinos que poder asentar en Pátala, por parecerle éste un puerto muy principal en la misma desembocadura del río.

en el desierto, de suerte que las obras hubieron de esperar a otra expedición que Alejandro mandaría más tarde con este fin, después de que le llegaran noticias del ataque de los bárbaros.

El curso del río Indo se abre en dos grandes brazos 2
al llegar a Pátala, conservando ambos el nombre de Indo hasta alcanzar el mar. Hizo construir Alejandro en este punto un puerto y unos astilleros, ya que cuando las obras estuvieran más avanzadas pensaba bajar por el brazo de río de la derecha hasta llegar a la desembocadura en el mar. Ordenó a Leónato que al frente de mil jinetes y ocho mil hombres de infantería pesada y ligera marchara a Pátala y siguiera a pie por la isla los movimientos de la flota. Él mismo, mientras tanto, con sus naves más marineras, hemiolios, todos los triacóntoros y bajeles bajaría río abajo por el brazo derecho del Indo. Había quedado, sin embargo, su 3
flota sin prácticos[258], por haberse escapado los indios de esta región, de ahí que el descenso por el río resultara muy arriesgado. Al día siguiente de haber zar- 4
pado la flota sobrevino una gran tormenta; el viento[259] soplaba contra corriente y provocaba grandes vacíos en el agua, haciendo que los barcos se golpearan, hasta el punto de que la mayor parte de ellos quedaron averiados y algunos triacóntoros totalmente deshechos. Con todo, consiguieron llevarlos a la orilla antes de que quedaran por completo destrozados, aunque hubo que proceder a resultas de ello a reparar algunas nuevas embarcaciones.

---

258 Traducimos así el *hēgemóna toû ploû,* pues se trata de nativos que conocen a la perfección las zonas arenadas del río, y sin cuyo concurso y ayuda podían quedar los barcos fácilmente encallados en la barra del río.

259 Hemos de pensar que se trata del monzón del Sur, que sopla de mar a tierra, dificultando el descenso de los barcos por el río.

5 Envió sus tropas más ligeras al territorio de la orilla de allá a que procuraran capturar algunos indios que le sirvieran de prácticos desde ahora hasta el final de la travesía. Al llegar al punto donde el río gana su mayor anchura (alcanza en su punto máximo hasta un total de doscientos estadios)[260] soplaba un fuerte viento procedente del mar que hacía que los remos a duras penas pudieran sacarse del agua, por lo que tuvieron que refugiarse en un abrigo del río, guiados por los prácticos.

*Los macedonios extrañados ante el fenómeno de las mareas*

19 Se hallaban anclados en este canal, y ocurrió que a las pocas horas bajó la marea (fenómeno, por lo demás, natural y ordinario en un mar abierto) de suerte que las naves quedaron varadas en seco. Este fenómeno, desconocido hasta ahora para los hombres de Alejandro, provocó en ellos gran estupor, aunque fue éste mucho mayor cuando, al cabo de varias horas, la marea volvió a subir, poniendo a flote sus embarcaciones.
2 Las naves que habían quedado asentadas sobre el fango se pusieron de nuevo a flote al subir la marea, sin sufrir daño alguno, dispuestas a seguir navegando; en cambio, las que habían quedado en un fondo más seco y en un asentamiento más firme, comenzaron, unas a entrechocarse entre sí al subir la marea, y otras fueron a estrellarse contra la orilla, donde quedaron destrui-
3 das. Alejandro reparó las averías lo mejor que pudo en las actuales circunstancias y ordenó que algunos se adelantaran en dos bajeles río abajo para inspeccionar la isla en la que, según decían los indígenas, podían anclar la flota en esta travesía hasta el mar. El nombre de la isla era Ciluta. Este destacamento informó a Ale-

260 La distancia parece excesiva, ya que se trata de unos 36 km.

jandro que en la isla había buenos fondeaderos, así
como que se trataba de una isla de gran tamaño y de
agua abundante; ante esta información hizo pasar a la
isla a parte de su flota, mientras él mismo, con sus
naves más marineras, se adelantó al otro extremo de
la isla, para ver desde lejos la desembocadura del río
en el mar y estudiar si era posible zarpar por allí con
seguridad.

Adelantándose unos doscientos estadios[261] de la isla, 4
divisaron otra nueva isla, ésta ya en pleno mar. Re-
gresaron a continuación a la isla situada en el río, an-
claron frente a uno de sus salientes y preparó Alejan-
dro sacrificios en honor de aquellos dioses a los que,
según Amón le había indicado, debía sacrificar. Al día
siguiente volvió río abajo hasta la isla situada en el
mar abierto, desembarcó en ella y ofreció también sa-
crificios a otros dioses y con distinto ritual, siguiendo
en todo ello las indicaciones del oráculo de Amón. Dejó 5
atrás la desembocadura del Indo y puso rumbo al mar
abierto con idea de ver, según él mismo decía, si en
pleno océano existía algún territorio cercano. A mi pa-
recer, sin embargo, el móvil fue el deseo de navegar
por el Gran Mar más allá de la India[262]. Degolló allí
unos bueyes en honor de Posidón, lanzándolos al mar,
y tras el sacrificio hizo una libación con una copa de
oro que arrojó también al Océano, al igual que unas
crateras de oro, todo ello como acción de gracias, de-
precando al dios les permitiera regresar sanos y salvos
a los hombres de su flota que bajo el mando de Near-

---

261 Hacia alta mar, unos 36 km.

262 Vuelve a aparecer este afán de sobrepasar las hazañas y empresas más arduas llevadas a cabo por cualquier figura divina o humana.

co[263] pensaba enviar hacia el golfo Pérsico y las desembocaduras del Tigris y el Eufrates.

**De nuevo en Pátala**

20 Regresó más tarde a Pátala, donde sus hombres ya habían fortificado la acrópolis, y encontró allá a Pitón que acababa de llegar con su ejército, después de haber cumplido la misión que Alejandro le encomendara. Ordenó a Hefestión que preparara todo lo necesario para fortificar y construir un puerto y unos astilleros, ya que su propósito era dejar en Pátala una parte considerable de su flota, justo donde el río Indo
2 se abre en diversas bocas. Hizo Alejandro una nueva visita al Gran Mar, bajando ahora por la otra boca del Indo para conocer cuál de las dos bocas resultaba más segura. Ambos brazos del Indo distan entre sí unos
3 mil ochocientos estadios[264]. Al bajar por este brazo del Indo se topó con un gran lago que se alimenta de las aguas del río, y al que fluyen también las aguas de otros canales de todo su alrededor, por lo cual el lago adquiere una enorme extensión, hasta el punto de que parece un golfo en pleno mar. Es más, en él pueden verse peces de mayor tamaño incluso que los que viven en nuestro mar Mediterráneo. Ancló, pues, Alejandro en este lago, donde le indicaron los prácticos, ordenando a Leónato que se quedara allí con la mayor
4 parte de sus soldados y todos los bajeles. Mientras tanto, él continuó hasta el mar con sus triacóntoros y hemiolios, bajando por esta desembocadura del Indo (que además le pareció más navegable que la otra).

---

263 El relato de la ruta de Nearco aparece más adelante con detalles en *India* 21-43.

264 Esto es, aproximadamente 325 km.; debe tratarse de la distancia máxima, bordeando la costa. De otro lado, parece que, efectivamente, en época antigua ambos brazos distaban entre sí más que en la actualidad.

Echó anclas junto a la playa y avanzó por la línea de la costa durante tres jornadas con los caballos que consigo traía. Su intención era inspeccionar el territorio con vistas a la navegación de cabotaje, para lo cual mandó excavar pozos a fin de que la expedición pudiera disponer de agua en abundancia. Regresó donde ha- 5
bían quedado sus barcos y subió por el río de regreso a Pátala. Envió luego a una parte de sus hombres hasta la costa, para que fueran adelantando las obras, encargándoles que volvieran a Pátala cuando las hubieran concluido. Al regresar Alejandro al lago, construyó allí un nuevo puerto y otros astilleros, y dejó en ellos una guarnición. A continuación mandó buscar provisiones para cuatro meses, así como hacer todos los preparativos que su ejército pudiera necesitar en el viaje.

La estación, sin embargo, no era propicia para ini- 21
ciar la navegación, pues soplaban los vientos monzones, como cada año en esta época, aunque a diferencia de nuestros vientos no soplan del Norte, sino del Océano, procedentes del Sur sobre todo. Se informó, empero, 2
Alejandro de que la mejor época para emprender la navegación es la que va desde el principio del invierno[265], justo en el momento del ocaso de las Pléyades, hasta el solsticio de invierno[266], pues en esta época soplan por tierra (como cuando ésta queda regada por abundantes lluvias) unas suaves brisas, muy adecuadas para la navegación de cabotaje, tanto si se hace a remo como a vela.

Nearco, pues, el comandante de la flota, aguardaba 3
la hora de hacerse a la mar[267]. Mientras tanto, Alejan-

---

265 Noviembre/diciembre.

266 Hacia el 21 de diciembre tiene lugar el solsticio de invierno, coincidiendo con la máxima inclinación austral del sol.

267 Tuvo que esperar que soplaran los vientos del Nordeste para poder hacerse a la mar. Cf., más adelante, *India* 21. Para el viaje de Nearco, además de lo dicho en n. 264, cf. G. WIRTH,

dro levantó el campamento de Pátala para dirigirse con todo el ejército hacia el río Arabio[268]. Desde aquí avanzó hacia el Océano, que quedaba a su izquierda, al frente de la mitad de los hipaspistas y de los arqueros, los batallones de los llamados *peceteros*, el *ágēma* de la caballería de los Compañeros, un escuadrón de cada hiparquía, así como todos los lanzadores de dardos a caballo. Su idea era abrir nuevos pozos, a fin de que los que iban a partir en la expedición por mar con Nearco dispusieran de agua en abundancia, y, de otra parte, caer por sorpresa con sus hombres sobre los oritas[269], que son una tribu india de estos confines que viven independientes desde largo tiempo, pues no habían tenido para con Alejandro y sus tropas ningún gesto de amistad.

4 Hefestión había quedado como comandante supremo del resto de las tropas acampadas. Por su parte, los arabitas, la tribu india que habita como pueblo in-

«Nearchos, der Flottenchef», en *Acta Conventus XI Eirene*, 1971, págs. 615-639.

268 El río Hab. Más detalles, en A. STEIN, *On Alexander's Track...*

269 Discuten los diversos autores sobre el número y emplazamiento de las fundaciones de ciudades que Alejandro dispuso en el territorio de los oritas en septiembre del año 325 a su regreso de la India. Para Wilcken, Cohen y Droysen, a los que más tarde se sumaría Berve, fueron dos las ciudades fundadas, mientras que Tarn, a quien siguen Hammond y Fuller, creen estar convencidos de que fue una sola y que su emplazamiento se localizó en Ora. Por su parte, HAMILTON, «Alexander among the Oreitae», *Historia* 21 (1972), 603-608, se suma parcialmente a las conclusiones de Tarn, aunque entiende que su emplazamiento no fue Ora, sino Rambacia. En 1943, sir A. STEIN organizó una expedición para ubicar la ciudad de Rambacia, llegando a la conclusión de que debe localizarse al Norte de Las Bela, en el actual Welpat («On Alexander's Route into Gedrosia. An Archaelogical Tour in Las Bela», *The Geograph. Jour.* 102 [1943], 213 ss.). De otra parte, estos oritas, considerados por Arriano como pueblo indio, no son tales, sino iranios.

dependiente ambas márgenes del río epónimo, pensaban que no disponían de fuerzas para oponerse a Alejandro, y como, de otra parte, no querían someterse a él sin más, tan pronto como tuvieron noticias de que Alejandro estaba cerca, huyeron al desierto. Alejandro cruzó el río Arabio[270], que es un riachuelo estrecho y de poca corriente, atravesó la mayor parte del desierto en una sola noche, encontrándose al amanecer de nuevo en territorio habitado. Ordenó a su infantería que le siguiera, agrupados por batallones, a fin de ocupar la mayor parte de la llanura, y así fue como se introdujo en el territorio de los oritas.

Los que le ofrecieron resistencia fueron aniquilados 5
por la caballería, aunque en su mayor parte fueron capturados prisioneros aún con vida[271]. Acampó Alejandro entonces junto a un riachuelo, hasta que se le juntaron las tropas que venían con Hefestión, y acto seguido continuó su avance. Llegó a la capital del pueblo orita, llamada Rambacia, cuyo emplazamiento mereció todos sus elogios, al tiempo que le pareció que un asentamiento[272] en este lugar se transformaría en pocos años en una ciudad grande y próspera. Ordenó a Hefestión que se quedara aquí para atender estas cuestiones.

*Gadrosia*

Se puso de nuevo Alejandro al 22
frente de la mitad de los hipaspista y los agrianes, el *ágēma* de caballería y los lanzadores de dardos a caballo, y marchó con ellos hacia la frontera de los oritas y los gadrosios,

---

270 Es el río Hab.

271 Las cifras que da DIODORO, XVII 104-106 (varias decenas de mil) parecen en exceso abultadas. Para el trato que Alejandro daba a sus prisioneros de guerra, cf. P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre...*, págs. 161-170.

272 Cf. n. 269 sobre el exacto emplazamiento de Rambacia.

donde había, según las informaciones a él llegadas, un paso estrecho en el que los oritas y gadrosios habían congregado sus tropas delante del desfiladero para im-
2 pedir el paso a Alejandro. Estaban allí apostados cuando les llegaron noticias de que Alejandro se aproximaba; al enterarse de ello, muchos abandonaron sus puestos de vigilancia y huyeron del desfiladero. Los jefes de los oritas, por su parte, se presentaron ante Alejandro entregándose a sí mismos y a su pueblo. Les encargó Alejandro que invitaran a su gente a volver
3 a sus aldeas, pues no tenían nada que temer. Nombró sátrapa de esta región a Apolófanes. Quedaría allí con él en territorio orita también Leónato, uno de su guardia personal, al mando de todos los agrianes, algunos arqueros y jinetes, así como otros infantes y jinetes griegos del contingente mercenario. Leónato debía aguardar hasta que la expedición marítima costeara esta región, ocupándose mientras tanto de promover nuevos asentamientos y ordenar los asuntos concernientes a los oritas, a fin de que éstos se mostraran diligentes y bien dispuestos para con su sátrapa. Por su parte, él continuó su avance con la mayor parte del ejército (ya que Hefestión se le había unido con los hombres que con él habían quedado) en dirección a Gadrosia, a través de un terreno en su mayor parte desértico.

4 En este desierto nos dice Aristobulo que crecen abundantes plantas de mirra[273], de tamaño mayor que

273 Dice DIOSCÓRIDES a propósito de la mirra (citamos por la edición facsímil de la traducción de A. LAGUNA, *Materia Médica de P. Dioscórides Anazarbeo,* 1555, ahora nuevamente publicada por el Instituto de España, Madrid, 1968, I, pág. 47): «La myrra es liquor de un árbol que nace en Arabia, semejante a la egyptia espina, del qual liquor una parte destila sobre ciertas esteras por la incisión que se hace en el árbol, y otra se congela al derredor del tronco... La myrra calienta, provoca sueño, suel-

la ordinaria. Los comerciantes fenicios que acompaña-
ban al ejército recogían la resina de la mirra (que en
grandes cantidades pendía de los enormes troncos por
no haber sido recolectada antes por nadie) y se la lle-
vaban cargada en acémilas. También producía este de- 5
sierto abundantes y muy olorosas plantas de nardo[274],
que también recogieron los fenicios. Al caminar el ejér-
cito sobre estas plantas a lo largo de un buen trecho,
se extendió un fragante perfume por toda la zona al
ser pisoteadas las plantas, tal era la abundancia que
de ellas había. También se crían en este desierto otros 6
árboles, de hojas muy parecidas al laurel, que crecen en
lugares bañados por el agua del mar; estos árboles
quedan en seco al bajar la marea, y en cambio parecen
brotar del mar cuando la marea llena. Otros, por con-
tra, tienen sus raíces bañadas por el mar constante-
mente, pues crecen en hondonadas que no quedan
nunca en seco, sin que la planta sufra daño por estar
sus raíces siempre bajo el agua del mar.

Se encontraban en este lugar árboles de hasta trein- 7
ta codos y, a la sazón, se hallaban en floración, siendo
sus flores muy parecidas a la violeta blanca, aunque de
fragancia mucho más intensa. Cría también esta tierra
un cardo de acanto de tan recio espino que si alguien
lo tocaba cabalgando, se agarraba a su vestido hasta
dar con el jinete a tierra sin que el espino se despren-
diera del cardo. Dicen, incluso, que los espinos se aga- 8
rran al pelo de las liebres al atravesar éstas corriendo
por entre los cardos, y que al punto son cazadas al

---

da, deseca, restriñe, molifica la madre, desopila y atrahe fácilmente la purgation menstrua y el parto, puesta dentro de la natura con axenxios... Trágase quanto una haya contra la tose antigua, contra el asma, contra el dolor de costado, de pecho, y finalmente contra los fluxos del vientre y en especial contra la disentería...»

274 Dioscórides, *Materia Médica...*, I, págs. 17-18.

igual que las aves quedan prisioneras en la liga o los peces en los anzuelos. Con todo, pueden cortarse fácilmente estos cardos con un hacha, y el cardo de acanto, así cortado, destila abundante jugo, mayor cantidad y más ácido que los higos de primavera.

*Penurias en Gadrosia*

23 Desde aquí, continuó Alejandro su marcha[275] a través del territorio gadrosio por un camino difícil, careciendo por completo de provisiones para su ejército, y sin encontrar siquiera agua por ninguna parte. Se vieron obligados a recorrer la mayor parte del territorio por la noche, apartados considerablemente del mar, aunque Alejandro tenía un interés permanente por aproximarse a la costa para inspeccionar los puertos que hubiera y hacer todos los preparativos que pudieran resultar útiles para la buena marcha de su flota, bien excavando pozos, bien preparando un mercado o un
2 lugar de amarre para sus barcos. Mas, como la costa del territorio gadrosio es desértica por todas partes, tuvo que despachar a Toante, el hijo de Mandrodoro, con unos pocos jinetes hacia el mar, para que inspeccionara si había por allí algún lugar idóneo para amarre de sus barcos, o algún manantial no lejos del mar, o cualquier otro medio de abastecerse de lo más nece-
3 sario. Regresó Toante diciendo que había encontrado a algunos pescadores[276] en la playa en unas sofocantes chozas, hechas de conchas imbricadas unas en otras, y cuyo tejado estaba construido con el espinazo de pe-

---

275 Estudiada en detalle por S. T. Hutzel, *From Gedrosia to Babylon*, tesis doct., Indiana, Bloomington, 1974 (microf.). Para más bibliografía, Seibert, págs. 162-163.

276 Son los ictiófagos, descritos más extensamente por el propio Arriano en su *India* 29. Otras fuentes antiguas nos atestiguan este pasaje: cf. Diodoro, XVII 105, 3; Curcio, IX 10, 8-10; Plutarco, *Alejandro* 66, 6.

ces. Sin embargo, estos pescadores apenas usaban agua, y obtenían ésta excavando penosamente la grava, aunque en todo caso no se trataba de agua dulce.

Al llegar Alejandro a una zona de Gadrosia en que 4
abundaba el trigo, repartió las provisiones que había conseguido a los encargados de transportarlo en las bestias, precintó las provisiones con sus propio sello y dio órdenes estrictas de que las llevaran a la costa. Sin embargo, mientras se dirigía él al campamento más próximo al mar, sus soldados y los guardias, sin respetar ni tener consideración alguna por el sello real, abrieron las provisiones y las distribuyeron entre los más acosados por el hambre. Hasta tal punto llegó la 5
desgracia de estos hombres, que calcularon que era preferible atender esta manifiesta y presente necesidad a correr aquel otro lejano e incierto castigo de parte de su rey. En efecto, Alejandro perdonó en esta ocasión a los autores, pues comprendió que habían obrado movidos por una extrema necesidad.

Hizo luego Alejandro una correría por la región y se aprovisionó de cuantas cosas pudo para atender al ejército que acompañaba a la flota en su periplo, y envió a Crátero el de Calatis[277] a hacerse cargo de todo ello.

Ordenó a los habitantes de la región que trajeran 6
de la zona interior del país todo el trigo molido que pudieran, dátiles de palmera y ganado para vender al ejército, y despachó a otro lugar a Télefo, uno de los Compañeros, con cierta cantidad de trigo molido.

277 Era una colonia de Mileto, a la orilla del mar Negro.

24 *Polvo, sudor y hierro... Alejandro cabalga*

Continuó Alejandro su avance hacia la capital de Gadrosia, llamada Pura[278], a la que llegó desde el territorio de los oritas en seis días de marcha[279]. Casi todos los historiadores de Alejandro dicen que todo lo que sufrieron sus hombres en Asia no puede compararse
2 con las penalidades que aquí penaron. Alejandro no eligió esta ruta por ignorar la dificultad del camino (esto sólo nos lo cuenta así Nearco[280]), sino más bien porque había oído que nadie hasta ahora había cruzado por aquí con su ejército sano y salvo, excepto Semíramis cuando escapó de los indios. Es más, según decían los vecinos del lugar[281], ésta logró salvarse solamente con veinte de sus hombres. También lo había logrado Ciro, el hijo de Cambises, con sólo siete de
3 sus hombres. Ciro había llegado a estos parajes para invadir la India, pero antes de que pudiera llevar a cabo su propósito pereció la mayor parte de su ejército por la dureza del desierto y la dificultad que hacer la travesía suponía. Alejandro, que tuvo noticias de estas hazañas, quiso emular[282] a Ciro y Semíramis; fue,

278 La actual Bampur, situada junto al río epónimo.

279 En noviembre del 325.

280 En efecto, Alejandro sabía perfectamente, si hemos de dar crédito a Nearco, lo que le aguardaba a él y sus hombres.

281 A propósito del testimonio de los *epichórioi*, cf. vol. I, nota *138*.

282 La emulación e, incluso, la superación de las hazañas de otros personajes humanos o divinos son una constante en la motivación de Alejandro. Recuérdese cómo la rivalidad con Heracles y Perseo le llevó al santuario de Siwah en Egipto, tomar la Roca de Aornos, etc. Para las razones que le llevaron a elegir este itinerario, cf. H. STRASBURGER, «Alexanders Zug...», 466 siguientes. Es poco seductora la hipótesis de E. BADIAN, «Harpalus», *Jour. of Hell. St.* 81 (1961), 21 ss., según la cual Alejandro optó por este duro camino como castigo a sus soldados que no habían querido continuar con él sus conquistas.

pues, por este motivo y por hallarse en todo momento
muy cerca de su flota (a fin de poderla abastecer de
todo lo necesario) según dice Nearco, por lo que Ale-
jandro tomó este camino.
El tórrido sol y la falta de agua acabó con la mayor 4
parte del ejército de Alejandro[283], y desde luego con
las acémilas, que perecieron por hundirse en la arena,
bajo un sol abrasador, y muchas de sed. Pues ocurría,
en efecto, que se encontraban sobre altas colinas de
profunda arena, arena nunca hollada, en la que se
hundían al igual que si estuvieran pisando fango, o aún
más exactamente, nieve no pisada. Todavía más, las 5
caballerías y las mulas, al ascender o descender por
las dunas lo pasaban aún peor, debido a la escabro-
sidad e inseguridad del firme del camino. Por su parte,
el ejército sufría no menos a causa de las largas mar-
chas de cada día, pues el agua les faltaba y los puntos
de abastecimiento estaban muy irregularmente locali-
zados, por lo que a veces se veían obligados a continuar
sin más remedio su caminata.
Cuando conseguían hacer por la noche el trayecto 6
previsto y llegar al amanecer a algún lugar donde había
agua, no sufrían en exceso, pero si debían continuar
la marcha durante el día, por exigirlo así el largo tra-
yecto hasta llegar al lugar de abastecimiento, sufrían

---

283 Inadmisibles, por completo, son las cifras transmitidas por Plutarco, de que el ejército de Alejandro lo formaban ahora ciento veinte mil infantes y quince mil jinetes. El propio Arriano nos dice, en *India* 19, 5, que cuando la expedición de su ejército partió del Hidaspes eran unos ciento veinte mil en total, y de este número hay, en todo caso, que deducir la alta cifra de bajas, los que se quedaron con Leónato en territorio de los oritas y los que acompañaban en su expedición a Crátero. En el extremo opuesto se sitúa TARN, *Alexander...*, I, pág. 107, que nos habla tan sólo de ocho o diez mil hombres.

no sólo por el calor[284], sino que también eran víctimas de insaciable sed.

*Una nueva catástrofe*

25 Entre las bestias de carga hubo también una gran mortandad, siendo en ocasiones la propia gente de Alejandro quien las mataba. En efecto, al faltarles la comida, se pusieron de acuerdo para ir matando poco a poco un buen número de caballos y mulos a fin de alimentarse con su carne, diciendo que los animales habían perecido por la sed o agotados por el cansancio. No hubo nadie que quisiera aclarar la realidad de lo que ocurría, ya que todos eran cómplices de una misma falta, y por la desesperación en que todos es-
2 taban. No ignoraba Alejandro lo que estaba sucediendo, pero es que el único remedio que en las actuales circunstancias veía era fingir no estar enterado de nada, mejor que tener que condescender con actos que le eran bien conocidos. No resultaba nada fácil recoger a los soldados enfermos ni a los que por la fatiga quedaban rezagados en los caminos, pues carecían casi totalmente de bestias de carga, y porque ellos mismos habían destrozado los carromatos[285]. Llegó un momento

---

284 Algunas expediciones han tenido que soportar temperaturas de hasta 52-53 grados centígrados.

285 Recientemente hemos podido manejar el libro de D. W. Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, 1978, dedicado específicamente a la logística macedonia en sus campañas. En él se estudia la manera en que Alejandro se abastecía de vituallas, víveres, forrajes, así como los problemas originados por el transporte, distancias, repartos, raciones, etc., cuestiones que adquieren máxima importancia a lo largo de una campaña tan dilatada como la emprendida por Alejandro. La idea fundamental del libro (que Alejandro cuidaba especialmente estas cuestiones de logística antes de comenzar una empresa) parece, en cambio, no muy feliz aplicada al caso concreto éste del desierto de Gadrosia.

en que resultaba imposible tirar de ellos al quedar enterrados en la profunda arena, razón por la que en las primeras jornadas de marcha se habían visto obligados a ir no por las rutas más cortas, sino por las más cómodas para los carromatos. Así, unos quedaban aban- 3
donados por esos caminos, aquejados de alguna enfermedad; otros, por no poder soportar más el cansancio, el calor o la sed; no había nadie que pudiera transportarlos, ni nadie que pudiera quedarse a cuidarlos. Como el ejército marchaba a toda prisa, no tenían más remedio que desatender en beneficio del bien común los intereses particulares; por ello, si alguno quedaba rezagado vencido por el sueño (lo cual era fácil, ya que la mayoría de las veces marchaban durante la noche) y se despertaba algo más tarde, se ponía a seguir las huellas del ejército si aún tenía fuerzas; eran pocos, sin embargo, los que conseguían reagruparse y salvar sus vidas, pues la mayoría caían fatigados sobre la arena y perecían como náufragos en el mar.

Sobrevino al ejército todavía una nueva calamidad 4
no menos importante, que aniquiló a hombres, caballos y acémilas. Por influjo de los vientos monzones de cada año llueve intensamente sobre la tierra gadrosia, al igual que ocurre en la India, siendo las precipitaciones más intensas en los montes que en la llanura, pues las nubes son arrastradas por los vientos y descargan su aguacero sin sobrepasar las crestas de las montañas. Estaba acampado el ejército junto a un to- 5
rrente de escaso caudal (precisamente se había acampado allí para que el ejército pudiera disponer de agua), cuando a eso de la segunda guardia nocturna el riachuelo que por allí discurría creció por el agua de las lluvias caídas río arriba, sin que las tropas de Alejandro se hubieran percatado de estas torrenciales lluvias, y fue tan grande la avalancha de agua por el río, que causó la muerte a la mayor parte de las mujeres y

niños que acompañaban al ejército, todo el pabellón del rey desapareció entre las aguas, así como los pocos animales que quedaban. A duras penas y difícilmente pudieron salvarse los soldados, y sólo con parte de sus armas.

6 Hubo más: Muchos se pusieron ahora a beber, al encontrarse con abundancia de agua después del calor y la sed sufridos, y no pocos murieron de beber insaciablemente. A resultas de este percance, Alejandro ya no volvió a acampar normalmente su ejército a la orilla de ningún río, sino que se apartaba unos veinte estadios[286], para evitar que sus hombres se precipitaran en busca del agua, pereciendo ellos y sus animales, y evitar al mismo tiempo que los más ávidos de agua subieran a las fuentes y contaminaran el agua para el resto del ejército.

*Un verdadero jefe*

26 Llegado a este punto, me parece que no debo dejar en el olvido uno de los más bellos gestos de Alejandro, quier que fuera aquí donde ocurrió, quier que ocurriera antes, como han dicho otros, en la región de Parapamísada[287]. Marchaba el ejército por la arena, mientras un sol abrasador lucía sobre ellos, ya que era preciso llegar hasta un lugar donde hubiera agua, y aún quedaba un largo trayecto. El propio Alejandro sufría una sed terrible, mas con todo, continuaba a pie al frente de sus hombres en medio de grandes penalidades. Como suele ocurrir en tales circunstancias, sus hombres sobrellevaban mejor las calamidades al ver
2 que todos por igual, incluido el rey, las compartían. De

---

[286] Casi 4 km., lo que parece ser una distancia suficiente para evitar un nuevo desastre como el ahora acaecido.

[287] Si seguimos el relato de PLUTARCO, *Alejandro* 62, 7, lo aquí contado acaeció cuando Alejandro perseguía a Darío, aunque, según CURCIO, VII 5, 10, fue en Sogdiana.

pronto acaeció que algunos soldados de infantería ligera, que se habían apartado un poco del resto del ejército a buscar agua, encontraron una hoya no muy profunda, donde se había almacenado una pequeña cantidad de agua apenas potable. Recogieron los soldados, pues, un poco de agua y fueron a llevársela a Alejandro como quien le lleva un gran regalo, y una vez en su presencia le ofrecieron el agua que traían
en un casco. Éste lo cogió entre sus manos, dando las 3
gracias a quienes se lo ofrecían, y una vez en sus manos, sin embargo, y a la vista de todos, la derramó por tierra. Ante este gesto de Alejandro todo su ejército recuperó de nuevo los ánimos, hasta tal punto que cualquiera podría pensar que aquel agua vertida por Alejandro se había convertido en bebida para todas sus tropas. Yo elogio este bello gesto de Alejandro no menos que otros, porque demuestra la resistencia y el espíritu de lo que según Alejandro debía ser un verdadero jefe.

Ocurrieron al ejército aún otras desgracias pare- 4
cidas estando en este territorio[288]. En efecto, llegó un momento en que los guías de la expedición terminaron por admitir que no podían reconocer el camino, porque el violento viento que soplaba había borrado las señales. Además, no había ningún indicio por el que aventurar el camino en medio de aquella extensa llanura de tierra en la que no había ni árboles, como contrariamente crecen en todas partes, ni cerro alguno que se alzara firme[289] sobre la llanura. Tampoco tenían práctica los guías en orientarse por los astros durante la noche, ni durante el día según el curso del sol, que

288 Estamos en el 325.

289 En oposición a las dunas móviles que continuamente cambian de emplazamiento al ser arrastradas sus arenas ya en un sentido, ya en otro, según el dominio de los vientos.

es lo que suelen hacer los marineros fenicios, que se orientan por la Osa Menor, o los demás hombres, que lo hacen mediante la Osa Mayor[290].

5 Comprendió entonces Alejandro que debía conducir su ejército desviándose ligeramente hacia la izquierda; se puso al frente de unos pocos jinetes y se adelantó en esa dirección[291]. Mas como algunos de sus jinetes se fatigaran por el sofocante calor, se destacó él solo con cinco hombres a caballo hasta encontrar el mar. Escarbaron allí en la grava de la playa hasta dar con agua pura y dulce, tras lo cual compareció allí todo el ejército. Durante siete días continuaron su marcna por la playa, abasteciéndose del agua de los pozos de la costa. A continuación los guías dieron de nuevo con el camino y el ejército se adentró hacia el interior de la región.

*Se reúne en Carmania con Crátero*

27 Al llegar a la capital de Gradosia, concedió Alejandro un descanso a sus tropas. Destituyó al sátrapa Apolófanes por negligencia en el cumplimiento de sus funciones, y en su lugar nombró a Toante sátrapa de esta región, mas como éste muriera aquejado de grave enfermedad, se encargó de la satrapía Sibirtio, que había sido nombrado hacía poco por Alejandro sátrapa de Carmania. A partir de ahora, pues, gobernaría a los aracosios y gadrosios. De Carmania se encargaría, a su vez, Tlepólemo, el hijo de Pitófanes[292].

---

290 En la Osa Menor, como se sabe, se encuentra la estrella Polar, la que señala la dirección Norte, y la Osa Mayor nos ayuda a descubrir la Polar.

291 En todo caso, le interesa mantener como punto de referencia la línea de costa.

292 A pesar de que Arriano (siguiendo a Tolomeo) intentara exculpar por completo a Alejandro, el testimonio de Plutarco parece indicar que el comportamiento de Alejandro al destituir

En su avance hacia Carmania, recibió noticias de que Filipo, el sátrapa de la India, había muerto en una conspiración preparada a traición por los mercenarios, aunque los macedonios de la guardia personal de Filipo habían dado muerte a los asesinos, a unos cogiéndolos «in fraganti», y a otros tras haberlos detenido algo más tarde. Al tener conocimiento de estos incidentes despachó una carta a la India para Éudamo y Taxiles, encareciéndoles que se hicieran cargo del país antes regido por Filipo, hasta que él enviara al nuevo sátrapa. 2

Una vez en Carmania Alejandro, se reunió con él Crátero al frente del resto del ejército y los elefantes. Traía como prisionero a Ordanes, a quien había capturado por haberse éste insubordinado y haber promovido la sedición. También comparecieron Estasanor, sátrapa de Aria y Zarangia, y con ellos Farismanes, el hijo de Fratafernes, que era sátrapa de Partia e Hircania. Regresaron también los jefes que habían quedado con Parmenión en Media, a saber, Cleandro, Sitalces y Heracón, acompañados de la mayor parte de sus respectivos hombres. 3

Los nativos de la región[293], así como un buen número de sus propios soldados, hicieron graves acusaciones contra Cleandro y Sitalces, a los que imputaban haber saqueado santuarios, haber profanado las tumbas de 4

a Apolófanes (acto al que hay que añadir la ejecución de Abulites y su hijo Oxatres) obedece al interés de Alejandro por buscar una salida medianamente honrosa para él, tras el desastre sufrido por sus tropas en este territorio y del que la responsabilidad sólo podía imputarse a Alejandro. Cf., al respecto, E. Badian, «The Eunuchus Bagoas. A Study in method», *Class. Quart.* 8 (1958), 144-157, y «Harpalus»..., especialmente, págs. 16 y sigs., donde se nos habla, incluso, de un «período de terror» promovido por Alejandro. El pasaje antes aludido de Plutarco es *Alejandro* 68, 7.

293 De nuevo el testimonio de los *epichórioi*: cf. vol. I, n. 138.

antiguos cementerios, así como haber cometido todo tipo de injustas vejaciones, hechos con arrogancia y desprecio a sus súbditos. Al tener Alejandro pruebas suficientes [294] de estas graves acusaciones, mandó ajusticiar a estos dos jefes, para que sirvieran de escarmiento a sus demás sátrapas, gobernadores y nomarcos, y tuvieran presente siempre que de sobrepasarse en sus atribuciones correrían la misma suerte que sus colegas.

5 Fue este tipo de medidas, más que ninguna otra, lo que permitió a Alejandro mantener en orden los pueblos a él sometidos por la fuerza o anexionados voluntariamente, siendo tan numerosos como eran y tan distantes entre sí. Efectivamente, nunca consintió Alejandro que en sus dominios los súbditos fueran objeto de malos tratos de parte de sus gobernantes. De momento, Heracón quedó libre de culpa, pero algo más tarde los ciudadanos de Susa probaron que había saqueado el templo de Susa, siendo así declarado culpable.

6 Los que acompañaban a Estasanor y Fratafernes [295] trajeron a Alejandro un buen número de acémilas y muchos camellos, pues, informados de que Alejandro marchaba por Gadrosia, previeron que su ejército sufriría las penalidades que en efecto (y ahora se comprobaba) sufrieron. Fue ciertamente muy oportuna su incorporación, la de sus camellos y la de las acémilas.

---

294 Defendemos aquí la lectura *exēlégchthē* como auténtica de Arriano, pues aunque en ocasiones Alejandro actúa drásticamente y sin mayores contemplaciones, creemos que el propósito de Arriano es exculpar a Alejandro de toda sombra de arbitrariedad en su actuación, y para ello nada mejor que afirmar que antes de obrar ha procurado contrastar exhaustivamente sus informaciones.

295 Debe de tratarse de Farismanes, confundido ahora con Fratafernes.

Alejandro hizo de ellos el siguiente reparto: entre los oficiales, uno a cada uno, y entre los demás, por escuadrones, centurias y compañías, según lo permitió el número total de acémilas y camellos.

*Reencuentro Nearco-Alejandro*

Algunos historiadores nos han transmitido el siguiente relato[296], aunque a mi juicio es poco digno de crédito: mandó unir Alejandro dos coches para recostarse en ellos y cruzar así toda Carmania, acompañado por sus Compañeros al son de la flauta, mientras su ejército le seguía coronado de guirnaldas y danzando; los habitantes de Carmania le salían por los caminos a su encuentro ofreciéndole toda suerte de alimentos y refinamientos. Según nos dicen, Alejandro había pre- 2 parado todo esto imitando a Dioniso, ya que sobre él corría un rumor, según el cual el dios, después de haber sometido a los indios, atravesó con una comitiva semejante la mayor parte de Asia, donde recibió la invocación de Triambo, y que sus procesiones tras sus victorias en guerra se llamaron por este motivo Triambos. 28

Este relato, empero, no lo transmiten ni Tolomeo, el hijo de Lago, ni Aristobulo, hijo de Aristobulo, ni ningún otro historiador a quien uno pueda dar credibilidad a propósito de relatos como éstos. Por lo que a mí respecta, baste decir que los he contado como cosas nada dignas de crédito. Sigo, sin embargo, el 3 testimonio de Aristobulo, al dejar constancia de que Alejandro ofreció sacrificios en Carmania como agradecimiento por sus victorias sobre los indios, y en nombre de su ejército, por haber cruzado Gadrosia

---

296 Más *in extenso* en CURCIO, IX 10, 24; PLUTARCO, *Alejandro* 67, y DIODORO, XVII 106, 1.

sanos y salvos, e instituyó un certamen musical y gimnástico.

Decidió ahora Alejandro nombrar miembro de su guardia personal a Peucestas, a quien había previsto nombrar más adelante sátrapa de Persia, pero quería que conociera la dignidad y confianza de que disfrutaban los miembros de su guardia personal, antes de nombrarle sátrapa, y todo ello como recompensa por
4 su valiente comportamiento entre los malios. Componían por entonces su guardia personal siete hombres: Leónato, el hijo de Anteo; Hefestión, hijo de Amintor; Lisímaco, el hijo de Agatocles; Arístono, el hijo de Piseo, todos ellos de Pela; además, Perdicas, hijo de Orontes, natural de Orestide; Tolomeo, hijo de Lago, y Pitón, el hijo de Crateas, naturales de Eordea. A estos siete se sumaba ahora un octavo, Peucestas, el que había protegido a Alejandro con su escudo.

5 Mientras tanto Nearco, que había circunnavegado el territorio de los oritas, gadrosios y país de los ictiófagos, puso rumbo hacia las zonas costeras habitadas de Carmania. Desde la costa se adentró con unos pocos hombres en busca de Alejandro, a quien contó los pormenores de su periplo por el mar Exterior[297]. Alejandro le ordenó regresar a puerto y que continuase el periplo hasta llegar al territorio de Susa y la desembocadura del río Tigris.

6 Tengo yo la intención de escribir la historia de este viaje de Nearco desde el Indo a la desembocadura del Tigris en el Golfo Pérsico, siguiendo su propio testimonio, de suerte que pueda ser ésta la Historia Griega de Alejandro, aunque ello quedará para otra

---

297 El punto de la entrevista fue la ciudad de Harmozeia (Hormuz), en Carmania, aunque Diodoro nos dice que fue en Salmo. Más detalles de la entrevista nos transmite ARRIANO en *India* 33-36.

ocasión mejor, cuando a ello me incite mi ánimo y cuente con la ayuda divina[298].

Ordenó Alejandro a Hefestión que con la mayor 7
parte del ejército, las acémilas y los elefantes que con él iban, tomara el camino costero que conduce de Carmania a la Pérside, ya que su marcha tendría lugar durante el invierno[299], época en que la zona costera de Persia está soleada y abundan en ella todo tipo de provisiones.

*La tumba de Ciro en Pasargada*

Alejandro se puso en camino 29
hacia Pasargada, ciudad persa, con su infantería ligera, la caballería de los Compañeros y una parte de los arqueros, y autorizó a Estasanor a que regresara a su propio país. Al llegar 2
a la frontera de Persia se encontró con que Frasaortes no era el sátrapa de la región (su muerte le había sobrevenido a causa de una enfermedad estando Alejandro en la India), sino que regía el territorio persa Orxines. Éste no había sido designado por Alejandro, sino porque él mismo, en vista de que no había nadie que gobernara el país, se había considerado con capacidad suficiente para mantener el orden en la región sometida a Alejandro. Se presentó también en Pasar- 3
gada Atropates, el sátrapa de Media, trayendo al medo Bariaxes prisionero por haberse proclamado rey de persas y medos, tocándose con el gorro medo[300] hacia

---

298 El relato, siquiera parcial del mismo, aparece en *India* 18-43. Sobre el concepto de *ho daímōn*, cf. A. Truempner, *De Arriani religione*, Bonn, 1950, Se ha querido ver, de otra parte, en este concurso y ayuda divina una influencia estoica en la formación de Arriano. Cf. *Introducción* (vol. I), capítulo titulado «Arriano historiador».

299 Aproximadamente, diciembre del 325.

300 Se trata de la *kídaris* (distinta de la tiara, gorro por excelencia de los persas), pero igualmente adornada con distin-

arriba; con él traía también a los cómplices de la insurrección y sedición, a todos los cuales Alejandro mandó dar muerte.

4 Mucho dolió a Alejandro la profanación de que había sido objeto la tumba[301] de Ciro, el hijo de Cambises, tumba que, según el relato de Aristobulo, encontró destruida por completo y expoliada. Efectivamente, se hallaba esta tumba en el jardín real de Pasargada y a su alrededor se había plantado un bosquecillo de toda clase de árboles, regado por un regato,
5 mientras en su prado crecía apretado césped. La tumba en sí descansaba sobre una base rectangular de piedras cortadas en cuadrados. Sobre la base se alzaba una cámara también de piedra recubierta de un tejado; una pequeña puerta daba acceso al interior, por la que un hombre que fuera bien pequeño de tamaño a duras penas y con mucho esfuerzo podría introducirse. Dentro de la cámara había un sarcófago de oro, y en su interior el cuerpo de Ciro, y junto al sarcófago un diván de patas también de oro trabajado a martillo;
6 sus colchas eran de alfombras babilonias, y a sus pies había unas gruesas mantas de púrpura. Sobre él había una túnica[302] y otros vestidos de factura babilonia, unos calzones medos, y, según Aristobulo, había también vestidos teñidos de color de jacinto, unos color de púrpura, otros de otros colores, collares, espadas persas, pendientes de piedras preciosas engastadas en

---

tivos que indicaban la categoría social de su portador, además de su autoridad.

[301] Una reproducción de la misma puede verse en la lám. 68 del libro de J. L. Huot, *Persia*, Londres, 1965, así como en P. Green, *Alexander the Great*, Londres, 1970, pág. 170, o Schachermeyr, *Alexander...*, lám. XII.

[302] La célebre *kándys* o túnica de seda, de color púrpura, y mangas anchas que se ponía encima de la *kyanáces*.

oro; hasta una mesa había allí, en cuyo centro estaba el sarcófago que contenía el cuerpo de Ciro.

Dentro del mismo recinto y cerca del acceso que 7
conducía a la tumba de Ciro había un pequeño edificio construido para los magos[303], que eran los guardianes de la tumba de Ciro, ministerio en el que se habían ido sucediendo de padres a hijos como custodios de la tumba. A ellos se les entregaba cada día una oveja de parte del rey, y una cantidad fija de harina y vino, y un caballo cada mes para sacrificar a Ciro. Sobre la tumba se leía en letras persas la siguiente inscripción, cuyo significado era:

«AMIGO, YO SOY CIRO, EL HIJO DE CAMBISES, EL QUE 8
FUNDÓ EL IMPERIO PERSA Y REINÓ EN ASIA. NO ME ENVI-
DIES POR MI MONUMENTO.» 9

Alejandro (que había manifestado su interés por visitar la tumba de Ciro tan pronto terminara la conquista de Persia) encontró que de ella se habían llevado todo menos el sarcófago y el diván. Los ladrones habían profanado incluso el cadáver de Ciro, pues habían destapado el sarcófago y sacado fuera el cadáver. Habían intentado incluso hacer manejable y fácilmente transportable el sarcófago, cortándolo por un lado y aplastándolo por otro, pero al no resultarle esto posible lo abandonaron así y se marcharon.

Cuenta Aristobulo que él mismo recibió de Alejan- 10
dro el encargo de restaurar la tumba de Ciro y dejarla como al principio estaba, depositar de nuevo las reliquias de su cuerpo en el sarcófago y volverle a poner su tapa; restaurar aquello que había quedado destro-

---

303 Nos dice HERÓDOTO, I 120-132, que estos magos, además de tener encomendada la custodia de la tumba de Ciro, pertenecían a la clase sacerdotal de su país y que sin su asistencia «no tienen por norma hacer sacrificios».

zado, extender el diván con sus bandas y rehacer cuantos otros elementos contribuían a su adorno pieza por pieza, y que fueran iguales a los originarios, cegar la pequeña puerta, cerrando parte de ella con piedras, y taparla con mortero y dejar grabado sobre el mortero el sello real.

11 Alejandro arrestó luego a los magos encargados de la custodia de la tumba y los sometió a tortura para que delataran a los autores del sacrilegio. Éstos dijeron que no habían sido ellos, ni acusaron de ello a nadie, aun sometidos a tortura, ni de ningún modo resultó posible probar que hubieran tenido nada que ver con este hecho. A la vista de lo cual, Alejandro los dejó en libertad.

30 Desde aquí Alejandro se dirigió a la residencia real persa, a la que él mismo había prendido fuego anteriormente[304]. Según dije entonces, no aprobé yo esta acción suya, y también la reprobó ahora el propio Alejandro cuando volvió aquí.

Muchos persas acusaron a Orxines (el que gobernó en Persia a la muerte de Frasaortes) de actos crimi-
2 nales. En efecto, se comprobó que Orxines había saqueado santuarios, tumbas de reyes, y había mandado asesinar a muchos persas injustamente. Orxines murió colgado a manos de unos que cumplían órdenes de Alejandro[305].

Nombró luego sátrapa de Persia a Peucestas, uno de su guardia personal, a quien tenía por hombre de total

304 Cf. III 18-19.

305 La versión que nos da Curcio, X 1, 22-38, es totalmente distinta, haciendo a Alejandro responsable de la muerte de Orxines por agradar a Bagoas, un eunuco de Alejandro. Parece que, en efecto, Bagoas calumnió a Orxines ante Alejandro de haber profanado la tumba de Ciro. Como sucesor de Orxines, Alejandro nombró a Peucestas. Cf. E. Badian, «The Eunucus Bagoas...».

lealtad a su persona, especialmente evidenciada por su valiente comportamiento entre los malios, donde expuso su vida por salvar a Alejandro; se trataba, además, de una persona muy idónea por sus costumbres y modo de vida, afines a los de los bárbaros. Dio prue- 3
bas de ello en seguida, pues fue el único macedonio que tan pronto se hizo cargo de su satrapía adoptó la vestimenta meda, aprendió la lengua de los persas y dispuso todos sus demás enseres y costumbres a la usanza de los persas. Esto le mereció el elogio de Alejandro, y los persas se alegraron de que respetara sus propias tradiciones en vez de imponer las de su patria de origen[306].

---

306 Los macedonios, sin embargo, veían con malos ojos estas tendencias orientalizantes de Peucestas. Cf. VII 6.

# LIBRO VII

## SINOPSIS

CAPÍTULOS:

1. Alejandro regresa a Mesopotamia.
2. Alejandro y Diógenes.
3. Cálano.

4-5. Alejandro castiga severamente a los que se extralimitan en sus funciones.

6. Los Epígonos de Alejandro.
7. Mesopotamia.

8-10. Alejandro en Opis. Discurso de Alejandro. La revuelta del ejército.

11. Discurso de Calines.
12. Regreso de los veteranos.
13. Las amazonas.
14. Muerte de Hefestión.
15. Visitas de diversas embajadas.
16. Los oráculos caldeos.
17. Alejandro sospecha de la honestidad de los caldeos.
18. Profecías de Pitágoras y Cálano.
19. Nuevas embajadas griegas.
20. Las costas del golfo Pérsico.
21. Excursiones por las riberas del Eufrates y el Palacopas.

22-23. De regreso a Babilonia.

24. Nuevos presagios de la muerte de Alejandro.
25. Las *Efemérides Reales*.
26. Muerte de Alejandro.
27. Conjeturas sobre su muerte.
28. Retrato de Alejandro.

*Alejandro regresa a Mesopotamia*

Una vez en Pasargada y Persépolis, sintió Alejandro vivos deseos[307] de bajar navegando por el curso del Tigris y el Eufrates hacia el mar Pérsico, y ver las desembocaduras de estos dos ríos en el mar, al igual que había visto la del Indo, así como conocer el mar Pérsico por aquella zona. Algunos historiadores nos cuentan que el plan de Alejandro era circunvalar con su flota la mayor parte de la península arábiga, el territorio de Etiopía, la Libia y los pueblos nómadas del otro lado del monte Atlas, hasta llegar a Cádiz y al mar Mediterráneo que allí tiene su fin. Efectivamente, sólo después de haber sometido Libia y Cartago podría llamarse con propiedad rey de todo el Asia[308].

1 Una vez en Pasargada y Persépolis ... (see above)

Los reyes medos y persas no habían podido denominarse a sí mismo con justicia Grandes Reyes por no haber extendido sus dominios más que sobre una muy pequeña parte de todo el Asia. 3

Otros autores dicen que Alejandro tenía intención de dirigirse desde aquí al mar Euxino[309] y navegar por él hacia la tierra escita y el lago Meótide, aunque, según otros historiadores, su verdadera intención era

[307] De nuevo hemos de remitir a nuestro vol. I, 21, a propósito del *póthos* de Alejandro.

[308] Debe tenerse en cuenta, que, de acuerdo con la tradición de la época, Asia incluye también a África.

[309] Como sabemos, el mar Negro se amplía con la laguna Meótide, que nosotros conocemos con el nombre de mar de Azov.

poner rumbo a Sicilia y al promontorio Yapigio, pues veía que el renombre del pueblo romano iba progresivamente a más, extendiéndose su fama enormemente.

4 Por mi parte, yo no puedo conjeturar cuáles eran exactamente los planes de Alejandro[310], ni tampoco me preocupa mucho el hacer suposiciones, aunque creo poder asegurar que los planes de Alejandro no eran faltos de ambición, ni de poca monta, pues no iba a quedarse satisfecho con nada de lo que ya tenía (y eso, ni aunque hubiera anexionado todo el Asia y las Islas Británicas a Europa), sino que su espíritu le impulsaría a ir en busca de lo desconocido, rivalizando, si no con alguien ya, él consigo mismo[311].

5 A propósito merecen todo mi elogio aquellos sabios indios a los que, según dicen, encontró Alejandro un día en un prado al aire libre, que era donde aquéllos se entretenían discutiendo, y que ni siquiera se inmutaron al contemplar ante sí al mismo Alejandro con su ejército; tan sólo comenzaron a golpear con sus pies el suelo sobre el que estaban. Alejandro les inquirió por medio de un intérprete qué significaba
6 aquello, a lo que ellos respondieron: «Rey Alejandro, cada hombre es dueño tan sólo del suelo que pisa. Tú eres un hombre como los demás, sólo que sientes un gran afán por todo tipo de novedades, y eres tan presuntuoso que has venido desde tu patria contra esta tierra procurando no pocos problemas y causándolos a los demás. El caso es que cuando, al cabo de muy poco tiempo, mueras, ocuparás sólo la tierra que basta para que tu cuerpo reciba sepultura.»

---

310 Estos planes (cf. E. Badian, «A King's Notebook», *Harv. St. in Class. Philol.* 72 [1968], 183-204) parece que incluían una expedición contra el Norte de Africa (contando, desde luego, Cartago), Sicilia, Italia y España.

311 Ya con anterioridad ha expresado Arriano, IV 7, estas mismas ideas.

*Alejandro y Diógenes*

Agradaron a Alejandro estas 2
palabras, por las que alabó a sus autores, aunque hizo justo todo lo contrario de aquello que tan bien le había parecido. Así, se dice que se quedó extrañado ante Diógenes de Sínope[312], a quien encontró en cierta ocasión en el Istmo echado al sol; se había detenido ante él acompañado de sus hipaspistas y *peceteros* y le había preguntado si necesitaba algo; a ello le había contestado Diógenes, encarecidamente, que lo único que necesitaba era que él y sus hombres se apartaran para que le siguiera dando el sol.

Hasta tal punto era Alejandro sensible a los más 2
nobles pensamientos, aunque su ansia de gloria le dominaba terriblemente. En efecto, encontrándose en cierta ocasión en Taxila, vio a algunos de estos sabios indios desnudos, y se empeñó en que alguno de ellos, a quienes tanto admiraba por su resistencia, le acompañara. Entonces, el más viejo de ellos, de nombre Dandamis[313], de quien los demás se decían sus discípulos, dijo que ni él se iría con Alejandro ni consentiría que
lo hicieran los demás. Y no quedó ahí la cosa, se dice 3

312 La bibliografía que esta anécdota ha suscitado es abundante. Últimamente, cf. M. Buora, «L'incontro fra Alessandro e Diogene; tradizione e significato», *Atti Istit. Veneto* 132 (1973/1974), 243-264. — Hay no menos de veintidós versiones distintas de esta famosa anécdota, siendo la recogida por Plutarco, *Alejandro* 14, una de las más elogiadas; en ella aparecen en boca de Alejandro las siguientes palabras: «De no haber sido yo Alejandro, me hubiera gustado ser Diógenes.»

313 Conocido es que Alejandro sintió gran atracción por estos hombres sabios, denominados por los griegos «gimnosofistas». Según cuenta Onesícrito, había recibido de Alejandro el encargo de convencer a Dandamis para que le acompañara en su expedición. Cf. T. S. Brown, Onesicritus, Berkeley, 1949, especialmente págs. 45 y sigs. y M. Hadas, *Hellenistic Culture*, Nueva York, 1959, págs. 178 y sigs.

que aún le añadió que también él era hijo de Zeus, no menos que Alejandro, y que nada necesitaba de Alejandro, pues estaba muy contento con lo que tenía. Veía, además, que los que habían acompañado a Alejandro deambulando por esas tierra y mares no habían conseguido bien alguno, ni habían encontrado el fin de sus largas andanzas. Decía no envidiar nada de lo que Alejandro pudiera darle, ni temía tampoco carecer de
4 algo que aquél tuviese. Mientras viviera, tenía bastante con la tierra india que le proporcionaba los frutos de cada estación; y, una vez muerto, se vería libre de su cuerpo, que no era sino un incómodo compañero.

Al oír esto desistió Alejandro de obligarle, comprendiendo que en verdad estaba ante un hombre libre. Sin embargo, Cálano, uno de los sabios del lugar, resultó seducido por la invitación de Alejandro. A este Cálano, según dice Megástenes, le consideraban los demás sabios un hombre que no se sabía dominar a sí mismo, afeándole luego que hubiera abandonado la felicidad en que vivían y se hiciera servidor de alguien en vez de servidor de la felicidad.

*Cálano*

3 He relatado yo esta anécdota porque creo que había que mencionar a Cálano en una historia de Alejandro. A pesar de que anteriormente nunca había enfermado, su cuerpo se debilitó al llegar a Persia; no quiso, sin embargo, seguir el régimen que conviene a un hombre enfermo, sino que le decía a Alejandro que estaba dispuesto a poner fin a su situación actual antes de llegar a tal estado de enfermedad que le obligara a cambiar del que había sido su régimen de vida hasta
2 el presente. Alejandro lo trató de convencer durante largo rato, mas al ver que no podía disuadirlo, y que si no se cedía a su propósito buscaría otra manera de quitarse de enmedio, ordenó que, siguiendo el ex-

preso deseo de Cálano, se preparara una gran pira funeraria y que se encargara de este asunto Tolomeo, el hijo de Lago, uno de su guardia personal. Algunos historiadores cuentan que Cálano fue escoltado a la pira por una gran procesión de hombres a caballo, de los que unos venían con su armadura completa, otros traían todo tipo de perfumes para la pira, algunos incluso venían cargados de copas de oro y plata y vestidos reales. A Cálano le habían preparado un caballo, 3
ya que a causa de su enfermedad no podía ni andar; no pudo, sin embargo, siquiera montar al caballo, por lo que hubo de subírsele y transportarlo en una litera, coronado al modo indio y cantando en su lengua india. Los indios decían que eran himnos de dioses y ala- 4
banzas a ellos[314]. El caballo sobre el que iba a ser cortejado era un caballo de la cuadra real, de origen niseo[315], que luego regaló, momentos antes de subir a la pira, a Lisímaco, uno de sus discípulos de filosofía. Repartió igualmente entre sus seguidores, unos a unos otros a otros, todas las capas y tapetes con que Alejandro había dispuesto se adornara la pira. Subió a 5
ésta a la vista de todo el ejército, y se sentó en ella con gran solemnidad. A Alejandro le resultaba molesto este espectáculo, por tratarse de un hombre con quien había llegado a trabar amistad; los demás quedaron atónitos viendo cómo Cálano no retrocedía ante el fuego[316]. Una vez que los encargados prendieron el 6
fuego, dice Nearco que las trompetas comenzaron a resonar, de acuerdo con lo que Alejandro había ordenado, y todo el ejército lanzó su grito de guerra como

314 Cf. *India* 10.

315 Caballos de raza, muy famosos en la antigüedad, que eran utilizados por los medos y persas pertenecientes a clases influyentes.

316 Cf. el relato, con algunos detalles variantes, en Plutarco, *Alejandro* 69; Estrabón, XV 1, 68.

si entrasen en combate, y hasta los elefantes lanzaron su agudo y belicoso grito en honor de Cálano.

Éstas y parecidas versiones han contado algunos historiadores acerca del indio Cálano, relatos no del todo inútiles para el género humano, ya que es idóneo para cualquiera que quiera conocer cuán valeroso e indomable es el espíritu humano cuando quiere llevar algo a su cumplimiento.

*Alejandro castiga severamente a los que se extralimitan en sus funciones*

4 Por este tiempo, Alejandro mandó a Atropates a su satrapía, y una vez llegado a Susa arrestó y condenó a muerte a Abulites y su hijo Oxatres, por su abusiva
2 gestión sobre los habitantes de Susa. Fueron, en efecto, muy frecuentes las extralimitaciones de funciones en que incurrieron la mayoría de los gobernantes de las ciudades dominadas por Alejandro, y ello no sólo a propósito de profanaciones de santuarios y tumbas, sino incluso para con sus propios súbditos, debido a que la expedición del rey Alejandro a la India duraba mucho y no era seguro que regresara vivo de luchar con tantos pueblos y elefantes de más allá del Indo,
3 Hidaspes, Acesines e Hífasis. Especialmente habían sido los desastres sufridos por Alejandro en Gadrosia los que habían alimentado las esperanzas de los sátrapas de que aquél no regresaría a su patria. Por su parte, Alejandro se hizo, según se dice, cada vez más propicio a dar crédito a las acusaciones, llegándole a parecer todas ellas verídicas, así como a castigar severamente a los que aparecían culpables en asuntos de poca monta, por estimar que habrían sido capaces de cometer crímenes mayores con la misma disposición de ánimo [317].

---

317 También Q. Curcio, X 1, 39, nos lo confirma; por lo demás, este tema de las ejecuciones sumarísimas por parte de

Celebró ahora en Susa su propia boda y la de sus 4
Compañeros. Tomó por mujer a la hija mayor de Darío,
Barsine[318], y según nos dice Aristobulo también a la
hija más joven de Oco, llamada Parisátide[319], aunque
estaba ya casado con Roxana, hija del bactrio Oxiartes.
A Hefestión le asignó Dripetis, hija también de 5
Darío, y hermana, por tanto, de su mujer, a fin de que
los hijos de Hefestión entraran en su familia como so-
brinos suyos; a Crátero correspondió Amastrines, hija
de Oxiartes, el hermano de Darío; a Perdicas, una hija
de Atropates, sátrapa de Media; a Tolomeo, su guardia 6
personal, y a Éumenes, secretario real, les correspon-
dieron, respectivamente, Artacama y Artonis, hijas de
Artabazo; a Nearco, la hija de Barsine y Mentor; a
Seleuco, la hija de Espitámenes el bactrio; y de este
modo, a los restantes Compañeros les fueron corres-
pondiendo las más nobles hijas de medos y persas,
hasta un total de ochenta[320]. Las bodas se celebraron
según el ritual persa[321]; se instalaron unos sillones 7
para las novias, puestos en fila, donde tomaron asien-
to las novias después del brindis, cada una en su sillón,
una al lado de otra. Los novios las tomaron de la mano
y las besaron, comenzando el primero el rey, ya que

Alejandro ha sido objeto de estudio por E. Badian en su artículo «Harpalus»..., págs. 16-43.

318 Su boda con Barsine, conocida también con el nombre de Estatira (que parece haber sido su nombre familiar) se enmarca dentro de la política de fusión entre ambos pueblos, macedónico y persa. En la ceremonia contrajeron sus nupcias, además del propio Alejandro y Hefestión, otros nobles macedonios y griegos. Sobre las bodas de Alejandro, cf. nuestra n. 75.

319 Es Artajerjes III.

320 Ateneo, XII 538b-539a, siguiendo el detallado relato de Cares nos dice, en cambio, que fueron un total de hasta noventa y dos parejas.

321 Véase M. Renard-J. Servais, «A propos du mariage...», citado en n. 75.

la celebración de las bodas se hizo simultáneamente. En esta ocasión, más que en ninguna otra, Alejandro actuó en plan de igualdad y con gran sentido de lo que es la camaradería.

8 Cada novio tomó a su prometida y con ella marchó cada cual a su casa, recibiendo de Alejandro cada una de ellas su correspondiente dote. Además dispuso Alejandro que se inscribieran los nombre de todos los macedonios que se habían casado con mujeres en Asia (resultaron ser más de diez mil), a todos ellos Alejandro hizo su correspondiente regalo de bodas.

5 Le pareció a Alejandro que era éste un momento muy oportuno para liquidar las deudas que algunos de sus hombres tuvieran, para lo cual encargó se hiciera una lista de lo que cada cual debía para proceder a la liquidación. Al principio sólo unos pocos se atrevieron a dar sus nombres, por temor a que se tratara de una estrategia de Alejandro a fin de conocer quiénes de sus soldados no tenían bastante con su paga y
2 quiénes vivían incluso con derroche. Al enterarse Alejandro de que los hombres que facilitaban sus nombres eran tan sólo unos pocos, mientras que otros muchos procedían incluso a eliminar sus pagarés, afeó a sus soldados esta desconfianza que hacia él manifestaban con este comportamiento. Les dijo que siempre debía tenerse como cosa segura que el rey no dice a sus súbditos más que la verdad, y el parecer de los súbditos respecto de su rey es que éste no dice sino la verdad.

3 Dispuso, pues, Alejandro unas mesas de cambistas por el campamento con suficiente dinero para que los encargados de los pagos abonaran las deudas a medida que presentaban los pagarés, aun sin tener que tomar nota de sus nombres. Comprobaron así que Alejandro les había dicho la verdad; lo que les resultó motivo de mayor agradecimiento fue, sin embargo, no

tener que dar sus nombres. Según se dice, estos regalos hechos al ejército supusieron un total de veinte mil talentos[322]. Repartió, además, muchos otros rega- 4
los, a cada cual según su valía o brillante comportamiento, demostrado de manera notable en ocasión de peligro. Coronó, incluso, con coronas de oro a los que más habían sobresalido por su valor: en primer lugar 5
a Peucestas, que le había protegido con su escudo; luego a Leónato, que también hizo lo mismo, a más de por los riesgos que corrió en la India y en la victoriosa batalla contra los oritas, y porque al frente de las fuerzas que con él habían quedado había hecho frente al levantamiento de los oritas y sus vecinos, consiguiendo derrotarlos, así como, en resumen, por todos los servicios que había llevado a cabo entre los oritas[323].

Además de a éstos coronó a Nearco (que ya había 6
llegado a Susa) por su periplo desde la India por el Gran Mar. También a Onesícrito, el timonel de la nave real, e igualmente a Hefestión y a los demás de su guardia personal.

*Los Epígonos de Alejandro*

Se presentaron ahora ante Ale- 6
jandro los sátrapas de las ciudades recién fundadas, y del restante territorio tomado por la fuerza de las armas. Traían treinta mil jóvenes de aproximadamente la misma edad, a los que Alejandro llamó sus Epígonos[324], equipados con las

322 La mayor parte, en cambio, de las fuentes antiguas, DIODORO, XVII 109, 1-2; CURCIO, X 2, 9-11; PLUTARCO, *Alejandro* 70, 3, nos dan una tasación más baja, en torno a diez mil talentos.

323 Expuestos con mayor detalle en *India* 23, 5.

324 Alejandro reclutó este contingente en 327, y lo hizo con intención de que aprendieran la lengua griega y la técnica militar macedonia. Se ha interpretado, incluso, que este cuerpo selecto de jóvenes persas podía servir a Alejandro como rehe-

armas macedonias y entrenados para la guerra a la
2 manera de los macedonios. Según dicen, la llegada de estos jóvenes contrarió a los macedonios, pues pensaban que Alejandro estaba maquinando prescindir progresivamente de ellos. En efecto, no poco dolor causaba entre los macedonios ver a Alejandro vestido con ropa persa; del mismo modo, la celebración de las bodas según el ceremonial persa había desagradado a muchos de ellos, incluidos algunos de los novios, y eso a pesar de sentirse muy honrados de haber participado en la ceremonia en plano de igualdad con su rey.

3 Les llenaba de pesar que Peucestas, el sátrapa de Persia, adoptara las modas y la lengua persa, hábitos de los bárbaros, que, además, parecían agradar a Alejandro. Especialmente les dolía que los jinetes bactrianos, los de Sogdiana, Aracosia, los zarangios, arios, partos y los persas denominados Evacos habían pasado a formar parte de las compañías de caballería de los Compañeros, que eran los hombres más destacados por su valía, por su prestancia corporal y otras virtu-
4 des. Se había creado, además, una quinta hiparquía [325],

---

nes que garantizaban con sus propias vidas la fidelidad de sus padres a Alejandro. Pronto se suscitaron entre los macedonios las naturales sospechas sobre las verdaderas intenciones de Alejandro para con estos jóvenes. Hay que descartar que el papel de estos treinta mil hombres fuera suplantar a los macedonios fieles a Alejandro (además, cuando Alejandro los recluto en el año 327, las relaciones entre él y los macedonios eran de completa fidelidad). Hay que pensar, más bien, que Alejandro hizo esta leva pensando en el futuro, como refuerzo a su infantería macedonia. Cf. el comentario que le dedica Hamilton en su *Alejandro* (de Plutarco), Oxford, 1969, págs. 128-129; las fuentes antiguas: Diodoro, XVII 108; Curcio, VIII 5, 1, y Plutarco, *Alejandro* 47, 6.

325 Este pasaje ha merecido últimamente la atención de los estudiosos. (Cf. E. Badian, «Orientals in Alexander's Army», *Journ. of Hell. St.* 85 [1965], 106 ss.; G. T. Griffith, «A note

que aunque no compuesta en su totalidad de fuerzas bárbaras, sí habían sido elegidos para ella un buen contingente de bárbaros, al haber aumentado el número total de la caballería. Aún más, habían entrado a formar parte del *ágēma*, Cofén, el hijo de Artabazo; Hidarnes y Artíboles, hijos de Maceo; Sisines y Fradásmenes, hijos de Fratafernes, el sátrapa de Partia e Hircania, e Histanes, hijo de Oxiartes y hermano de Roxana, mujer de Alejandro. Finalmente también se añadieron Autobares y su hermano Mitrobeo; como jefe de todos ellos fue designado el bactrio Histaspes, y se les equipó con espadas macedonias en vez de las jabalinas bárbaras.

Todo esto dolía grandemente a los macedonios, pues constataba cómo, a su juicio, el espíritu de Alejandro se habían dejado influir por todo lo oriental, a costa de dejar en mal lugar las tradiciones macedonias y aun a sus propios hombres.

*Mesopotamia*

Ordenó Alejandro a Hefestión 7
que, al mando de la mayor parte de las fuerzas de la infantería, marchara con ella hasta el mar Pérsico; y una vez que su flota arribó a territorio de Susa, él mismo se embarcó en ella acompañado de los hipaspistas, el *ágēma* y unos pocos de la caballería de los Compañeros, y se dirigió hacia el mar bajando por el curso del río Euleo[326].
Cuando estuvo ya cerca de su desembocadura en el 2
mar, dejó allí la mayor parte de sus naves (entre ellas las que en peor estado se hallaban), mientras él continuaba desde la desembocadura del Euleo con las

on the hipparchies of Alexander», *Journ. of Hell. St.* 83 [1963], 68-74.)

326 El río Euleo une sus aguas a las del Coaspes en dirección ambos hacia el golfo Pérsico. Al fusionarse ambos reciben el nombre de Pasitigris.

naves más marineras, ya por mar, hacia las diversas bocas por donde desagua el Tigris. El resto de sus naves, mientras tanto, se dirigieron por el Euleo hasta el canal que une el Euleo con el Tigris, pasando por él hacia el Tigris.

3 De estos dos ríos, Tigris y Eufrates, que sirven de límite a la parte de Siria que entre ellos queda y de donde le viene a la región el nombre de Mesopotamia, con que sus habitantes la conocen, el Tigris discurre por un terreno más bajo, por lo que recibe muchos pequeños canales del Eufrates, así como también muchos otros afluentes, y así, crecido su caudal por todos estos afluentes, discurre en busca del mar Pérsico.
4 Es, pues, un río grande y no es posible vadearlo hasta llegar a su desembocadura, ya que en ningún punto de su curso se emplea su agua para regar la tierra. Se debe ello a que ambas orillas alcanzan muy considerable altura sobre el agua, y no desagua por canales en ningún otro río, antes bien, es él quien recibe agua de otros, de suerte que no es posible regar su
5 cuenca. El Eufrates, por el contrario, discurre por un terreno más elevado, y su curso de agua serpentea a ras de ambas orillas a lo largo de todo su recorrido, y de él nacen infinidad de canales, algunos de ellos de aguas perennes que es de donde extraen el agua de riego los habitantes de ambas márgenes. Por contra, otros canales tienen que abrirlos en las temporadas[327] en que necesitan agua para regar sus tierras, ya que en la mayor parte de esta región apenas llueve. En consecuencia, el Eufrates termina en su desembocadura con muy poco caudal, que se consume y muere en zona de marismas.

6 Navegó, pues Alejandro a lo largo de la costa del golfo Pérsico comprendida entre el río Euleo y el Ti-

[327] Algunas fuentes antiguas nos describen este sistema de regadío, así ESTRABÓN, XVI 1, 9-19; HERÓDOTO, I 193.

gris, y remontó el Tigris hasta llegar al campamento donde había quedado acampado Hefestión con todo el ejército. Desde aquí continuó por el río hasta Opis, ciudad construida a la orilla del río. En su ascenso 7
por el Tigris, destruyó las presas construidas en el río, haciendo que su curso fuera sin saltos ni desniveles. Estas presas habían sido construidas por los persas a fin de que nadie, aunque fuera dueño de una potente flota, pudiera remontar el río desde el mar hacia el interior del país.

Se habían valido de esta estratagema los persas por ser un pueblo poco marinero, de suerte que las presas construidas una a continuación de otra hacían poco menos que imposible remontar el Tigris. Alejandro, sin embargo, sentenció que estos tales artificios no eran sino cosa de gente que no se sabe imponer por las armas. Afirmó que estas salvaguardas carecían de utilidad para sí, y de hecho las consideró indignas de conservación, de suerte que con gran facilidad procedió a destruir lo que tanto trabajo había costado a los persas.

*Alejandro en Opis*

Una vez en Opis, Alejandro 8
reunió a los macedonios para adelantarles que quedaba libre del servicio en el ejército todo aquel que por edad o mutilación corporal resultara inútil para el servicio de armas, y que su intención era mandarles a cada cual a su pueblo. A los que se marcharan[328] los iba a dotar de tal suerte, que al llegar a su casa fueran la envidia de los vecinos, y despertarían en los demás macedonios el interés por participar con Alejandro en el futuro en nuevos peligros y esfuerzos.

---

[328] Leyendo *apioûsin* con Kruger.

2 Alejandro decía esto para congraciarse con los macedonios, pero éstos, que veían que Alejandro los trataba ahora con menosprecio y los consideraba unos inútiles para la guerra, se consideraron, y con razón, dolidos por las palabras de Alejandro, al igual que antes lo habían estado durante la expedición en repetidas ocasiones; así, les molestaba su vestimenta persa (pues ello representaba también el desprecio por todo lo macedonio) y el equipamiento de los Epígonos [329] (al fin y al cabo unos bárbaros) a la usanza y con la panoplia macedonia; finalmente, también les molesttó la inclusión de jinetes de tribus bárbaras en los batallones de los Compañeros [330].

3 Ante todo esto, no pudieron permanecer ya en silencio, sino que le rogaron les diera de baja a todos de su ejército, y que organizara nuevas expediciones con su padre (irónicamente aludían así a Amón). Al oír esto Alejandro (que por entonces estaba más cortante con los macedonios y no tan bien dispuesto para con ellos como antes, a causa de la veneración a que le habían acostumbrado los bárbaros), saltó del estrado en que estaba con sus oficiales y dio órdenes de que detuvieran a los cabecillas que habían soliviantado al resto del ejército, señalando él mismo con el dedo a

---

329 No deben confundirse estos epígonos (llamados a ser soporte de la herencia de Alejandro, cf. n. 324) con los Epígonos por antonomasia, los hijos de los siete caudillos de la expedición contra Tebas:

Alcmeón y Anfíloco, hijos de Anfiarao.
Egialeo, hijo de Adrasto.
Diomedes, hijo de Tideo.
Prómaco, hijo de Partenopeo.
Esteneleo, hijo de Capaneo.
Tersandro, hijo de Polinices.
Euríalo, hijo de Mecisteo.

330 Cf. lo que se ha dicho en n. 325.

sus hipaspistas a quienes tenían que detener, en total trece hombres. Acto seguido dio órdenes de que éstos fueran ajusticiados[331]. Todos los demás, atemorizados, guardaron profundo silencio, ante lo cual Alejandro subió de nuevo a la tribuna y les dijo lo siguiente[332]:

*Discurso de Alejandro en Opis*

«No es para sofocar en vosotros el deso que sentís por volver a casa, macedonios, por lo que voy a hablar ahora, pues, por lo que a mí respecta, podéis iros cada cual donde quiera; sino que lo hago para que quede claro cuál es vuestro comportamiento al marcharos respecto de nosotros que tan distinto comportamiento hemos observado. 9

»Ante todo, comenzaré mis palabras refiriéndome, 2
como es natural, a Filipo, mi padre. En efecto, Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que teníais que guardar (y no siempre con éxito) de los ilirios, tribalos y vuestros vecinos tracios. Fue Filipo[333] quien os facilitó clámides en vez

---

331 Coinciden los relatos de CURCIO, X 2, 12-30; DIODORO, XVII 109, y PLUTARCO, *Alejandro* 71, aunque con leves divergencias.

332 Sobre los discursos en general, remitimos a nuestra nota a propósito de V 25, 3. Concretamente, este discurso ha sido objeto de estudio minucioso, llegándose a dudar de algunas partes esenciales del mismo, así, W. W. TARN, *Alexander*... II, Apéndice 15; también, cf. E. R. WUST, «Die Rede Alexanders des Grossen in Opis», *Historia* 2 (1953), 177-188, y «Die Meuterei von Opis»..., págs. 418-431. Más detalles, en J. SEIBERT, pág. 172.

333 Algunos detalles interesantes sobre la política del fundador del imperio pueden verse en A. MOMIGLIANO, *Filipo il Macedone. Saggio nella storia greca del IV secolo av. Cr.*, Florencia, 1934; P. CLOCHÉ, *Un fondateur d'empire. Philipp II roi de Macédoine*, Saint Étienne, 1955, e *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avénement d'Alexandre le Grand*, París, 1960.

de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudierais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte, como en la capacidad de salvaros por vuestros propios méritos. Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo
3 útiles. Os dio el mando de aquellos pueblos bárbaros (por quienes antes estabais dominados y a quienes vivíais sometidos vosotros y vuestros bienes), haciéndoos sus dueños en vez de sus esclavos y servidores; anexionó la mayor parte de Tracia a Macedonia y, apoderándose de los asentamientos más idóneos de la zona costera, atrajo el comercio a la región, posibilitándoos
4 trabajar con seguridad las minas de metales. Os hizo los dueños de Tesalia, ante cuyos habitantes desde tiempo inmemorial estabais muertos de miedo; humilló a los focenses y, en nuestro propio beneficio, hizo ancho y cómodo el camino que conduce a Grecia, en lugar de estrecho e intransitable como era[334]. Debeló a atenienses y tebanos (quienes antaño continuamente acechaban el mejor momento de acabar con Macedonia) hasta tal punto que, en vez de pagar tributos a Atenas[335] y vivir sumisos a los tebanos, son ellos los que han de solicitar de nosotros a su vez seguir viviendo en seguridad (política de mi padre, de la cual nosotros ahora somos sus herederos)[336].
5 »Pasó luego al Peloponeso, donde también impuso el orden, y cuando fue designado Comandante de toda

---

334 Alude a las mejoras de comunicaciones que Filipo dispuso se llevaran a cabo en el año 346.

335 En efecto, por DEMÓSTENES sabemos (*Sobre el Haloneso* 12) que los macedonios estuvieron obligados a tributar a Atenas un canon como impuesto.

336 Especialmente está refiriéndose a los acontecimientos en torno a la batalla de Queronea.

Grecia con plenos poderes para organizar la expedición contra los persas, consiguió esta nueva reputación no sólo para sí mismo[337], sino especialmente para la comunidad macedonia.

»Todas estas hazañas de mi padre hechas en pro 6
vuestro eran grandiosas en sí mismas consideradas, aunque pequeñas, desde luego, si las comparamos con las nuestras. Yo heredé de mi padre tan sólo unas pocas copas de oro y plata, y no llegaban a sesenta talentos su tesoro; por contra, sus deudas eran quinientos talentos[338]; pues bien, sobre ellos tomé en préstamo yo otros ochocientos talentos, y salí de este país que a duras penas podía incluso alimentaros a vosotros, y en seguida os dejé expedito el paso al Helesponto a pesar de que por aquel entonces eran los persas los dueños del mar. Derroté con mi caballería a los 7
sátrapas de Darío, y añadí a vuestro imperio la Jonia, toda la Eolia, ambas Frigias y Lidia; y tomé Mileto tras un penoso asedio. Me apoderé de otros muchos pueblos que voluntariamente se ponían de mi parte y os los puse a vuestra disposición para que recogierais el fruto de ellos. Todos los bienes de Egipto y Cirene, 8
conquistados sin librar una sola batalla han pasado a vuestras manos. Siria Interior, Palestina y Mesopotamia son posesiones vuestras, igual que Babilonia, Bactria y Susa, la riqueza de Lidia, los tesoros de Persia, las riquezas de la India, así como el mar Exterior. Vosotros sois los sátrapas, los generales, los taxiarcos.

---

337 Cf., empero, lo dicho en n. a I 1, 1.

338 Esta cuestión de las finanzas de Alejandro ha sido objeto de estudios monográficos muy precisos y detallados; bibliografía hasta 1972 puede consultarse en J. Seibert, pág. 215. Las fuentes antiguas siguen siendo, además, Curcio, X 2, 24, y Plutarco, *Alejandro* 15, 2.

9 »En cuanto a mí se refiere, ¿qué es lo que para mí ha quedado de tantos sufrimientos, sino la púrpura y esta corona? Nada poseo como particular, nadie puede mostrar que yo tenga tesoros fuera de esas posesiones vuestras que para vosotros se guardan. Ninguna razón hay para que yo me reserve algo en privado, si como lo mismo que vosotros y duermo igual que vosotros; incluso diría más: no creo comer las mismas exquisiteces que algunos de vosotros [339]. Sé también que velo por vosotros, para que vosotros podáis continuar durmiendo.

10 »¿Pero es que acaso, mientras vosotros sufríais penalidades y fatigas, adquiría yo todo esto sin conocer lo que son las penalidades? ¿Os he dirigido sin yo mismo conocer las fatigas? Pero, ¿quién de vosotros está seguro de haber sufrido más por mí que yo por él? ¡Y si no, ea, que cualquiera de vosotros, desnudándose, muestre su heridas, que yo a mi vez enseñaré las mías!
2 Porque me parece que no hay punto de mi cuerpo (al menos por delante) que no tenga vestigios de alguna herida. Tampoco hay arma (ni corta ni larga) de la que no lleve mi cuerpo una señal, pues he sido herido por la espada en combate mano a mano, he sido alcanzado por proyectiles lanzados desde lejos, y han dado en el blanco de mi cuerpo los disparos de las catapultas, alcanzado muchas veces por piedras y palos, y todo ello por vosotros, por vuestra gloria y por vuestra riqueza. Os he traído como vencedores por toda la tierra, por el mar, por los ríos todos y montes, por
3 todos los llanos. Me he casado cuando vosotros y los hijos de muchos de vosotros serán parientes de mis hijos. Más aún, quien tenía deudas ha visto cómo se

339 En efecto, algunos de sus hombres no se privaban de ningún tipo de refinamiento. Cf., de nuevo, PLUTARCO, *Alejandro* 42; ATENEO, XII 539; HELIANO, *Varia Historia* IX 3.

las he pagado, y eso sin yo inmiscuirme en saber cómo
las contrajo, siendo como eran bien altos los sueldos
que os pagaba y siendo tantas las veces que os permití
quedaros con el botín, cuando era posible, tras un ase-
dio. Muchos de vosotros habéis sido coronados con
coronas de oro como recuerdo imperecedero de vuestro
valor y de la estima que os tengo. Cualquiera que ha 4
encontrado ya la muerte ha obtenido un final famoso,
y muy espléndido ha sido su funeral. En su casa se
han erigido en honor de la mayoría de ellos estatuas
de bronce, sus padres gozan de la mayor honra y han
quedado exentos de todo tipo de contribución y tri-
butos[340]. Mientras yo os he conducido, nadie ha muerto 5
huyendo, y ahora pienso enviaros de regreso a casa,
donde seréis la envidia de los vecinos, a los que ya
estáis inútiles para la guerra; pero ya que todos que- 6
réis regresar, ¡hala!, volved todos, y de regreso en casa
anunciad que habéis vuelto tras dejar abandonado a
vuestro rey Alejandro, el vencedor de los persas, medos,
bactrianos, saceos, el que domeñó a uxios, aracosios
y drangeos, amo de los partos, de Corasmia e Hircania
hasta el mar Caspio; el que traspasó el Cáucaso más 7
allá de las Puertas Caspias, cruzó el río Oxo y el Tanais,
a más del Indo, que sólo había sido cruzado antes
por Dioniso, también el Acesines, el Hidraotes, y que
hubiera cruzado también el Hífasis si vosotros no os
hubierais retraído; que llegó hasta el Gran Mar ba-
jando por ambas bocas del Indo; que atravesó el de-
sierto de Gadrosia, por donde nadie anteriormente
había cruzado con un ejército; que capturó, además,
Carmania según marchaba y la tierra de los oritas, y
al que cuando su flota había terminado su periplo por

340 Aquí, como en otros varios discursos, hay un cierto colorido retórico, con una ligera exageración de la realidad histórica de los acontecimientos.

el mar Pérsico desde la India lo condujisteis de nuevo hacia Susa, y lo abandonasteis dejándolo allí como centinela de los pueblos bárbaros que ya antes habíais vencido.

»El anuncio de todo esto os dará, a buen seguro, fama entre los hombres, y entre los dioses, sin duda, se considerará algo piadoso. ¡Hala, marchad![341].»

*Discurso de Calines*

11 Esto fue lo que les dijo Alejandro; acto seguido, descendió de la tribuna de un salto y pasó a su residencia, donde abandonó su cuidado corporal y no se dejó ver ni siquiera de los Compañeros. Tampoco al día siguiente quiso que éstos le vieran. Al tercer día convocó en su residencia a los más nobles persas, y repartió entre ellos el mando de los batallones, permitiendo que le besaran[342], según costumbre, sólo los que eran sus parientes.

2 Los macedonios, al acabar de oír el discurso de su rey quedaron atónitos y llenos de estupor, permaneciendo en silencio junto a la tribuna; nadie acompañó al rey al abandonar la tribuna, excepto los Compañeros que con él estaban y su guardia personal. El resto de sus hombres, sin embargo, no sabían qué hacer ni decir quedándose allí, ni querían tampoco marcharse.

3 Al llegarles ahora, al cabo de los tres días, noticias acerca de los medos y los persas, de cómo el mando

341 Sobre este discurso en Opis, además de lo ha poco citado, no queremos que se nos olvide W. W. TARN, *Alexander...* I, págs. 116 y sigs., y II, págs. 434 y sigs., amén de las discusiones de E. BADIAN, «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7 (1958), 425-444.

342 Esta práctica del beso como saludo, común en varios pueblos de la antigüedad y, actualmente, no del todo desaparecida, era una tradición que los reyes persas confirieron a sus más nobles súbditos.

se ponía en manos de los persas, así como que el ejército bárbaro pasaba a formar parte de las compañías del ejército, y que a un *ágēma* persa se le daba nombre macedonio, y que Alejandro llamaba *peceteros* a unos persas, y llamaba «escudos de plata» a un batallón persa, y los denominaba también «caballería de los Compañeros», y que había nombrado un nuevo *ágēma* real compuesto de persas; al oír todo esto los macedonios ya no pudieron contenerse por más tiempo.

Echaron todos a correr hacia la residencia de su rey, 4
ante cuyas puertas tiraron sus armas en señal de súplica a su rey y, puestos en pie delante de la puerta, pedían a gritos que se les permitiera pasar adentro. Los instigadores de la pasada revuelta y los que habían empezado a gritar contra el rey estaban dispuestos a entregarse. Los demás no se marcharían de delante de las puertas ni de noche ni de día hasta alcanzar el perdón de Alejandro.

Al anunciársele todo esto a Alejandro, salió fuera a 5
toda prisa y, al ver con qué humildad estaban allí aquellos hombres, oyéndoles llorar entre grandes lamentos, también a él se le saltaron las lágrimas. Alejandro se adelantó para hablar, mientras los demás seguían implorándole insistentemente. Entonces, uno de ellos, jefe de la caballería de los Compañeros y distinguido por su edad, de nombre Calines, dijo lo siguiente:

«Señor, lo que molesta a los macedonios es que tú 6
hayas hecho parientes tuyos a algunos persas y que éstos así se hagan llamar y les esté permitido darte el beso, mientras que ningún macedonio de la clase no dirigente disfruta aún de ese honor.»

En este punto, le interrumpió Alejandro para de- 7
cirles:

«A todos vosotros yo os considero parientes míos, y a partir de este momento como a tales os llamaré.»

Al decir esto Alejandro, se le acercó Calines y le besó, así como todo aquel que quiso hacerlo. Tomaron todos ya sus armas y entre gritos y cantos de peán
8 regresaron al campamento. Alejandro ofreció un sacrificio a los dioses de su devoción por este feliz resultado y celebró una comida popular, sentado él mismo en medio de todos los macedonios; a continuación se sentaron los persas y, tras éstos, los demás pueblos que gozaban del respeto general, bien por su significación, bien por cualquier otra cualidad especial. Alejandro y los que con él estaban bebieron del vino sacado de la misma cratera y realizaron idénticas libaciones, mientras adivinos griegos y los magos co-
9 menzaban sus ceremonias. Se hicieron ruegos por toda suerte de bienes y, en especial, por la concordia e imperio común de macedonios y persas. Según el relato conservado hasta nosotros, fueron unos nueve mil los que participaron en el festín. Celebraron todos la misma libación y entonaron todos a una el canto del peán [343].

*Regreso de los veteranos*

12 Desde allí se organizó la expedición de los macedonios que voluntariamente querían regresar por haber quedado inútiles para la guerra, por su edad o por alguna otra circunstancia. Este contingente resultó ser de unos diez mil hombres. Alejandro les pagó el salario devengado hasta ese mismo día, y a ello añadió la cantidad que les correspondía hasta el día que llegaran a
2 casa de regreso. Aún añadió, aparte de esta soldada, un talento para cada uno de sus hombres. Les aconsejó que dejaran allí con él a los hijos que hubieran tenido con mujeres asiáticas, a fin de evitar que a su regreso surgiera alguna querella entre estos hijos nacidos de

---

343 Cf. nuestra n. 341.

otras tribus y bárbaras con los que habían dejado en Macedonia y sus madres; Alejandro se comprometió a ocuparse de ellos y educarlos como mocedonios en todos los aspectos, y a hacerlos disciplinados en los asuntos de la milicia; una vez que se hicieran hombres, él mismo los llevaría a Macedonia y los entregaría a sus padres. Prometió a los que partían todo esto, a 3
pesar de ser cosas inseguras y de futuro difícilmente conjeturable; por otra parte, pensó que la mejor prueba con que podía demostrarles su amistad y la añoranza que de ellos sentiría era su decisión de enviar con ellos a Crátero, que era el hombre de su mayor confianza, y a quien estimaba como a su propia persona, en calidad de protector y jefe de la expedición. Alejandro los abrazó a todos, llorando él y llorando ellos en este acto de despedida. Encargó a Crátero 4
que los devolviera a su patria, y una vez los hubiera conducido a ella, que se hiciera cargo de Macedonia, Tracia y Tesalia, como defensor[344] de la libertad de los griegos. Ordenó a Antípatro que trajera de Macedonia hombres jóvenes que reemplazaran como sucesores a los que ahora se iban. Acompañaría a Crátero como segundo jefe de esta expedición Poliperconte, a fin de que no quedaran sin guía los que volvían a su tierra, en caso de que a Crátero le sucediera algo en el camino, ya que cuando Alejandro lo despidió iba algo delicado de salud.

Circulaba el oscuro rumor, difundido por esos que 5
se dedican a comentar los asuntos de los reyes (con tanto más interés si son secretos) y que suelen dar mayor crédito a lo peor (por donde les conduce la mera probabilidad y su propia malicia) que a la verdad,

[344] Iba, pues, en calidad de *hēgemṓn*, por delegación del propio Alejandro, de la Liga de Corinto, cargo en el que sucedía a Antípatro.

según el cual Alejandro, vencido ya por las calumnias de su madre Olimpíade contra Antípatro, quería alejar a Antípatro de Macedonia[345].

6 Yo entiendo, sin embargo, que el traslado de Antípatro no buscaba privarle de ninguno de sus honores, sino que lo que Alejandro trataba de evitar era que entre Olimpíade y Antípatro surgiera alguna pendencia desafortunada que ni él mismo pudiera luego subsanar. En efecto, Antípatro y Olimpíade no dejaban de escribir a Alejandro; aquél aludía al recio carácter, acritud e intromisión de Olimpíade[346], defectos poco adecuados para quien era la madre de Alejandro, de suerte que se había divulgado un casual comentario acerca

[345] Varias son las explicaciones que se pueden aventurar a la pregunta de ¿por qué Alejandro mandó llamar a Antípatro en un momento en que los asuntos relativos al Decreto de Exiliados estaba originando serios problemas en varias ciudades griegas? De Arriano sacamos la explicación de que Alejandro lo que quería era acabar con la disensiones y querellas existentes entre Antípatro y Olimpíade; esto, sin embargo, no parece suficiente. Tarn y Wilcken pensaron que la nueva política de Alejandro requería un nuevo hombre y que, por ello fue Crátero el encargado de sustituir a Antípatro, cuya gestión había resultado ser en exceso «oligárquica». Más recientemente, E. Badian, en su «Harpalus»..., págs. 16-43, especialmente en 36 y sigs., sugiere que la verdadera razón que Alejandro tuvo para destituir de su cargo a Antípatro fue la sospecha (que la propia Olimpíade había hecho llegar a sus oíods) de que, en su gestión, seguía una política contraria a los intereses e imagen del propio Alejandro. Sobre los incidentes entre Olimpíade y Antípatro, cf. Diodoro, XVII 118, 1; Plutarco, *Alejandro* 40, 11-13, y Q. Curcio, X 10, y el comentario que hace G. T. Griffith, «Alexander and Antipater in 323 B. C.», *Proceedings of the African Class. Ass.* 8 (1965), 12-17.

[346] Es un hecho indiscutible que Olimpíade poseía un carácter fuerte, así como una gran ambición política, no exenta de crueldad. En el año 335 asesinó a Europa, hija de Filipo y Cleopatra (a la que impulsó luego al suicidio) y, años más tarde (317), hizo ajusticiar a Filipo Arrideo y a su mujer, Eurídice; cf. Pausanias, VIII 7, 7, y Diodoro, XIX 11, 8.

de las cosas que de su madre le comunicaban, según el cual decía Alejandro de su madre que le estaba cobrando muy alto precio por haberle tenido en su vientre nueve meses. Por su parte, Olimpíade decía 7
que Antípatro era un insolente que se apoyaba en la estima y adulación con que se le trataba, y que no se acordaba ya de quién le había posibilitado acceder a tan alto puesto, sino que ya sólo buscaba ser estimado como hombre principal sobre los demás macedonios y griegos. Parecía ganar cada vez mayor fuerza en Alejandro todo lo que tendía a desacreditar incluso calumniosamente a Antípatro, en la idea de que Antípatro representaba un peligro para la monarquía. Sin embargo, nunca hubo de parte de Alejandro gesto alguno ni evidente comentario que hiciera suponer a nadie que Antípatro había dejado de merecer su más alta estima *** [347] Hefestión.

*Las amazonas*

Influyó este rumor en la reconciliación de Hefestión con Eumenes, aunque éste la aceptó de mejor grado que aquél. 13

Fue en este camino donde [348], según dicen, Alejandro vio la llanura en que pastaban las yeguas reales; la llanura se llamaba Nisea, y de ahí que las lleguas reciban el nombre de niseas, según Heródoto [349]. Hubo en ella antiguamente casi ciento cincuenta mil yeguas, aunque ahora Alejandro no había encontrado más de cincuenta mil, pues los ladrones habían robado la mayor parte de ellas. Cuentan tam- 2
bién que Atrópates, el sátrapa de Media, entregó a

347 Hay una laguna en el texto; se puede conjeturar lo que falta acudiendo a Diodoro.

348 El camino de Opis a Ecbatana.

349 Las fuentes antiguas que nos hablan de estas yeguas son: HERÓDOTO, VII 40, 2; ESTRABÓN, XI 13, 7, y DIODORO, XVII 110, 6; cf. también n. 315.

Alejandro cien mujeres de la estirpe, decían, de las amazonas, pertrechadas con el equipo de un soldado de caballería, sólo que llevaban hachas en vez de lanzas y peltas en vez de escudos. Dicen algunos que tienen su pecho derecho menos desarrollado, y que
3 lo dejan al descubierto en el combate. Alejandro las apartó del ejército, a fin de evitar alborotos e insolencias contra ellas por parte de los macedonios o bárbaros. Encargó, sin embargo, que le anunciaran a su reina su visita, pues tenía interés en tener algún hijo de ella. Debo decir, empero, que ni Aristobulo ni Tolomeo, ni ningún otro historiador digno de crédito ha dejado nada escrito de este tema[350].

4 Por mi parte, yo creo que esta estirpe de mujeres amazonas ya no existía en tiempos de Alejandro; el propio Jenofonte, que vivió mucho antes que Alejandro, no hizo mención de ellas, mientras que sí mencionó, por ejemplo, a los fasianos, colcos y otros muchos pueblos bárbaros con quienes los griegos se toparon al salir de Trebisonda y antes de regresar a ella, región en la que se hubiera tenido que topar con
5 las amazonas de haber existido aún. Pues que nunca existió esta raza de mujeres, a mí por lo menos, no me parece creíble, habiendo sido mencionadas por tantos y tan importantes autores[351]. Así, por ejemplo, hay una tradición según la cual Heracles tuvo que llegarse hasta el país de las amazonas, y llevó a Grecia el ceñidor de Hipólita, su reina; otra tradición dice que

---

[350] En cambio, son varios los autores antiguos que nos han legado un relato donde se cuenta el encuentro entre Alejandro y la reina de las Amazonas (cf. DIODORO, XVII 77, 1; Q. CURCIO, VI 5, 24-32; por su parte, PLUTARCO, *Alejandro* 46, nos recoge los nombres de los que dan o no crédito a dicha anécdota).

[351] Parece ser que es éste el primer testimonio de la Antigüedad en que categóricamente se niega la existencia de las Amazonas.

los atenienses a las órdenes de Teseo fueron los primeros en derrotarlas en una batalla y rechazar el ataque que estas mujeres habían lanzado sobre Europa. El pintor Cimón[352] pintó en un cuadro el combate de los atenienses y las amazonas, al igual que hiciera con las luchas entre atenienses y persas. También He- 6
ródoto menciona en diversos pasajes de su obra a estas mujeres, así como todos los atenienses que recibieron el encargo de pronunciar un discurso fúnebre[353] en honor de los muertos en combate, pues todos ellos hicieron mención de sus combates con las amazonas.

Mi idea, por tanto, es que si Atropates ofreció a Alejandro un contingente de mujeres a caballo, se trataría de mujeres de algún pueblo bárbaro, ejercitadas en la equitación y ataviadas según la antedicha usanza de las amazonas.

*Muerte de Hefestión*

Celebró Alejandro en Ecbatana 14
un sacrificio, según tenía por costumbre tras algún buen evento, y organizó un certamen gimnástico y musical, mientras él asistía con sus Compañeros a un festín.

Entretanto enfermó Hefestión, y ya se cumplía el séptimo día de su enfermedad. Estaba abarrotado entonces el estadio por celebrarse una carrera de muchachos, y Alejandro, que presenciaba los juegos, recibió la noticia de que Hefestión estaba grave. Acudió a visitarle al instante, aunque no pudo encontrarlo con vida.

---

352 Debe de tratarse, casi con total certeza, del pintor Micón, que alcanzó su esplendor en la Atenas del 460, aunque la lectura del nombre propio Cimón tal vez sea un error que se remonte al propio Arriano.

353 Por ejemplo, Lisias, *Epitafio* 1; Isócrates, *Panegírico* 19; Platón, *Menéxeno* 239d.

2 Llegados a este punto, los diversos historiadores nos relatan cada cual a su manera la manifestación del dolor que Alejandro sintió. Todos coinciden en afirmar que su dolor fue enorme; en cambio, las diferencias surgen a propósito de lo que Alejandro hizo, según que cada uno se deje llevar por la simpatía o por la envidia hacia la figura de Hefestión, o incluso
3 hacia el propio Alejandro. De estos historiadores, que han escrito grandes sandeces, hay algunos que a mi parecer lo hicieron porque así creían elogiar a Alejandro, a quien pintaban dando muestras de extremo dolor por la pérdida de quien había sido su amigo más querido de todos[354]; otros, en cambio, lo hicieron porque así creían censurarle su comportamiento, nada digno de un rey, y mucho menos de Alejandro. Por ejemplo, según unos, Alejandro permaneció la mayor parte de aquel día echado sobre el cuerpo de su amigo, llorando y sin querer apartarse de él, hasta que
4 sus Compañeros consiguieron llevárselo de allí; otros dicen, sin embargo, que estuvo todo el día y toda la noche echado sobre el cuerpo de Hefestión. Afirman otros que colgó al médico Glaucias por haberse equivocado en la administración de un fármaco; según otros, porque había dejado a Hefestión que siguiera bebiendo, aun viéndole que ya estaba totalmente borracho.

El caso es que Alejandro se cortó el cabello sobre el cadáver de su amigo, cosa que por lo demás y a mi parecer no es reprobable, y que entiendo que hizo por emular a Aquiles, por quien ya desde su niñez sentía
5 gran admiración. Aún hay quienes, aunque a mi parecer

354 Ambos jóvenes fueron, en efecto, amantes, aunque muchos de los reproches que los historiadores hacen al comportamiento de Alejandro hay que atribuirlos a la manifiesta hostilidad que por ambos jóvenes sintieron.

carecen de todo crédito, dicen que Alejandro condujo una parte del trayecto el carro en que se transportó el cadáver de Hefestión. Otros afirman que Alejandro mandó demoler hasta los cimientos el templo de Asclepio en Ecbatana, acto propio de un bárbaro, y en absoluto en consonancia con Alejandro, sino, más bien, con la insolencia de Jerjes para con la divinidad y con las cadenas que tendió, según dicen, al Helesponto tratando de castigarlo así[355].

Mucho más verosímil me parece el relato según el 6
cual Alejandro se encontró, cuando iba camino de Babilonia, con varias legaciones de griegos, entre los cuales venían algunos embajadores de Epidauro[356]. Alejandro les dio todo lo que ellos le pidieron, además del encargo de que llevaran a Asclepio una ofrenda y el siguiente mensaje:

«AUNQUE EL COMPORTAMIENTO DE ASCLEPIO NO ME HA SIDO NADA BENÉVOLO, AL NO SALVAR A MI AMIGO, A QUIEN MÁS QUE A MÍ MISMO APRECIABA.»

Ordenó Alejandro hacer sacrificios en honor de He- 7
festión, como si se tratara de un héroe; esto es lo que dicen al menos la mayoría de sus historiadores, aunque algunos otros afirman que Alejandro envió una legación a que preguntara al dios Amón si era procedente ofrecer sacrificios a Hefestión como si de un dios se tratara; la respuesta del oráculo fue que no procedía[357]. En lo que todos concuerdan es en que Alejandro 8
estuvo tres días tras la muerte de Hefestión sin probar alimento alguno, ni preocuparse del cuidado de su cuerpo, sino que permaneció acostado, ya en silencio

---

355 Lo cuenta HERÓDOTO, VII 35.

356 Ciudad famosa, especialmente, por su santuario al dios Asclepio.

357 Cf. VII 23, 6.

lastimero, ya en medio de grandes gemidos. Ordenó que se le levantara en Babilonia una pira en su honor por un importe de diez mil talentos, o aún más cara según creen algunos[358].

9 Hizo pregonar Alejandro luego por toda la geografía bárbara que se declarase luto oficial. Muchos de los Compañeros de Alejandro se ofrecieron a sí mismos y sus propias armas como señal de veneración al recién muerto Hefestión. Fue Eumenes el primero en cumplir con esta idea, a pesar de que hacía muy poco que había tenido algún enfrentamiento con Hefestión. Fue tal su sinceridad de ahora que Alejandro quedó convencido
10 de que no se alegraba por la muerte de Hefestión. Con todo, Alejandro nunca nombró a ningún otro quiliarco en sustitución de Hefestión al mando de la caballería de los Compañeros, a fin de que el nombre de Hefestión se conservara siempre en su batallón; la quiliarquía se llamó «de Hefestión» y el estandarte que la precedía en la marcha era el diseñado por Hefestión.

Pensaba Alejandro celebrar un certamen gimnástico y musical, que por el número de participantes y los gastos en él realizados sería mucho más brillante que todos los hasta entonces celebrados. En efecto, fueron tres mil el total de competidores, los mismos precisamente que poco después participarían, según dicen, en el propio funeral de Alejandro.

---

358 DIODORO, XVII 115, nos transmite una detallada descripción de esta pira y es uno de los que valoran su costo en doce mil talentos. El encargado de la construcción fue el arquitecto de Rodas, Deinócrates, que era el que había dirigido las obras de Alejandría en la desembocadura del Nilo.

*Visitas de diversas embajadas*

Al cabo de cierto tiempo remitió el dolor de Alejandro, recuperándose progresivamente de él hasta permitir que sus Compañeros le visitaran. Organizó entonces una expedición contra los coseos, que es un pueblo 15
muy belicoso, vecino de los uxios. Son estos coseos un 2
pueblo de la montaña que habitan aldeas asentadas en lugares que son verdaderas fortalezas. Cuando alguna fuerza enemiga se acerca a la cima de sus montes, todos juntos o por grupos según convenga, abandonan sus emplazamientos y se dan a la fuga, evitando a toda costa que las fuerzas invasoras entre en combate directo con ellos, y una vez que los invasores se han retirado, se dedican de nuevo al bandidaje, que es su régimen de vida.

Alejandro aniquiló a este pueblo, a pesar de que su 3
expedición tuvo lugar en pleno invierno[359]. Como es sabido, ni el invierno ni los lugares escabrosos habían sido nunca para él obstáculo, como tampoco lo habían sido para Tolomeo, el hijo de Lago, que en aquella ocasión marchó al frente de parte del ejército contra los coseos. En efecto, Alejandro jamás dejó empresa guerrera inconclusa de cuantas emprendió. A su 4
regreso a Babilonia, le salieron al encuentro unos embajadores de los libios, que le dieron la enhorabuena y le ofrecieron coronas como a rey de toda el Asia; igualmente se habían desplazado legaciones de los pueblos de Italia; a saber: brucios, lucanos y tirrenos, con este mismo motivo. Se dice incluso que acudieron

---

359 Estos coseos habían impuesto a los reyes persas la exacción de un tributo por transitar por sus territorios; tras ser derrotados por Alejandro, los coseos se asentaron en ciudades más estables, y abandonaron parcialmente sus prácticas de pillaje. (Cf. *India* 40, 6-8, y, con una versión distinta de los hechos, PLUTARCO, *Alejandro* 72, 4.)

algunos embajadores cartagineses, etíopes y de los escitas europeos, a más de celtas e iberos, solicitando su amistad, siendo ésta la primera vez en que los griegos y macedonios tuvieron conocimiento de la
5 existencia y armamento de estos pueblos[360]. Se dice incluso que estos pueblos acudieron al arbitraje de Alejandro para dirimir sus recíprocas querellas, de suerte que Alejandro aparecía en su estima propia y en la de sus seguidores como señor de toda la tierra y el mar. Según el testimonio de dos historiadores de Alejandro, Aristón y Asclepíades, hasta los romanos enviaron una legación ante Alejandro[361]. Al entrevistarse con él los romanos, aventuró Alejandro que su poderío sería inmenso en el futuro, vista la disciplina de sus hombres, su laboriosidad y libertad, así como el sistema político por el que, según le habían informado, se regían.

6 He recogido esto en mi historia, sin considerarlo totalmente cierto ni por completo increíble. Lo que sí es cierto es que ningún historiador romano hizo mención alguna de que esta embajada hubiera sido enviada a Alejandro; tampoco lo hicieron los historiadores de Alejandro cuyo testimonio sigo yo, por lo general, Tolomeo, el hijo de Lago, y Aristobulo. Tampoco

---

[360] No son de extrañar estas legaciones llegadas de tan remotos pueblos. La presencia de los cartagineses hay que unirla al hecho de que Cirene era un aliado de Alejandro; por su parte los lucanos y brucios ya habían entrado en contacto por aquel entonces con Alejandro del Epiro.

[361] No conservamos las obras de estos autores. De otra parte, la verosimilitud de una embajada enviada por los romanos es cuestión más que dudosa. Clitarco asegura que tuvo lugar, aunque en su contra está el hecho de que ni Tolomeo ni Aristobulo las mencionan, y este silencio ha sido considerado por algunos como decisivo. Al respecto, cf. E. BADIAN, *PACA* 8 (1965), 5 ss., y F. SCHACHERMEYR, *Alexander in Babylon...*, págs. 217 y sigs.

cuadraba mucho al régimen de Roma[362] (que era por entonces absolutamente libre) enviar una legación ante un rey extranjero, de un país además tan lejano del suyo, sin verse obligados a ello por miedo ni con esperanzas de conseguir de ello alguna utilidad, y tratándose, más que ningún otro, de un pueblo de pocas simpatías al régimen monárquico, e incluso al nombre de rey.

*Los oráculos caldeos*

Envió Alejandro ahora a Heraclides, el hijo de Argeo, hacia Hircania, acompañado de algunos constructores de barcos, con el encargo de cortar madera en los montes de Hircania y contruir largas naves de guerra, descubiertas y cubiertas, al estilo griego. 16

En efecto, sentía Alejandro vivo interés[363] por conocer esta parte del mar Caspio (llamado también Hircanio) y ver con qué otro mar se comunicaba (si con el Euxino[364], o si es tan sólo un golfo del Gran Mar de la India oriental), al igual que ya anteriormente había podido comprobar que el golfo Pérsico, al que algunos llaman mar Rojo, es sólo un golfo del Gran Mar[365]. 2

---

362 Mucho se ha escrito sobre la ficción o realidad de esta embajada de los romanos. Como resumen de las dos posturas, cf. G. Nenci, «L'ambasceria romana ad Alessandro», en *Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica,* Pisa, 1958, págs. 260-281, donde se defiende la ficción de esta embajada; su contrario piensa M. Sordi, «Alessandro e i Romani: 2. Le ambasceri dei romani ad Alessandro», *Rendiconti dell'Istit. Lombardo* 99 (1965), 445-452.

363 Cf. vol. I, n. 21, sobre el *póthos.*

364 El mar Negro.

365 Al descubrir Alejandro que el golfo Pérsico es sólo un golfo del Océano, sintió dudas de que el Caspio (Nircanio) fuera un lago, que es lo que tanto Heródoto como su preceptor Aristóteles creían. Pensó Alejandro que pudiera ser un golfo

3 Hasta ahora nadie sabía dónde estaban las fuentes del mar Caspio, y eso, a pesar de que son muchos los pueblos que viven a su alrededor y muchos los ríos navegables que en él desembocan. Por ejemplo, de Bactria procede el río Oxo (que es el mayor río de Asia, si exceptuamos los de la India), que viene a desembocar a este mar Caspio, así como el Jaxartes, que atraviesa el país escita. Según la versión más difundida, el Araxes también desemboca en él, tras haber cruzado
4 Armenia[366]. Esto en cuanto a los ríos más importantes, aunque también hay muchos otros que son afluentes de aquéllos, y terminan, finalmente, por llevar sus aguas al Caspio. De ellos, unos fueron descubiertos[367] por los hombres que acompañaron a Alejandro contra los pueblos de aquella región; otros, en cambio, están muy al norte del golfo (según es conjeturable) donde viven los escitas nómadas, territorio por completo ignoto.

5 Alejandro cruzó el río Tigris con su ejército en dirección a Babilonia, donde se topó con unos profetas caldeos[368] que le apartaron de sus Compañeros y le

---

del Océano por su parte norte, al igual que el golfo Pérsico lo era por el S. Curiosamente, y hasta el siglo IV d. C., se pensó que el Caspio era un golfo del Océano.

366 En la actualidad al menos, tanto el río Oxo como el Jaxartes (Syr-Darya) desembocan no en el Caspio, sino en el Aral. A pesar de ello, hoy sabemos que el río Oxo ha desembocado, efectivamente, en el Caspio en una época muy remota. Cf. J. O. THOMSON, *Hist. of Ancient Geography*, págs. 128 y siguientes; J. R. HAMILTON, «Alexander and the Aral», *Class. Quarterly* 21 (1971), 110 ss.

367 Para los progresos científicos y descubrimientos efectuados con ocasión de las expediciones de Alejandro, remitimos al capítulo «Wissenschaftliche Forschungen» de J. SEIBERT, *op. cit.* 216 ss.

368 Se llamaba «caldeos» a estos matemáticos vinculados al mundo de la adivinación y la magia. Hemos de recomendar, sobre estas figuras de magos y matemáticos, el libro de J. GAGE,

pidieron que detuviera su marcha hacia Babilonia, pues conocían un oráculo del dios Belo según el cual su llegada a Babilonia no le auguraba nada bueno en aquella ocasión. Alejandro les contestó con un verso de Eurípides[369] que decía:

*El mejor adivino es el que predice lo mejor.* 6

«Tú, Señor —le dijeron los caldeos—, no mires al Occidente, ni conduzcas tu ejército en esa dirección, sino date la vuelta hacia el Este.»

Mas no le resultó posible a Alejandro hacer lo que 7
los caldeos le dijeron, por ser el terreno muy dificultoso; y es que el destino le conducía ya por donde debía ir al encuentro de la muerte.

Tal vez resultó la mejor suerte para él morir en pleno apogeo de su fama y con la estima general de todos sus hombres, antes de que sobre él cayera alguna desgracia humana; fue por esta misma razón por la que Solón aconsejó a Creso que lo lógico era esperar al final de la vida para poder proclamar feliz a un
hombre[370]. La muerte de Hefestión supuso para Ale- 8
jandro tan gran pérdida, que yo creo que él habría preferido morir antes que su amigo, mejor que tener que vivir este trance; igual que ocurriera a Aquiles, según creo, que hubiera preferido morir antes que Pátroclo, y no tener que vengar luego su muerte.

---

*Basilea, les Césars, les rois d'Orient et les mages*, París, 1968, y el de É. Benveniste, *Les mages dans l'ancien Iran*, París, 1938.

[369] De una pieza perdida, parece ser, en efecto, de Eurípides, a quien también lo atribuye Plutarco, *Moralia* 432c, y Cicerón, *De divin.* II 5. Corresponde al fr. 963 de Dindorf. Cf., además, lo dicho en n. 67 de la *Introducción* (vol. I).

[370] Cf. Heródoto, I 32.

*Alejandro sospecha de la honestidad de los caldeos*

17 Alejandro presintió ciertas sospechas de los caldeos, en el sentido de que el intento de impedirle su avance en aquella expedición hacia Babilonia se debía no tanto a razones de mántica, como a algunas ventajas que para ellos se pudieran derivar. En efecto, el templo de Belo estaba en el centro de la ciudad de Babilonia, de dimensiones enormes[371], estaba construi-
2 do de ladrillos cocidos amasados con asfalto. Este templo, al igual que los demás de Babilonia, había sido arrasado hasta los cimientos por Jerjes a su regreso, cuando se retiraba de Grecia[372]. Por contra, Alejandro había pensado reconstruirlo, según dicen unos, sobre su primitivo asiento, y por ello había ordenado a los babilonios que retiraran los escombros; según otros, el nuevo templo iba a ser aún mayor que el antiguo.

3 Sin embargo, al marchar Alejandro de Babilonia en su expedición hacia la India, los encargados de la construcción del nuevo templo comenzaron tan sólo las obras, y aun ello lenta y perezosamente, por lo que Alejandro, ahora de regreso, se mostró decidido a terminar las obras con todos sus hombres.

El territorio consagrado por los reyes asirios al dios Belo era muy extenso, así como abundantes sus ofrendas en oro, y de ellos se mantenía desde antiguo el templo y se atendían los sacrificios a la divinidad.
4 Por aquellas fechas, sin embargo, eran los caldeos los administradores de los bienes del templo, al no haber necesidad de emplear en nada los excedentes de los ingresos. Justo por esto sospechaba Alejandro que los caldeos le querían disuadir de entrar en Babilonia, ya

---

371 Cf. lo dicho en el vol. I, n. 338.

372 Heródoto, I 181, nos da una descripción del mismo y nos dice que en su tiempo aún existía.

que si las obras del templo se concluían en breve espacio de tiempo se quedarían ellos sin los beneficios económicos de que ahora disfrutaban.

Según Aristobulo, Alejandro tuvo intención de obe- 5
decer el requerimiento de los caldeos y apartarse del camino que conduce a la ciudad. Decidió por ello acampar el primer día junto al río Eufrates y marchar al día siguiente por su orilla izquierda, sobrepasar la ciudad por el lado de poniente, para luego dar la vuelta y continuar la marcha hacia el Este. Sin embargo, 6
no pudo efectuar así su avance con su ejército a causa de las dificultades que el terreno planteaba; en efecto, si uno viene de la parte oeste de la ciudad en dirección Este, se encuentra con un terreno pantanoso y de marismas, de modo que, en parte involuntariamente, en parte por propia decisión, desatendió el aviso divino.

*Profecías de Pitágoras y Cálano*

Por otra parte, Aristobulo re- 18
coge en su historia la siguiente anécdota. Apolodoro, natural de Anfípolis, uno de los Compañeros de Alejandro, y general del ejército que Alejandro había dejado con Maceo, el sátrapa de Babilonia, se unió a las tropas de Alejandro cuando éste regresaba de la India. Estando con él, observó que Alejandro castigaba muy rigurosamente a los sátrapas de las diversas provincias, y por ello se decidió a escribir una carta a su hermano Pitágoras, experto en adivinar el futuro mediante la observación de las vísceras de las aves, a fin de que vaticinara acerca de su propia seguridad.

Por su parte, Pitágoras le escribió inquiriendo por 2
miedo a quién quería que le vaticinara; a ello le contestó su hermano diciendo que temía a Alejandro y a Hefestión. Pitágoras sacrificó una víctima para inquirir primeramente a propósito de Hefestión, y al no descubrir el lóbulo en el hígado de la víctima escribió y

selló una carta que cursó a Apolodoro desde Babilonia a Ecbatana, afirmándole que no tenía por qué temer a Hefestión, ya que en breve tiempo éste iba a desapa-
3 recer de entre ellos. Según cuenta Aristobulo, Apolodoro recibió esta carta el día antes de que Hefestión muriera. A continuación Pitágoras sacrificó una víctima a propósito de Alejandro y tampoco se pudo encontrar el lóbulo del hígado del animal, por lo que Pitágoras escribió a Apolodoro una carta del mismo tenor que la anterior, a propósito de Alejandro.

Sin embargo, Apolodoro no guardó el secreto, sino que dio parte a Alejandro de lo que le habían anunciado, queriendo con ello manifestar su buena disposición para con su rey, aconsejándole se previniera de cualquier peligro que por aquellos días pudiera acaecerle.

4 Dice también Aristobulo que Alejandro agradeció el aviso a Apolodoro, y que una vez que estuvo en Babilonia preguntó a Pitágoras, basándose en qué indicios había mandado aquel escrito a su hermano. Pitágoras contestó que era por no haber encontrado el lóbulo en el hígado de la víctima; y al preguntarle Alejandro qué significaba todo ello, le contestó: «Algo muy serio»[373].

No se irritó Alejandro por esta contestación de Pitágoras, antes bien, aumentó la estima que de él tenía,
5 por haberle expresado sin engaño toda la verdad. Aristobulo dice que oyó este relato de boca del propio Pitágoras, y añade que Pitágoras vaticinó algo más tarde acerca de Perdicas y Antígono. Para ambos tuvo el mismo indicio; el caso es que Perdicas murió luchando contra Tolomeo[374], y Antígono también, en la batalla que mantuvo en Ipso contra Seleuco y Lisímaco[375].

373 Cf. CICERÓN, *De divin.* I 119.

374 Perdicas murió, en el 321, asesinado por sus propios hombres.

375 La batalla de Ipso tuvo lugar en el año 301 y, en ella,

Pero, todavía más, es que aún hay otra anécdota, a 6
propósito ahora de Cálano, el indio. Se disponía éste a
marchar a la pira en donde iba a morir y procedió a
abrazar a todos los Compañeros de Alejandro, sin
querer acercarse a abrazar a Alejandro, a quien dijo:
«A ti ya te encontraré en Babilonia y allí te abrazaré.»
Nadie hizo caso de esta anécdota en ese momento, pero
más tarde, cuando Alejandro murió estando en Ba-
bilonia, todos los que la habían oído vinieron a recor-
dar que, efectivamente, había profetizado sobre la
muerte de Alejandro.

*Nuevas embajadas griegas*

A su regreso a Babilonia, se 19
le presentaron unos embajadores
griegos, aunque no nos ha que-
dado constancia de con qué in-
tenciones acudieron a él cada una
de estas legaciones. Por mi parte, yo me inclino a pen-
sar que en su mayor parte vinieron a coronarle y feli-
citarle por todas sus victorias, y en especial por la
obtenida sobre los indios, y a darle parabienes por
haber regresado sano y salvo de la India[376]. A todos 2
ellos los saludó Alejandro, y tras haberlos honrado
conforme al ceremonial, los mandó, según se dice, de
regreso a sus ciudades, dándoles para que las devol-
vieran a sus lugares de origen, todas las estatuas, imá-
genes y cualquier tipo de ofrendas que Jerjes expoliara
de Grecia y se encontraban en Babilonia, Pasargada,
Susa o cualquier otra plaza de Asia[377]; concretamente,
se dice que la estatua de bronce de Harmodio y Aristo-
gitón se devolvió a Atenas, así como la figura sedente
de Ártemis Celcea.

---

se impondrían Seleuco y Lisímaco sobre Antígono, representante, este último, del poder central.

376 Más bien parece que estas embajadas tuvieron como objetivo cuestiones relativas al Decreto de Exiliados.

377 Cf. III 16, 7.

3 Según nos cuenta Apolodoro, se le unió a él cuando estaba en Babilonia su flota; una parte de ella, la que estaba bajo las órdenes de Nearco, había remontado el río Eufrates desde el mar Pérsico; y la otra parte había sido transportada desde Fenicia (dos pentarremes, tres tetrarremes y doce trirremes, a más de treinta triacóntoros). Estas naves habían sido desmontadas por piezas y transportadas desde Fenicia hasta la ciudad de Tápsaco, en el Eufrates, donde las habían vuelto a emsamblar, y con ellas habían descendido por el
4 río hasta Babilonia. También nos dice que Alejandro estaba construyendo otra nueva flota, para la cual había mandado cortar los cipreses de Babilonia, pues sólo de estos árboles hay abundancia en el país de los asirios, mientras que de los otros que se utilizan para la construcción de naves esta tierra es pobre. Como tripulación para estos barcos y su servidumbre se habían ofrecido a él un buen número de pescadores de caracoles y otra gente que vive del mar, venidos de Fenicia y de otras zonas de la costa. Construyó Alejandro un puerto en Babilonia, y lo dragó para dar cabida en su seno a mil largas naves de guerra, así
5 como un astillero junto al puerto. Mícalo, natural de Clazómenas, partió hacia Fenicia y Siria con quinientos talentos para contratar a sueldo y conseguir hombres de mar. El proyecto de Alejandro era colonizar la costa del golfo Pérsico y las islas de esa zona, por parecerle una región no menos próspera que Fenicia [378].
6 Los preparativos navales que Alejandro traía entre manos se dirigían en su mayor parte contra los árabes de la costa [379], bajo el pretexto de que habían sido los

---

[378] Como en otras ocasiones, la verdadera causa que movió a Alejandro fueron sus ansias de ampliar su imperio, uniendo la India con Egipto, para lo cual tenía que mantener bajo su control la península arábiga.

[379] Preferimos la lectura *paralíous* sustituyendo a *polloús*.

únicos bárbaros de esta zona que no le habían enviado embajadores ni habían tenido ningún otro detalle apropiado ni muestra de honor hacia él. A mi parecer, sin embargo, el verdadero motivo era el afán de dominio, siempre insaciable, de Alejandro.

*Las costas del golfo Pérsico*

Se cuenta la historia[380] de que 20
Alejandro había oído que los árabes sólo veneran a dos dioses: Urano y Dioniso; a Urano porque veían que en él se contenían los astros, y en especial el sol, de quien proceden los mayores y más obvios beneficios para el género humano; y a Dioniso por la fama que había adquirido gracias a su expedición hasta la India. De aquí que Alejandro no consideraba de poca importancia que los árabes le venerarían como a su tercer dios (pues había dado pruebas nada desdeñables de haber aventajado las hazañas de Dioniso), si es que, tras dominar Arabia, les permitía, como a los indios, regirse según sus propios usos y costumbres.

Le incitaba no menos a esta empresa la prosperidad 2
del país, del que había oído que en sus oasis crece la casia[381], y de sus árboles se extrae la mirra[382], el incienso, que de sus matorrales se corta el cinamomo,

---

380 La fuente de Arriano es, sin embargo, también en este caso Aristobulo.

381 Se trata de plantas bien conocidas en Arabia. Cf. Fernández Laguna, *Materia Médica de P. Dioscorides...*, pág. 21: «La cassia nace en la odorifera Arabia, y hay muchas especies de ella; dado que todas tienen los ramos cubiertos de una gruesa corteza y las hojas como las del pimiento.»

382 De la mirra, *ibid.*, cap. 63: «La myrra es liquor de un árbol que nace en Arabia, semejante a la egypcia espina... La myrra calienta, provoca sueño, suelda, deseca, restriñe, molifica la madre, desopila y atrae fácilmente la purgation menstrua y el parto, puesta dentro de la natura con axenxios, o con la infusión de los altramuces o con el zumo de ruda...» (cf. n. 273).

y que en sus praderas crecen espontáneamente los nardos. Por otra parte, estaba la extensión del país, cuya costa era, según sus noticias, no menor que las de la India, y que a lo largo de ella se hallaban buen número de islas y puertos repartidos por todas las playas del país, capaces de cobijar a su flota y proporcionar asentamiento a las más prósperas ciudades del futuro.

3 Le informaron igualmente que enfrente de la desembocadura del Eufrates, ya en el mar, se encuentran dos islas; una de ellas no lejos de la desembocadura, a una distancia de unos ciento veinte estadios [383] de la playa y la desembocadura del río; ésta es la más pequeña de las dos, y está cubierta de tupida selva por todas partes. En ella se encuentra un santuario de Ártemis, y sus habitantes se ocupan del servicio diario
4 del santuario. Se crían en ellas cabras salvajes y ciervos que viven en libertad por estar consagrados a Ártemis, y no es lícito darles caza a no ser que se quieran sacrificar a la divinidad. Sólo con este propósito es lícito cazarlos, y sólo para ello deja de estar prohibido.
5 Cuenta Aristobulo que Alejandro mandó llamar a esta isla Icaria (el mismo nombre que la isla Icaria del mar Egeo [384], en la que según nos cuenta la tradición cayó Ícaro al derretirse la cera con la que había ensamblado sus alas, pues, desatendiendo los consejos paternos, no voló a baja altura, sino que elevándose por los aires a causa de su insensatez, hizo que el sol derritiera y ablandara la cera; dio así su nombre a la isla y al mar, la primera llamada Icaria, y éste, Ícaro).

6 La segunda isla dista de la desembocadura del Eufrates, según se dice, el trayecto que recorre una nave rápida navegando a favor del viento durante una noche

---

383 Algo más de 21 km.

384 Una de las islas del archipiélago de las Espóradas, situada al O. de Samos, llamada en la actualidad Nicariai.

y un día. El nombre de la isla es Tilo[385]; es de gran tamaño, ni escarpada ni muy cubierta de árboles, aunque produce frutos en sus bellas plantaciones y toda clase de fruta del tiempo.

Todas estas informaciones le fueron facilitadas a 7
Alejandro por Arquias, que había partido con un triacóntoro para inspeccionar la costa en dirección a Arabia y había llegado hasta esta isla de Tilo, sin atreverse a proseguir su viaje más allá. Andróstenes[386], sin embargo, que partió en otro triacóntoro, navegó costeando la mayor parte de la península de Arabia. Con todo, el que más lejos llegó de cuantos emprendieron expediciones como éstas fue el timonel Hierón, natural de Solos, a bordo también de un triacóntoro que le había facilitado Alejandro. Las órdenes que se le ha- 8
bían dado eran las de circunnavegar la península arábiga completamente, hasta llegar al golfo arábigo por la parte de Egipto, allá por Herópolis. No se atrevió, sin embargo, a culminar el viaje, aunque sí fue el que más adelante llegó por la península arábiga. A su regreso comunicó a Alejandro que la extensión de la península era enorme, casi tan grande como la índica, y que un saliente de la misma se adentra en gran medida hacia el Gran Mar. Este saliente de la península 9
(que se extendía hasta muy cerca de por donde ellos pasaron) lo había visto la tripulación de Nearco cuando venía de la India, antes de poner rumbo al interior del golfo Pérsico, y a punto estuvieron, incluso, de llegarse a ella por consejo del timonel Onesícrito. Fue Nearco quien dijo oponerse a ello, ya que una vez que hubiera terminado de costear el golfo Pérsico podía

385 El moderno Bahrein.

386 El relato de esta expedición no ha llegado hasta nosotros, pero leyendo el tratado de TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, se obtienen numerosos detalles del recorrido y descripciones geográficas del mismo.

informar a Alejandro de todo aquello por lo que se 10 había originado esta expedición; a él no le había mandado nadie costear el Gran Mar, sino inspeccionar la zona próxima a la costa, qué hombres la habitaban, los fondeaderos que en ella hubiera, puntos de agua, costumbres de sus moradores, y si alguna parte de la región produce buenos frutos, y cuál es estéril. Precisamente ésta había sido la causa de que el ejército de Alejandro se hubiera salvado, cosa que no habría acaecido si ellos se hubieran adentrado más allá de los desiertos de Arabia; fue pues, por esta razón, según se dice, por la que también Hierón determinó no seguir más adelante.

*Excursiones por las riberas del Eufrates y el Palácopas*

21 Mientras sus hombres construían nuevas trirremes y dragaban el puerto de Babilonia, Alejandro partió de Babilonia río abajo por el Eufrates en dirección al río llamado Palácopas. Dista este río de Babilonia ochocientos estadios[387] y es, propiamente hablando, un ramal del Eufrates, más que un río que surja 2 de manantiales propios. El Eufrates fluye, como es sabido, de los montes de Armenia, y durante el invierno discurre por su cauce, pues entonces lleva poca agua. Pero cuando despunta la primavera, y mejor aún en el solsticio[388] de verano, aumenta enormemente su caudal y se desborda por encima de sus orillas allá por la re- 3 gión asiria. Es, en efecto, en esta época cuando las nieves de las cimas de los montes de Armenia se funden incrementando considerablemente el caudal del río, por lo que su corriente baja con una gran crecida y se desborda inundando la región, a menos que desagüe por el Palácopas, dirigiendo su corriente hacia los pan-

387 Casi 150 km.
388 21/22 de junio.

tanos y lagos que se extienden desde este canal hasta el territorio vecino de Arabia, y a partir de aquí enlaza con una extensa zona de marismas, mientras alcanza, por otro lado, el mar por varias desembocaduras de menor importancia. Cuando las nieves terminan de 4
fundirse, al ponerse por Occidente las Pléyades, el Eufrates fluye de nuevo con escaso caudal, desaguando por medio del Palácopas en las lagunas buena parte de su caudal.

El caso es que si alguien no cegara a su vez el Palácopas, haciendo que el agua discurra sólo por el cauce del río, el Eufrates se vaciaría por completo en el Palácopas, haciendo imposible regar con su agua el territorio asirio. De hecho, los desagües del Eufrates en 5
el Palácopas fueron cegados por el sátrapa de Babilonia mediante grandes obras, aunque es posible franquearlas de nuevo sin mucha dificultad, ya que el terreno de aquella zona es barro y fango en su mayor parte que deja pasar el agua del río, por lo que se hace difícil conseguir la contención del mismo. Aun así, más de diez mil asirios estuvieron en este trabajo durante tres meses.

Al tener Alejandro información de estos pormeno- 6
res, se sintió inclinado a favorecer la región asiria, y para ello decidió cegar drásticamente el desagüe del Eufrates en el Palácopas, justo en el punto en que las aguas de aquél se desvían hacia éste. Al avanzar unos treinta estadios, advirtió que el terreno se hacía rocoso, y pensó que si abría una zanja hasta conseguir unirla al antiguo canal del Palácopas, el agua no podría así desparramarse por ser el terreno muy compacto; además, cuando interesara, sería muy fácil cortar la 7
corriente. Más tarde, navegó hasta el Palácopas y bajó por él hasta los lagos, en dirección a Arabia. Encontró allí un lugar bien situado y en él fundó una ciudad, toda ella amurallada, en la que asentó a algunos mer-

cenarios griegos que voluntariamente se lo habían pedido, así como a otros que por su edad o por sus heridas resultaban ya inútiles para la guerra.

*Re regreso a Babilonia*

22 Al evidenciarse como falsa la profecía de los caldeos, ya que Alejandro no había sufrido percance alguno en Babilonia, cosa que debía haber ocurrido según aquéllos habían profetizado, sino que se había adelantado a salir de la ciudad antes de que nada malo le pasara, emprendió ahora una expedición en barco por la zona de los pantanos y con ánimo totalmente confiado, dejando a su izquierda la ciudad de Babilonia. Allí se le extravió una parte de sus barcos al pasar sin prácticos por unos bajíos, hasta que él en seguida les envió un práctico que los reintegró al canal.

2 Se cuenta, a propósito de esta ocasión, la anécdota siguiente: en estas lagunas están las tumbas de muchos reyes asirios, construidas en estos lugares de marismas. Pues bien, navegaba Alejandro por ellos pilotando él mismo, según nos dice la tradición, su trirreme, cuando una racha de fuerte viento le arrebató su sombrero[389] y la diadema real con que se sujetaba el sombrero. Éste fue a hundirse pesadamente en el agua, mientras que la diadema fue arrastrada por la brisa hasta quedar enganchada entre los pastos que crecían
3 sobre la tumba de los antiguos reyes asirios. Lo que a continuación ocurrió fue un indicio claro del futuro: un marinero se echó a nadar en busca de la diadema y tiró de los pastos para rescatarla, aunque no pudo cogerla con sus manos, pues mientras él nadaba desde el barco aquélla se había ido empapando de agua; tuvo

[389] Se trata de la causia, sombrero de anchas alas para prevenirse del tórrido sol de la región.

que ceñírsela sobre su cabeza para poder regresar con
ella nadando.

Dicen la mayor parte de los historiadores de Ale- 4
jandro que éste recompensó el arrojo de su soldado
con un talento, y que luego mandó que le cortaran la
cabeza, siguiendo al tomar esta decisión las indicacio-
nes de los adivinos de que no consintiera que siguiera
con vida la cabeza del que se tocara con la diadema
del rey [390]. Aristobulo nos dice que el marinero recibió
el talento y que fue luego azotado por haberse ceñido
la diadema. Continúa diciendo también Aristobulo que 5
se trataba de un marinero fenicio el que rescató la
diadema, y algunos dicen que fue Seleuco. Todo ello
se entendió como un claro indicio de la inminente muer-
te de Alejandro, y del gran imperio que el futuro pre-
paraba a Seleuco. En efecto, Seleuco fue el rey más
importante de los que sucedieron a Alejandro, el de
mentalidad más regia, el que consiguió dominar la
mayor parte del territorio después de Alejandro, de
modo inequívoco a mi parecer.

A su regreso a Babilonia se encontró Alejandro con 23
que Peucestas ya había vuelto a Persia, de donde había
traído su ejército de veinte mil persas, a más de un
buen contingente de coseos y tapuros, que según sus
informaciones eran los pueblos más belicosos de todos
los alrededores de Persia. También se le presentó por
entonces Filóxeno con el ejército de Caria, y Menandro
que venía de Lidia, a más de Menidas, acompañado
de la caballería que había quedado a su cargo [391]. Tam- 2

---

390 Aunque más adelante, a la muerte de Alejandro, volveremos sobre el tema de los sucesores de Alejandro. Cf., sobre esta profecía, H. W. Ritter, *Diadem und Königsherrschaft. Untersuchungen zu Zeremonien und Rechtsgrundlangen des Herrschaftsantritts bei den Persen, bei Alexander dem Grossen und im Hellenismus, Vestigia* VII, Munich, 1965, págs. 62-70.

391 Para algunas precisiones sobre el contingente actual de

bién comparecieron por entonces diversas embajadas de pueblos griegos, coronados ellos mismos[392] y con coronas de oro para Alejandro, como si se tratara de teoros venidos a venerar a algún dios. Muy cerca, en efecto, tenía ya éste su final.

3 Elogió Alejandro entonces a los persas por su valor, por haber seguido en todo las indicaciones de Peucestas, así como al propio Peucestas, por haber conducido a estos hombres en orden y disciplina. Distribuyó estos hombres entre los batallones macedonios[393], de suerte que un decurión[394] macedonio mandase la sección, y

---

la caballería de Alejandro, cf. P. A. Brunt, «Alexander's Macedonian Cavalry», *Jour. of Hell. St.* 83 (1963), 27-46.

392 Lo que prueba que estas ciudades griegas tributaron honores divinos a Alejandro, sea o no cierto que él buscara esta deificación con vistas a intervenir en los asuntos internos de estas ciudades, como ya adelantó Tarn, *Alexander...*, II, páginas 370 y sigs., siguiendo a E. Meyer y W. S. Ferguson. Serias objeciones ve, sin embargo, J. P. V. D. Balsdon, «The Divinity of Alexander the Great»..., 363-88.

393 Esta reorganización de Alejandro sienta las bases de lo que sería la nueva ordenación de su ejército. Para ello, asigna a cada columna (que es la sección más pequeña de la falange) 16 hombres así distribuidos: los tres puestos principales los ocupan tres macedonios (decurión, *dimoirítes*, y *dekastátero*); un cuarto macedonio manda la retaguardia (*dekastátero*); los doce hombres restantes son persas.

394 Sobre la terminología hemos de hacer algunas precisiones. Traducimos por decurión el término *dekadárchēn*, esto es, jefe de una *dekás*, que originariamente era un contingente de 10 hombres, aunque luego se utiliza más imprecisamente, designando una columna de sección militar compuesta por un número indeterminado, aunque reducido, de soldados. Concretamente aquí, la *dekás* está formada por 19 hombres en su totalidad. Mantenemos el término *dimoirítes*, por entender que su etimología lo hace transparente; se trata del soldado de «doble paga» que cobra 60 dracmas al mes, frente a las 30 del soldado de infantería. Finalmente, *dekastátero* es también término de etimología clara. Las 10 estateras equivalen a 40 dracmas al mes (paga intermedia, por tanto, entre las otras dos).

en el siguiente grado un *dimoirítes* macedonio, y un *dekastátero* (llamado así por su soldada, que es inferior a la del *dimoirítes*, pero mayor que la de los que no tienen grado alguno).

En el escalafón venían luego doce persas y el último 4 de la sección era también un macedonio, también un *dekastátero;* en resumen, componían la sección cuatro macedonios, los tres recibían pagas extras, y otro al mando de la sección, y doce persas. Los macedonios estaban equipados con su armamento tradicional, y los persas eran arqueros o lanzadores de jabalinas de correa. Mientras tanto, la flota hacía continuos ejercicios 5 de entrenamiento; eran frecuentes las competiciones entre trirremes y tetrarremes por el río, así como contiendas entre remeros y timoneles, con coronas de premio para los vencedores. Regresaron por entonces del 6 templo de Amón los teoros que Alejandro había despachado a preguntar qué honores era lícito tributar a Hefestión. Éstos dijeron que la contestación de Amón había sido que se le tributaran honores como a un héroe. Le agradó a Alejandro la respuesta del dios, y desde este momento le honró como a un héroe.

Envió entonces una carta a un tal Cleómenes[395], un mal hombre, autor de muchas injusticias en Egipto. Nada tengo yo que reprochar en esta carta por lo que se refiere a la amistad que muestra por Hefestión incluso después de muerto y el respeto a su memoria, aunque sí me parece reprochable por muchos otros aspectos. Encargaba Alejandro en esta carta que se 7 le construyera a Hefestión un templo de héroe en Alejandría (Egipto), uno propiamente en la ciudad, y un segundo templo en la isla de Faros, donde está la

---

395 Sobre la autenticidad (sin duda, genuina) de esta carta, cf. J. R. HAMILTON, «Alexander and his so-called Father», *Class. Quarterly* (1953), 151-157.

torre de la isla, templo que sería de máximas dimensiones y extraordinario por el costo de sus obras. También le encargaba que el templo se denominase Hefestión, nombre que debía inscribirse en los contratos que los comerciantes conviniesen entre sí. Pienso yo que esto no es nada reprochable, pero sí lo es lo si-
8 guiente: Alejandro mostraba un gran empeño en un asunto de no excesiva importancia, y esto sí que merece mi reproche más enérgico. Y es que la carta seguía así:

«Si encuentro los templos de Egipto y el monumento al héroe Hefestión debidamente atendidos, quedas exculpado de cualquier error que hayas podido cometer anteriormente; y, por lo que al futuro respecta, por muy grandes que sean tus errores, no sufrirás de mí castigo alguno.»

Yo no puedo aprobar estas palabras de Alejandro, un gran rey sin duda, dirigidas a un hombre que gobierna un gran país y muy populoso, que era además un malvado.

*Nuevos presagios de la muerte de Alejandro*

24 Pero el fin de los días de Alejandro ya se aproximaba. Dice Aristobulo que hubo ciertos indicios de lo que iba a ocurrir, a saber: se hallaba Alejandro distribuyendo entre los diversos batallones los hombres que acababan de llegar con Peucestas de Persia, y los que habían llegado del mar con Filóxeno y Menandro, cuando de pronto sintió sed y abandonó momentáneamente
2 su asiento dejando el trono real vacío. A ambos lados del trono había unos divanes de pies de plata que solían ocupar los Compañeros de Alejandro. De pronto, cierto hombre sin importancia [396] (algunos dicen que

396 Las fuentes antiguas también se hacen eco de este singular relato, aunque con algunas divergencias entre sí: Plu-

era un prisionero en libertad provisional) al ver libre el trono y los divanes (pues precisamente los Compañeros habían acompañado al rey cuando éste se retiró) y cómo los eunucos estaban alrededor del trono, atravesó por medio de éstos, se subió y se sentó en el trono. Los eunucos no le hicieron desalojar el trono, por res- 3
peto a cierta costumbre persa, sino que empezaron a rasgarse las vestiduras y a golpearse el pecho y la cara como si se tratara de una gran desgracia.

Al tener Alejandro noticias de este incidente, ordenó someter a tortura al que había ocupado el trono, queriendo saber si esta acción obedecía a algún plan preparado en un complot de personas. El torturado dijo que no había sido sino una ocurrencia personal suya de sentarse en el trono. Ante esto, los adivinos profetizaron que lo que había sucedido no apuntaba precisamente a nada bueno.

No habían transcurrido muchos días después de 4
este incidente, cuando Alejandro, que acababa de ofrecer sacrificios a los dioses según costumbre, en agradecimiento por sus éxitos [397], y otros sacrificios en atención a las indicaciones de los adivinos, celebraba un festín con sus amigos en el que siguió bebiendo hasta muy avanzada la noche. Se dice incluso que repartió a su ejército, por compañías y centurias, víctimas para el sacrificio y también vino. Algunos cuentan que a partir de este momento Alejandro quiso retirarse a su alcoba, pero que le salió a su encuentro Medio [398], uno

---

TARCO, *Alejandro* 73, dice que este hombre era un mesenio llamado Dioniso y también (con él coincide, en esto, DIODORO, XVII 116) que era un prisionero que había conseguido liberarse de sus ataduras de una manera sobrenatural.

397 Debe de ser por sus éxitos en las expediciones marítimas por Arabia.

398 Más detalles, en DIODORO, XVII 117, 1, y PLUTARCO, *Alejandro* 75, 4.

de los Compañeros, con quien mejor se llevaba por entonces, pidiéndole que volviera a la fiesta con él, pues se trataba de una fiesta muy divertida.

*Las «Efemérides Reales»*

25 Las *Efemérides*[399] de las actividades reales nos relatan lo siguiente: Alejandro acompañó a Medio a esta fiesta, donde estuvieron bebiendo, y al salir de ella Alejandro se bañó antes de ir a acostarse. Tras dormir un rato, cenó de nuevo con Medio y continuaron bebiendo hasta muy entrada la madrugada. Al dar por terminado el festejo se bañó de nuevo, a continuación comió algo y se acostó allí mismo, pues ya tenía fiebre.

2 Al día siguiente, sin embargo, fue conducido sobre una litera a celebrar los sacrificios según la costumbre tradicional, y, una vez cumplido con ellos, se quedó echado en el androceo hasta el anochecer. Con todo, daba órdenes a sus generales sobre la marcha y la expedición en barco[400], a los que iban a hacer el trayecto a pie les ordenó que estuvieran preparados para salir dentro de tres días, y a los que iban a embarcarse con él que estuvieran preparados para partir dentro de
3 cuatro días. Fue conducido Alejandro desde allí en su litera hasta el río, donde embarcó y cruzó hasta el jardín; allí se bañó de nuevo y se retiró a descansar. Al día siguiente se bañó de nuevo y sacrificó según costumbre. Pasó a su cámara y, recostado, conversaba

---

399 Las vicisitudes de los últimos días de Alejandro aparecen recogidas en estas *Efemérides Reales*, escritas, según sabemos, por Éumenes, el secretario del rey, en colaboración con un tal Diódoto. Hoy se discute sobre si Tolomeo dispuso o no de una copia de estas *Efemérides*, de las que extraería datos concretos para su narración. Sobre si este diario es una memoria de los últimos días de Alejandro, cf. lo dicho en la *Introducción* (vol. I) que precede esta traducción.

400 Se trata de la proyectada expedición a Arabia.

con Medio, citando a sus generales para el día siguiente
muy de mañana. Acabadas estas gestiones, comió un 4
poco y mandó que le llevaran de nuevo a su cámara,
donde la fiebre no le abandonó ya durante toda la no-
che. Al día siguiente se bañó y, después de bañarse,
celebró las sacrificios. Encargó a Nearco y los demás
generales los preparativos de la expedición, que parti-
ría dentro de dos días. Al día siguiente se bañó de
nuevo y sacrificó según costumbre; tras esta celebra-
ción siguió la fiebre sin bajar. Mas, aun así, convocó a
sus generales, encargándoles que le tuvieran todo pre-
parado para la expedición. Al atardecer se bañó, sin- 5
tiéndose ya muy enfermo después de este baño. Al día
siguiente lo volvieron a cambiar de sitio, llevándolo a
la casa cercana al baño y sacrificó según costumbre.
A pesar de encontrarse muy enfermo convocó a sus
generales de más categoría para hacerles de nuevo al-
gunas observaciones a propósito de la expedición. Al
día siguiente, a duras penas pudo ser conducido al
lugar donde celebraba los sacrificios, aunque no dejó
por ello de dar recomendaciones a sus generales sobre
la expedición. Al día siguiente ofreció también los usua- 6
les sacrificios, a pesar de lo enfermo que estaba.

Ordenó a los generales que le aguardaran en el patio, y a los quiliarcos y pentacosiarcos que lo hicieran a la puerta. Encontrándose ahora gravemente enfermo, fue conducido desde su residencia del jardín a su palacio. Entraron sus generales y pudo aún reconocerles a todos, aunque no les pudo dirigir la palabra, porque sus facultades ya no se lo permitían, por haber quedado sin voz. Toda esta noche la pasó con fiebre, así como el día, y, al igual, la noche y el día siguientes[401].

---

[401] El día décimo del proceso febril.

26 *Muerte de Alejandro* Éste es el relato que se conserva en las *Efemérides* del rey. Se dice, además, que sus soldados estaban ansiosos[402] por verlo; unos, porque querían encontrarlo con vida; y otros, porque (como se había divulgado la noticia de que ya había muerto) sospechaban que su guardia personal ocultara su muerte; esto es lo que a mí al menos me parece. Lo cierto es que la mayoría de sus hombres, llevados de la pena y la añoranza por su rey, presionaban para poder ver a Alejandro. Decían que cuando el ejército había desfilado ante él, estaba ya sin voz, y que saludaba a cada uno de sus hombres alzando la cabeza con dificultad, fijando en cada uno de ellos sus ojos en señal de reconocimiento.

2 Narran también las *Efemérides Reales* que Pitón, Átalo, Demofonte, Peucestas y Cleómenes, Menidas y Seleuco estuvieron de guardia toda la noche en el templo Sérapis[403] para preguntar al dios si era conveniente y mejor traer a Alejandro al templo de la divinidad y suplicar su curación al dios. La respuesta, sin embargo, del dios había sido que no le trasladaran al templo, sino que «lo mejor» era que se quedara donde estaba.

3 Esto es lo que los Compañeros dieron a conocer, y Alejandro poco después murió[404], pues esto era ya «lo

---

402 Se emplea, y el detalle es curioso, el verbo *epóthēsan*, característico y casi privativo de Alejandro.

403 En realidad, el culto a Serapis fue establecido por Tolomeo I unos años más tarde, por lo que esta denominación debe referirse a un dios de invocación similar; cf. sobre Serapis, C. B. WELLES, «The Discovery of Sarapis and the Foundation of Alexandria», *Historia* 11 (1962), 271-298.

404 El 10 de junio del 323; cf., sin embargo, A. E. SAMUEL, «Alexander's Royal Journal», *Historia* 14 (1965), 1-12, y D. M.

mejor». Después de esto, ni Aristobulo ni Tolomeo continúan su relato, aunque otros historiadores añaden que los Compañeros le preguntaron a Alejandro a quién dejaba su reino, a lo que él había contestado: «Al más capaz»[405]. Aún otros dicen que añadió a estas palabras que veía que se iba a celebrar un gran certamen fúnebre a su muerte.

*Conjeturas sobre su muerte*

Sé que circulan muchas otras 27
versiones acerca de la muerte de Alejandro[406]; por ejemplo, que Antípatro le envió un veneno a resultas del cual murió, veneno[407] que había descubierto Aristóteles precisamente para Antípatro, toda vez que el antiguo preceptor temía a Alejandro después de que éste hubiera dado muerte a Calístenes. El veneno se lo había traído Casandro, el hijo de Antípatro. Otros nos han contado que el veneno vino oculto en la pezuña de una mula y que fue Yolos, el hermano más joven de Casandro, quien se lo dio a
Alejandro. En efecto, este Yolos era el escanciador del 2

LEVIS, «The altar of the Eudanemoi»..., 272. Bibliografía completa, en J. SEIBERT, págs. 174 y 297.

405 Según el relato de DIODORO, XVII 117, y Q. CURCIO, X 5, 4-5, señalaba al mismo tiempo con su dedo a Perdicas como la persona elegida.

406 Cf. DIODORO, XVII 118; Q. CURCIO, X 10, y PLUTARCO *Alejandro* 72, 2.

407 Esta versión del envenenamiento de Alejandro parece una fabulación inventada basándose en lo repentino de la muerte. Con todo, hay ciertos intentos de probar la verdad del envenenamiento, así R. D. MILNS, en su *Alexander the Great*, Londres, 1968, págs. 255-258, nos habla de una dosis de estricnina. En resumen, sin embargo, hay que decir que no podemos llegar a una evidencia de asesinato. Preferible, por tanto, sigue siendo aceptar como causa de su muerte una fiebre malaria que desembocó posiblemente en leucemia; cf. al respecto, F. SCHACHERMEYR, *Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinem Tode*, Viena, 1970, pág. 68, y n. 120.

rey y demostró estar molesto con Alejandro poco antes de su muerte. Según otros, el propio Medio, que era amante de Yolos, tuvo que ver en este hecho. Efectivamente, había sido él quien había inducido a Alejandro a la fiesta, y fue tras esta copa cuando le sobrevino un agudo dolor, a resultas del cual tuvo al poco que
3 abandonar la fiesta. Ha habido alguien, incluso, que no sintió vergüenza en escribir que Alejandro, viendo que no podía seguir con vida, pensó arrojarse al río Eufrates y desaparecer así de entre los hombres, dejando para el futuro una fama digna del mayor crédito respecto a que su nacimiento y su desaparación tenían algo de divino y que ver con los dioses. Percatóse, sin embargo, Roxana, su mujer, de que salía y, al impedirle ésta que cumpliera su propósito, dio Alejandro un gran grito lamentándose de que ella sintiera envidia de que su fama se hiciera eterna, como le correspondía por ser de ascendencia divina.

Yo he recogido estos relatos, más por no dar la impresión de que no los conozco, que porque los considere dignos de crédito para ser narrados.

*Retrato de Alejandro*

**28** Murió, pues, Alejandro en la 114.ª Olimpíada, siendo arconte en Atenas Hegesias. Vivió treinta y dos años y ocho meses, según dice Aristobulo. Su reinado duró doce años y ocho meses [408]. Fue el hombre de más bello cuerpo, más amante del esfuerzo y de mente más aguda, el más valeroso y amante de la gloria y de los pe-
2 ligros, así como el más piadoso con los dioses. El de mayor templanza con los placeres del cuerpo y, respecto a los placeres del espíritu, jamás se saciaba su

[408] Si damos crédito al testimonio de PLUTARCO, *Alejandro* 3, 5, que fija su nacimiento en torno al 20 de julio del 356, estaba a punto de cumplir los treinta y tres años a su muerte (10 de junio de 323) y su reino duró trece.

afán de gloria. El más capaz de comprender lo necesario en medio de la mayor oscuridad y el más feliz en conjeturar lo verosímil cuando todo era meridianamente claro. Era también el más experto en organizar, equipar y ordenar un ejército. Como nadie sabía levantar el ánimo de sus soldados y colmarlos de buenas esperanzas, así como eliminar la sensación de miedo en los peligros por su propio desconocimiento de lo que es el miedo; el más noble hombre en todos los asuntos. Cualquier cosa que hubiera que hacer en si- 3
tuaciones difíciles, él lo realizaba con el mayor arrojo; y cuando había que arrebatar algo, adelantándose al enemigo, era el más capaz en anticiparse, antes de que nadie temiera que esto fuera a ocurrirle. De total fiabilidad en guardar lo pactado y convenido, el más astuto en no caer en las trampas de los embaucadores; económico al máximo con el dinero invertido en su propio placer, y muy generoso en beneficiar a los demás.

Que en algo errara Alejandro a causa de la preci- 29
pitación o por imitación, o incluso si llegó a caer en ciertos hábitos bárbaros por un exceso de orgullo, no lo considero grave, si se tiene en consideración, no sin indulgencia, su juventud, sus ininterrumpidos éxitos y el séquito que acompaña a los reyes por adulación, no para aconsejarles en lo mejor y que siempre colaborarán con ellos para su perdición. Sé, por contra, que Alejandro fue el único rey de la antigüedad que sintió arrepentimiento por sus yerros, debido a su noble ma-
nera de ser. Los más de los hombres si advierten que 2
han errado en algo creen que acudiendo en defensa de su yerro, como si de algo positivo se tratara, van a lograr ocultar su yerro, cuando la verdad es que se equivocan con ese comportamiento. En efecto, a mí me parece que el único remedio cuando uno se equivoca es reconocer el propio error, y el manifiesto pro-

pósito de rectificar a la vista de ello, porque a quien le toca sufrir las consecuencias del error no le parecen tan graves estas consecuencias si el que ha errado reconoce que no ha obrado rectamente. Quedan además para el autor del yerro, con vistas al futuro, el sano propósito de no cometer semejante error en lo sucesivo, si de verdad se lamenta por sus yerros anteriores.

3 Ni siquiera me parece un grave error de Alejandro el hecho de que retrotrajera su ascendencia al linaje divino, si se trataba de no otra cosa que de una añagaza de cara a sus súbditos, y por darse mayor dignidad[409]. Es más, a mi parecer, no fue un rey menos famoso que Minos, Eaco o Radamante, quienes habían hecho remontar su origen hasta Zeus, sin que por ello los hombres de antes lo considerasen un acto de arrogancia. Lo mismo ocurrió con Teseo, que se hizo pasar por hijo de Posidón, o con Ión, hijo de Apolo.

4 La indumentaria persa, a mi parecer, fue igualmente una añagaza cara a los bárbaros, para que su rey no les resultara por completo un extraño; también tenía ello un valor para los macedonios, a saber, marcar un distanciamiento de la arrogancia e insolencia propias de los macedonios. Por esta misma razón me parece a mí que entremezcló a los persas melóforos con los batallones macedonios, y los nobles persas con los componentes de cada *ágēma*. Incluso los festines los prolongaba Alejandro, según dice Aristobulo, no por beber, ya que Alejandro no fue gran bebedor, sino por su espíritu de camaradería con los Compañeros[410].

---

409 Esta misma argumentación es la que hace PLUTARCO, *Alejandro*, XXVIII 6; cf., al respecto, J. P. V. D. BALSDON, «The divinity of Alexander»..., 363-388, y J. R. HAMILTON, «Alexander and his so-called Father»..., 151-157.

410 Cf., sin embargo, lo dicho en IV 7, 5. En todo caso, debemos dejar constancia de que las virtudes estoicas que aquí se le atribuyen no son otra cosa que una ficción retórico-filosófica en gran medida. En efecto, ni en estas cuestiones ni en el elogio

Cualquiera que hable mal de Alejandro, que lo haga 30
contando no sólo las cosas censurables que Alejandro hizo, sino que junte todo lo que Alejandro llevó a cabo, y vea así el conjunto. Que considere ese tal quién es él mismo y cuál es su suerte, y frente a eso, que calcule quién llegó a ser Alejandro y hasta qué grado de humana felicidad llegó, convertido en soberano indiscutible de ambos continentes y que alcanzó a expandir su fama a todas partes. Que hable mal ese tal de Alejandro, él que será un personajillo insignificante que se ocupa en pequeñeces y es incapaz incluso de poner orden en ellas.

A mi parecer no hay pueblo, ni ciudad actual, ni un 2
solo hombre a quien no haya alcanzado la fama de Alejandro. Es más, creo que un hombre así, sin par en el humano linaje, no ha podido nacer sin alguna intervención divina.

Aún dicen que algunos presagios vaticinaron la muerte de Alejandro; a algunas personas se les aparecieron visiones, así como a otros ensueños de distintas clases; a esta vinculación con la divinidad apuntaba también la alta estima de que Alejandro gozaba entre los hombres, así como su recuerdo, impropio de un mortal. Es más, aun hoy en día, después de tantos años, circulan entre el pueblo macedonio algunos oráculos alusivos a su alta gloria.

Ésta es mi historia de Alejandro, en la que he re- 3
probado algunas de sus acciones, aunque no me avergüenzo de confesar mi admiración por él, ya que si afeé algunas acciones suyas fue en honor a mi verdad y por servir de alguna utilidad a la humanidad. Fue por ello por lo que yo mismo me decidí a escribir esta historia, no sin el concurso de la divinidad.

---

de su carácter abstemio le han hecho sus admiradores, antiguos o modernos, gran favor a nuestro ilustre buen bebedor macedonio.

# LIBRO VIII

## INDIA

### Sinopsis

Capítulos:

1-3. Descripción física del país.
4. Hidrografía.
5. Dioniso en la India.
6. Pluviometría.
7-10. Etnografía.
11-12. Las castas en la India.
13-14. Caza de elefantes.
15. Hormigas que extraen oro de la tierra. Otros animales.
16-17. Indumentaria y otras costumbres de los indios.
18-25. Comienzos de la expedición de Nearco.
26-27. En el país de los ictiófagos.
28-29. Estratagema de Nearco.
30. Fauna marina de estos mares.
31. Leyendas sobre islas fantásticas.
32-33. Continúa la expedición por costas de Carmania.
34-36. Nearco en busca de Alejandro.
37-41. Nearco reemprende su periplo.
42. Camino hacia Susa.
43. La península Arábiga.

*Descripción*[411] *física*

El territorio que se encuentra al Oeste del río Indo hasta el límite con el río Cofén lo ocupan los astacenos y los asacenos, que son dos pueblos de raza india, aunque su estatura no es tan alta, ni tan bravos de ánimo como los indios que viven al Este del Indo, ni

1 (El territorio que se encuentra) — 2 (que son dos pueblos)

---

411 El hecho de que la literatura sánscrita antigua sea de carácter marcadamente religioso y no histórico hace que el estudio de la historia antigua de este país, de la India, suponga una nueva dificultad que añadir a las que de ordinario encuentra el historiador. Ello nos lleva, de otra parte, a que la reconstrucción de la historia de la India antigua habrá de hacerse partiendo de las aportaciones de historiadores extranjeros y, fundamentalmente, griegos. Muy sumariamente podemos decir que, para los acontecimientos que precedieron la invasión de Alejandro en el año 326, hemos de utilizar los testimonios que se remontan a Escílax, Hecateo, Heródoto y Ctesias fundamentalmente. Un segundo grupo está compuesto por los escritores que acompañaron a Alejandro en su expedición (bien que sus obras no hayan llegado hasta nosotros —e, incluso, ello muy fragmentariamente—, sino a través de recopiladores y citas en el testimonio de autores posteriores): Tolomeo, Aristobulo, Nearco, Onesícrito, Éumenes, Cares, Calístenes, Clitarco, etc. Son, para nosotros, sólo pálidos recuerdos conservados gracias a las constantes y respetuosas citas de historiadores como Estrabón, Plinio, Eliano, Ateneo, Orosio; y, en particular, para nuestro objetivo, Arriano. Sin embargo, aún hay que mencionar al historiador sobre cuyos datos y narraciones se basa este libro octavo (*India*) de Arriano: Megástenes, que tuvo la enorme suerte de vivir una etapa de su vida en la India. En efecto, después de la paz concertada en 303 a. C. entre Seleuco y Chandragupta, fue enviado Megástenes como embajador ante Chan-

su tez tan morena como la de la mayoría de los indios.
3 Desde muy antiguo estos pueblos vivieron sometidos a los asirios; algo más tarde, a los medos, y, luego, han sido súbditos de los persas, y llegaron a pagar tributos a Ciro, el hijo de Cambises, por su propia tierra,
4 según el propio Ciro estipuló. Los niseos[412], en cambio, no son de raza india, sino que su ascendencia se remonta a los que acompañaron a Dioniso en su expedición a la India. Algunos de ellos eran griegos que, a resultas de las guerras que Dioniso mantuvo con los indios, habían quedado inútiles para el servicio de las
5 armas; otros eran voluntarios nativos de la zona que quisieron asentarse allí junto con los griegos antes citados, cuando Dioniso dio el nombre de Nisea a esta región, tomándolo del nombre del monte Niseo, y llamó
6 a la ciudad Nisa. Por su parte, el monte vecino de la ciudad, a cuyos pies se levanta Nisa, se denominó Muslo[413], en recuerdo de las circunstancias en que Dio-
7 niso vino al mundo. Esto, al menos, es lo que nos dicen los poetas sobre Dioniso; y que lo expliquen como quieran los especialistas en historia, sean griegos o bárbaros.

8 En el territorio de los asacenos se encuentra Masaca, ciudad importante, que es la sede del gobierno

---

dragupta, rey de Pataliputra, en pleno corazón de la India, a orillas del Ganges. Se da como fecha de su estancia en Pataliputra el período comprendido entre los años 302 al 288. — Más detalles de singular interés pueden verse en el librito, escueto pero no incompleto, de N. S. Kalota, *India as described by Megasthenes*, Nueva Delhi, 1978, págs. 15-30. Recordamos, igualmente, lo ya expuesto en el vol. I, *Introducción*, a cargo del profesor Bravo García, en el epígrafe dedicado precisamente a la *India*. Alguna bibliografía de interés, puede verse en notas 254 y 267.

412 Cf., especialmente, G. Woodcock, *The Greeks in India*, Londres, 1966, págs. 21 y sigs.

413 Cf. lo dicho en V 1, 6 de *Anábasis*.

de los asacenos. También hay otra ciudad de importancia llamada Peucelótide, no lejos del Indo. Éste es el territorio habitado que se extiende al Oeste del río Indo hasta el río Cofén.

Para mí, sin embargo, el territorio de la India es el 2
que se extiende desde el Indo hasta el Este, y son los habitantes de estos territorios los que propiamente reciben el nombre de indios. Los límites de la India son, pues, los siguientes: por el Norte, el monte Tauro (aunque en este país no recibe este monte el nombre de Tauro); comienza esta estribación del Tauro en el 2
mar de Panfilia, Licia y Cilicia, y se extiende hasta el mar Oriental atravesando toda el Asia. Según las distintas regiones, este monte recibe nombres distintos; así, se le llama en algunos sitios Parapamiso, en otros 3
lugares se le conoce con el nombre de Emodo[414]; en otros, Imaón, y así muchos otros nombres.

Los macedonios que acompañaban a Alejandro lo 4
llamaron Cáucaso, distinto, sin embargo, del otro Cáucaso, el escita. De ahí el dicho de que Alejandro llegó, incluso, más allá del monte Cáucaso[415].

El límite de la India por el Oeste es el río Indo 5
hasta su desembocadura en el Gran Mar, donde desemboca por dos brazos que no se unen entre sí como ocurre con las cinco bocas del Istro, sino que fluyen 6
al igual que las bocas del Nilo, formando el delta egipcio, de suerte que el delta[416] que el río Indo origina en la India es no menor que el de Egipto y recibe, en lengua india, el nombre de Pátala.

---

414 Corresponde a una parte del macizo que se extiende desde el Nepal hasta Birmania.

415 Remitimos a lo que se dice, a propósito de esta denominación, en III 28, 5, y n. correspondiente (400).

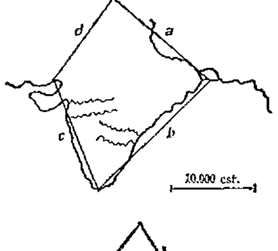
416 Sobre el concepto de delta como término geográfico, remitimos a nuestra n. 131.

7 La India limita al Sur y al Este con el mismo Gran Mar. Alejandro, acompañado de sus macedonios y muchos griegos, inspeccionó la parte del Sur y los alrededores de Pátala, además de las desembocaduras del
8 Indo; por el Este, en cambio, Alejandro no se adentró más allá del río Hífasis.
9 Pocos son los historiadores que han descrito el territorio que hay próximo al río Ganges, ni dónde están sus desembocaduras, ni la ciudad de Palimbotra[417], que es la mayor ciudad india a orillas del Ganges.
3 Para mí, es Eratóstenes[418] el de Cirene el autor más digno de crédito de todos, pues era un hombre dedi-
2 cado por completo al estudio de la Geografía. Según él, la extensión de la India[419], midiendo desde el monte

[417] Próxima al emplazamiento de la actual Patna.

[418] Polígrafo, versado en geografía, matemáticas, astronomía, etcétera. Fue el director de la célebre Biblioteca de Alejandría, allá por la segunda mitad del siglo III. Cf. R. PFEIFFER, *History of Classical Scholarship*, I, págs. 152-170. Hay trad. española.

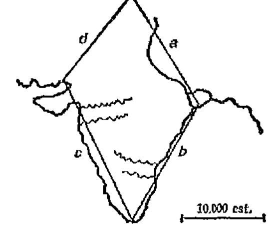
[419] Dimensiones de la India según diversos autores; cf. KALOTA, *India as described by Megasthenes...*, págs. 35 y sigs.




DIMENSIONES DE LA INDIA SEGÚN ERATÓSTENES

(a) 16.000 estadios
(b) 18.000 »
(c) 13.000 »
(d) 13.000 »

10.000 est.



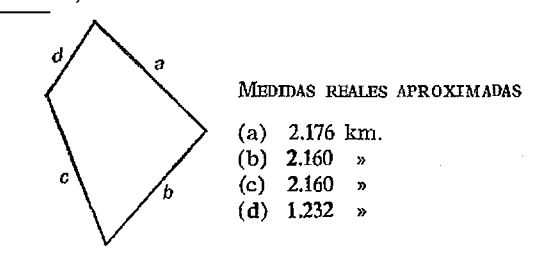

DIMENSIONES SEGÚN MEGÁSTENES

(a) 16.000 estadios
(b) 16.000 »
(c) 19.000 »
(d) 13.000 »

Tauro (que es donde nacen las fuentes del Indo) y ba-
jando por el río Indo hasta llegar al Gran Mar y la
desembocadura del río, es de trece mil estadios de
latitud. En cambio, cree Eratóstenes que la parte orien- 3
tal (que va desde el monte Tauro al mar) tiene otra
dimensión distinta, ya que se continúa con un promon-
torio de unos tres mil estadios que se adentra en el
mar; según él, pues, los límites de la India en direc-
ción Este serían de unos dieciséis mil estadios, siendo
ésta, por tanto, la medida de su latitud. Afirma Era- 4
tóstenes que él ha medido en varas la distancia que
hay de Oeste a Este, hasta la ciudad de Palimbotra,
gracias a que existe un Camino Real, y que la dimen-
sión es de diez mil estadios, aunque, fuera de ese tra-
yecto, él no se atreve a afirmar nada con seguridad.

Con todo, los que han escrito sobre ello, siquiera 5
sea con valor de anécdota, dicen que la longitud desde
el Este al Oeste es de unos diez mil estadios, incluido
el promontorio que se proyecta sobre el mar; de ahí
que se estime la longitud total de la India en unos
veinte mil estadios.

Ctesias[420] de Cnido sostiene que la superficie de la 6
India es equivalente a la del resto del Asia, aunque
ello es un completo absurdo, al igual que lo es lo que
afirma Onesícrito cuando dice que su superficie es un




420 Médico en la corte de Artajerjes II (404-359), autor de un libro sobre la India, conservado sólo fragmentariamente, sin excesivo rigor científico.

tercio del total de la tierra. Por su parte, Nearco afirma que el viaje a través de la llanura de la India lle-
7 varía unos cuatro meses de marcha. Para Megástenes, en cambio, la latitud de la India va de Este a Oeste, es decir, lo que los demás denominan longitud, y afirma que esta magnitud es de dieciséis mil estadios por su
8 parte más corta. En el sentido norte-sur (lo que él llama longitud) mediría, según él, unos veintitrés mil trescientos estadios por su parte más corta.

9 En la India hay más ríos que en el resto del Asia, siendo los dos más importantes el Ganges y, luego, el Indo, que es el que da nombre al país. Cada uno de ellos por separado es mayor que el Nilo de Egipto y el Istro[421] de los escitas, aunque estos dos reunieran
10 en uno el cauce de sus aguas. A mi parecer, incluso el Acesines es mayor que el Istro y el Nilo, al menos después de haber recibido las aguas de sus afluentes Hidaspes, Hidraotes e Hífasis; es decir, cuando el Acesines va a desembocar en el Indo, que llega a adquirir una anchura de unos treinta estadios[422]. Es posible, incluso, que por la India existan otros muchos ríos incluso mayores.

*Hidrografía*

4 A mí no me es posible afirmar con certeza nada de los territorios que se extienden más allá del Hífasis, pues fue éste el límite oriental de las expediciones de
2 Alejandro. Megástenes afirma, por su parte, que de estos dos ríos, Ganges e Indo[423], es el Ganges con mucho el más importante (y en ello coinciden todos los que nos han dejado alguna mención del Ganges).

---

421 El Danubio.

422 Algo más de 5 km.

423 Para la descripción de los ríos que ahora se inicia, cf. el testimonio paralelo de PLINIO JOVEN, VI 65.

Ya en sus fuentes es éste un río considerable, luego 3
recibe, como afluentes, las aguas del Cainas[424], Eranno-
boas[425] y Cosoanos[426], todos ellos navegables; algo más
adelante, el Sonos[427], Sitócatis[428] y Solómatis[429], tam-
bién navegables.

A ellos se suman el Condocates[430], Sambo[431], Ma- 4
go[432], Agoranis[433] y Ómalis[434]. Otros afluentes son el
Coménases[435], que es un río enorme; el Cacutis[436] y el
Andómatis[437], que fluye desde el pueblo indio de los
Madiandinos. Tras ellos se incorporan, el Amistis, cerca 5
de la ciudad de Catadupe, y el Oxímagis, en el territo-
rio de los Pázalos. El Errenusis se incorpora al Ganges
en territorio de los Mazos, otro pueblo indio. Según 6
Megástenes, ninguno de estos ríos es inferior al Mean-
dro allá por donde éste es navegable. La anchura del 7
Ganges por su parte más estrecha es de unos cien
estadios. Las aguas del río forman en varios lugares
unas lagunas enormes, de suerte que no se divisa la
otra orilla, si la parte de allá es llana y en ella no se
alza alguna colina.

---

424 Afluente indirecto del Ganges.

425 Según Arriano, la ciudad de Pataliputra se hallaba en la confluencia de éste con el Ganges.

426 Corresponde al actual Kosi.

427 Identificado en el río Son.

428 Río que no ha sido identificado.

429 Se tienen dudas sobre la identificación del mismo. Cf. Kalota, *India as described by Megasthenes*, pág. 40.

430 Corresponde al actual Gandak.

431 Tal vez, el Gumti.

432 Corresponde al actual Mahona.

433 Hay dudas sobre la identificación de este río Agoranis con el Ghagra o con el Gaouris.

434 Desconocido en la actualidad.

435 Corresponde al Karamausa.

436 Tal vez, el Bagmatti.

437 Corresponde al Dammuda.

8 Por su parte[438], con el Indo ocurre otro tanto. El
Hidraotes desemboca en el Acesines, allá por territo-
rio de los cambistolos, como uno de sus principales
afluentes, después de haber recibido las aguas del Hí-
fasis en tierra de los astribos; las del Sarange[439], en
territorio ceceo, y las del Neudro[440], en tierra de los
9 atacenos. El Hidaspes desemboca también en el Ace-
sines allá por tierra de los oxídracos, después de re-
cibir como afluentes al Sínaro en territorio de los
10 arispos. Por su parte, el Acesines desagua en el Indo
allá por tierra de los malios, después de haber recogido
las aguas del Tútapo[441], que es también un río consi-
derable. Así el Acesines, con su caudal engrosado por
todos estos afluentes, sigue llamándose Acesines hasta
que desemboca en el Indo.

11 El río Cofén[442], que riega la región de Peucelotas,
desemboca también en el Indo, después de haber en-
grosado su caudal con las aportaciones de sus afluen-
12 tes Malamanto, Soasto y Garrea. Un poco más arriba
desembocaron ya en el Indo dos ríos próximos entre
sí: el Páreno[443] y el Saparno[444].

El río Sóano[445] lleva sus aguas, aunque sin haber recibido afluente alguno, al Indo desde las montañas de los abisáreos. Si seguimos el testimonio de Megástenes[446], la mayor parte de estos ríos son navegables.

---

438 El texto contiene una laguna delante de *pareilēphōs*, por lo que la lectura del capítulo está sometida a las limitaciones propias de una tal situación.

439 No identificado.

440 No identificado.

441 Tal vez el curso inferior del Satadru.

442 Citado también por ARRIANO en IV 22, 5, de *Anábasis*, corresponde al actual río Kabul.

443 El moderno Burindu.

444 El Abbasin.

445 El río Swan actual.

446 Cf., para estas identificaciones y asignaciones, KALOTA, *India as described by Megasthenes*, págs. 39-43.

No hay, por tanto, que desconfiar de quien afirme 13
acerca del Indo o el Ganges que con ellos no se pueden comparar el Nilo y el Istro, ni aunque éstos juntaran en un solo caudal sus aguas. Es más, nosotros 14
sabemos que el Nilo no recibe agua de ningún afluente, antes bien de él parten numerosos canales que riegan las tierras de Egipto. Por su parte, el Istro nace muy 15
escaso de agua allá en sus fuentes y, aunque luego recibe numerosos afluentes, no pueden compararse éstos en número a los del Indo o el Ganges, además de que muy pocos de aquéllos son navegables: así al menos puedo yo confirmarlo por lo que respecta al Eno y al Sao, ya que yo mismo los he visitado.

En efecto, el Eno se une al Istro en la frontera de 16
los nóricos [447] y los retos [448], y el Sao lo hace más allá por el territorio de los peonios. La región donde unen sus aguas se denomina Tauruno.

Quizá haya alguien que sepa de algún otro afluente del Istro que sea navegable, pero en todo caso no habrá nadie que conozca muchos.

*Dioniso en la India*

El que quiera que explique por **5**
sí mismo las causas de tantos y tan grandes ríos en la India, pues yo por mi parte no he hecho sino narrarlo según los conocía indirectamente. Megástenes nos ha dejado constancia de 2
los nombres de muchos otros ríos que, además del Ganges y el Indo, desembocan en el Océano por la parte oriental y sur, hasta llegar a un total de cincuenta y ocho ríos en la India, todos ellos navegables. Con 3
todo, Megástenes, al menos según mis informaciones, tampoco recorrió todo el territorio de la India, aunque

---

447 Fue provincia romana, al Sur del Danubio, en la región de Salzburgo.

448 Vecinos de los anteriores.

sí visitó más que los que acompañaron a Alejandro, el
hijo de Filipo[449]. Él afirma haberse entrevistado con
Sandrácoto[450], que fue el más importante rey de la In-
dia, más aún que el rey Poro[451].
4 Megástenes afirma que los indios no han luchado, ni
se han visto en la necesidad de defenderse de ninguna
otra expedición que la que hizo Alejandro y sus hom-
5 bres. El egipcio Sesostris[452], por ejemplo, después de
haber sometido la mayor parte de Asia y haber alcan-
zado con su ejército Europa, volvió sobre sus propios
6 pasos de regreso. Igual ocurrió con el escita Indatir-
so[453], que partió de Escitia y sometió a varios pueblos
7 de Asia e invadió victorioso el territorio egipcio. Lo
mismo pasó con la asiria Semíramis[454], que tenía pre-
vista una incursión contra los indios, pero murió antes
de poder poner en práctica sus deseos. De modo que
fue Alejandro el único que llevó a efecto una invasión
contra los pueblos de la India.
8 En época anterior a la de Alejandro, según cuenta
una tradición muy divulgada, Dioniso condujo una ex-
pedición contra los indios y los consiguió derrotar.
Aún hay, aunque goza de menor predicamento, otra tra-
9 dición idéntica respecto de Heracles. Por lo que a la
expedición de Dioniso concierne, han quedado como
recuerdos nada desdeñables la propia ciudad de Nisa,
así como el nombre del monte Muslo[455], y la yedra que
en la región crece; también la costumbre india de ir
al combate tocando tambores y címbalos, amén de su

---

[449] Mantenemos (*pace Chantraine*) la lectura *tôi Philippou.*

[450] Cf. *Anábasis* V 6.

[451] *Anábasis* V 8, 4; V 9, 1, y VI 2, 1.

[452] Cf. Diodoro, I 55.

[453] Sobre las incursiones de pueblos escitas contra la India, cf. Heródoto, IV 103.

[454] Cf. *Anábasis* I 23, 7 y V 24, 2.

[455] Cf. *Anábasis* V 1, 6.

variegada vestimenta a usanza de los adoradores de Dioniso.

De Heracles, en cambio, apenas hay vestigios de sus 10
andanzas por estas tierras. Una ficción me parece a mí esa anécdota referida a la Roca de Aornos[456] (tomada al asalto y por la fuerza por Alejandro, y que Heracles no había podido antes capturar) inventada por los macedonios, al igual que esa otra de llamar Cáucaso al monte Parapamiso que no tiene nada que ver con él.

Enterados, igualmente, de la existencia de una gru- 11
ta en el monte Parapamiso, ocurrió que los macedonios se apresuraron a afirmar que se trataba de la gruta en que Prometeo había sido colgado por robar el fuego.
También acaeció algo parecido al ver los macedonios 12
a los sibas (otro pueblo indio); pues como éstos suelen ir cubiertos de una gruesa piel, en seguida afirmaron que estos sibas eran los herederos de los soldados que acompañaron a Heracles en su expedición por estas tierras. Es más, como los sibas suelen llevar una escítala[457] y marcan su ganado al fuego con la figura de una escítala, retrotrayeron esta práctica al recuerdo de Heracles y su famosa maza.

Si alguien se lo quiere creer, tal vez acepte que no 13
se tratara del Heracles tebano, sino que quizá fuera el Heracles de Tiro, o el egipcio, o incluso es posible que se tratara de un gran rey vecino próximo del territorio de estos indios.

---

456 Cf. *Anábasis* IV 28-30 y notas correspondientes.

457 Suerte de bastón de funcionalidad varia: sirve desde para defenderse de algún semoviente hostil hasta para enviar discretos y ocultos mensajes.

6 *Pluviometría* Con toda esta digresión, lo que yo pretendo es demostrar lo absurdo que resulta creer lo que muchos han escrito acerca de los indios que viven más allá del río Hífasis. Pues, hasta el Hífasis, no carece totalmente de crédito lo que nos han contado los soldados que participaron en la expedición de Alejandro.

2 Megástenes nos relata, incluso, esta famosa anécdota: hay un río en la India, al que dan el nombre de Sila[458], que fluye desde una fuente homónima a través del territorio de los silios, llamados también
3 igual que el río y sus fuentes; la singular particularidad de sus aguas es que no soporta nada en su seno, nada pueda nadar ni flotar sobre ella, sino que todo se hunde y va a su fondo. Hasta tal punto carece casi por completo de densidad que es casi gaseosa.

4 En la India llueve durante la época del verano, sobre todo en las montañas del Parapamiso, el Emodo y el Imaico[459], de donde luego fluyen ríos caudalosos
5 y de terribles aguas. También la llanura india recibe buena cantidad de lluvia en verano[460], de suerte que en buena parte quedan sus campos inundados.

El ejército de Alejandro tuvo que escapar huyendo de un llano donde había acampado junto al Acesines al desbordarse el río ante la avalancha de una enorme crecida.

6 Por similitud con este fenómeno puede uno conjeturar las causas de la inundación del Nilo: es probable que en las montañas de Etiopía llueva también durante

---

458 El río es de aguas verdaderamente aéreas. Recogido también por Diodoro, II 37. Hasta el presente no se ha dado, desdichadamente, con él.

459 Llamado también Imaón (cf. *India* 2, 3).

460 Efectos del monzón de verano (cf. V 9, 4 y n. 161, y más adelante, VI 25).

el verano, y así el Nilo, crecido con la avalancha de estas aguas, se desborda por sus orillas inundando la tierra egipcia. Sus aguas bajan turbulentas en esta 7
época, cosa que no ocurriría si fueran aguas de deshielo de las nieves de los lejanos montes (en el improbable caso de que los montes de Etiopía, tan calurosos, tuvieran nieve en sus crestas) o si los vientos etesios de esta época del año interceptaran la corriente en su descenso.

Desde luego es lógico pensar que allí llueva como 8
en la India, ya que en otros muchos aspectos son similares la India y Etiopía; así, los ríos de la India, al igual que el Nilo en Etiopía y en Egipto, tienen cocodrilos, y algunos ríos de la India crían peces y otros seres[461] como los del Nilo, excepción hecha del hipopótamo (aunque Onesícrito afirma que también los hay).

El aspecto físico de los habitantes de la India y 9
de los etíopes es considerablemente parecido. Los indios del Sur son especialmente afines a los etíopes: de piel tostada y de cabello negro, aunque los indios no tienen la nariz tan chata ni los cabellos tan lanudos como los etíopes. A su vez, los que habitan el Norte de la India son de fisonomía más similar a los egipcios.

*Etnografía*

Afirma Megástenes que en la 7
India[462] se cuentan hasta un total de ciento dieciocho tribus[463]. Yo estoy conforme con Megástenes en que son muy numerosas las tribus en la India, aunque no alcanzo a ver cómo pudo hacer un cálculo tan preciso, sin haber recorrido él la

---

461 Más detalles de diversas criaturas similares, en KALOTA, «Indian beasts and birds» e «Intelligent birds and beasts», páginas 43-51 y 54 de su obra *India as described...*, antes citada.

462 La descomunal estatura de los hombres de algunas tribus indias era atribuida, de manera especial, a su régimen alimen-

mayor parte del país, y cuando estos pueblos apenas tenían contactos ni relaciones entre sí.

2 En tiempos muy remotos los indios vivían como tribus nómadas, al igual que los escitas, que no practican la agricultura y que, ambulando en sus carros, se trasladaban de un lugar a otro de Escitia, sin habitar en ciudades ni venerar a sus dioses en santuarios.

3 De igual suerte, los antiguos indios carecían de ciudades y de templos donde venerar a sus dioses. Se vestían con las pieles de los animales que cazaban, y se alimentaban con las cortezas de unos árboles conocidos en lengua india con el nombre de tala[464], en cuya copa, al igual que en las palmeras, crece un espádice.

4 También les servían de alimento los animales que cazaban, y se los comían crudos, al menos hasta que Dio-
5 niso llegó a esta tierra india. Al llegar Dioniso se hizo dueño de la India, fundó ciudades, instituyó en ellas leyes por las que gobernarse, y les enseñó, al igual que a los griegos, a sembrar la tierra proporcionándoles él mismo los granos, y como don especial les trajo
6 el vino. Todo esto ocurrió, bien porque Triptólemo[465] no llegó a estos confines de la India cuando Deméter le encargó que sembrara la tierra toda, bien porque

---

ticio y a los influjos de su clima. No deja de ser curioso que entre los griegos se suscitara viva controversia a propósito de si el color oscuro de los cabellos de los indios era influencia de la fuerte insolación, o si se debía a alguna propiedad del agua de sus ríos. Igualmente, su longevidad (dice Onesícrito que a veces llegaban, en la tribu Sind, a ciento treinta años) era imputada a la pureza del aire y a la calidad de sus aguas, además de a sus costumbres dietéticas.

463 Concuerda con Plinio Viejo, VI (cf. Kalota, *India as described...*, pág. 38).

464 Especie de palmera, de la que se extrae una especie de azúcar.

465 Triptólemo fue el encargado de divulgar la agricultura y el cultivo de las especies vegetales.

este Dioniso llegara a esta tierra y repartiera las semillas de las plantas cultivables antes de que viniera Triptólemo.

Dioniso fue el primero en uncir los bueyes al arado, 7
e hizo a los indios agricultores[466] en vez de nómadas como en su mayor parte eran, y los equipó con armas para la guerra. Dioniso los enseñó a venerar a los 8
dioses, y en particular a venerarle a él con acompañamiento de tambores y címbalos e, igualmente, les enseñó esa danza satírica que entre los griegos se conoce con el nombre de *córdax*[467]. En honor de este dios los 9
indios llevan largos sus cabellos, se tocan su cabeza con una mitra y se acicalan con perfumes. Los indios han conservado hasta tiempos de Alejandro el hábito de acudir al combate al son de tambores y címbalos.

Al abandonar Dioniso la India una vez ordenados 8
ya todos estos asuntos, instauró como rey del país a Espatembas, uno de sus acompañantes más profundamente iniciado en los ritos báquicos. A su muerte le 2
sucedió su hijo, Budias. Espatembas reinó durante cincuenta y dos años, y su hijo veinte, y a su muerte le sucedió, a su vez, su hijo, llamado Crádevas, y así se 3
fue transmitiendo por herencia la soberanía de padres a hijos, y cuando no había descendencia se nombraba rey de la India a uno elegido entre los ciudadanos más nobles.

El Heracles[468] que según la tradición vino a la In- 4
dia recibió de ellos el epíteto de «nacido de la tierra».

---

466 Más adelante se nos dirá que los agricultores indios gozan de especial trato de favor durante los conflictos civiles, pudiendo permanecer tranquilamente en sus labores mientras los guerreros se matan. El propio Megástenes afirma que, durante su estancia en Pataliputra, nunca oyó que el pueblo indio pasara hambre por mala cosecha de agricultura.

467 Danza burlesco-satírica, de carácter cómico, vinculada a algunos rituales.

468 Una discusión muy pormenorizada, aunque puede exce-

5 Este Heracles es venerado especialmente por los sura-
senos, que son una tribu india en cuyo territorio se
encuentran dos importantes ciudades: Métora y Cli-
sóbora[469]. Un río navegable, el Yóbares, riega el país.
6 Dice Megástenes que el atavío que llevaba este He-
racles era semejante al del Heracles tebano, y así lo
confirman los propios indios. Tuvo este Heracles mu-
chos hijos varones en la India (donde se casó repeti-
das veces) y una sola hija, a la que llamó Pandea[470], al
igual que el territorio donde ella nació y donde go-
7 bernó más tarde por habérselo cedido Heracles. De
su padre obtuvo también Pandea unos quinientos ele-
fantes, cuatro mil jinetes y unos ciento treinta mil
infantes.
8 Algunos indios cuentan sobre Heracles otras mu-
chas anécdotas; por ejemplo, que, después de haber
recorrido toda la tierra y todos los mares y haber lim-
piado de toda suerte de alimañas la tierra, descubrió
en el mar un nuevo adorno para embellecer a la mu-
9 jer, adorno que todavía los que hoy se dedican al co-
mercio lo buscan solícitamente y lo compran para
traerlo como importación desde la India (primero los
griegos, y hoy en día, sobre todo, los romanos ricos y

---

der el interés general del lector no especialista, es la que lleva a cabo en su documentadísimo libro Allan Dahlquist, *Megasthenes and Indian Religion...*, en su capítulo «Megasthenes' Heracles passages in the light of the older Indian Literature on Indra», págs. 94 y sigs. La bibliografía que se maneja es nutridísima y uno (profano en la materia) la supone sumamente valiosa.

[469] Cf. A. Dahlquist, *Megasthenes and Indian...*, págs. 120-132. La ciudad no se ha podido nunca localizar. Lassen y Schwanbeck, apoyándose en especulaciones de V. Bohlen, creen que se trata de una corrupción de Kṛishṇapura, pero no existe evidencia de la existencia de un tal nombre por esta región.

[470] Cf. Diodoro, II 38; Polieno, I 3, 4, o Plinio Viejo, VII 22, para más detalles sobre esta hija de Heracles.

de fortuna adquieren con gran entusiasmo esta «mar-
garita de los mares»[471], como la llaman en lengua
india).

Le pareció a Heracles muy bonito este abalorio, 10
por lo que hizo reunir en el puerto de una ciudad
india todas las perlas de todo el mar para hacerle un
bello adorno a su hija. Dice Megástenes que allí pescan 11
estas perlas con unas redes, ya que las ostras se arra-
ciman en el mar como si se tratara de una colmena,
pues entre ellas también hay una ostra reina o rey
como entre las abejas. De suerte que si alguien por 12
azar captura a esta reina, le resulta comodísimo ha-
cerse con todo el enjambre de ostras; en cambio, si la
ostra rey se le escapa no puede pescar las demás.

Los pescadores de ostras dejan que la carne del animal se pudra por completo y luego utilizan la concha como adorno.

Entre los indios las perlas tienen un valor tres 13
veces superior al del oro puro, que también abunda en
las entrañas de la tierra india[472].

En este país, en el que reinaba la hija de Heracles, 9
las mujeres llegan a la edad núbil a los siete años y
los hombres no suelen vivir más de los cuarenta. Los 2
indios dan de esto la siguiente explicación en forma de
leyenda: Heracles era ya mayor cuando le nació esta
hija suya y, sintiendo próxima ya la hora de su muerte,
sin haber encontrado para su hija un marido digno de
ella, le pareció lo mejor unirse a la joven, a la sazón
de siete años, a fin de asegurar una descendencia, suya
y de su hija, como reyes de la India. A esa edad la hizo 3
Heracles apta para el matrimonio y ese don de Hera-

---

[471] Cf. Kalota, *India as described...*, págs. 50-54, sobre estas especies marinas y otras de la India.

[472] Cf. Kalota, *ibid.*, pág. 39.

cles heredaron, desde entonces, todos los descendientes de Pandea[473].

4 A mi entender, en cambio, si es verdad que Heracles tuvo ese extraordinario poder, debió haber prolongado mejor su propia vida y haberse unido a la joven
5 cuando ésta hubiera llegado a conveniente edad. Por lo demás, si es exacto lo que se cuenta sobre la edad núbil de estas muchachas, está con ello muy en concordancia, a mi parecer, el hecho de que ordinariamente los hombres mueran, y esto los que más tarde, a los
6 cuarenta años. En efecto, si la vejez les sobreviene tan prematuramente (y, en consecuencia, la muerte sigue de cerca a la vejez), deben alcanzar también prematuramente la madurez de la vida, en proporción a la bre-
7 vedad de su existencia. Así que sus hombres a los treinta años pisarían ya el umbral de la vejez; a los veinte estarían en plena madurez, pasada ya la juventud; a los quince años estarían en lo mejor de su vida, de modo que para las mujeres, según estos cálculos, la edad de casarse correspondería a los siete años.

8 Según Megástenes, esto sucede, incluso, con los frutos, que en este país maduran más temprano y se agostan también antes.

9 Los indios cuentan que han tenido, desde Dioniso a Sandracoto, un total de ciento cincuenta y tres reyes, durante seis mil cuarenta y dos años[474]. En este lapso de tiempo gozaron de libertad en tres ocasiones***[475], una vez, durante trescientos años, y otra, du-

---

473 Al menos en tiempos de Chandragupta, puede afirmarse que eran frecuentes los matrimonios en los que la novia había sido comprada al precio de dos bueyes. Curiosas costumbres, de carácter más o menos moralizante, recoge KALOTA, *ibid.*, páginas 104-105. Sobre Heracles, cf. lo dicho en nuestra nota 455.

474 En PLINIO VIEJO VI 59, los años son 6.451, y se mantienen los mismos reyes.

475 El texto presenta una laguna.

rante ciento veinte años. Afirman, igualmente, que Dio- 10
niso había precedido a Heracles en quince generaciones
y que nadie había organizado una expedición contra
este país con ánimo hostil anteriormente, ni siquiera
lo había hecho Ciro, el hijo de Cambises, a pesar de que
llegó hasta Escitia y fue el rey de política más expan-
sionista de los del Asia.

Alejandro, en cambio, llegó hasta la India y sub- 11
yugó a cuantos se enfrentó por la fuerza de las armas,
y habría conseguido imponerse a todos los indios, en
general, si su ejército hubiera querido acompañarle.

Por su parte, ningún indio ha salido nunca de su 12
país en plan expansionista, y ello, por el enorme res-
peto que sienten por la justicia.

También se cuenta de los indios que no tienen por **10**
costumbre erigir monumentos funerarios en honor de
sus muertos, sino que consideran que es suficiente me-
moria de un hombre sus propios actos de virtud y los
cantos que a los muertos se les dedican.

Resulta imposible, de otra parte, enumerar con exac- 2
titud cuántas son sus ciudades, debido a su gran nú-
mero ***[476], de las cuales están construidas de madera
cuantas se hallan al borde de los ríos y a la orilla del
mar, dado que si fueran de ladrillos no podrían ser 3
muy duraderas a causa del agua de las lluvias y por
las frecuentes inundaciones originadas al desbordarse
los ríos en las zonas de llanura. En cambio, las que 4
están asentadas en lugares elevados y de altura tal
que no necesitan murallas, están construidas con la-
drillos y barro. La mayor ciudad de la India es Palim- 5
botra[477], y se halla en territorio de los prasios, justo

---

476 Nueva laguna en el texto.

477 Corresponde a la actual Patna. Las fuentes antiguas son DIODORO, II 39; ESTRABÓN, 689, y PLINIO VIEJO, VI 2. En KALOTA, *India as described...*, págs. 61 y sigs., puede leerse una triple descripción de la ciudad:

en la confluencia del Erannoboas y el río Ganges. De estos dos ríos, el Ganges es el mayor, y el Erannoboas es el tercer río en importancia de la India, mayor que ningún otro de otra región, pero inferior al Ganges, del cual es un afluente.

6 Afirma Megástenes que esta ciudad de Palimbotra mide, por cada uno de sus costados, en su mayor distancia, unos ochenta estadios[478] por unos quince de
7 ancho. Rodea a la ciudad un foso de una anchura de unos seis pletros, y treinta codos de profundidad, y en el perímetro de sus murallas se cuentan quinientas setenta torres y sesenta y cuatro puertas.

8 Hay otro dato importante a tener en cuenta a propósito de la India, y es que todos sus habitantes son hombres libres, entre los cuales no existe la esclavitud. En esto hay una cierta similitud entre los lacedemonios y estos indios, aunque los espartanos tienen sometidos a los hilotas, que son los que hacen oficios propios de esclavos; por su parte, entre los indios no existe la esclavitud, y mucho menos hay un indio que lo sea[479].

*Las castas en la India*

11 La sociedad india está compuesta de siete castas[480]. Una de ellas la componen los sofistas, pocos en número pero con mayor fama y reputación que las demás.
2 No tienen éstos obligación de realizar trabajos corpo-

a) Según el relato de Megástenes.
b) Según aparece en el Arthashastra.
c) Según las reconstrucciones arqueológicas.

[478] Unos 15 km.

[479] Cf. KALOTA, *India as described...*, pág. 99, sobre la inexistencia de esclavos entre los indios. Sin embargo, los testimonios de los brahmanes, chinos y budistas prueban lo contrario (cf. L. SKURZAK, «En lisant Mégasthène», *Eos. Comm. Soc. Philol. Polan.* 67 [1979], 69-74).

[480] La bibliografía y los problemas que han suscitado las distintas castas indias, desde sus orígenes, evolución, carácter,

rales ni de contribuir con aportación alguna de sus ganancias al fondo común. Sobre ellos recae tan sólo una obligación: celebrar los sacrificios en honor de los dioses y en nombre de toda la comunidad. Si al- 3
guien quiere ofrecer un sacrificio con carácter privado, uno de estos sofistas ha de servirle de maestro del ceremonial, ya que, en caso contrario, el sacrificio no será del agrado de la divinidad. Estos sofistas son los 4
únicos indios que conocen los misterios de la mántica, y a ningún otro hombre le es lícito profetizar sobre el futuro. Sus predicciones versan sobre las estaciones 5
del año, o sobre si alguna calamidad va a cernirse sobre la comunidad; en cambio, en lo que concierne a los asuntos personales de cada cual, no es de su incumbencia emitir previsión alguna, bien porque la adivinación no se interese por asuntos de poca monta, bien porque para ellos resulte una cosa poco digna molestarse por tales pequeñeces.

Si uno de ellos en el ejercicio de su función adivi- 6
natoria se equivoca por tres veces, no recibe castigo alguno por ello, pero se le obliga a callar para los restos, y nadie le podrá obligar a romper ese silencio que le ha sido impuesto. Estos sofistas pasan su vida 7
desnudos, en invierno puestos al sol, y cuando el calor del verano arrecia se van a unos prados y a las lagunas que forman las aguas estancadas, bajo grandes ár-

es inmenso. — El origen de las castas parece que hay que vincularlo a las diferentes etniass (pueblos invasores, pueblos subyugados, profesiones privilegiadas, etc.) que, desde épocas remotas, se asentaron en el país. — Hacia el siglo VI a. C. surgirán dos reformas religiosas tendentes, de alguna manera, a ir más allá del sistema de castas. — Aun a costa de caer en generalidades, hemos de decir que, al principio, fueron clases sociales abiertas que pasaron, luego, a compartimentos más cerrados e impermeables a medida que avanzaban los tiempos. — Remitimos, de nuevo, a KALOTA, *India as described...*, págs. 100 y sigs.

boles[481] cuy sombra se extiende, según Nearco, en un círculo de cinco pletros. Son tan grandes estos árboles, que a la sombra de uno solo de ellos pueden guarecerse
8 diez mil hombres[482]. Se alimentan de los frutos de la época, así como con la corteza de estos árboles, que es dulce y no menos alimenticia que los dátiles de la palmera.

9 A continuación, se halla la casta de los agricultores, que es la más numerosa de la India. Tampoco disponen de armas de guerra ni les preocupan nada los asuntos de la milicia, sino que se dedican al trabajo de la tierra, pagando tributos a sus reyes y a sus ciudades si se trata de ciudades autónomas.

10 Si estalla entre los indios un conflicto o guerra civil, no está permitido a nadie acudir a por estos trabajadores de la tierra, ni arrasar sus cosechas. Así, mientras otros se matan y aniquilan recíprocamente según las circunstancias, los agricultores siguen trabajando su tierra tranquilamente, mudos espectadores de los acontecimientos, recolectan sus frutos, talan sus árboles o cosechan.

11 Los pastores componen la tercera casta de la India, tanto los pastores de ovejas y cabras, como los pastores de vacuno. Éstos no viven asentados establemente en ciudades ni aldeas, sino que, como nómadas que son, hacen su vida en las montañas, teniendo que pagar también un canon como tributo por sus animales. Éstos se dedican también a cazar por el campo aves y todo tipo de animales salvajes.

12 La cuarta casta la componen los artesanos y los comerciantes. También tienen éstos obligación de tributar por los beneficios de su propia actividad, excepción hecha de los fabricantes de armas para la guerra.

---

481 El Banyan.

482 ¡Valga el tropo!

Éstos, al contrario, reciben un sueldo del gobierno. En esta casta se encuadran los que trabajan en los astilleros y los marineros de los barcos que trafican por el río.

Los guerreros componen la quinta casta en la In- 2
dia; por su número es la segunda, a continuación de
los agricultores, y son los que disfrutan de mayor li-
bertad y comodidades. Éstos están dedicados exclusi-
vamente a la práctica de los ejercicios propios de la
milicia. Son otros los que les fabrican sus armas, otros 3
los que les proporcionan los caballos y otros los que
les atienden en las servidumbres de campaña: les cui-
dan los caballos, les limpian sus armas, les guían sus
elefantes, les ponen a punto sus carros y les sirven
como sus aurigas.

Estos guerreros, en cambio, luchan llegado el mo- 4
mento del combate, mas restablecida la paz, disfrutan,
de nuevo, de las mayores comodidades; es más, se les
asigna del Estado un sueldo más que suficiente para
poder mantener holgadamente con él a otros fami-
liares.

En sexto lugar están los indios llamados inspecto- 5
res. Éstos supervisan todo lo que sucede por el país
y en cada ciudad, y dan de ello noticia al rey (allá
donde se rigen por un sistema monárquico) o a las
autoridades donde son autónomos.

Les está a éstos estrictamente prohibido dar informaciones calumniosas, y de hecho nunca se ha comprobado que ningún indio haya mentido.

La séptima casta es la de los que deliberan sobre 6
los asuntos de la comunidad con el rey o, en las ciu-
dades que son autónomas, con sus magistrados. Son 7
pocos en número, pero, en sabiduría y en ser justos,
los más selectos de todos los indios. De esta casta se
eligen los magistrados, nomarcos, gobernadores, teso-

reros, generales, navarcos, intendentes y los capataces de las labores del campo.

8 No está permitido el matrimonio entre miembros de castas distintas: por ejemplo, un agricultor no puede casarse con una mujer de la clase de los artesanos o viceversa. Tampoco puede practicar dos profesiones una misma persona, ni cambiar de una actividad a otra (por ejemplo, pasar de pastor a agricultor, o a
9 pastor de artesano). Sólo se consiente el paso a la clase de los sofistas, sea cual sea la casta de la que se proceda, y ello, porque el tipo de vida de éstos, lejos de ser cómoda y muelle, es la más penosa de todas.

*Caza de elefantes*

13 Los indios cazan animales salvajes al igual que los griegos, aunque su peculiar manera de cazar elefantes[483] no se asemeja a ningún otro tipo de cacería, y ello se debe a que estos animales son muy distintos a todos los demás.

2 Comienzan por elegir un lugar llano y expuesto al sol, y socavan un foso circular de tamaño tal que en él pudiera vivaquear un gran ejército. La anchura del foso es de unas cinco orguias[484] por unas cuatro de
3 profundidad. La tierra extraída del foso la extienden a ambos lados del borde del foso, formando una es-
4 pecie de muro. Luego hacen unas galerías para ellos guarecerse, excavadas bajo el montón que se halla al borde del foso y, en ellas, dejan unos respiraderos por donde les entra la luz y por donde ellos pueden

---

[483] Además de lo dicho en KALOTA, *India as described...*, páginas 45 y sigs., recomendamos también dos trabajos, el de P. ARMANDI, *Histoire militaire des éléphants...*, y el de P. LEVÊQUE, «La guerre à l'époque hellénistique», en J. P. VERNANT, *Problemes...*, págs. 261-282.

[484] De 8 a 10 m.

ver cómo se acercan los animales y se aproximan al lugar cercado.

Después de haber metido las tres o cuatro hembras 5
de elefantes más dóciles y mejor domadas en el recinto cerrado del foso, dejan un solo pasillo de acceso a él por medio de un puente; luego recubren todo aquello con tierra y abundante yerba a fin de disimular el puente y que las bestias no se percaten de la trampa.
Los indios se quitan de enmedio guarecidos en las 6
galerías de debajo del montón de arena al borde del foso. Es bien sabido que los elefantes salvajes no se acercan durante el día a lugares habitados, es, en cambio, de noche cuando van de un lado a otro en manada buscando alimento tras el que suele ser el animal de mayor tamaño y más respetado por los demás, al igual que las vacas con los toros.

Pues bien, una vez que se han acercado al lugar 7
cercado y oyen el barritar de las hembras (además de que hasta ellos les llega su olor), se lanzan a la carrera hacia el recinto vallado y, después de darle la vuelta por su borde y descubrir el pasadizo, se precipitan por él hacia su interior.

Cuando los hombres ven los elefantes salvajes ya 8
en el interior del foso, unos pocos de ellos retiran a toda prisa el puente y el resto se van corriendo a las vecinas aldeas a dar la noticia de que los elefantes
están en el vallado. Al oírles sus vecinos, montan sobre 9
sus elefantes más fuertes de ánimo y más dóciles y se dirigen al lugar de la captura, aunque no se aplican a la lucha según llegan, sino que aguardan a que los elefantes salvajes se debiliten por el hambre y se amansen por la sed.

Cuando les parece que ya están suficientemente de- 10
bilitados, colocan de nuevo el puente levadizo y conducen al interior del recinto a sus animales domesticados, produciéndose una desigual, aunque dura

batalla, entre éstos y los elefantes recién caídos en la trampa. Al poco se imponen, como es natural, los animales domesticados, por estar los otros afectados por
11 el desánimo y el hambre. Los naires descienden de sus elefantes y atan por sus extremos las patas de los salvajes, ya agotados; luego ordenan a los elefantes domesticados la emprendan a golpes para castigar a sus congéneres, hasta que dan con ellos a tierra ya totalmente exánimes. Luego se acercan a las bestias y les ponen unos lazos en torno a su cuello y, acto seguido, montan sobre ellos cuando aún se hallan éstos postrados en tierra.

12 Para evitar que los elefantes tiren de su grupa al naire y le causen alguna otra molestia, le hacen en el cuello al animal una incisión con una espada muy aguda, y atan alrededor por el corte una cuerda, con lo que el animal se ve obligado a mantener la cabeza
13 y el cuello inmóviles a causa de la herida. En efecto, si los animales intentan girar la cabeza para deshacerse del naire, la cuerda les produce un fuerte roce contra la herida. Por ello se mantienen tranquilos y, percatándose de que han sido vencidos, se dejan ya conducir de la cuerda por los elefantes domesticados.

14 A los animales aún muy jóvenes, o a los que por algún defecto no merece la pena conservarlos, se les deja
2 escapar a sus refugios. Conducen, luego, a sus aldeas a los animales capturados y les dan de comer, en seguida,
3 tallos verdes y yerbas. Los animales, sin embargo, totalmente abatidos en su ánimo, se resisten a comer; entonces los indios se ponen a su alrededor cantando al son de sus tambores y címbalos hasta conseguir que los animales se duerman.

4 El elefante es un animal inteligente[485] donde los haya. En ocasiones, algunos animales han recogido el

[485] Cf. KALOTA, *India as described...*, págs. 45-46.

cuerpo de su naire muerto en el combate para que le
dieran sepultura; en otras ocasiones, se ofrecieron como
parapetos mientras sus amos bajaban a tierra; otros
han combatido defendiéndolos cuando habían caído a
tierra. Se cuenta, incluso, de uno que, tras haber dado
muerte a su naire en un acceso de cólera, murió luego
de arrepentimiento y desconsuelo. Yo mismo he visto 5
un elefante tocar los címbalos mientras otros danza-
ban: el animal tenía dos címbalos atados a sus patas 6
delanteras, así como otro en su trompa, y, rítmica-
mente, hacía golpear el címbalo de su trompa con los
de cada pata alternativamente, mientras los demás
animales bailaban levantando y doblando sus patas por
turno y rítmicamente, y de este modo desfilaban según
el ritmo que les tocaba el de los címbalos.

El apareamiento de estos animales tiene lugar en 7
primavera, como ocurre con lo vaca y la yegua, cuando
se abren unos poros que la hembra tiene junto a sus
sienes despidiendo un penetrante olor. Paren las hem-
bras al cabo de dieciséis meses o, lo más, a los die-
ciocho y tienen una sola cría, como la yegua, y la
alimentan con su propia leche hasta que tiene ocho
años.

Estos animales viven, los que más, unos doscientos 8
años, aunque la mayoría mueren antes por enferme-
dad[486]. Si enferman de los ojos se les aplica como re-
medio leche de vaca y, para otras enfermedades, se les
da a beber vino tinto, y si resultan heridos, se les pre-
para una cataplasma de carne de cerdo cocido. Así es
como los indios cuidan a sus elefantes enfermos.

---

486 Algunos manuscritos añaden aquí, *gêrai de es tóson ér-chontai.*

*Hormigas que extraen oro de la tierra. Otros animales*

15 Los indios consideran al ti-
gre[487] un animal mucho más fuer-
te que el elefante. Nearco afirma
haber visto la piel de un tigre,
pero no un animal vivo. Los in-
dios cuentan que el tigre es de tamaño no menor que el
mayor caballo y, en velocidad y fuerza, no admiten com-
2 paración con ningún otro animal. Si se topa un tigre
con un elefante, salta al punto sobre su cabeza y lo
3 estrangula sin mayor esfuerzo. Las especies que nos-
otros conocemos y llamamos tigres son, en realidad,
chacales moteados, bien que mayores que los chacales
ordinarios.

4 A propósito de las hormigas[488], también reconoce
Nearco no haber visto ninguna de ésas que otros his-
toriadores han descrito como originarias de la India,
aunque sí los caparazones que de algunas de ellas al-
5 guien llevó al campamento macedonio. Megástenes ad-
mite como hecho histórico lo que se cuenta de que
estas hormigas extraen el oro bajo tierra, no porque
busquen el oro en sí mismo, sino porque ellas por
instinto horadan la tierra para acurrucarse debajo, al
igual que nuestras pequeñas hormigas hacen en la tie-
6 rra sus pequeños agujeros. Estas hormigas de la India,
en cambio, son de tamaño mayor que el de las zorras y,
proporcionalmente, las galerías que bajo la tierra ex-
cavan son enormes, y, dado que la tierra es aquí aurí-
fera, los indios obtienen de ella el oro fácilmente.

7 En verdad, Megástenes narra este relato como cosa
que le han contado, mas yo, como no puedo decir
nada con mayor certeza a propósito, de buen grado
dejo esta cuestión de las hormigas.

---

487 Cf. Kalota, *India as described...*, pág. 48.

488 Cf. Heródoto, III 102, y Kalota, *India as described...*, página 50.

Nearco cuenta como maravilloso el hecho de que 8
en la India existan loros[489]. Nos describe qué clase de
ave es ésta y cómo es capaz de emitir una voz como
la humana. Como se trata de un animal que yo ya he 9
visto y que mucha gente conoce, no voy a hablar de
él como si fuera algo extraordinario. Tampoco contaré
nada de la envergadura de los monos[490], ni de lo her-
mosos que son algunos monos de la India, ni de qué
manera los cazan aquí, pues considero que todo esto
son cosas conocidas, menos eso de que haya monos
hermosos en alguna parte.

Afirma Nearco que en la India cazan también ser- 10
pientes moteadas que son muy veloces y de gran ta-
maño (dice él que Pitón, el hijo de Antígenes, cazó una
de once codos, aunque los indios afirman que las hay
mucho mayores).

Los médicos griegos aún no han encontrado ningún 11
remedio contra la mordedura de estas serpientes in-
dias, aunque los indios sí saben curar a los mordidos.
Sobre esto, añade Nearco que Alejandro llevaba con-
sigo[491] a un grupo de médicos selectos entre los más
famosos de la India, y que había mandado pregonar
por el ejército que si alguno de sus hombres resultaba
mordido por una serpiente debía presentarse inmedia-
tamente ante la tienda del rey. Estos médicos enten- 12
dían también de las demás enfermedades y padeci-
mientos. No obstante, en la India no son frecuentes
las enfermedades, pues allí las estaciones del año son
benignas y suaves. Además, si sobre el pueblo caía
la amenaza de alguna calamidad, se comunicaba ello a

489 KALOTA, *ibid.*, pág. 52.

490 KALOTA, *ibid.*, pág. 49.

491 Sobre los descubrimientos efectuados por el equipo de sabios y eruditos que acompañaban a Alejandro, ya hemos tenido ocasión de hacer algunas precisiones en nuestra n. 367.

los sofistas, quienes, no sin cierto concurso divino, subsanaban lo que de ella fuera subsanable.

*Indumentaria y otras costumbres de los indios*

16 Los indios se visten, según dice Nearco, con vestidos de lino, que procede de los árboles de los que ya ha tenido ocasión de hablar. Este lino, o es más brillante de color que los demás, o al ser la piel de los indios más
2 negra le da ese aspecto al lino. Su vestido es una túnica de lino que les llega a cubrir media pierna y un manto que se echan por los hombros y que también va recogido en torno a la cabeza. No todos los indios, pero sí los más acomodados se adornan sus orejas con
3 pendientes de marfil. También dice Nearco que los
4 indios se tiñen la barba cada cual de un color; así, unos de blanco para hacerla más brillante, otros de azul oscuro, otros de color granate, otros púrpura y otros, incluso, de color verde[492].

5 Los indios de buena extracción social se protegen del sol en verano con una sombrilla que alguien le sujeta, y llevan zapatos de piel blanca muy refinadamente trabajada, y de suelas de colores y con tacones para aparentar mayor estatura.

6 El armamento de los indios no es de tipo uniforme, sino que sus infantes van equipados con un arco[493] tan grande como el arquero. Para dispararlo lo apoyan en tierra y lo sujetan con su pie izquierdo, tensando
7 hacia atrás fuertemente la cuerda. Las flechas que disparan miden casi tres codos, y no hay nada que resista el disparo de un arquero indio, ni escudo ni co-
8 raza, ni nada por muy resistente que sea. En su mano derecha llevan un pequeño escudo de piel de buey,

---

492 Más costumbres curiosas en KALOTA, *India as described...*, páginas 104-105.

493 Más detalles en HERÓDOTO, VII 65.

algo más estrecho que el cuerpo del que lo lleva, pero casi de su misma altura. Otros infantes tienen, en vez de un arco, una jabalina.

Todos llevan una especie de cimitarra de ancha hoja 9
y no menor de tres codos de larga. Cuando el combate tiene lugar cuerpo a cuerpo (lo que raramente ocurre entre indios), golpean de arriba abajo con ambas manos esta cimitarra a fin de conferir mayor violencia al golpe.

Sus jinetes llevan dos pequeñas jabalinas, pareci- 10
das a las llamadas saunias[494], y un escudo algo más pequeño que el que llevan los de infantería. Sus caba- 11
llos no tienen silla de montar, ni van embridados con riendas como los griegos o los celtas, sino que, en el extremo de la boca del caballo, ajustan una correa de piel de buey cosida y bien encajada en la que van cogidas unas puntas de bronce o de hierro, romas y levemente dobladas hacia adelante (los ricos emplean estas correas con dientes de marfil).

Los caballos muerden un bocado en forma de bro- 12
che en cuyos extremos se encajan las riendas, y así, cuando se tira de la rienda, el broche sujeta al caballo y los clavos allí fijados se le clavan en la boca, sin permitirle hacer otra cosa que ser obediente a las riendas.

Los indios son de complexión delgada[495], de buena 17
estatura y mucho más ágiles que los demás hombres. Utilizan para sus viajes camellos, caballos y asnos, aunque los más ricos viajan en elefantes. El elefante 2
es el vehículo por excelencia de los reyes indios, a continuación es de gran estima el carro de cuatro ca-

---

494 Mencionados en otros historiadores de la época (Diodoro, I 86; V 30, y Estrabón), son unas pequeñas jabalinas usadas por los orientales.

495 Cf. Arriano, *Anábasis* V 4, 4, y Diodoro, XVII 91.

ballos y, en tercer lugar, se aprecia el camello. Viajar a lomos de un solo caballo es propio de la gente de baja condición.

3 Las mujeres más recatadas no se dejan comprar por ningún regalo, pero están dispuestas a entregarse a quien les ofrezca un elefante, y, con esta condición, no ven mal los indios que una mujer se entregue, antes al contrario, es un verdadero honor para una mujer el que su belleza sea evaluada en lo que vale

4 un elefante. El matrimonio se celebra sin que el novio reciba ni tenga que aportar dote alguna, sino que cuando las chicas jóvenes llegan a la edad núbil, sus padres las llevan a la plaza para que cualquiera que haya sido vencedor en una prueba de lucha, boxeo o en alguna carrera, o se distinga por cualquier otra cualidad típicamente masculina, elija la que prefiera.

5 Los indios se alimentan de pan y saben cultivar la tierra, excepto los que viven en las montañas, que se alimentan de la carne de animales salvajes.

6 Con lo dicho, tengo para mí que es más que suficiente acerca de los indios. Éstas son informaciones que recopilaron dos hombres famosos, Nearco y Megástenes, mas como el propósito de esta narración mía no es describir las costumbres de los indios, sino describir cómo pudo pasar la flota de Alejandro desde la India a Persia, considérese lo hasta aquí dicho como una simple digresión de mi relato.

*Comienzos de la expedición del periplo de Nearco*

**18** En efecto, Alejandro, una vez dispuesta para la marcha ya su flota a orillas del Hidaspes, reunió a los fenicios, chipriotas y egipcios que le habían acompañado en su expedición tierras adentro y, de entre ellos, seleccionó a los más expertos marineros para dotar sus naves de marineros y remeros.

Además de éstos, había también en la flota no pocos 2
marineros de las islas, hombres también muy duchos
en asuntos de mar, especialmente jonios y gente del
Helesponto. Eligió trierarcos a los siguientes macedo- 3
nios: Hefestión, hijo de Amintor; Leónato, hijo de
Anteas; Lisímaco, hijo de Agatocles; Asclepiodoro, hijo
de Timandro; Arconte, hijo de Clinias; Demónico, hijo
de Ateneo; Arquias, hijo de Anaxídoto; Ofelas, hijo de
Sileno, y Timantes, hijo de Pantíades, todos ellos de
Pela; por su parte, eran de Anfípolis los siguientes: 4
Nearco, hijo de Andrótimo, que fue quien narró el pe-
riplo; Laomedonte, hijo de Lárico, y Andróstenes, hijo
de Calístrato. De la Oréstide eran Crátero, hijo de Ale- 5
jandro, y Perdicas, hijo de Orontes; de Eordea eran
Tolomeo, hijo de Lago, y Aristobulo, hijo de Piseo; de
Pidna, Metrón, hijo de Epicarmo, y Nicarquides, hijo
de Simo. Además, Átalo, hijo de Andrómeno, natural de 6
Estinfea; Peucestas, hijo de Alejandro, natural de
Mieza; Pitón, hijo de Crátevas, natural de Alcómeno;
Leónato, hijo de Antípatro, que era de Egas; Pantauco,
hijo de Nicolao, natural de Aloro; Mílea, hijo de Zoilo,
natural de Berea. Todos ellos macedonios. De otra 7
parte, estaban también los siguientes griegos: Medio,
hijo de Oxítemis, que era de Larisa; Éumenes, hijo de
Jerónimo, natural de Cardia; Critobulo, hijo de Platón,
originario de Cos; Toante, hijo de Menodoro, y Mean-
dro, hijo de Mandrógenes, ambos de Magnesia. De Teos 8
era originario Andrón, el hijo de Cabele, así como el
chipriota Nicocles, hijo de Pasícrates (natural de Solo),
y Nitafón, hijo de Pnitágoras, natural de Salamina.
También había un trierarco persa llamado Bagoas,
hijo de Farnuces.

El timonel de la propia nave de Alejandro era One- 9
sícrito, natural de Astipalea, y el intendente de toda
la flota era Evágoras, el hijo de Eucleón, de Corinto.
Alejandro nombró navarco a Nearco, hijo de Andró- 10

timo, que era de familia cretense, aunque se había domiciliado en Anfípolis a orillas del río Estrimón.

11 Una vez todo en regla, Alejandro ofreció un sacrificio a los dioses (a los familiares y a los que los adivinos indicaron), además a Posidón, Anfitrite, a las Nereidas, al propio Océano, al Hidaspes, de donde iba a partir la expedición, al Acesines (del que el Hidaspes es un afluente), así como al Indo, al que van a parar las aguas de aquellos dos. Se celebraron certámenes musicales y gimnásticos y se repartieron las víctimas del sacrificio por los destacamentos de todo el ejército.

19 Una vez hechos todos los preparativos para el viaje[496], ordenó a Crátero que pasara a la otra orilla del Hidaspes con la infantería y la caballería. En paralelo por la otra orilla iría Hefestión con un contingente aún mayor que el que acompañaba a Crátero[497]. Los elefantes fueron con Hefestión, en numero de doscientos.

2 Por su parte, quedaron con Alejandro los llamados hipaspistas, todos los arqueros, y de la caballería los batallones de los llamados Compañeros, lo que hacían un total de ocho mil hombres[498].

3 El cometido de Crátero, Hefestión y sus respectivos hombres era componer una avanzadilla que espe-
4 rara a la flota. Alejandro dispuso, igualmente, que Filipo, el sátrapa de esta región, marchara a la orilla del río Acesines, acompañado también de un numeroso
5 ejército. El contingente de combatientes con que contaba era de ciento veinte mil hombres, sumados los que él mismo había traído desde la costa, los que se habían incorporado en la leva hecha últimamente por

---

496 El comienzo de la expedición se ha narrado ya antes en *Anábasis* VI 3, 2.

497 Crátero bajó con sus hombres por la derecha del río, y Hefestión por la izquierda.

498 Sobre la composición del ejército de Alejandro, remitimos a lo dicho en nuestro vol. I, n. 62.

sus oficiales; hay que decir, sin embargo, que en este ejército tan numeroso había gente de todas las tribus bárbaras y que su equipo militar era de lo más variado.

Levó, pues, anclas Alejandro y navegó río abajo por 6
el Hidaspes hasta la confluencia del Hidaspes y el
Acesines. El número total de naves era de ochocientas, 7
entre las largas naves de guerra, cargueros, naves de transporte de animales y víveres, en las que también se embarcaban las tropas.

Cómo efectuó la travesía río abajo su flota, a cuán- 8
tos pueblos sometió a su paso por las riberas, el grave peligro que les sobrevino en territorio de los malios donde él mismo resultó herido, cómo le salvaron la vida protegiéndole con el escudo Peucestas y Leónato cuando él se hallaba abatido por tierra; todas estas circunstancias ya las he narrado en mi obra[499] escrita en ático.

Mi objetivo en este relato es el periplo que realizó 9
Nearco con la flota, partiendo de la desembocadura del Indo a través del Océano, hasta alcanzar el golfo Pérsico, llamado por otros mar Rojo[500].

El propio Nearco nos da este relato de la expedi- 20
ción. Alejandro tuvo un vivo interés[501] por bordear la franja de mar que va desde la desembocadura del Indo hasta el golfo Pérsico.

---

499 Corresponde a *Anábasis* VI.

500 El mar Rojo es el que baña, propiamente, la península arábiga por su parte occidental, mientras que esta expedición se adentró por el actualmente llamado golfo de Omán o estrecho de Ormuz. — Ocurre, sin embargo, que ya desde antiguo se denominó al golfo de Omán mar Eritreo, en honor del primer rey del país, Eritro. Cf. *Ind.* 37, 3.

501 Remitimos nuevamente a lo dicho en vol. I, n. 21, sobre el *póthos* de Alejandro. Queremos destacar, sin embargo, la singularidad de la construcción sintáctica en este caso presente: *póthon men eînai Alexándrōi.*

2 Al propio tiempo tenía sus prevenciones ante una travesía tan larga, no fuera a ocurrir que sus hombres quedaran encallados en algún paraje desierto, sin fondeaderos o sin víveres suficientes, sobreviniendo así la destrucción de su flota, y, con esta no pequeña desgracia, temía que quedara echada por tierra la actual felicidad que le embargaba tras la ejecución de tan grandes hazañas. Ante tal dilema, se impuso su deseo de llevar a cabo siempre algo nuevo e inusitado.

3 Indeciso estuvo acerca de a quién elegir que estuviera capacitado para tan penosa empresa y que supiera eliminar de los marineros el miedo de pensar que aquella expedición tan ciegamente les conduciría a un evidente peligro.

4 Cuenta Nearco que se entrevistó, él mismo, con Alejandro para elegir a quién se pondría al frente de la flota y que, haciendo el recuento de tales y tales nombres, iban quedando descartados una serie de ellos: unos, porque no querían correr tal riesgo en beneficio de Alejandro; otros, porque eran en exceso pusilámines; a otros, se lo impedía su añoranza por regresar a su casa, y así, para cada cual, fue surgiendo
5 algún inconveniente. Fue entonces cuando Nearco se ofreció a sí mismo diciendo: «Señor, te sugiero que sea yo mismo quien conduzca tu flota y, si la divinidad me ayuda en la empresa, te he de conducir tus naves y tus hombres sanos y salvos hasta la tierra de Persia, si este mar es hasta allí navegable y la empresa no es imposible a una humana inteligencia.»

6 Alejandro le contestó diciendo que no quería exponer a una tan penosa travesía y de tan grandes peli-
7 gros a uno de sus amigos, pero, ante esto, Nearco no cedió, sino que se lo suplicó encarecidamente, hasta que Alejandro, elogiando el arrojo de Nearco, le designó responsable máximo de toda la flota.

Fue entonces cuando la mayor parte de los hom- 8
bres designados para formar parte de la expedición, a más de la marinería, sintieron mayor contento en sus espíritus, pues se decían: «A Nearco nunca lo hubiera Alejandro lanzado a un evidente peligro, si no hubiera posibilidad de escapar de él.»

El nuevo esplendor de los preparativos, el aparejo 9
de las naves y los extremados desvelos de los trierarcos por su marinería y el equipamiento habían bastado para levantar el ánimo de los que, desde el principio, estaban más recelosos y sin optimismo por toda la empresa.

Contribuyó también, en gran manera, a levantar los 10
ánimos del ejército la circunstancia de que Alejandro había bajado y explorado las dos bocas del Indo hasta el mar, que había ofrecido sacrificios a Posidón y otras divinidades marinas, y se había congraciado con el mar mediante estupendos regalos.

Confiados, además, en la perenne y, a veces, in- 11
comprensible buena suerte de Alejandro, pensaban que no habría riesgos que aquél no se atreviera a correr y llevar a buen término.

Cuando se calmaron los vientos etesios[502], que so- 21
plan durante el verano del mar tierra adentro (haciendo por completo imposible la navegación por la zona), se puso en marcha la expedición, siendo arconte en Atenas Cefisodoro, el día veinte del mes Boedromión según el cómputo ateniense. Según el cómputo macedonio y asiático ***[503] del décimo-primer año del reinado de Alejandro[504].

---

502 Los vientos etesios soplan, alternativamente, del mar a la tierra (verano) y de la tierra al mar (invierno). Son los vientos templados y húmedos del verano procedentes del mar los que provocan copiosas lluvias sobre el país.

503 Existe en el texto una laguna, señalada por el editor Vulcanius, ya en 1575.

2 También Nearco ofreció un sacrificio a Zeus Salvador antes de emprender la marcha y celebró, también, un certamen gimnástico. Levaron anclas, pues, en el puerto y, durante el primer día, bajaron por el río Indo cerca de un gran canal, donde aguardaron dos días. Este lugar se llamaba Estura y distaba unos cien
3 estadios del fondeadero. Al tercer día reemprendieron la marcha hasta alcanzar un canal, a unos treinta estadios de distancia, que era ya de agua salada, pues el agua del mar remonta la corriente del río en la pleamar, y el agua salada permanece allí mezclada con el agua dulce incluso cuando la marea baja. Este lugar se llamaba Caumara.

4 Bajaron desde aquí unos veinte estadios más y an-
5 claron en Corestis, todavía en el cauce del río. Partieron de aquí para bajar tan sólo un corto trayecto, pues apareció ante su vista una barra en la desembocadura del Indo, en la que las olas rompían contra la costa, que era en aquel lugar muy rocosa.

6 Por una parte, la barra parecía menos compacta, lo que fue aprovechado para abrir por allí un canal de cinco estadios por donde las naves pudieron cruzar al
7 subir la marea. Dando un pequeño rodeo de unos ciento cincuenta estadios echaron anclas en una isla, de playas arenosas, llamada Crócala, donde permane-
8 cieron el día siguiente. En esta región habitan unos indios del pueblo llamado arabeo, de los que ya he hecho mención en mi obra mayor[505], y es su río Arabeo el que da nombre a sus habitantes, riega sus tierras antes de llegar al mar y sirve de frontera con el país de los oritas.

---

504 Las fechas oscilarían, así, de octubre del 326 a septiembre del 325.

505 Cf. *Anábasis* VI 21, 4.

Desde Crócala y, dejando a su derecha el llamado 9
monte Iro y a su izquierda una isla muy llana, se pu-
sieron de nuevo en marcha. Esta isla se extiende para-
lela a la costa formando un estrecho golfo. Pues bien, 10
una vez rebasaron esta isla, fondearon en un acogedor
puerto, amplio y precioso, lo cual llevó a Nearco a
darle el nombre de «Puerto de Alejandro»[506].

En la embocadura del puerto se halla una isla, a 11
una distancia de dos estadios, llamada Bibacta, que
pertenece a la región de Sangada. La propia isla era la
que formaba el puerto, pues abrigaba la costa al estar
situada en pleno mar.

Allá soplan violentos y constantes los vientos del 12
mar, y Nearco, temiendo que algunas tribus bárbaras
se reunieran para saquear el campamento, rodeó el
emplazamiento con un muro de piedra. Allí estuvieron 13
fondeados veinticuatro días, durante los cuales los hom-
bres de Nearco se dedicaron a pescar mejillones, os-
tras y las llamadas navajas; enormes todos ellos de
tamaño, si los comparamos con los que se hallan en
nuestras playas. Dice Nearco que sus hombres bebían
el agua salada del lugar.

Una vez cesó el viento, levaron anclas y, después 22
de recorrer unos sesenta estadios, se detuvieron de
nuevo en una costa de playas muy cerca de una isla
desierta llamada Domai, que les sirvió de refugio donde
anclar. En la costa no había agua, mas se adentraron 2
unos veinte estadios y encontraron agua potable en
abundancia. Al día siguiente navegaron hasta que se 3
hizo de noche y llegaron a Saranga, que se hallaba a
unos trescientos estadios[507], y allí sí pudieron encontrar

506 Corresponde, muy probablemente, al actual emplazamiento de la ciudad de Karachi.

507 Unos 54 km.

agua a unos ocho estadios de la playa en la que habían echado anclas.

4 Se hicieron luego desde allí a la mar y recalaron en Sacalas, un paraje desértico. Pasaron entre dos peñascos, tan próximos el uno del otro que los remos de los barcos tocaban ya a uno ya a otro lado de las rocas; al cabo de poco anclaron en Morontobara, después de haber recorrido trescientos estadios.

5 Se encuentra allí un puerto grande, circular, de buen calado y de aguas tranquilas aunque sus accesos son muy angostos. Su nombre en lengua indígena es «Puerto de las Mujeres», en honor a que fue una mujer
6 la primera que gobernó esta región. Una vez que consiguieron escapar de los escollos se las tuvieron que ver con las enormes olas de un mar turbulento, pues querían evitar el peligro de los acantilados por parecerle esto un trabajo ímprobo.

7 Al día siguiente se hicieron a la mar dejando a su izquierda una isla delante del mar abierto y tan próxima a la playa que más bien daba la impresión de ser aquel paso un canal entre la isla y la playa. Este trayecto medía unos setenta estadios en total. Al borde de la playa había muchos y frondosos árboles y la isla estaba cubierta por una selva muy tupida.

8 Al alba zarparon de la isla por una angostura entre escollos con la marea medio vacía, y después de navegar unos ciento veinte estadios recalaron en la desembocadura del río Arabeo, donde había un puerto amplio y cómodo en su misma desembocadura. El agua de allí no era dulce, pues en la misma boca del río el agua del mar se mezcla con la que baja del Arabeo.
9 Penetraron, sin embargo, unos cuarenta estadios tierra adentro y encontraron una charca de donde recogieron agua, y con ella regresaron a su base.

10 Al otro lado del puerto se alzaba una isla de considerable altura, desierta, en la que pudieron coger todo

tipo de ostras y peces. Hasta aquí se extienden los dominios de los indios arabios, que son el último de los pueblos de la India por Occidente; a partir de aquí comienza ya el país de los oritas.

Levaron, pues, anclas desde la desembocadura del 23
río Arabeo y costearon el territorio de los oritas para recalar en Págala, después de haber recorrido doscientos estadios entre un mar de escollos en el que tan sólo la maniobra de anclar resultaba cómoda.

La tripulación se quedó, en esta ocasión, trajinando en los barcos, mientras unos pocos bajaron a buscar
agua. Al día siguiente partieron y, después de recorrer 2
unos cuatrocientos estadios[508], llegaron por la tarde a Cábana, donde se detuvieron en una playa desierta. Había también allí un peligroso rompiente, por lo que
echaron anclas un poco distantes de la playa. Durante 3
esta travesía les había sorprendido un fuerte viento que soplaba desde alta mar contra las naves y que les había ocasionado la pérdida de dos largas naves de guerra, así como la de un bajel, aunque sus hombres consiguieron ponerse a salvo nadando, ya que se marchaba no lejos de la costa.

A eso de media noche reemprendieron la marcha, 4
ahora en dirección a Cócala que distaba unos doscientos estadios de la playa de donde salieron. Las naves quedaron fondeadas en alta mar, aunque sus tripulaciones desembarcaron por orden de Nearco y vivaquearon en la costa, pues estaban ansiosos por tomarse un respiro después de haber sufrido tanto en el mar; también en esta ocasión se cercó el campamento con un vallado como protección contra los bárbaros.

En este lugar, Leónato, a quien Alejandro había 5
encargado las operaciones contra los oritas, derrotó a éstos y a sus aliados en una gran batalla, dando muerte

---

508 *Otros leen 430 estadios.*

a unos seis mil y, entre ellos, a todos sus jefes. De parte de Leónato murieron quince jinetes y algunos infantes, aunque allí encontró la muerte el sátrapa de Gadrosia, Apolófanes.

6 Todo esto ya lo he contado yo en mi otra obra[509], así como que Leónato recibió, como recompensa de Alejandro por esta acción, una corona de oro en presencia de los macedonios.

7 Por orden de Alejandro habían reunido aquí un gran contingente de trigo que se destinaría a subvenir las necesidades del ejército, por lo que ahora se procedió a embarcarlo en las naves. Se trataba de un cargamento con el que podrían abastecerse por unos diez días.

8 Procedieron, acto seguido, a reparar las naves que habían sufrido algún daño hasta llegar aquí. A todo el marinero que Nearco observaba que flaqueaba en su trabajo lo cedió a Leónato para que con él marcharan a pie y reclutó, a cambio, algunos nuevos tripulantes para sus barcos de entre los hombres de Leónato.

24 De nuevo reemprendieron la marcha y, navegando con viento favorable, llegaron, después de haber recorrido unos quinientos estadios, al desagüe de un to-
2 rrente llamado Tomero. En la desembocadura de éste se había formado una laguna y, en una depresión junto a la playa, vivían unos hombres en unas sofocantes cabañas. Al ver éstos cómo se acercaban las naves de Nearco, estupefactos, formaron alineados en paralelo a la playa para defenderse en caso de que los otros intentaran un desembarco.

3 Estaban armados con gruesas lanzas, de unos seis codos de largo, cuya punta no era de hierro, aunque su extremo era puntiagudo y tenía el mismo efecto que el hierro por haber sido endurecido al fuego. Eran,

509 Para más detalles, cf. *Anábasis* VI 21-22.

aproximadamente, unos seiscientos hombres. Al ver 4
Nearco que le estaban esperando en la orilla en per-
fecta formación, mandó detener las naves, una vez que
alcanzaron una distancia tal que los enemigos caían
dentro del campo de tiro de los disparos que desde las
naves se les hacía, mientras que las lanzas del ene-
migo resultaban inofensivas, pues eran armas para un
combate cuerpo a cuerpo y no a esa distancia. A una 5
señal dada, mandó Nearco que se echaran al agua un
grupo de sus hombres, los más ágiles, más levemente
armados y más diestros en nadar. Sus órdenes eran 6
que, una vez que llegaran a una distancia de la orilla
donde pudieran hacer pie, esperaran a sus compañeros
sin atacar a los nativos hasta que ellos pudieran formar
de tres en fondo como una falange, y que entonces se
lanzaran al ataque a la carrera entonando el grito de
guerra.

Al punto, los hombres seleccionados saltaron de los 7
barcos al agua y nadaron a toda velocidad hasta for-
mar a pie en perfecto orden y, tras adoptar la for-
mación de falange, se lanzaron al ataque corriendo al
son de los gritos a Enialio. Los que habían quedado
en las naves les coreaban con sus gritos el canto gue-
rrero, disparando sus dardos y proyectiles con las má-
quinas hacia los bárbaros. Los indígenas, asustados 8
por el esplendor de las armas y la celeridad del ataque
y alcanzados por los dardos y demás proyectiles (semi-
desnudos como ellos estaban), sin aguardar para ha-
cerles frente se dieron la vuelta. Algunos de ellos mu-
rieron en la huida y otros fueron hechos prisioneros;
otros, en cambio, consiguieron refugiarse en los mon-
tes.

En sus prisioneros vieron que el cuerpo de estos 9
hombres era especialmente velludo, y no sólo en su
cabeza; tenían también garras al modo de las fieras y
las usaban como si fuera un instrumento de hierro,

según se decía, para abrir el pescado y cortar las maderas menos duras; todo lo demás lo chascaban con piedras puntiagudas, ya que no usan el hierro. Como vestidos utilizaban las pieles de los animales salvajes y algunos, incluso, los caparazones de grandes peces[510].

25 Arrastraron las naves a tierra y repararon las que estaban necesitadas de ello. Al sexto día de estar allí se hicieron a la mar y, después de recorrer unos trescientos estadios, llegaron al límite del país de los ori-
2 tas, a un lugar llamado Málana[511]. Los oritas que viven lejos del mar, tierra adentro, se visten como los indios y van a la guerra equipados de manera similar, aunque su lengua y demás costumbres son distintas.

3 La distancia que la expedición recorrió desde su salida costeando el territorio de los arabitas es de unos mil estadios[512], y la franja costera correspondiente al país de los oritas mide unos mil seiscientos estadios.

4 Al pasar en su navegación a lo largo de las costas de la India (a partir de donde ahora estaban ya no es aquello territorio indio), dice Nearco que podía observarse que las sombras que los cuerpos proyectaban
5 ofrecían un aspecto particular y no el ordinario, sino que cuando se adentraban en el mar en dirección Sur las sombras se proyectaban también hacia el mar, y cuando el sol alcanzaba el cenit al mediodía veían que
6 ningún objeto proyectaba sombra de sí mismo[513]. Y si miraban al cielo veían que los astros que antes divisa-

---

510 Q. Curcio, IX 10, 9; Diodoro, XVII 105; Plinio Viejo, VI 109.

511 Corresponde a Râs Malân.

512 Es la distancia realmente existente, unos 180 km.

513 Arriano, si no hay que remontar el error a Nearco, se equivoca: pues es una experiencia común ver cómo en los países de latitud próxima al Ecuador el sol incide casi verticalmente sobre la tierra, disminuyendo al máximo la proyección de sombra de los objetos.

ban en lo alto, o no eran ya ahora visibles por ninguna parte, o aparecían casi en la misma línea del horizonte: de modo que por estos parajes podían observar cómo se ocultaban y cómo se alzaban luego en el cielo los astros que en otras latitudes siempre están bien visibles en el firmamento.

Estos relatos de Nearco no me parecen inverosími- 7
les, pues por ejemplo en Siene (allá en Egipto) se enseña al visitante un pozo que cuando el sol alcanza el solsticio de verano[514], uno no encuentra que en él se proyecte a mediodía sombra alguna; y, en Méroe, todos los objetos carecen de sombra en estas fechas del verano.

Es lógico, por tanto, que entre los indios[515] (que 8
viven en el Sur) ocurran los mismos fenómenos y, en particular, en las regiones del mar de la India que están orientadas más hacia el Sur. Quede, con todo, esto así.

*Los ictiófagos*

Más al interior de los territo- 26
rios de los oritas se encuentra la región de Gadrosia[516]. Cuando Alejandro hizo la travesía de esta región con su ejército sufrió todo tipo de calamidades, mayores que las hasta entonces soportadas en todas sus expediciones anteriores. Todo esto yo lo he contado ya en mi otra obra más extensa.

Pues bien, al Sur de los gadrosios y a lo largo del 2
mar viven los ictiófagos[517]. La flota de Nearco recaló

---

514 Solsticio de verano = 21 de junio. Cf. n. 161.

515 Que esto ocurre en las regiones más meridionales de la India (en su mayor parte más al Sur del trópico de Cáncer) es conocido; pero no es válido como experiencia observable en territorio de los oritas ni arabitas, pues éstos quedan al Norte de dicho trópico.

516 Cf. *Anábasis* VI 22-27, con más detalles en la narración.

517 Citados también por Heródoto, III 19-25; Diodoro, III

a lo largo de su costa en diversos puntos. Al primer día, después de haber levado anclas, a eso del cambio de la segunda guardia, hicieron un alto en Bagísara,
3 habiendo recorrido unos seiscientos estadios. Existía allí un puerto, de cómodo refugio, y una aldea llamada Pasira a unos sesenta estadios del mar, cuyos habi-
4 tantes se llaman pasíreos. Al día siguiente se hicieron a la mar muy temprano y bordearon un cabo que se adentra considerablemente en el mar, todo él escarpado y de notable altura.

5 Excavaron unos pozos en los que encontraron abundante agua[518], aunque de mala calidad, y echaron el ancla ese día en alta mar, pues en la orilla se veían
6 peligrosos escollos. Al día siguiente se detuvieron en Colta, tras recorrer doscientos estadios, y desde allí se hicieron a la mar al alba y, tras una marcha de seiscientos estadios, fondearon en Caliba. En la misma playa se hallaba una aldea donde crecían algunas palmeras que tenían sus dátiles verdes. A unos cien esta-
7 dios de la playa había una isla llamada Carnina. Los habitantes de la aldea trajeron a Nearco, en señal de hospitalidad, unas ovejas y pescado; dice Nearco que la carne de oveja en esta zona tenía gusto a pescado, lo mismo que el de las aves marinas, por alimentarse de peces, ya que en esta región no hay yerba.

8 Al siguiente día y después de un trayecto de unos doscientos estadios, anclaron junto a una playa, en las proximidades de una aldea que distaba unos treinta estadios del mar. La aldea se llamaba Cisa, y Carbis era el nombre de esta costa.

9 Encontraron allí unas barquichuelas que parecían ser de pequeños pescadores, a los que no consiguie-

15, etc. Lo que nos cuenta Arriano son costumbres que cualquiera puede encontrar, incluso actualmente, en este país.

518 Mantenemos *ouk olígon.*

ron ver, ya que éstos, al ver aproximarse la flota a
tierra, echaron a correr. Allá no había trigo y el ejér-
cito carecía por completo de provisiones, por lo que
subieron a bordo unas pocas cabras y, con ellas, se hi-
cieron de nuevo a la mar. Bordearon con sus naves
un elevado cabo que se adentraba en el mar unos cien-
to cincuenta estadios, para llegar a un puerto muy
bien guarecido en el que había agua y donde se asen-
taba una colonia de pescadores. El nombre del puerto
era Mosarna.

Nos dice Nearco que a partir de este punto fue un 27
gradosio, de nombre Hidraces, quien sirvió como piloto
de la expedición. Éste se había comprometido a guiar-
les hasta Carmania, ya que a partir de aquí la costa no
ofrecía peligro alguno y resultaba, además, mejor co-
nocida hasta el extremo occidental del golfo pérsico.
Se hicieron, pues, a la mar durante la noche y, desde 2
Mosarna, recorrieron setecientos cincuenta estadios
para llegar a la costa de Balomo. A continuación nave-
garon unos cuatrocientos estadios, hasta la aldea de
Barna, donde abundaban las palmeras y había un her-
moso jardín. Crecían en este jardín flores de mirto y
otras variedades con las que los nativos trenzaban
coronas. Fue allí donde por primera vez se encontra-
ron árboles cultivados y hombres que no vivían como
salvajes.

Tras un nuevo cabotaje de unos doscientos estadios 3
arribaron a Dendróbosa, aunque las naves quedaron
fondeadas en pleno mar. De nuevo partieron a eso de 4
media noche hasta llegar al puerto de Cofas, después
de haber dejado atrás unos cuatrocientos estadios. Vi- 5
vían allí unos pescadores que poseían unos pequeños
y pobres barquichuelos. Remaban en ellos no como los
griegos con los remos sujetos al escálamo, sino igual
que en un río, propulsando el agua a uno y otro lado

alternativamente, como los que cavan la tierra. En este
puerto había agua abundante y limpia.
6 A la primera guardia levaron nuevamente anclas y
recalaron en Cuiza, después de recorrer unos ochocien-
tos estadios, un lugar desierto y lleno de escollos, por
lo cual detuvieron sus naves en alta mar y se prepa-
7 raron la cena a bordo. Recorrieron a continuación
unos quinientos estadios y llegaron a un pequeño pue-
blo construido sobre un cerro a poca distancia de la
playa.
8 Supuso Nearco que ésta debía ser una tierra cul-
tivada, por lo que encargó a Arquias, hijo de Anaxidoto,
natural de Pela (era éste un macedonio de importancia
que acompañaba a Nearco en su periplo), que era pre-
9 ciso capturar esa plaza por sorpresa, pues sospechaba
que los indígenas no iban a querer abastecer de pro-
visiones al ejército de buen grado y, por la fuerza, no
les resultaría fácil tomar la ciudad, ya que ello reque-
riría un largo asedio y desgaste de sus propias tropas,
para lo cual no estaban preparados por carecer ellos
mismos de víveres. Dedujo Nearco que aquéllas eran
tierras de cereales, pues había visto cerca de la playa
unos espesos rastrojos.
10 Una vez planeado todo, dio órdenes de que las na-
ves se prepararan como si fueran a enfilar proa a alta
mar, de retirada, y fue Arquias quien se encargó de
que se hicieran los preparativos para partir, mientras
él quedó con una sola nave, y, con ella, se dirigió como
de visita a la ciudad.

28

*Estratagema de Nearco*

Al acercarse Nearco a los muros, los del pueblo le trajeron de la ciudad como presente, en señal de amistad, atunes cocidos en unas cazuelas (son éstos los últimos integrantes de una tribu de los ictiófagos y los primeros que vieron los griegos que cocían sus ali-

mentos), unos pocos pasteles y dátiles de sus palmeras. Nearco les dijo que aceptaba de muy buen grado 2
aquellos presentes y que le gustaría visitar la ciudad, cosa que ellos consintieron encantados. Una vez tras- 3
pasó Nearco el umbral de la puerta, ordenó a dos arqueros que le acompañaban que controlaran la portezuela, mientras él, con otros dos arqueros y un intérprete, subió por aquella parte del muro desde donde hizo una señal a Arquias, según habían convenido. Dada esta contraseña, Arquias la captó perfectamente e hizo lo que se le había encomendado. En efecto, los 4
macedonios, al percatarse de la señal de Nearco, enfilaron a toda velocidad sus naves hacia la playa y, con igual celeridad, se lanzaron al agua, mientras los indígenas, atemorizados ante lo sucedido, echaban a correr en busca de sus armas. El intérprete que acompañaba 5
a Nearco les gritaba desde el muro que debían abastecer de provisiones al ejército, si querían conservar su ciudad. A ello contestaron los nativos diciendo que no tenían provisiones, y se pusieron a atacar los muros. Pero los arqueros, que con Nearco estaban, les disparaban desde arriba y los hicieron retroceder fácilmente.

Al comprender que su ciudad estaba prácticamente 6
tomada y a punto de ser reducida a esclavitud, pidieron a Nearco que retirara todo el trigo que hubiera y que se marchara sin arrasar la ciudad.

Ordenó Nearco a Arquias que ocupara las puertas 7
y el muro que entre ellas quedaba, mientras él enviaba a unos soldados a que averiguaran si los de la ciudad les mostraban todos los depósitos de trigo sin escamotear nada. Los nativos les enseñaron buena cantidad de 8
harina de pescado cocido y secado, pero muy poca cantidad de trigo y cebada, debido a que ellos se alimentan de esta harina de pescado que les servía como pan, y el pan de trigo era para ellos como fina repos-

9 tería. Una vez les enseñaron todo lo que tenían, reco-
gieron provisiones de todo lo que había y se reembar-
caron para echar anclas cerca de un promontorio que
los nativos del lugar consideraban consagrado al sol.
El nombre del cabo era Bagía.

29 Se hicieron luego a la mar a eso de media noche y
recorrieron unos mil estadios hasta llegar al cómodo
puerto de Tálmena, y desde él avanzaron unos cuatro-
cientos estadios para recalar en una aldea abandonada
llamada Canasida, donde encontraron un pozo abierto
y abundantes palmeras silvestres; cortaron sus espádi-
ces[519] y se los comieron, pues la tripulación tenía el
2 pan racionado. Sufriendo verdadera hambre, navega-
ron todo un día y una noche y se detuvieron en una
3 playa desierta. Nearco llegó a temer que, si autorizaba
el desembarco a sus hombres, abandonarían éstos sus
barcos ya desesperados como estaban, y por ello optó
por mantener sus naves ancladas en alta mar.

4 Puestos de nuevo en marcha, llegaron a Cánate, a
unos setecientos cincuenta estadios, donde hay una
5 playa y unos estrechos canales. Desde aquí recorrieron
unos ochocientos estadios y arribaron a Taesis, donde
encontraron muchas y pobres aldehuelas diseminadas
por los alrededores. Sus habitantes las abandonaron, y
en sus casas encontraron ellos trigo, aunque no en
cantidad, y dátiles de palmera. Mataron siete camellos
abandonados por sus dueños y se los comieron.

6 A la hora del alba levaron anclas, recorrieron tres-
cientos estadios y arribaron a Dagasira, habitada por
7 gente nómada. Se hicieron de nuevo a la mar y, du-
rante la noche y el día siguiente, navegaron sin des-
canso, recorrieron unos mil cien estadios hasta reba-

---

[519] El florón de la palmera tiene en su interior una especie de corazón tierno y muy apreciado, semejante al cogollo de las lechugas.

sar el territorio de los ictiófagos, donde tanto habían
sufrido por la escasez de alimentos. No se acercaron 8
a la playa (pues era una zona de acantilados), sino
que echaron el ancla en pleno mar.

El cabotaje paralelo a la costa donde viven los ictió-
fagos fue de algo más de diez mil estadios. Estos ictió- 9
fagos se alimentan, y de ahí les viene su nombre, de
peces, aunque muy pocos de ellos son pescadores (pues
no tienen barcos para ello, ni tampoco conocen las
artes de pesca), sino que cogen los peces durante la
marea baja.

Algunos, sin embargo, se fabrican unas redes que 10
alcanzan, muchas de ellas, los dos estadios de largo y
las hacen con las hilachas de las palmeras que ellos
trenzan como si fuera lino.

Al bajar la marea y quedar al descubierto la playa, 11
no hay peces donde el agua ha bajado por completo
y deja la playa en seco, pero, donde existe alguna
poza, se remansa allí un poco de agua, abundando en
ella extraordinariamente los peces, muchos de ellos pe-
queños, pero también algunos grandes que pescan lan-
zándoles la red.

Se comen crudos los más pequeños, tal como los 12
sacan del agua, y exponen al sol para que se sequen
los mayores y de espinas más duras, y una vez secos
los machacan hasta hacer con ellos harina y pan. Al-
gunos, incluso, hacen pastelillos con esta harina. Tam- 13
bién sus animales se alimentan de pescado seco, ya
que el país carece de prados y en él no crece la yerba.
Cogen, igualmente, en abundancia cangrejos, ostras y 14
almejas. Hay también en este país salinas natura-
les *** [520], de los que extraen aceite. Los que habitan 15

[520] Coinciden los editores en entender que aquí falta el nombre de un pez (*apô thýnnōn*, dicen algunos), del que se extraería este aceite.

zonas desiertas de este país, sin árboles ni frutos comestibles, tienen un régimen alimenticio a base de pescado; otros, en cambio, cultivan parte de sus tierras y toman pan como acompañamiento del pescado[521], aunque el pescado sigue siendo su plato fuerte.

16 Los más ricos entre ellos edifican sus casas de la siguiente manera: recogen huesos de los cetáceos que el mar arroja a la costa y los utilizan como tablones, y para las puertas les sirven los huesos planos. Pero la gente del pueblo y los más pobres se hacen sus casas con las raspas de los pescados.

*Fauna marina de estos mares*

30 Este extenso Océano alimenta grandes cetáceos[522], y en él viven peces mucho mayores que los de
2 nuestro mar Mediterráneo. Cuenta Nearco que, cuando ellos salieron de Cuiza, vieron al amanecer una masa de agua proyectada a presión por encima del mar, como lanzada por una violenta tempestad, y que, llenos de
3 miedo, preguntaron a los pilotos qué era aquello y a qué se debía. Contestaron éstos que se trataba de cetáceos que nadan por el mar lanzando chorros de agua al cielo, y tanto asustó esto a los marineros, que los
4 remos cayeron de sus manos. Nearco pensó que lo mejor era animar y dar confianza a sus hombres, por lo que, a aquellos junto a los cuales navegaba su barco, les ordenó que colocaran sus naves de frente como para una batalla naval y que entonaran su grito de guerra para sumarlo al estruendo del mar y avanzar, así, a todo batir de remos en medio del mayor estré-

---

521 Hemos preferido mantener (*pace* Chantraine) *kai toútōi katáper ópsōi chrôntai pròs toùs ichtýas.*

522 Estos monstruos marinos, al parecer ballenas, llamaron la atención por su extraordinaria corpulencia: hasta cinco veces mayores que los más grandes elefantes. Cf. KALOTA, *India as described...*, pág. 53.

pito. Recuperados, pues, los ánimos, pusieron así rum- 5
bo a las bestias a una señal dada y, al acercarse a ellas, gritaron con todas las fuerzas de su garganta[523], hicieron sonar sus trompetas, lanzando lo más lejos posible
este estrépito y el ruido de sus remos. Los monstruos, 6
bien visibles ya por las proas de las naves, aterrados se sumergieron en las profundidades y, al cabo de poco, emergieron por la popa, reaparecieron y volvieron a resoplar a gran altura columnas de agua.

Ante esta inesperada salvación los marineros aplau- 7
dieron, felicitando a Nearco por su sabiduría y su osadía.

Ocurre, a veces, que estos monstruos salen a algún 8
lugar de la costa próximo a la playa y, cuando la marea baja, quedan cogidos en algún bajo fondo o son expulsados por el oleaje en el curso de una violenta tempestad, y allí en la arena de la playa se pudre y descompone su carne, y se desmembra el animal para dejar sólo sus huesos, que, más tarde, los nativos apro-
vechan para sus construcciones. Los grandes huesos 9
de los costados se emplean como travesaños de las casas y los pequeños, como cabrios, y los de la mandíbula se utilizan como jambas de las puertas, ya que estos animales alcanzan, en algunos casos, hasta veinticinco orguias de largo.

*Leyendas sobre islas fantásticas*

Cuando costeaban el país de 31
los ictiófagos, oyeron hablar de una isla[524] que se halla a unos cien estadios de la tierra firme
y en la que no vive nadie. Los 2
nativos del lugar decían que estaba dedicada al Sol y que se llamaba Nosala, y que nadie quería acercarse

[523] Un nuevo tropo: se indica la parte por el todo; el griego dice «cabeza» por «garganta».

[524] Ya se ha mencionado esta isla en el cap. 26. Las discrepancias entre lo allí narrado y lo que ahora se nos dice ha

hasta ella, ya que, si alguien ponía el pie en ella por no saberlo, desaparecía al punto.

3 Dice Nearco que uno de sus bajeles con una tripulación egipcia desapareció no lejos de esta isla, y que los pilotos del resto de sus naves afirmaban que había ocurrido ello por haberse acercado sin saberlo en exceso a la isla.

4 Ante estos rumores, Nearco ordenó que un triecóntoro diera una vuelta alrededor de toda la isla sin tocar en ella y que sus tripulantes llamaran a gritos a sus compañeros (al timonel y a los que fueran conocidos, por sus propios nombres) cuando pasaran lo
5 más cerca posible de la isla. Mas como nadie les contestara, dicen que él mismo puso rumbo a la isla y obligó a su tripulación a aproximarse a ella, cosa que aquéllos de muy mala gana hicieron. Él mismo desembarcó, demostrando así que aquel relato era una patraña en lo que al carácter de la isla se refería.

6 Le llegaron también noticias de otra leyenda sobre esta isla, según la cual vivía en ella en soledad una nereida (nadie conocía su nombre) que hacía, de cualquiera que a la isla se acercaba, su amante, a quien, acto seguido, metamorfoseaba en pez y lo arrojaba al mar.

7 El Sol se molestó con ella, por lo que ordenó cambiara su residencia a otra isla, a lo que ella accedió pidiéndole a cambio que desapareciera el embrujo que sobre ella pesaba, a lo que también accedió el Sol.

8 Se compadeció, entonces, la nereida de aquellos hombres a los que había metamorfoseado en peces y y les devolvió a su estado primigenio, y de ellos descienden, precisamente, la raza de los ictiófagos que hasta tiempos de Alejandro vivieron.

---

llevado a pensar que Arriano, que está utilizando materiales procedentes de fuentes distintas, no los ha combinado concordantemente.

Nearco nos probó así, definitivamente, que estos 9
tales relatos eran falsos, aunque a mí no me parece bien que se tomara tanto trabajo y erudición, ya que eran bien fáciles de rebatir por completo. Entiendo que es una laboriosa e inútil tarea reunir una serie de antiguas anécdotas para, acto seguido, probar su falsedad.

*Continúa la expedición por costas de Carmania*

Más al interior que los ictiófa- 32
gos habitan los gadrosios, en un territorio pobre y de arenas por todas partes. Fue allí donde el propio Alejandro y su ejército sufrieron incontables calamidades, según ya he tenido ocasión de narrar en mi otro libro.

Cuando la flota partió por última vez del territorio 2
de los ictiófagos y llegó a Carmania, es decir, en la primera recalada que en la región de Carmania hicieron, tuvieron que echar las anclas a considerable distancia de la playa, pues allí se extendían en dirección al mar unas terribles rompientes.

Al hacerse de nuevo a la mar pusieron rumbo no 3
hacia el Oeste, como de costumbre, sino que enfilaron las proas en sentido Noroeste.

Esta región, llamada Carmania, es una tierra más 4
arbolada que la de los ictiófagos y los oritas, y también es más rica en frutales y, en ella, abunda más la yerba y es más rica en agua.

Arribaron, pues, a Badis, villa de Carmania, en la 5
que abundaban toda suerte de árboles cultivados, menos el olivo; en ella se criaban, igualmente, buenas viñas
y era muy productora de trigo. Tras salir de allá y 6
después de haber recorrido ochocientos estadios, llegaron a una playa desierta, desde donde divisaban un enorme cabo que se introducía considerablemente mar adentro y que parecía distar de allí un día de navegación.

7 Los que conocían el país[525] decían que este cabo
pertenecía a la Península Arábiga y que se llamaba
Maceta[526], y que era de allí de donde los asirios im-
portaban la canela y las demás especias.
8 Pues bien, a partir de este lugar de la costa donde
ahora se hallaba la flota y del cabo que frente a sí
veían sobresaliendo hacia el mar (en mi opinión y en
la de Nearco al menos), comienza el golfo que se in-
terna profundamente formando lo que podemos llamar
mar Rojo[527].
9 Cuando la expedición divisó este cabo, Onesícrito
fue partidario de poner proa directamente hacia él a
fin de evitarse las molestias de tener que demorarse
10 por todo el perímetro del golfo. A ello le replicó
Nearco que Onesícrito era un ingenuo si es que todavía
no se había enterado del verdadero motivo por el que
11 Alejandro había despachado esta expedición. El moti-
vo de la expedición por mar no había sido que a Ale-
jandro le resultara imposible conducir la totalidad de
su ejército sano y salvo por tierra, sino porque le inte-
resaba conocer las playas de toda la franja costera,
los puertos e islotes que en ella hubiera, recorrer todos
los golfos y ciudades costeras, e informarse de qué
partes del país eran fértiles y cuáles eran desiertos.
12 Por ello, no debían ahora que ya estaban acabando
con tan penosa empresa echarla a perder, precisamente
ahora que tenían abundancia de víveres para lo que
quedaba de travesía. Además, tenía Nearco sus preven-
ciones de que aquel cabo, situado más hacia el Sur,
fuera en realidad un paraje desértico, sin agua y que-
mado por el sol.

[525] Cf. lo dicho en nuestra n. 138 (vol. I), a propósito del testimonio de los testigos indígenas.

[526] En pleno estrecho de Ormuz.

[527] En realidad, aquí empieza la boca del golfo Pérsico.

Al final se impuso su parecer[528] y fue gracias a ello, estoy seguro, por lo que Nearco consiguió salvar su flota, pues tanto aquel promontorio como el territorio colindante constituyen un desierto que carece, según se dice, por completo de agua. 13

Haciéndose de nuevo a la mar sin perder de vista 33
la costa, llegaron, después de haber recorrido setecientos estadios, a las playas de Neóptana. Partieron de 2
nuevo al amanecer y, al cabo de cien estadios, se encontraban en la desembocadura del río Ánamis, en la región de Harmocia. Ésta era ya una tierra acogedora y fértil, a pesar de que en ella no se criaba el olivo.

Una vez desembarcaron, encontraron un respiro a 3
tantas penalidades como habían sufrido; traían ahora a la memoria lo que habían penado por mar y por el país de los ictiófagos, volviendo a acordarse de los sufrimientos del desierto, de aquellos hombres salvajes y de sus propias dificultades.

Algunos hombres se introdujeron tierra adentro, 4
desperdigándose del resto del ejército, cada cual buscando algo. Fue entonces cuando vieron un hombre 5
que llevaba una clámide griega, con aditamentos griegos, y que hablaba su lengua griega. Los primeros que le vieron confesaron que se pusieron a llorar, pues no se creían que, tras tantas desgracias, pudieran estar viendo a un griego y escucharle hablar en griego. Le 6
preguntaron de dónde venía y quién era, y él les contestó que se había alejado un tanto del ejército de Alejandro, aunque el ejército y el propio Alejandro se hallaban a muy corta distancia.

En medio de un tremendo griterío y entre aplausos 7
lo condujeron ante Nearco, a quien éste le contó que el ejército y el propio rey Alejandro estaban a cinco días de marcha desde la costa. Díjole también a Nearco 8

528 Cf. *Anábasis* VII 20.

que le iba a presentar al gobernador de esta región, y Nearco llegó con él a un entendimiento para marchar por el interior del país en busca de Alejandro.

9 A continuación regresó Nearco adonde sus naves y, al amanecer, sacó a tierra algunas que habían sufrido averías durante el viaje y porque, además, había planeado dejar en este territorio a la mayor parte de sus hombres.

10 Cerró el recinto donde quedaron las naves con una empalizada doble, así como con un muro de tierra y un profundo foso, comenzándolo desde la orilla del río hasta la zona de playa en que sus naves habían sido arrastradas a la arena.

*Nearco en busca de Alejandro*

34 Mientras Nearco hacía estos preparativos, el gobernador de esta región, que sabía la gran preocupación que Alejandro sentía por la suerte de la flota de Nearco, pensó que obtendría una buena recompensa de Alejandro si le daba noticias él antes que nadie de que el ejército estaba a salvo y de que Nearco acudiría a presencia del rey dentro de muy poco tiempo.

2 Por ello, se puso en marcha por los caminos más cortos para anunciar a Alejandro que Nearco estaba ya de camino y que venía de la costa. Alejandro, aunque desconfiando un poco del anuncio, se alegró, como
3 es natural, por lo que se le decía. Mas como se sucedieron los días, Alejandro, contando el tiempo en que le había llegado la noticia, creyó que era falso lo que le habían anunciado.

4 Algunos emisarios que Alejandro había enviado a recibir a Nearco iban regresando uno tras otro de vacío, tras haberse adelantado sólo unos días de marcha; más tarde, un segundo contingente que había continuado por más tiempo la búsqueda de Nearco, al no encontrarle, ni siquiera regresó donde Alejandro.

Mandó entonces Alejandro detener a aquel hombre 5
por haberle traído informaciones falsas que no habían hecho sino aumentar su angustia con el anuncio de esa falsa alegría; en su cara y en sus modales se le veía que estaba profundamente atormentado. En el ínterin, 6
algunos que habían partido a la busca de Nearco con caballos y unos carromatos para recogerle encontraron en el camino a Nearco, Arquias y cinco acompañantes con los que habían emprendido la marcha al interior.

Al primer encuentro no reconocieron a Nearco ni a 7
Arquias (tan cambiados estaban: con los pelos largos, sucios, llenos de salitre, agotados físicamente, pálidos de no dormir y de mil otras penalidades), sino que 8
como éstos sólo les preguntaron por Alejandro, aquéllos les contestaron que Alejandro estaba cerca y así los dejaron seguir su camino.

Entonces Arquias cayó en la cuenta y le dijo a 9
Nearco: «Nearco, estos hombres que llevan el mismo camino que nosotros por el desierto deben estar buscándonos, yo me imagino, a nosotros. Y no es de ex- 10
trañar, sin embargo, que no nos hayan reconocido, pues nuestro estado es tan lastimero que somos inidentificables. Preguntémosles quiénes son y a qué han venido por estos parajes.»

A Nearco le pareció perfecto lo que acababa de de- 11
cirle Arquias, por lo que preguntaron a los soldados adónde se encaminaban. Ellos les contestaron que buscaban a Nearco y su flota; y él dijo: «He aquí que yo 12
soy Nearco, y Arquias éste. Ea, llevadnos a que informemos a Alejandro de la suerte de la flota»[529].

---

[529] En DIODORO, XVII 106, el relato tiene parecidos tintes y efectos cuasi-dramáticos, aunque el escenario del encuentro entre Nearco y Alejandro es bien distinto.

35 Recogiéronlos, pues, y volvieron con ellos sobre sus carros de regreso. Se adelantaron algunos para llevar la noticia y, a todo correr, se presentaron ante Alejandro: «Aquí viene Nearco, y con él, Arquias y cinco más; a punto están de llegar.» En cambio, del resto del ejército no pudieron anunciar nada.

2 Ante esta nueva información, Alejandro se figuró que estos amigos se habían salvado de milagro, pero que el resto del ejército se habría perdido, de suerte que fue menor la alegría que le produjo la noticia de la salvación de Nearco y Arquias, que lo que le pesaba
3 saber que el resto del ejército había perecido. No bien habían terminado de hablar los soldados cuando aparecieron Nearco y Arquias en presencia de Alejandro. Apenas los pudo éste reconocer, según los veía con los pelos largos y en tan lamentable estado; todo lo cual no hizo sino aumentar su pesar por considerar cosa hecha la desaparición de su flota.

4 Ofreció a Nearco su mano derecha, y yendo los dos a un lado, aparte de los Compañeros y los hipaspistas, Alejandro lloró un buen rato.

5 Al poco se contuvo y le dijo: «Menos mal que tú te has salvado y también Arquias; gracias a ello, puedo soportar medianamente esta desgracia; mas dime, ¿cómo perecieron las naves y el ejército?»

6 Y Nearco, interrumpiéndole, le dijo: «¡Rey, también tus naves y tu ejército se han salvado! Nosotros mismos hemos querido venir como mensajeros de tan fausta noticia.»

7 Aún más lloró Alejandro, al oír la noticia no esperada de la salvación de su ejército y, acto seguido, preguntó dónde estaban fondeadas las naves. A ello contestó Nearco: «Están en seco para ser reparadas en la desembocadura del río Anamis.»

8 Alejandro puso por testigo al Zeus griego y a Amón el libio de que esta última gran noticia le alegraba

más que haber llegado a conquistar el Asia toda. Pues,
en efecto[530], el dolor que había sentido al creer per-
dido su ejército le había amargado la alegría por sus
anteriores éxitos.

El gobernador de la provincia, a quien Alejandro 36
había detenido por creer falsas sus noticias, viendo
que Nearco estaba allí delante se arrojó a sus rodillas
diciéndole: «Fui yo, yo, quien anuncié a Alejandro la 2
noticia de que veníais a su encuentro sanos y salvos.
Y ya ves cómo me hallo.» Nearco solicitó de Alejan-
dro que liberara a este hombre, cosa que al punto
ocurrió.

Alejandro ofreció un sacrificio por la salvación del 3
ejército a Zeus Salvador, a Heracles Protector, a Po-
sidón y cuantos otros dioses marinos existen, y celebró
un certamen gimnástico y musical y una procesión pre-
sidida por Nearco, sobre quien todo el ejército arro-
jaba cintas y flores[531]. Una vez terminada la ceremonia,
le dijo Alejandro a Nearco: «A ti, Nearco, no te quiero 4
volver a exponer a ningún peligro ni sufrimiento nue-
vo y, por ello, será otro quien se ponga al frente de
la flota a partir de este momento hasta que ésta llegue
a Susa.»

Nearco, sin embargo, le interrumpió y le dijo: «Se- 5
ñor, en todo quiero yo manifestarte mi obediencia como
debe ser; pero si quieres mostrarte agradecido con-
migo, no hagas eso; antes bien, déjame al frente de la
flota hasta rendir viaje completo en Susa con tus
naves sanas y salvas. No seas de esos que habiéndome 6
asignado las tareas más arduas y difíciles me prives
de lo que a continuación viene, que no es otra cosa
que lo más fácil y lo que va acompañado de la mayor
fama, para que ésta pase a manos de otro.»

530 Hemos preferido mantener el *kaì gàr kaì*.

531 Cf. *Anábasis* VI 28.

7 No le dejó Alejandro terminar estas palabras y se las agradeció calurosamente; luego lo despachó de regreso con una pequeña escolta, pues el camino era por territorio amigo.

8 Sin embargo, el regreso también le resultó a Nearco penoso, pues los bárbaros de los alrededores se habían reunido y habían ocupado todas las plazas fuertes de la región de Carmania, debido a que su sátrapa había muerto por órdenes de Alejandro y el recién nombrado, Tlepólemo[532], aún no había conseguido
9 imponer su autoridad. Por dos y tres veces en un mismo día llegaron a las manos con grupos de bárbaros que aparecían cada cierto tiempo, y fue así como los hombres de Nearco, sin detenerse a descansar y muy a duras penas, consiguieron ponerse a salvo al llegar al mar. Nearco hizo allí un sacrificio a Zeus Salvador y celebró un certamen gimnástico.

*Nearco reemprende su periplo*

37 Una vez[533] cumplidas las obligaciones con los dioses, se dieron a la mar, y bordearon una desierta y agreste isla. Echaron ancla más tarde en otra de gran extensión y habitada, a trescientos estadios de donde habían
2 partido. La primera isla se llamaba Organa, y en la que se detuvieron se llamaba Oaracta. En ella crecían viñas y palmeras, y era buena productora de trigo; mediría la isla unos ochocientos estadios. El gobernador de esta isla, llamado Macenes, se ofreció para acompañarles, como piloto, hasta Susa.

---

532 Cf. *Anábasis* VI 27.

533 A partir de este capítulo y hasta el final, el relato se va a convertir en una rápida y muy somera descripción de puertos, trayectos y recorridos. Confiere esta manera de relatar los avatares de la expedición una monotonía que afecta al interés del lector.

Decían que en esta isla podía contemplarse la tumba 3
del primer rey de este país, que se llamó Eritro, de
donde el mar que baña sus costas pasó a denominarse
mar Eritreo[534].

Desde aquí se hicieron nuevamente a la mar y, des- 4
pués de haber costeado unos doscientos estadios, de
nuevo hicieron un alto en la misma isla, desde donde
pudieron divisar otra isla que distaba de esta tan gran-
de unos cuarenta estadios. Según decían, esta isla es-
taba consagrada a Posidón y estaba prohibido poner
pie en ella. Al amanecer reemprendieron la marcha y, 5
al bajar la marea, se produjo una retirada del agua
tan violenta que tres naves se entrechocaron y queda-
ron en seco, y las demás a duras penas consiguieron
esquivar los escollos y alcanzar seguridad en aguas
más profundas. Al producirse la pleamar, las naves que 6
habían quedado en seco de nuevo subieron a flote y
se reunieron con el resto de la flota. Echaron luego el 7
ancla en una isla a unos trescientos estadios de la
tierra firme, después de haber recorrido cuatrocientos
estadios.

A buena hora de la mañana se hicieron a la mar y 8
pasaron a lo largo de una isla desierta que quedaba a
su izquierda y que se llamaba Pilora[535]. Luego recalaron
en Dodona[536], que es una villa sin importancia, pequeña

---

534 Se produce a veces cierta confusión entre mar Eritreo, nombre con el que se suele designar la parte del Océano que baña desde la desembocadura del Indo, en dirección oeste, hasta el estrecho de Ormuz, y el llamado mar Rojo, que se encuentra al costado occidental de la península arábiga. — Mantenemos, por respeto a la *verborum ubertas* de Arriano, la lectura *erythên kaléesthai* (*pace* Chantraine).

535 De nuevo podemos colegir por esta ocasión lo ceñidos a la costa que iban, manera habitual del cabotaje en los periplos de la época.

536 Hay formas alternantes, como casi siempre, en los topónimos de la región. Algunos manuscritos leen «Sisidona».

y sin recursos, a no ser su agua y su abundante pesca, razón por la cual sus moradores también eran ictiófagos por necesidad, al vivir en isla de tierra tan pobre.
9 Repostaron aquí agua y, después de trescientos estadios de marcha, arribaron al cabo Tarsie que penetra
10 mar adentro un buen trecho. Desde él llegaron a Catea, una isla desierta y poco prominente, que, según se decía, estaba consagrada a Hermes y a Afrodita. En este trayecto recorrieron unos trescientos estadios.
11 A esta isla enviaban los habitantes de los pueblos vecinos ovejas y cabras como ofrendas anuales a Hermes y a Afrodita, y ellos pudieron ver estos animales en estado asilvestrado por el paso del tiempo y la soledad.
38 Esta zona es el límite occidental de la región de Carmania y, a partir de aquí, comienzan los dominios persas. Costear esta región de Carmania supone unos tres mil setecientos estadios[537]. Sus habitantes viven al modo persa, de los que son sus vecinos, y cuando van a la guerra lo hacen con una panoplia semejante.
2 Se hicieron a la mar desde esta isla sagrada y entraron ya en dominio persa hasta recalar en un paraje llamado Ilas, en un puerto formado por una pequeña isla desierta; la isla se llamaba Caicandros y la distan-
3 cia recorrida, unos cuatrocientos estadios. Al alba salieron de allí para ir a parar a otra isla habitada, en donde según Nearco se pescaban las perlas de ostras igual que en el mar Índico. Costearon el extremo de esta isla y, de nuevo, echaron el ancla después de haber
4 recorrido unos cuarenta estadios. La siguiente parada la efectuaron junto a un elevado monte, llamado Oco, en un cómodo puerto donde vivían unos pescadores. Haciéndose a la mar y tras cuatrocientos cincuenta
5 estadios de marcha llegaron a Apóstana. Allí encontra-

537 Unos 650 km.

ron anclados un buen número de barcos, junto a una aldea que distaba del mar unos sesenta estadios.

De nuevo se hicieron a la mar durante la noche y, 6
tras una travesía de unos cuatrocientos estadios, se internaron en un golfo en el que había establecidas varias aldeas. Echaron el ancla en un paraje al pie de unos acantilados donde crecían abundantes palmeras y otros árboles frutales de los que se crían en Grecia.

Desde allí se pusieron nuevamente en marcha hasta 7
llegar a una zona habitada llamada Gogana, después de costear unos seiscientos estadios, y echaron el ancla en la desembocadura de un riachuelo llamado Areón.

No les resultó cómodo fondear allí, pues el acceso hasta la boca del torrente era estrecho, debido a que los escollos, que al bajar la marea sobresalían, dejaban
muy reducido el paso. Recorrieron unos ochocientos 8
estadios, al cabo de los cuales, fondearon en la desembocadura de otro riachuelo llamado Sítacos.

Tampoco resultó cómoda su estancia aquí, pues el itinerario por esta zona de Persia está plagado de escollos, rompientes y lagunas de escasa profundidad. Aquí se aprovisionaron abundantemente de trigo que les trajeron por órdenes del rey como avituallamiento. Permanecieron en este lugar veintiún días, arrastraron a tierra sus naves para ser reparadas las que tenían avería y se entretuvieron en el mantenimiento de las demás.

Puestos de nuevo en marcha, llegaron a un territo- 39
rio habitado, a la ciudad de Hieratis, tras una travesía de setecientos cincuenta estadios. Fondearon en un canal que parte del río en dirección al mar y que se llama Herátemis.

Al levantarse el sol costearon la zona (que es toda 2
ella una península) hasta un río torrentero llamado Padargo. En esta región, llamada Mesembria, abundan los jardines, donde crecen árboles de todas las especies.

3 Salieron de Mesembria y, al cabo de doscientos estadios, fondearon en Taoque, junto al río Granis. A unos doscientos estadios de la desembocadura del río había una residencia real de los persas.

4 Cuenta Nearco haber visto, en este trayecto de su
viaje, una ballena varada en la arena; algunos marine-
ros se acercaron a medirla y dijeron que tenía cin-
5 cuenta codos[538]. Su piel estaba cubierta de escamas y
era de un codo de espesor y, sobre ella, se habían asentado colonias de ostras, conchas y toda clase de algas. Dice también que vieron en torno a la ballena muchos delfines que eran de mayor tamaño que los de nuestro mar Mediterráneo.

6 Desde aquí enfilaron el mar con sus proas y, des-
pués de doscientos estadios de marcha, arribaron a un
puerto muy cómodo junto a un riachuelo llamado Ro-
7 gonis. Al poco recorrieron unos cuatrocientos estadios
y arribaron a un nuevo riachuelo llamado Brizana, aunque el fondeadero era peligroso, debido a los escollos, rompientes y salientes que del agua emergían.

8 Cuando la marea estaba llena podían fondear, pero,
al retirarse el agua durante la bajamar, los barcos
9 quedaban en seco. Por ello, aprovecharon la siguiente
subida de la marea para poner proa en dirección al río Orcatis, que es el mayor río de los que por esta parte, según dice Nearco, desembocan en el mar.

40 Hasta aquí se extiende el territorio de la región llamada Persia y, a partir de él, comienza el territorio de los susios y, más allá de éstos, vive un pueblo independiente, el de los uxios, de los que ya he tenido ocasión de decir en mi otra obra que se dedican a la piratería[539].

---

538 Otros dicen 90.

539 Cf. III 8-11 de *Anábasis*.

La distancia recorrida por la flota durante su cabotaje por la región de Persia fue de cuatro mil cuatrocientos estadios.

Esta región de Persia se divide, según dicen, en tres 2
zonas climáticas: así, la parte vecina al mar Eritreo[540] es arenosa y estéril a causa del calor.

Al subir hacia el Norte, de donde sopla el Bóreas, 3
se llega a una zona templada en la que crecen las yerbas, se ven prados húmedos, abunda la viña y todo tipo de árboles frutales, excepto el olivo.

En ella florecen jardines de variadas flores y riegan 4
sus tierras riachuelos de aguas puras e, incluso, lagos en los que anidan toda clase de aves acuáticas; es famosa también por sus caballos y otros animales domésticos; se trata de una zona, finalmente, boscosa en la que abundan los gamos.

Al subir uno un poco más al Norte, encuentra la 5
zona fría que la nieve cubre. Dice Nearco que unos embajadores que regresaban del Ponto Euxino[541] encontraron a Alejandro, después de haber recorrido ellos un corto trayecto cuando éste caminaba por Persia, y que Alejandro quedó de ello por completo extrañado, hasta que aquéllos le explicaron lo corto que era ese camino.

Ya he dicho que los uxios son vecinos de los susios, 6
al igual que lo son mardos y persas (también éstos viven como piratas), y los coseos y medos. Alejandro 7
domeñó a todas estas tribus cayendo sobre ellas en pleno invierno, cuando creían que su país era inaccesible. Fundó entre ellos ciudades, a fin de que dejaran 8
ya de ser nómadas y se hicieran agricultores ocupados en las faenas del campo, y así, teniendo intereses que perder, no se dedicaran a guerrear entre sí.

---

540 Esto es, bañada por las aguas del golfo Pérsico.

541 Mar Negro.

9 Pues bien, la flota de Nearco también dejó atrás esta región llamada Persia. Dice Nearco que las noticias que nos puede dar del resto del viaje hasta su final ya no son tan exactas, como no sea la relación de fondeaderos y las distancias recorridas.

10 En su mayor parte, esta zona de costa es de aguas poco profundas y, en gran medida, avanzan mar adentro las escolleras, haciendo muy inseguro recalar en un puerto donde poder echar anclas. De ahí que la mayor parte de lo que duró la travesía la hicieron bien mar adentro.

11 Reemprendieron la marcha partiendo de la desembocadura del río donde habían acampado, allí en los límites de Persia, e hicieron subir a bordo agua como para cinco días, pues los pilotos afirmaban que más adelante no había agua.

**41** Tras una marcha de unos quinientos estadios, anclaron a la entrada de una laguna en la que abundaban los peces, llamada *Cataderbis,* a cuyo lado se encontraba una pequeña isla, de nombre Margástana.

2 Al alba se pusieron de nuevo en movimiento por aquellas aguas de escaso fondo, marchando las naves unas detrás de otras. Balizaron con piquetes clavados al fondo los escollos más peligrosos aquí y allá, al igual que las señales que avisan a los navegantes (en evitación de que sus naves encallen) allá en el estrecho entre la isla de Léucade y Acarnania.

3 En Léucade, al menos, la costa es de arena y, si algún navío encalla, se le puede reflotar en seguida sin dificultad, mientras que en esta zona lo que hay es fango a ambos lados del canal, espeso y pegajoso, de modo que no hay forma de sacar de allí al barco
4 siniestrado. De otro lado, las señales de balizamiento se terminaron por hundir en el fango, de suerte que perdieron toda su eficacia, y los hombres no podían

tampoco echarse abajo para empujar las naves al canal,
pues se hundían también en el fango hasta el pecho.
Muy penosamente recorrieron así seiscientos esta- 5
dios y cada nave amarró como pudo y sus tripulantes
allí mismo se pusieron a cenar.
A la noche volvieron ya a encontrar aguas profun- 6
das y durante todo el día siguiente hasta la tarde.
Recorrieron unos novecientos estadios y echaron anclas
en la desembocadura del Eufrates, junto a una aldea
del distrito de Babilonia, llamada Diridotis.
Es allí donde los comerciantes compran el incienso 7
de la región y otros perfumes que la tierra de Arabia
produce. Desde la desembocadura del Eufrates a Ba-
bilonia hay, según Nearco, tres mil trescientos estadios.

*Camino hacia Susa*

Fue allí donde se enteraron de 42
que Alejandro andaba en camino
hacia Susa, ante lo cual ellos des-
hicieron parte del trayecto ya re-
corrido para subir por el río Pa-
sitigris en busca de Alejandro.
Emprendieron, pues, la navegación en sentido in- 2
verso (dejando a su izquierda la costa de la Susia) y
dejaron atrás el lago en que desemboca el Tigris. Este 3
río fluye desde Armenia y pasa junto a la antaño im-
portante y feliz ciudad de Nino, sirviendo de límite
oriental a la región situada entre él y el Eufrates, lla-
mada, precisamente por ello, Mesopotamia.
El lago dista del río, aproximadamente, unos seis- 4
cientos estadios y allí se halla una ciudad de la Susia,
llamada Aginis, que dista unos quinientos estadios. Por
su parte, la distancia de la costa de Susia hasta llegar
al Pasitigris es de unos dos mil estadios.
Subieron por el Pasitigris atravesando este país que 5
es habitado y rico. Tras ciento cincuenta estadios de
subida por el río echaron el ancla y allí aguardaron a
que llegaran los que Nearco había enviado a que se

6 informaran dónde estaba Alejandro. Mientras tanto ofreció sacrificios a los dioses que le habían salvado y celebró un certamen en medio de la felicidad gene-
7 ral de su ejército. Al llegarles noticias de que Alejandro también venía de camino, reemprendieron de nuevo su marcha río arriba; al poco echaron anclas en el puente de balsas que Alejandro debía utilizar para que sus tropas tomaran el camino de Susa.

8 Allí se encontraron los dos ejércitos y Alejandro ofreció sacrificios por la salvación de sus naves y de sus hombres y celebró competiciones y juegos. Por cualquier parte que apareciera Nearco, los soldados le
9 lanzaban cintillas y flores en señal de saludo. También fue coronado Nearco, al igual que Leónato, con una corona de oro, enviada para cada uno de ellos de parte de Alejandro. Nearco la recibió en recompensa por haber conducido sana y salva la flota, y Leónato, por la victoria que había obtenido sobre los oritas y otros bárbaros vecinos.

10 Fue así como Alejandro salvó al ejército que había partido de la desembocadura del Indo.

*La península Arábiga*

43 La mayor parte de Arabia[542] es la que se halla a la derecha del mar Eritreo, detrás de Babilonia. Por una parte Arabia limita con el mar de Fenicia y de la Siria Palestina, y por el Oeste, en dirección al Mediterráneo, Arabia limita con los egipcios.

2 Egipto está cortado por un golfo que procede del Gran Mar, lo que hace evidente que, si este golfo comunica con el mar exterior, es posible un periplo que,
3 partiendo de Babilonia, alcance este golfo. Nadie, sin

542 Todo el pasaje es oscuro e impreciso. Tal vez Arriano está contaminando aquí dos o más fuentes distintas y sea ello el motivo de su confusionismo.

embargo, ha realizado hasta ahora este periplo, debido
sin duda a los calores y al desierto, a no ser que a
alguno lo empujaran los vientos desde alta mar.

Unos soldados de Cambises consiguieron pasar sanos 4
y salvos de Egipto a Susa y los refuerzos enviados por
Tolomeo, hijo de Lago, a Seleuco Nicator a Babilonia,
a través del territorio de Arabia, dicen que cruzaron
un istmo, y que atravesaron todo este territorio, seco 5
y desierto, en ocho días a todo correr, montados en
camellos, llevando en ellos agua para beber y haciendo
la marcha por la noche, ya que durante el día no po-
dían permanecer al aire libre a causa del sofocante
calor.

La región que se encuentra más allá del mencionado 6
istmo, entre el golfo Arábigo[543] y el mar Eritreo, dista
mucho de ser una tierra habitada, ya que su parte
Norte es un desierto de arena.

Algunos marineros partieron del golfo Arábigo[543], 7
en Egipto, para intentar dar la vuelta a la península
Arábiga y llegar a Susa y Persia, pero sólo pudieron
seguir el viaje por Arabia mientras les duró el agua
subida a bordo de las naves, pero cuando se les acabó
tuvieron que regresar.

El propio Alejandro despachó unos navegantes desde 8
Babilonia para costear por el mar Eritreo[544] la penín-
sula Arábiga, dejando ésta a su derecha, y avanzar lo
más posible a fin de recabar informaciones sobre el
país. Éstos encontraron algunas islas en su camino y
recalaron, incluso, en algún punto de la tierra firme
de Arabia. Pero nadie ha sobrepasado el cabo que 9
Nearco divisara desde la costa de Carmania, ni siquie-
ra lo han doblado para pasar a su otra cara.

---

543 Se denomina aquí golfo Arábigo al que es el mar Rojo; esto es, al que baña la península por su parte occidental.

544 Es decir, por su parte oriental, lo que nosotros conocemos como golfo Pérsico.

10 A mi entender, yo creo que si estas tierras hubieran tenido algún acceso que las hubiera hecho transitables, a buen seguro que el ánimo infatigable de Alejandro se habría encargado de comprobarlo y verificarlo.

11 De otra parte, también el libio Anón se hizo a la mar desde Cartago y atravesó las Columnas de Hércules hasta el mar Exterior, dejando a su lado izquierdo las costas de Libia[545], y luego puso rumbo al Este du-
12 rante treinta y cinco días. Y cuando se encaminó en dirección Sur, le acaecieron toda suerte de dificultades: le faltó el agua, y el calor asfixiante, en medio de corrientes de fuego que hacia el mar se precipitaban, era insoportable.

13 En cambio, Cirene, aunque construida en la región más desértica de Libia, está cubierta de un tapiz de yerba, es fértil y bien regada. Se crían en ella toda clase de plantas y de bestias hasta la zona en que el silfio crece[546]. Más allá de donde esta planta crece está ya el desierto de arena.

14 Aquí termina este relato escrito por mí, también relacionado con Alejandro, el hijo de Filipo, macedonio.

---

545 Esto es, Africa.
546 Cf. vol. I, n. 402.

# TABLA CRONOLÓGICA DE LOS ACONTECIMIENTOS PRINCIPALES DURANTE LA VIDA DE ALEJANDRO

(LIBROS IV-VIII)

329-328. Alejandro pasa parte del invierno en Zariaspa.

328. Ejecución de Beso.
Alejandro da muerte a Clito.

327. Alejandro captura la Roca Sogdiana. Boda de Alejandro con Roxana.
Captura de la Roca Coriena.
La revuelta de los Pajes. Ejecución de Calístenes.
Alejandro llega a Nisa y captura la Roca de Aornos.

326. Los macedonios en Taxila. Batalla en el Hidaspes contra Poro.
Alejandro llega al río Hífasis, límite de su expedición.
Amotinamiento en el ejército de Alejandro: se decide el regreso.
Preparativos para iniciar la vuelta a casa.

325. Duros combates con los malios. Alejandro, herido, está a punto de morir.
Alejandro alcanza Pátala.
Los desastres del ejército al atravesar Gadrosia.
El periplo de Nearco parte de la desembocadura del Indo.
Serias y graves discrepancias en parte de los oficiales. Ejecuciones automáticas.

324. Alejandro llega a Pasargada. La tumba de Ciro está expoliada.

Acto de solidaridad y camaradería: boda múltiple entre los principales macedonios y jóvenes de la nobleza persa.

Incorporación de los «Epígonos».

Proclamación del Decreto de Exiliados.

Motín de las tropas de Alejandro en la ciudad de Opis.

Los veteranos dispuestos para regresar a casa con Crátero.

Muerte de Hefestión en Ecbatana.

324-323. Campañas bélicas contra los coseos.

Regreso de Alejandro a Babilonia. Embajadas de diversas ciudades griegas que tributan a Alejandro honores divinos.

Excursión de Alejandro por el Palácopas.

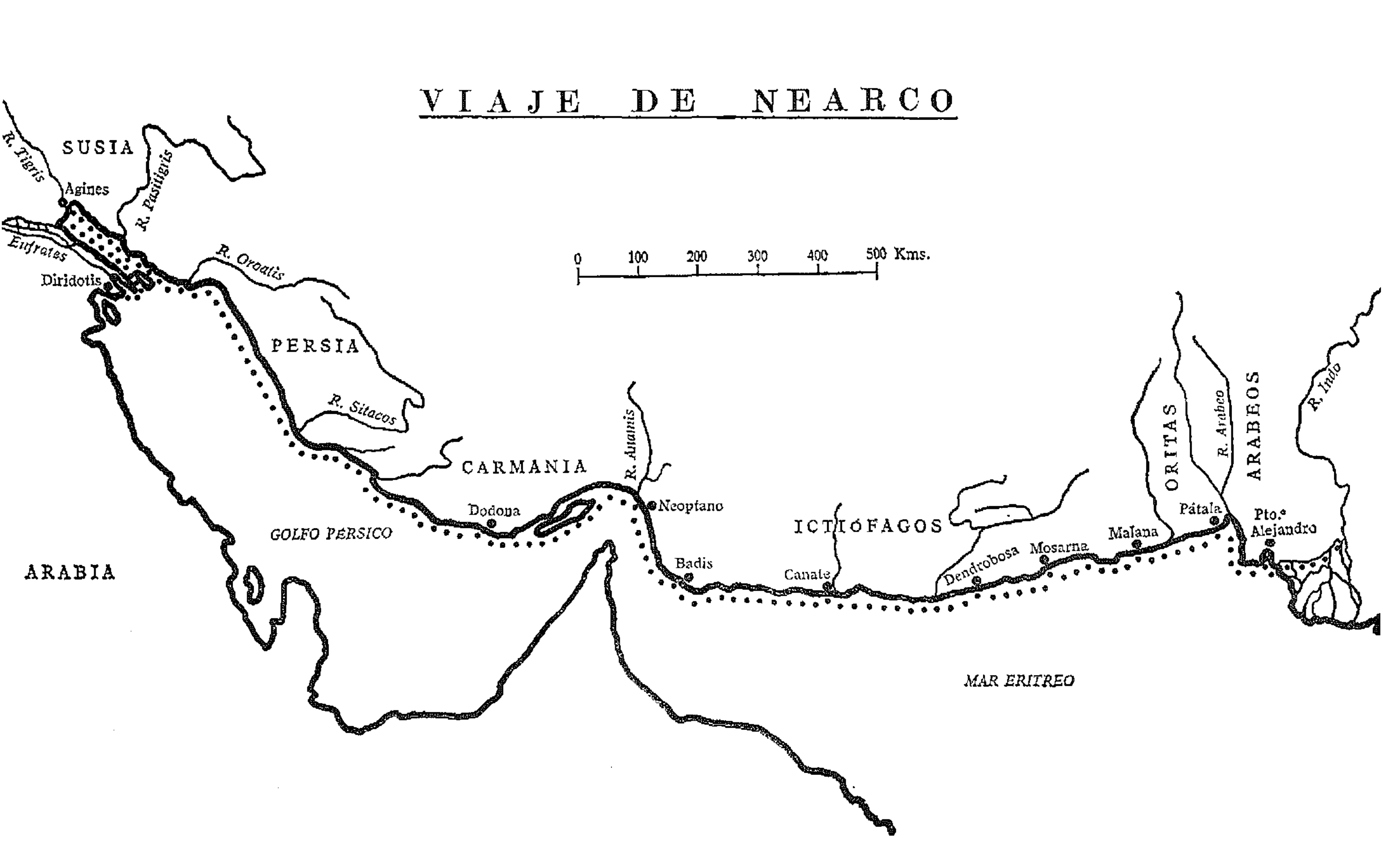
Planificación para una futura expedición a la península Arábiga.

Alejandro enferma gravemente y, al cabo de pocos días (10 de junio), muere.

# CAMPAÑAS DE ALEJANDRO



# VIAJE DE NEARCO



# ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Por razones obvias de limitación y por la propia naturaleza de la obra quedan excluidos del presente índice aquellos nombres de tercera o cuarta categoría que aparecen citados por ARRIANO sólo accidentalmente. Las citas correspondientes a pasajes del libro VIII (*India*) van precedidas de *Ind.*

# ÍNDICE GENERAL